

La Sombra

DE SU

2ª EDICIÓN
Reeditada
Contenido extra



PASADO

ELIZABETH BERMÚDEZ

La sombra de su pasado

Elizabeth Bermúdez

Título: *La sombra de su pasado*
Segunda edición, febrero 2021
©2021, Elizabeth Bermúdez

Diseño de portada: bbccreative_1
Foto de la pareja: Shutterstock
Foto London Bridge: Luca Vavassori en Unsplash

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Esto es una obra de ficción. Todo parecido con la realidad es mera casualidad. Todos los nombres, situaciones y hechos plasmados en esta novela son producto de la imaginación de la autora.

Índice

[Sobre la autora](#)

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Otros libros de la autora.](#)

Sobre la autora



Elizabeth Bermúdez nació en Huelva, lugar donde reside actualmente.

Licenciada en Derecho, le apasiona escribir y leer novelas románticas. La mayor parte de su tiempo libre lo dedica a crear historias de amor con la ilusión de que en el futuro vean la luz y enamoren a los lectores.

Se define como una persona familiar y amiga de sus amigos. Le encanta viajar, leer y disfrutar al máximo de los buenos momentos que ofrece la vida.

La sombra de su pasado, en su segunda edición, es su novena novela publicada, anteriormente publicó:

Deseos del destino

Secretos

Tus huellas en mi corazón

Imaginarlo o vivirlo. La mirada de un Miller

Volver a nacer

Volver a creer

Volver a sentir

Y de repente, el mundo se paró

Sígueme en mis redes sociales:

- Instagram: @eli_berm
- Facebook: Elizabeth Bermúdez
- Twitter: @bethberm

*A todos mis lectores,
espero que esta historia os guste tanto como las anteriores.
A mi madre,
que siempre se le saltan las lágrimas cuando lee mis novelas.
A mi familia,
por su apoyo incondicional.*

Prólogo

Año 2001, Londres.

Tras un fin de semana lleno de festejos en la mansión de los duques de Gordon, Jasper, su único hijo, un niño de ocho años al que sus padres amaban con locura y era su prioridad, dormía en su confortable cama. Había caído rendido tras la carrera de caballos de aquella tarde. Los duques celebraban, como cada año, su aniversario de bodas. Invitaban a amigos íntimos y familiares a pasar el fin de semana en la gran casa que poseían en Totteridge, rodeada de campos y naturaleza. Una auténtica maravilla.

Unas voces más altas de lo normal llegaron hasta la habitación de Jasper, situada en la planta superior de la propiedad. El niño se asustó un poco ante los sonoros gritos en el silencio de la noche. Cuando sus padres lo llevaron a la cama aquel día ya habían despedido a todos los invitados. No quedaba nadie más en la casa, tan solo ellos tres. Hasta el servicio se había marchado de descanso tras las intensas horas de trabajo. Jasper, alertado por las continuas voces que le eran familiares, salió de la cama decidido a ver qué ocurría en el salón de su casa.

El ambiente familiar en el que vivía y se había criado era inmejorable. Fue testigo diario del amor que se profesaban sus padres, y nunca los había oído pelear ni discutir. A los ojos de todos eran una familia modelo. Por ello, le extrañó tanto aquella acalorada discusión en medio de la noche.

A medida que Jasper recorría el largo pasillo que conectaba desde su habitación hasta las escaleras principales de la gran mansión, las voces y gritos se incrementaron. Reconoció con claridad la voz de su padre, estaba muy enfadado. Su madre lloraba entre lamentos y la voz de su tío, Nelson, también apareció. Nunca tuvo mucho trato con él, lo había visto poco, pero el hombre tenía un timbre de voz ronco, muy significativo, que era difícil de olvidar.

Jasper se quedó unos minutos agazapado entre los barrotes de la escalera y observó la escena que tenía delante de sus ojos antes de bajar. Su padre y su tío Nelson reñían de una forma muy acalorada, hacían aspavientos con las manos, incluso llegaron a empujarse. Beatrice, la madre de Jasper, se interpuso entre ambos para que no llegasen a mayores. De repente, en todo ese gran revuelo de discusiones, Nelson sacó una pistola de la chaqueta y apuntó a Thomas al pecho. Estaba decidido a todo, esa noche había llegado con la firme decisión de recuperar lo que era suyo y su hermano mayor le había arrebatado. Beatrice se interpuso de nuevo entre su marido y su cuñado, trató de arrebatarle la pistola a Nelson, mientras le gritaba desesperada, pero este se resistió. No estaba dispuesto a perder una vez más. En el intenso forcejeo entre ambos, en el que Beatrice le rogaba que bajase el arma, intentó quitársela de las manos sin éxito. De repente, el sonido de una bala resonó en toda la estancia. Jasper pudo ver de inmediato cómo su madre caía al suelo y cómo la sangre manaba de su abdomen de inmediato. Thomas se arrodilló junto a ella y la tomó en sus brazos, gritó y acusó a su hermano con severas palabras, entre lamentos, mientras que acunaba el cuerpo de su amada esposa rogándole que no lo dejase e intentaba parar la hemorragia. Nelson no pretendía herirla, quería demasiado a su cuñada como para infligirle daño alguno. Se quedó paralizado al verla entre los brazos de Thomas medio moribunda. Había

mucha sangre y el rostro de Beatrice era cada vez más pálido.

Lamentablemente, tras unos segundos de agonía, en los que intentó despedirse de su marido sin éxito, Beatrice cerró los ojos para siempre.

Al comprobar el cuerpo inerte de su mujer, una rabia incontenida embargó a Thomas tras ser consciente de que no había nada que hacer por ella. Dejó el cuerpo de su esposa sobre la gruesa alfombra que presidía el salón, y se lanzó contra su hermano con el único deseo de matarlo.

Nelson estaba asustado, no había ido a casa de su hermano con el propósito de dañar a nadie, solo llevaba la pistola como defensa. Cuando Thomas le golpeó, lo cogió desprevenido, le dio un par de puñetazos en la cara hasta que lo tiró al suelo. Continuó pegándole con todas sus ganas, solo quería matarlo como él acababa de hacer con la mujer de su vida.

Mientras, Jasper observaba toda la escena con lágrimas en los ojos, sin ser capaz de moverse del lugar en el que permanecía. Estaba como paralizado. Quería hacer algo, pero sus extremidades no le respondían.

Tras unos minutos en los que se escucharon continuos golpes y graves acusaciones entre hermanos, donde se echaban en cara cosas del pasado que Jasper no conseguía comprender, el sonido de otro disparo sacó al niño del trance en el que se encontraba. Después, solo sobrevino un ensordecedor silencio que hizo que Jasper, tras largos minutos, con pasos poco firmes y el rostro bañado en lágrimas, se encaminase hasta el lugar del suceso. Decidido, fue a ver qué más había pasado en el salón de su casa.

Los pequeños pasos de Jasper, que iba descalzo, apenas resonaron en el ambiente. Tan solo el audible grito de terror del niño, al descubrir a sus padres tirados en el suelo y ensangrentados, sacó a Nelson del estado de shock en el que se encontraba, sentado en el suelo junto a la chimenea, con la pistola aún entre sus manos.

Cuando levantó la cabeza con lentitud y vio a su sobrino ante sí, con el rostro bañado en lágrimas, las pupilas dilatadas por el terror que lo azotaba, y como temblaba ante la cruel escena que presenciaba, tuvo ganas de acabar con todo aquello de una vez y pegarse un tiro en la cabeza, pero le faltó el valor y el coraje necesario para hacerlo.

1

Londres, 17 años después.

Encerrado en la habitación que ocupaba desde hacía mucho tiempo, Jasper no podía dormir. Conciliar el sueño por voluntad propia era algo que no le sucedía desde que tenía ocho años. Cuando no le administraban algún medicamento para tenerlo sedado y dormido, sus noches y días transcurrían pensando, trazando planes y haciendo ejercicio físico en el espacio reducido que habitaba, ya que era consciente de que tener una buena condición física le ayudaría a salir de allí.

Estaba convencido de que algún día se escaparía de aquel lugar, y para ello le hacía falta poseer fuerza física y resistencia. Desde los dieciséis años comenzó a hacer abdominales y flexiones en el suelo a diario, hasta que terminaba rendido y sudando, y ni así conseguía dormir, pero se sentía satisfecho. Todo aquel esfuerzo formaba parte de una preparación. La venganza que tenía trazada no solo se sostenía de rencor, sabía que para llevarla a cabo debía poseer otros factores. Por ahora tan solo se ocupaba de los necesarios para huir de aquel lugar. Una vez fuera ya se encargaría de la persona en concreto que le interesaba destruir para siempre.

Con el paso de los años había descubierto que estar callado y tener un buen comportamiento le beneficiaba. No le ponían una camisa de fuerza ni le administraban medicación que lo tuviese atontado durante días.

Tras una larga noche en la que solo se dedicó a mirar por la ventana, mientras en su mente imaginaba cómo sería su vida una vez que consiguiese escapar de allí y vengarse de la persona que más odiaba en este mundo, decidió meterse en la ducha y aclarar su mente. Había pensado demasiado y necesitaba despejarse. Se repetía de forma constante, esto le daba fuerzas, que tenía que estar mejor que nunca para fugarse de aquel lugar. El momento había llegado. Por su buen comportamiento ya lo dejaban salir al jardín a dar largos paseos. Había contado los pasos que había hasta salida de la propiedad, los minutos que le llevaría alcanzarla. Solo quedaba esperar con paciencia la ocasión perfecta. Un descuido de las personas que lo vigilaban, y entonces se marcharía para siempre. No podía fallar, sabía muy bien que solo tenía una oportunidad, si esta no salía bien sería imposible escapar de aquel lugar en el que lo retenían en contra de su voluntad desde hacía años.

Lo que más lo desolaba era que no tenía a nadie en quién confiar ni en quién apoyarse. Estaba solo. Llevaba solo y aislado diecisiete años. Durante todo ese tiempo no había recibido ni un solo gesto de cariño, ni un beso, ni un abrazo de nadie. Añoraba y lloraba a diario a sus padres, recordándolos muertos en el suelo de su casa, llenos de sangre, y lo peor de todo era que el culpable de todo aquello disfrutaba de una vida que no le pertenecía. Jasper Walsh era un hombre roto desde hacía mucho tiempo y solo soñaba con la venganza, el único sentimiento que afloraba en su duro corazón.

—Este *loft* es toda una pasada, Kate. De mayor quiero ser como tu abuela —le dijo Ada mientras acoplaba cajas en el suelo y admiraba las vistas que tenía ante sí.

Ambas amigas compartieron una mirada cómplice y estallaron en carcajadas, ser como

Meghan requería casi un máster.

La marquesa de Richmond, la abuela paterna de Kate, se caracterizaba por decir y hacer lo que le placía sin importarle ir en contra de las normas ni del decoro. Durante su larga vida siempre había optado por vivirla al máximo, y desde que era viuda se había encargado de supervisar que su único hijo y sus nietos viviesen felices.

Cuando descubrió que Kate era un alma libre encerrada en un mundo de normas ridículas, inculcadas por su estricta madre desde pequeña, le puso todo al alcance para que tuviese la vida que su nieta preferida deseaba. Le hizo un ofrecimiento que pocas personas hubiesen aceptado a la primera. La Marquesa le puso por delante las escrituras de propiedad de un lujoso *loft* en el barrio de Bermondsey, con unas vistas espectaculares a la Tower Bridge y un trabajo como el que Kate siempre deseó, que le diese independencia y libertad. A cambio solo tendría que renunciar a casarse con su prometido, un millonario financiero, y buscar su propia vida sin importarle el escándalo que esto causase en la sociedad londinense. Meghan estaba convencida de que esto le produciría un infarto a su nuera, una mujer que se había esforzado por casar a su hija con uno de los hombres más ricos de Londres y preparaba esa unión por todo lo alto. Minerva nunca estuvo de acuerdo con la carrera que su hija Kate escogió, por ello se encargó personalmente de que no ejerciese como psiquiatra. Cuando terminó la universidad y volvió a casa, se encargó de alejarla del mundo laboral. Le prometió que si la acompañaba durante algún tiempo a cenas y eventos sociales como los que ella acudía a diario, movería sus hilos y le conseguiría un empleo como el que deseaba. Kate confió en ella y lo único que obtuvo, fue verse comprometida con un hombre del agrado de su madre, como el que siempre deseó para la pequeña de la familia.

Cuando Kate le hizo saber que iba a romper el compromiso con Andrew, la amenazó con quitarle todo su apoyo y dejarla sin nada. Minerva Griffin era una persona muy influyente en la sociedad londinense, conocía a la flor y nata, y Kate sabía que si su madre se lo proponía no podría trabajar ni como limpiadora en ningún lugar de todo Londres. Pero si había alguien que disfrutaba llevándole la contraria a Minerva esa era su propia suegra. La marquesa de Richmond siempre supo que se casó con su hijo por la posición económica que le proporcionaba ser la mujer de Alan Griffin. Este se puso al frente del imperio naviero de su padre tras la repentina muerte del Marqués. Y lejos de todos los augurios de llevarlo a la ruina, ya que Alan solo tenía veinte años, lo llevó a lo más alto. Meghan estaba orgullosa de él, era trabajador, un buen padre y un buen marido, pese a no ver que su mujer lo único que hacía era gastar su dinero y manejarlo como a un títere, al igual que con sus tres hijos. Pero Kate había pasado demasiados veranos con la Marquesa y esta le mostró lo que era ser un espíritu libre y soñador. Por eso, en cuanto que le ofreció en bandeja la vida que ella siempre deseó, no dudó en tomar lo que le brindaba. A cambio se ganó el repudio de su madre y la incompreensión de sus dos hermanos mayores junto con su padre, que la catalogaron de loca e irresponsable, cuando dejó a su prometido plantado casi a las puertas del altar.

En esos momentos, Kate se encontraba en la etapa más complicada de su vida. Tan solo la apoyaban Ada, que era su mejor amiga, y su abuela. El resto de amigos y conocidos le habían dado la espalda por dejar a Andrew a pocas semanas de la gran boda. Pero no se dejó vencer por las duras acusaciones que recibió, solo quería una vida como la que siempre soñó, no como la que llevaba su madre y le había trazado con maestría.

—Tengo miedo —confesó en voz alta Kate mientras sus ojos se posaban en las turbias aguas del Támesis y se abrazaba a sí misma. Una sensación extraña le recorrió la columna vertebral.

Hacía un día gris, el viento y la velocidad con la que pasaban las nubes presagiaba que

llovería en breve.

—Esto es lo que siempre has deseado —la animó Ada acudiendo a su lado—. Sí, lo admito, debe ser duro. Pero es una etapa necesaria para llegar hasta tus sueños. Siempre deseaste ejercer tu profesión, vivir sola, vivir de tu trabajo y encontrar el amor verdadero. Nada de lo que tenías antes era real. Por buena y por confiada te dejaste llevar por una madre egoísta que solo quería hacer de ti alguien como ella, pero gracias a Dios que tienes a una abuela que sabe ver más allá, y supo verte. Ahora solo debes de superar todo y adaptarte a esta nueva vida. Estoy segura de que te va a ir muy bien.

La convicción y la seguridad con la que Ada le habló hicieron que Kate se girase hacia ella y la abrazase con un profundo agradecimiento. Necesitaba sentir que alguien la apoyaba y la comprendía, no estaba loca como le habían dicho hasta la saciedad. Estaba segura de que romper con su vida anterior la había devuelto a la cordura.

—Gracias por todo —le susurró a su amiga.

—Eres como una hermana para mí, deseo que seas muy feliz y te voy a ayudar en todo lo que necesites. —Se distanció un poco de Kate, la tomó por ambas manos y cambió de tema—. ¿Cuándo comienzas en el trabajo?

—En una semana. Estoy nerviosa. Hace dos años que terminé la carrera y como bien sabes nunca he ejercido.

—Bueno... vivías en un mundo de locos —bromeó Ada—. Creo que tienes mejor currículum que muchos de los psiquiatras de este país. Estoy segura de que lo vas a hacer muy bien —la animó ya de forma seria, para transmitirle toda la confianza del mundo.

—Me han pasado todos los expedientes de los pacientes que voy a tener. Ya he estudiado algunos. La mayoría son personas mayores de los cuales sus familiares apenas desean saber de ellos.

La abuela de Kate le consiguió un trabajo en una clínica psiquiátrica en las afueras de Londres. El director le debía un gran favor y no se pudo negar ante la insistencia de la Marquesa.

—Ya sabes que estoy aquí para ayudarte en lo que sea. Solo tienes que pedírmelo.

Ada también era psiquiatra, tenía una consulta privada en el centro de Londres que cada día le iba mejor. Le había propuesto a Kate que fuese a trabajar con ella en varias ocasiones, pero esta conocía bien a su influyente madre y no deseaba interponer por medio a Ada. Cuando a Minerva se le metía algo en la cabeza, no le importaba a quién arroyase.

—Lo sé. Gracias por todo tu apoyo en estas semanas, han sido una locura.

—Ahora solo te queda disfrutar de este lugar y ser muy feliz. —Admiró el nuevo hogar de su amiga y presagió que todo le iba a ir muy bien—. Yo me marchó antes de que descarguen esas nubes. —Miró por la ventana y vio el cielo más negro que minutos antes—. Robert me prometió que hoy llegaría temprano para cenar.

—Dale un beso de mi parte —le indicó Kate a Ada ya en la puerta, despidiéndose de ella.

Robert era el novio de Ada, vivían juntos desde hacía solo unos meses. En las últimas semanas a Kate le dio apuro molestarlos tanto, pero ambos se portaron muy bien con ella.

Cuando Ada se marchó, Kate se quedó de espaldas al portón cerrado, observó su casa, se quedó pensativa en lo que le dijo su amiga; solo le quedaba disfrutar de su nueva casa y ser feliz, y estas palabras retumbaron en su mente como algo muy grande y pesado. Se dejó caer hasta el suelo, deslizando la espalda por la puerta y sintiendo el roce de la madera en la columna. Se abrazó las piernas, las llevó hasta el pecho y fijó la vista en la enorme cristalera que tenía ante sí con un paisaje espectacular de la Tower Bridge iluminado, el río y los barcos que pasaban por él. Feliz, se dijo a sí misma. De ahora en adelante esa iba a ser su vida, esa iba a ser su casa y en ella

iba a empezar sus sueños. Le dio las gracias en voz alta a su adorada abuela y tras unos minutos de reflexión, de paz y soledad se levantó y fue a por el móvil, deseaba hablar con la Marquesa e invitarla a casa dentro de un par de días, cuando hubiese guardado las cosas de todas las cajas en su lugar. Su abuela no solo le regaló ese *loft* y le consiguió un buen trabajo, hizo mucho más, le compró un coche y la autorizó en sus cuentas bancarias para que hiciese uso del dinero que necesitase. La madre de Kate, tras romper el compromiso con Andrew, la echó de casa y le quitó todo el apoyo económico, pero como era algo que Meghan había previsto, Kate no tuvo tiempo de verse sin nada ni desamparada, como era la intención de su madre. Su abuela se encargó de todo, la llevó a vivir con ella unos días y le brindó una vida como la que su nieta se merecía. A Meghan no le gustaba el bullicio del centro de Londres, desde hacía años vivía en el sur, en Sutton, una zona tranquila. Allí se dedicaba a su gran pasión, las plantas. Tenía un jardín que cuidaba con mimo y en el que pasaba la mayor parte del día cuando no hacía mal tiempo.

Kate pasó una intensa semana encerrada en su nuevo *loft*, mientras revisaba y estudiaba uno a uno los expedientes de los pacientes que conocería al día siguiente. Había hablado en un par de ocasiones con el director de la Residencia Morrison, dónde iba a trabajar, le había parecido un hombre muy amable que la puso al tanto del funcionamiento del centro y le comentó, para su tranquilidad, que tendría a su lado a dos psiquiatras más, por lo que Kate no estaba tan nerviosa. Siempre tendría en quién apoyarse.

La mañana que se tenía que incorporar al trabajo llovía en abundancia, conducía con precaución en el recorrido que tendría que hacer con frecuencia, y aún no conocía bien, hasta el norte de Londres. El GPS le indicaba qué ruta tomar, la Residencia Morrison se encontraba en un lugar apartado en medio de una propiedad en el campo. Según le había contado su abuela, la residencia fue la casa de los duques de Morrison siglos atrás, el último duque, sin descendencia alguna porque su único hijo murió de una enfermedad mental, dejó establecido que esa propiedad fuese destinada para curar a personas con enfermedades mentales, y así se había hecho durante años. Para Kate era todo un reto comenzar su carrera en esa residencia, tenía prestigio y por lo que había investigado, allí solo había internadas personas de cierto nivel económico.

Tras una hora de trayecto en coche, por fin llegó a la Residencia Morrison. Un lugar algo escondido en mitad del campo sin más zonas habitables cerca. Kate admiró la construcción nada más bajarse del coche, había dejado de llover y el cielo estaba despejado. Respiró hondo, se inundó de ese olor a tierra mojada que le encantaba y se encaminó con paso seguro a la majestuosa entrada, diciéndose que era un lugar maravilloso en el que tiempo atrás se habrían albergado fiestas y celebraciones entre nobles de la alta sociedad londinense.

Al subir la escalinata hasta la entrada, se ajustó la gabardina al cuerpo y se recogió la media melena alborotada hacia un lado. Antes de llamar al timbre se colocó bien el pañuelo que llevaba al cuello y el bolso, miró a sus pies, comprobó que los zapatos no estuviesen manchados de barro, cuadró los hombros, y tras llamar, esperó a que le abriesen. Estaba algo nerviosa, era su primer trabajo y ni siquiera había hecho una entrevista previa.

La persona que recibió a Kate, una amable señora de mediana edad, la dirigió de inmediato al despacho del señor Jones, el director del centro. Harry recibió a Kate con una sonrisa amable, le estrechó la mano y le dio la bienvenida a la Residencia Morrison. Estuvieron reunidos unos cuarenta minutos en los que la puso al tanto de cuáles iban a ser sus funciones y pacientes. Luego le enseñó el que sería su despacho y dieron un paseo por toda la extensa propiedad a modo de que ella se familiarizase con el entorno. La zona de los jardines, como había llovido, la dejaron para el día siguiente.

Esa noche Kate regresó a casa ilusionada y feliz, aunque no había tenido contacto directo con sus pacientes, había hablado con enfermeros y cuidadores que dijeron mucho más de ellos de lo que indicaban sus expedientes médicos. Por ahora solo tenía siete pacientes, pero el señor Jones le aseguró que estos irían en aumento a medida que se fuese adaptando.

Al día siguiente, cuando regresó a la Residencia Morrison, el señor Jones no estaba para acompañarla y enseñarle los extensos jardines de la propiedad, en los que paseaban los pacientes, como quedaron el día anterior. Harry padecía de gota y esa mañana no se había podido levantar

de la cama. En su lugar, le dejó encargado al señor Potter, el enfermero jefe de Morrison, que la acompañase en el recorrido. Hacía un día soleado y había algunos pacientes en el jardín principal. Kate observó que unos cuantos estaban solos y otros acompañados de personal de la clínica, era fácil identificarlos ya que todos llevaban un uniforme color verde manzana, menos los médicos que lucían una impoluta bata blanca como la que ella llevaba en esos momentos.

Tras unos minutos de paseo por el jardín, admirar el lugar, y pararse con el señor Potter a hablar sobre algunos de sus pacientes y del tiempo que llevaban allí, a Kate le llamaron la atención unos gritos a su espalda.

—¡Cuidado! —gritaron tres personas a la vez.

Cuando se volvió, vio como un hombre, de gran complexión, con un pijama blanco, corría descalzo como un loco por el jardín, iba en su dirección. Lo perseguían a gran velocidad otros tres hombres con uniforme de la clínica.

—¡Detenedlo! —vociferó el señor Potter para alertar al resto de personal que se encontraba en el jardín con los demás pacientes.

Una valiente Kate intentó parar al paciente cuando pasó por su lado, pero este, un robusto y fuerte joven, la arrojó a su paso. Se la llevó por medio sin importarle nada más, ya que su único objetivo era escapar. Kate se aferró a él, la tiró al suelo y ambos terminaron rodando por el jardín. Varios enfermeros llegaron hasta el paciente y, de inmediato, lo redujeron alejándolo de Kate, tendida en el césped, desubicada, con el desconocido al lado. Se sentía magullada después de haber sentido todo el peso de él sobre su cuerpo.

—Tenga cuidado, doctora. Este paciente es peligroso —le advirtió el señor Potter mientras la ayudaba a incorporarse—. ¿Está usted bien? —preguntó arrodillado a su lado.

Kate asintió mientras observaba como los otros dos hombres le colocaban una camisa de fuerza al paciente, sin delicadeza alguna, para poderse llevar. Tenía los ojos clavados en el joven que estaba en el suelo, con el pecho contra el césped y la cabeza girada hacia ella. La miraba con desprecio por haberse interpuesto en su camino. Aquellos ojos transparentes como el agua la taladraban.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó a las personas que se encargaban de él, sin dejar de repararlo con la mirada. De inmediato pensó que era muy joven para estar allí.

—Se ha escapado, señorita. Este paciente no tiene permitido salir de su habitación. Es muy violento y tiene una fuerza descomunal. Ya le ha roto varios huesos al personal de esta residencia, manténgase alejada de él —le previno uno de los enfermeros mientras lo incorporaban y lo sujetaban entre tres. A pesar de tener la camisa de fuerza colocada aquel hombre se removía como un león. Una larga melena le caía sobre la cara y le tapaba parte de sus facciones, que junto con la abundante barba que llevaba era difícil de apreciar qué edad tendría. Los ojos de este se clavaron de nuevo en Kate y la miró con odio. Sintió un gran escalofrío recorrerle la columna vertebral cuando esos ojos grises y fríos se fijaron en ella a través de la cortina que formaba su pelo. Era una mirada vacía, muerta, en un rostro lleno de dolor.

—Hay que administrarle una dosis para calmarlo —escuchó Kate que decían cuando pasaron por su lado para regresar al paciente a la habitación—. Llevaba mucho tiempo en son de paz. La has cagado, muchacho —dijo otro de los hombres mientras lo obligaban a caminar entre empujones.

—¿Quién es su médico? —se interesó Kate poniéndose al lado de los enfermeros que sujetaban y guiaban al paciente. El señor Potter iba a la cabeza.

—El señor Jones.

—El señor Jones no está hoy —recalcó ella, preocupada por quién atendiese al joven. Sentía

que necesitaba ayuda.

—No se preocupe, sabemos muy bien qué hacer con él. No es la primera vez que trata de escaparse —le informó el señor Potter.

A Kate no le pasó desapercibido la poca amabilidad con la que trataban al paciente, por ello decidió acompañarlos hasta la habitación, a pesar de que el señor Potter no se lo aconsejó. Pero Kate no cedió, y estos no tenían nada que hacer frente a las órdenes de una médica, por muy nueva que fuese en la residencia.

Observó como tumbaron al paciente con malos modos sobre la cama. Kate les exigió que le quitasen la camisa de fuerza, pero los enfermeros no le hicieron caso hasta que le pincharon un medicamento para relajar al paciente.

—¿Qué le habéis inyectado? —preguntó en medio de la habitación mientras los observaba.

—Su medicación. Estará bien —le indicó el señor Potter.

—¿Qué tiene? Es muy joven —apreció Kate sin dejar de observarlo.

—No tiene cura, lleva demasiados años aquí. Es peligroso. Ya ha visto que hacen falta tres hombres para reducirlo.

—¿Cómo se llama? —exigió saber. Usó un tono autoritario y de superioridad. No le gustó como trataron al paciente a pesar de que este se escapó y se resistía a ellos hasta que le administraron una dosis de calmantes.

—Aquí lo llamamos Chico, señorita.

—¿Cuántos años lleva aquí? —preguntó curiosa, acercándose a él. La miraba con los ojos entrecerrados, resistiéndose a perderse en el sueño infundido.

—Muchos, señorita. Pero al doctor Jones no le gusta que nadie trate con sus pacientes. Le recomiendo que abandone la habitación —se atrevió a decirle el señor Potter con incomodidad. Sabía que se iba a ganar una buena bronca cuando trascendiese que ella había estado ahí.

Kate se acercó más al misterioso hombre, sin importarle las advertencias del señor Potter, se tomó la libertad de sentarse en la cama, junto a él, y de pasarle la mano por la frente para apartarle el pelo que reposaba sobre ella y le tapaba los ojos.

—¿Me pueden dejar a solas con él? —les pidió sin apartar sus ojos de los del paciente.

—No estamos autorizados, doctora. Va en contra de las normas del doctor Jones. Solo él puede atender al paciente a solas —pronunció algo exasperado el señor Potter.

Kate se volvió hacia ellos, los miró seria y sacó todo su carácter.

—Me dan igual las normas. Este paciente necesita atención y el doctor Jones no se encuentra. Déjenme a solas con él y yo le daré las explicaciones oportunas al señor Jones en su debido momento.

El señor Potter no tuvo más remedio que asentir, les dirigió una mirada a los otros dos enfermeros que esperaban cerca de la puerta de la habitación con malas caras y, entre susurros que Kate no alcanzó a oír, salieron.

—Doctora, estaremos fuera y la vigilarémos por las cámaras. Si la agrede, entraremos de seguida. Está usted segura —dijo el señor Potter al tratar de infundirle miedo, pero no lo logró.

—Por Dios —estalló—, le acaban de suministrar una gran dosis de calmante, en menos de un minuto estará dormido y dudo que despierte antes de mañana.

—Era necesario, doctora. Este hombre es muy peligroso.

Los tres hombres desaparecieron de la habitación, pero no cerraron la puerta. Nada más hacerlo, el hombre tumbado en la cama, que parecía casi indefenso, tomó a Kate con demasiada fuerza por el brazo y la acercó más a él.

—Ayúdame —le rogó entre susurros pronunciados con esfuerzos. Le costaba articular las

palabras—. No estoy loco. Me tienen encerrado aquí desde hace años. Por favor... Ayúdame a salir de aquí.

Kate se separó de él, como si lo que le dijo le hubiese quemado, y lo miró a los ojos descolocada. En ellos advirtió bondad, juventud y desesperación, ni una pizca de maldad ni peligrosidad.

—¿Cómo te llamas? —se interesó.

—Jasper Walsh. Mi... —No pudo decir nada más. La inconsciencia le sobrevino. Los calmantes administrados se apoderaron de él y la presión de la mano que ejercía en el antebrazo de Kate se derrumbó por completo.

Tras aquella breve confesión, que logró ponerle el vello de punta, Kate se tomó unos segundos para recomponerse y mirar al detalle al hombre que tenía dormido ante sí. De pelo rubio, casi dorado, y con mechones mal cortados que le llegaban casi a la altura del hombro. Su rostro era de fuertes y marcadas facciones, mandíbula cuadrada y unos ojos grandes, que cuando estaban abiertos albergaban un color gris precioso y tenía unas espesas y largas pestañas. Desvió la vista un poco más abajo y se permitió pasear la mano por el pecho de Jasper, lo notó duro y firme como el acero, al igual que su abdomen. Se preguntó cómo conseguía tener un cuerpo así si estaba todo el día encerrado en esa habitación y llevaba tantos años allí. Algo en su interior se activó y le hizo sentir pena por ese muchacho que dormía con profundidad. Calculó que tendría unos veintitantos años, quizás algunos menos que ella, tenía veintiocho. Luego, paseó la mirada por la habitación vacía, solo contaba con la cama, una ventana de rejillas y el aseo. Le entró un leve escalofrío por el cuerpo al pensar por qué una persona tan joven como él estaría allí. Se preguntó qué enfermedad mental tendría, estaba decidida a averiguarla. Si de algo estaba segura era de que necesitaba ayuda y no era atendido lo suficientemente bien, y así se lo haría saber al señor Jones en cuanto que regresase.

Kate salió de la habitación de Jasper y al cerrar la puerta se encontró con los tres enfermeros. La miraban con atención.

—¿Le ha dicho algo? —le preguntó con insistencia el señor Potter.

—Nada. Se ha quedado inconsciente en cuanto que habéis salido. —Los tres hombres asintieron más relajados, ella lo notó. No le pasó desapercibido que ocultaban algo con respecto a ese paciente. Su instinto le decía que no era ni lo trataban igual que al resto—. ¿Cuánto tiempo lleva aquí exactamente? —Fue una pregunta directa que ninguno de los tres pudo eludir.

—Yo soy el más antiguo de los tres —dijo el más bajito—. Cuando entré a trabajar Chico ya estaba aquí. Llevo en la Residencia Morrison doce años.

—¿Y su nombre real es...? —se interesó Kate. Pero los tres hombres hicieron un leve encogimiento de hombros—. ¿Y su familia? ¿Vienen a visitarlo?

—No tiene familia, doctora —dijo uno de ellos, que se ganó un leve codazo del jefe de enfermería por dar tal información.

—¿Y quién paga la estancia en este lugar? —preguntó con sumo interés.

—Doctora, creo que el doctor Jones le podrá responder a todo eso. Nosotros no sabemos mucho más. Si nos disculpa, tenemos más pacientes que atender —resolvió el señor Potter dando por terminado el interrogatorio.

Los tres hombres se dieron la vuelta y se marcharon.

Kate no pensaba quedarse con todas las dudas que la consumían por dentro. Se fue directa a su despacho y encendió el ordenador. Intentó ver si tenía acceso al expediente de alguien llamado Jasper. Lo buscó por el nombre completo que este le dio y por Chico, pero no encontró nada. Comprobó que solo tenía acceso a los expedientes de los pacientes asignados. Apagó el

ordenador contrariada y se quedó pensativa, diciéndose que tenía que encontrar una forma de saber más sobre Jasper Walsh, si es que ese era su verdadero nombre. De repente, recordó que un guarda le abrió la verja de la propiedad el primer día que llegó a la residencia. El hombre era mayor, tenía pinta de jubilarse en poco tiempo y quizás él supiese más de ese misterioso paciente. Al fin y al cabo, sabía con certeza quien entraba y salía de Morrison.

Con discreción y habilidad, Kate interrogó al guarda de entrada de Morrison, pero para su gran decepción no le dijo mucho más de lo que ya sabía. Chico llevaba allí más de quince años y no tenía familia que lo visitase con regularidad. Se marchó a casa y nada más llegar, abrió el portátil y buscó en Google el nombre de Jasper Walsh. No le salió nada, solo encontró a tres personas con ese mismo nombre que por edad no se correspondían con el paciente de la Residencia Morrison.

Pensativa y con la mirada perdida en las vistas hacia el Támesis, Kate se preguntaba si Jasper Walsh existía de verdad o ese hombre estaba realmente loco. Pensaba averiguarlo, ella no era del tipo de persona que se quedaba con una duda.

El doctor Jones presentaba un cuadro severo de gota y estaría de baja hasta que esta remitiese. Fue la noticia con la que se encontró Kate al día siguiente al llegar a la Residencia Morrison. De inmediato, le preguntó al señor Potter quién se haría cargo de los pacientes del doctor Jones, esperanzada en tener acceso al paciente misterioso, pero resultó que ella no tenía ninguno designado. El doctor Jones ya había repartido a sus pacientes, los cuales no eran muchos ya que como director de la residencia no tenía demasiado tiempo, entre otros psiquiatras de la clínica. Kate pensaba averiguar quién tenía el caso de Jasper y trataría de hablar con él para sacar más información. Si había algo que le llamaba la atención en la Residencia Morrison era que aparte de ella, la secretaria del señor Jones y la cocinera, todos los demás eran hombres.

Tras una mañana de mucho ajeteo y conocer en persona a todos sus pacientes y tratar de entablar conversación con ellos, Kate se tomó un respiro y salió al jardín para beberse un té. Sentía que necesitaba tomar algo caliente. Por segundo día consecutivo hacía un mediodía soleado y con una temperatura agradable. Mientras disfrutaba del té, algo frío ya, se había distraído admirando los alrededores, fijó la mirada en una ventana. Siguiendo su orientación, calculó que en ese lugar se podría encontrar la habitación de Jasper. Después de unos minutos sin despegar la vista de aquella parte del edificio, lo vio aparecer tras las rejas de la gran ventana. Llevaba el pelo alborotado y varios mechones sueltos le descansaban en la ceja, se rascaba la abundante barba contra el hombro y tenía aquella mirada penetrante fija en ella. La había reconocido desde la distancia. Con un gesto de la cabeza le hizo indicaciones, le rogaba que fuese de nuevo hasta él. Kate lo interpretó con claridad y asintió, transmitiéndole que lo comprendía y el mensaje le había llegado. Echó a caminar por el jardín bajo la atenta mirada de Jasper, la observaba sin despegarse de la ventana, y entró en el edificio.

A Kate le hubiese gustado ir directamente a su habitación, hablar con él y averiguar de primera mano todo lo que la inquietaba, pero no era tan fácil. Debía de ser cauta. Acababa de llegar a Morrison y no podía tomarse todas las libertades que le gustaría, además Jasper era un paciente blindado. No quería ganarse una bronca nada más aterrizar en su primer trabajo.

Aquel día, Jasper se quedó esperando la visita de la nueva médica de la residencia. Tras frustrar su intento de fuga de aquel lugar, estaba esperanzado en que ella acudiría para ayudarlo. La mirada de aquella mujer cuando le reveló que estaba allí en contra de su voluntad y le pidió ayuda le resultó buena, en todos aquellos años nadie le había prestado la atención y el interés que Kate mostró en él, pero quizá se equivocaba y había conseguido asustarla.

El día siguiente, Kate, decidida, tras no dormir en toda la noche y pensar mucho en cómo llegar hasta Jasper, se encaminó hacia la entrada de la residencia, aprovechó el cambio de turno de la noche, y no tuvo problemas para llegar hasta el ala más alejada y solitaria donde se encontraba Jasper. Según pudo averiguar el día antes, en esa zona estaban los pacientes más conflictivos, vigilados por cámaras de seguridad durante todo el día. Una persona controlaba los accesos a sus habitaciones y visitas, por ello llegar hasta el paciente misterioso le iba a resultar muy difícil. Pero no se pensaba dar por vencida, algo en su interior le decía que tenía que volver a ver a ese hombre, saber más de él y averiguar qué tipo de enfermedad tenía.

Cuando Kate llegó a la zona donde estaba internado Jasper, la persona que se encargaba del control de esa planta no era la misma que el día anterior cuando fue con el señor Potter. Kate no lo conocía y aprovechó la oportunidad para presentarse y entablar conversación. El hombre, un enfermero casi en edad de jubilarse, le pidió el favor de si podía quedarse unos minutos en su puesto. Su hija acababa de dar a luz y quería llamarla y felicitarla además de conocer a su nieto por una breve conexión por *Skype*. Una simpática Kate lo animó a que se tomase el tiempo que necesitase, ella lo cubriría.

Una vez a solas, una sonrisa de triunfo apareció en el rostro de Kate. Nunca hubiese imaginado que acceder hasta Jasper fuese tan fácil, otro asunto eran las grabaciones de las cámaras de seguridad que dejarían rastro de ella en aquel lugar, ya que con posterioridad verían que había accedido a la habitación del paciente sin autorización alguna. Miró por los monitores y vio que solo había cinco habitaciones vigiladas, entre ellas la de Jasper. El resto de pacientes dormían, pero él se movía por la habitación como un león enjaulado. Meditó si era seguro entrar en la guarida de ese hombre sin nadie que pudiese rescatarla en caso de necesitarlo, por ello llenó una jeringa con calmantes y se la introdujo en el bolsillo de la bata.

Cuando estaba dispuesta a desconectar los monitores bajando los fusibles de la corriente eléctrica, unos fuertes golpes que provenían de la habitación de Jasper la asustaron. En un principio no supo qué hacer, pero tras superar el miedo que le azotaba en esos momentos, vio que era la ocasión perfecta y justificada para entrar; un paciente necesitaba ser atendido y ella era la única que estaba ahí. Pensó que se consideraría como algo permitido de cara a las reprimendas que estaba segura le vendrían con posterioridad.

Con manos temblorosas, sin saber con certeza qué iba a encontrar detrás, Kate quitó el gran cerrojo que aseguraba la puerta de la habitación de Jasper por fuera. Se dijo a sí misma si era consciente de que iba a entrar en la cueva del lobo, pero no le importó. La necesidad de volver a ver a ese hombre y hablar con él de nuevo, le pudo más que su propia seguridad, ni ella misma entendía por qué se exponía así y hacía aquello tan arriesgado y poco racional.

Con paso seguro pero intranquilo, entró en la habitación. Jasper estaba sentado en la cama, inquieto, y nada más posar los ojos en él pudo sentir una mirada que le pedía ayuda. Él no se levantó ni fue hacia ella, por miedo a asustarla y que se marchase. Kate, al verlo, con una camisa blanca de fuerza, sintió impotencia porque lo tuviesen así, pero al mismo tiempo aquello le dio cierta tranquilidad ya que no la podría atacar si era la intención del hombre, no sabía nada de él ni de sus posibles reacciones. Se acercó con paso lento, con cautela, hasta que pudo tocarlo. Se atrevió a apartarle el pelo de la cara y lo miró al detalle. De inmediato se le partió el corazón, al observarlo detenidamente descubrió que era más joven de lo que imaginaba.

Ambos se miraron en silencio y ella esperó a que fuese él quien dijese algo.

En un movimiento rápido, el cual Kate no pudo presagiar, Jasper la atrapó entre sus piernas, era la oportunidad que había buscado desde hacía años. La mirada limpia y sincera de esa mujer le decía que podría ser su salvación a tantos años de calvario.

—Ayúdame —le rogó en un susurro mientras miraba hacia la entrada por si aparecía alguien. No quería que nadie más lo escuchase. Kate había dejado la puerta abierta—. No estoy loco. Me tienen aquí en contra de mi voluntad. Llevan años suministrándome medicación para tenerme calmado. Mi tío me encerró aquí cuando tenía ocho años. ¡Avisa a la policía, sácame de aquí! — Estaba desesperado. Necesitaba que lo creyese.

La presión que Jasper ejercía sobre las piernas de Kate con sus propios muslos para que no escapase de él no la asustó. Se concentró en lo que le decía, en la cordura y determinación de sus palabras y la lucidez que mantenía. Llevaba una camisa de fuerza puesta, sin embargo, no lo

consideró peligroso.

—¿Cómo te llamas de verdad? No puedo ayudarte si no sé quién eres realmente. He buscado en internet el nombre de Jasper Walsh y no sale nada relacionado contigo —le indicó en un tono bajo de voz.

—Pues busca bien, no te miento —pronunció desesperado—. Algo debe de haber sobre mí.

—Si quieres que te ayude, debes de decirme toda la verdad. No tengo mucho tiempo —le advirtió mientras miraba hacia la puerta con inquietud.

Tras tragar con dificultad, Jasper hizo uso de la inteligencia que siempre lo había caracterizado. Se tenía que ganar su confianza.

—Mi tío, Nelson Walsh, me encerró aquí después del asesinato de mis padres. Busca en el sitio ese donde has buscado sobre mí el asesinato de los duques de Gordon, debe de haber algo. Yo soy su hijo —le reveló con impaciencia.

El cuerpo de Kate se quedó paralizado ante lo que escuchó. Deseó que Jasper estuviese realmente loco y todo lo que acababa de decirle fuese producto de su estado, pero la convicción y la madurez con la que le habló le decía que él no estaba allí porque lo necesitase mentalmente.

Mientras ella valoraba la situación y sopesaba cómo tomar aquello, Jasper le rogaba con la mirada que lo creyese. Aquellos ojos grises les llegaron directos al corazón, derribando todas las barreras que su cordura trataba de imponer.

—Está bien, te voy a ayudar. Debes de confiar en mí —dijo al fin, sin saber muy bien porqué esas palabras salieron casi solas de su boca.

Él asintió esperanzado, un poco más relajado.

—Sácame de aquí —manifestó ansioso. Comenzó a ponerse en pie con la vista clavada en la puerta que permanecía abierta y durante años vio atrancada con un cerrojo.

Kate lo paró en seco, interponiéndose a su paso, tomándolo con ambas manos por los brazos.

—Necesito tiempo. Averiguar cosas. Ayuda. No es tan fácil —le transmitió apurada.

Jasper se quedó pensativo. Su rostro se inundó de decepción y tristeza mientras que Kate escuchó unos pasos fuera. Alguien se acercaba por el pasillo.

—Grita, ponte agresivo —le ordenó al mismo tiempo que pensaba con rapidez—. Haz que pueda justificar que esté ahora mismo aquí y no sospechen de mí, de lo contrario ambos tendremos un problema —le pidió con los ojos muy abiertos.

Como si lo hubiesen ensayado, Jasper la obedeció al instante. Comenzó a gritar y simuló agresividad, pero ella no sintió su fuerza física. Algo que sorprendió a Kate y anotó en su cabeza. Era una persona que reaccionaba rápido y entendía a la perfección una orden.

Cuando los enfermeros encargados del turno de la planta entraron en la habitación Kate trataba de calmarlo mientras él permanecía tumbado en la cama, revolviéndose. Antes de que los hombres llegasen hasta el paciente ella hizo algo que Jasper no se esperaba.

—Lo siento —le susurró Kate en el oído cuando sacó una jeringa del bolsillo de la bata y se la clavó en el brazo sin previo aviso. Jasper la miró con ojos de reproches y se removió como un león enjaulado mientras le volvió a susurrar—: Te voy a ayudar, confía en mí.

Luego, Kate no supo si la mirada apaciguada que le dirigió fue porque confiaba en ella y la había creído o porque el medicamento le hizo efecto de inmediato.

—¿Está bien, doctora? No debió entrar sola —le reprendió un enfermero tras inspeccionar que Jasper estuviese calmado.

—Sí, no se preocupen. Lo escuché gritar y pensé que le pasaba algo, por eso entré — justificó.

—La culpa fue mía, —terció el enfermero que se ausentó de su puesto y Kate lo cubrió— le

dije que se quedase en el control un momento mientras hacía una llamada. No le advertí de que no debía entrar sola en esta habitación bajo ninguna circunstancia.

—¿Por qué? —preguntó Kate con interés mientras ambos hombres se dirigían miradas de reproches.

—Es un paciente muy agresivo. Pudo haberla atacado y hacerle daño. No vuelva a hacer esto más, es por su seguridad.

—Entré con un calmante preparado, era obvio que necesitaba estar tranquilo. —Miró a Jasper, tumbado en la cama, y luego a los dos enfermeros—. Creo que está todo controlado y este episodio puede quedar entre nosotros. Así nadie se ganará una bronca innecesaria. —Les dedicó una amplia sonrisa a ambos y salió por la puerta cayéndoles muy bien.

Aquella noche Kate estaba deseosa de llegar a casa para buscar información sobre los duques de Gordon. Jasper le había proporcionado más datos y estaba dispuesta a comprobar qué había de verdad y qué de mentira en lo que le reveló. Si algo tenía claro, es que no era un paciente como los demás de Morrison. Pensaba averiguar qué lo hacía especial y porqué llevaba allí tanto tiempo.

Las manos de Kate temblaban y el corazón le iba más rápido de lo normal cuando, sentada en la alfombra de su salón con solo las luces del exterior y las del ordenador sobre sus piernas, comprobó que los duques de Gordon fueron asesinados diecisiete años atrás y su único hijo nunca fue encontrado tras la tragedia, ya que se encontraba en la casa cuando el suceso ocurrió. Con los años lo habían dado por muerto también. Leyó y leyó un montón de noticias y titulares sobre las trágicas muertes, pero no encontró nada sobre Nelson Walsh. Tan solo le sorprendió averiguar que era el actual duque de Gordon y miembro de la Cámara de los Lores. Un hombre con una reputación intachable y amigo personal de la Reina. Kate no sabía si se trataba del mismo niño, pero la versión que Jasper le había contado encajaba con lo descubierto hasta el momento. Cerró el ordenador, se levantó y fue hasta la cristalera del *loft*, esta le ofrecía unas vistas maravillosas. No se centró en ellas ni en las luces de los edificios, ni el puente de noche. Se sumergió en sus pensamientos, en toda la información que manejaba y, sobre todo, qué iba a hacer con Jasper. Era un hombre que clamaba ayuda, saltaba a la vista que la necesitaba y ella se la iba a brindar, eso no lo dudaba. No era la clase de persona que se queda impasible con algo así ante sus ojos. Pensó en poner un plan en marcha y cómo hacerlo, ya que debía de estar muy segura de cada paso que diese. Jasper era un niño en un cuerpo de hombre, tendría veinticinco años según lo que había leído, pero había permanecido diecisiete encerrado en Morrison. Intuía que no sabría nada de la vida, no se habría relacionado con nadie, ni habría recibido educación adecuada. Le dio miedo y le estremeció, pensar que habían convertido a ese niño en un monstruo aislado de toda civilización, ello hizo que estuviese dispuesta a averiguar quién había sido, por qué, y que pagase por ello. Estaba segura de que en diecisiete años podría haber sido curado de cualquiera que fuese la causa que lo llevó hasta allí. También pensó en que no estaba solo ni abandonado, su estancia en Morrison tendría que ser solventada por alguien, y si descubría quién era esa persona podría saber por qué llevaba allí tanto tiempo. Se hizo una lista mental de todos los pasos que tendría que dar. Estaba decidida a averiguar todo sobre Jasper Walsh, y si ello implicaba pedirle ayuda a una persona que en esos momentos no querría ni escuchar su nombre, lo haría.

Al día siguiente Kate descansaba, trabajaba a turnos. Era viernes y sabía que no era un buen día para visitar al hombre que dejó casi plantado en el altar, pero también era conocedora del

buen corazón de Andrew. Hacía apenas dos meses que lo había dejado y ya se rumoreaba que andaba con una presentadora de televisión, algo de lo que ella se alegraba.

Andrew era director de un banco, su familia era la principal accionista de este. Kate no dudó en presentarse en su despacho y apelar a su bondad.

Como el caballero que era, la recibió con amabilidad y la hizo pasar a su despacho, donde podrían hablar, y descubrir la razón por la que ella estaba allí, lejos de todas las miradas que la habían seguido desde que entró en el edificio principal del banco, situado en pleno Oxford Street. Andrew estaba sorprendido de tenerla frente a él. Notó el nerviosismo de Kate a través de sus manos, que se las retorció sin saber cómo abordar lo que fuese que la había llevado allí.

—Tú dirás. ¿Necesitas algo? —Fueron palabras amables a pesar de la seriedad que Andrew mantenía en el rostro mientras se sentaba y adoptaba posición tras la imponente mesa que presidía la estancia.

—Necesito que me ayudes —manifestó Kate como un ruego desesperado, algo que logró preocupar a Andrew.

—Kate, no terminamos en las mejores condiciones, pero siempre podrás confiar en mí. No te culpo por no amarme como yo a ti, comprendo que me dejases para buscar tu propia felicidad.

Con un largo suspiro ella logró sentirse más relajada.

—Lo hice por los dos, Andrew. Si ese matrimonio continuaba adelante hubiese sido un fracaso tarde o temprano.

Él asintió, no deseaba seguir con el tema. Aún la quería a pesar de comprender que ella no lo amaba.

Tras la intensa mirada de Andrew, Kate decidió ir al grano.

—Necesito algo de ti, pero comprenderé que te niegues a ayudarme.

Estas palabras hicieron que Andrew fijase aún más su atención en ella.

—Me estás asustando. ¿Estás metida en algún lío? ¿Necesitas dinero?

Ella negó de inmediato con un gesto de la cabeza, esto hizo que un mechón castaño claro, casi rubio, le cayese sobre el pómulo. Andrew la admiró y pensó que le gustaba más esa Kate que ahora se atrevía a salir a la calle con una coleta informal. En otros tiempos siempre iba impecable, inclusive aparentaba más edad de la que tenía.

—Necesito que me digas si alguien hace ciertos pagos a la Residencia Morrison.

—¿La Residencia Morrison? —preguntó extrañado, sin saber a qué se refería en concreto.

—Ahora trabajo allí —lo informó, pero esto no causó sorpresa alguna en Andrew, que tan solo asintió. Ella desconocía que él estaba al tanto de su vida.

—¿Qué necesitas saber? —preguntó mientras adoptaba una posición más firme en la silla y a la vez tecleaba en el ordenador.

—Necesito saber si un hombre llamado Nelson Walsh hace pagos mensuales a ese lugar y desde cuándo.

—¿Nelson Walsh? ¿Qué tienes tú que ver con él? Hasta donde yo sé es una persona intachable y muy rico, uno de nuestros mejores clientes.

—Comprendería que no puedas darme la información que deseo si es alguien tan importante.

—¿Para qué la necesitas?

—No puedo decírtelo. —Andrew le sostuvo la mirada, la retaba diciéndole que estaba en una clara desventaja, pero también la conocía demasiado bien y sabía que era fiel a sus principios, cuando Kate no quería contar algo no había nadie que la convenciese de lo contrario—. Gracias por recibirme, Andrew. Que tengas un buen día —se despidió tras arrastrar la silla y ponerse en pie. Comprendió que aquella visita había sido un error y no le gustaba malgastar su tiempo.

Mientras caminaba en dirección a la puerta del despacho para marcharse, escuchó que Andrew tecleaba con rapidez en el ordenador. No se había despedido de ella. Cuando puso la mano sobre la manivela de la puerta escuchó la voz de Andrew a su espalda.

—Nelson Walsh no hace pagos mensuales a la Residencia Morrison. —Ella se volvió y lo miró interrogativa—. Tú misma puedes comprobarlo. —La instó a ir a su lado y que lo comprobase en la pantalla del ordenador.

Kate lo creyó, no necesitó acercarse para verlo con sus propios ojos, eso le parecía demasiado. Mientras, en su interior bullía una gran decepción y un sentimiento extraño hacia Jasper. Andrew continuó tecleando, pero Kate no era consciente de esto. Tan solo podía pensar en que todo lo que le había contado Jasper fuese mentira, que realmente estaba creyendo a un loco por el que sentía pena y un apego especial desde que la miró por primera vez.

—Pero sí hace pagos anuales. Donaciones para mejoras en la residencia en concreto — resonó la voz de Andrew, que logró sacarla de sus pensamientos y que en su boca se dibujase una media sonrisa—. Desde hace diecisiete años exactamente. ¿Te sirven estos datos? No hay nada más —la informó mientras permanecía con la vista clavada en la pantalla—. Son donaciones muy altas, pero no me extraña ya que Nelson Walsh puede permitírselo.

Con una paz interior sobrevenida y diciéndose a sí misma que todo acababa de cobrar sentido, Kate asintió mientras trataba de parecer tranquila y serena. Metió las manos en los bolsillos de su abrigo negro y se acercó más a la mesa de Andrew.

—Gracias por la información. Era muy importante para mí.

—Te ruego discreción con esto, Kate. No debería haberte proporcionado estos datos. Quizá Nelson no desee que se sepa que él ha ayudado muchísimo a esa residencia.

—Tienes mi palabra.

—Y ahora, ¿vas a decirme para qué necesitabas saber esta información? —le preguntó poniéndose en pie y anduvo hasta ella.

—Simple curiosidad.

—Te conozco, Kate. No te presentas en mi despacho por simple curiosidad. Este asunto es importante para ti y deseo saber por qué. Creo que es lo mínimo que merezco después de haberte dado toda la información sin poner condiciones.

Kate valoró contarle la verdad, pero al mismo tiempo pensó que desconocía hasta qué punto Andrew y Nelson se conocían. Nelson era uno de sus mejores clientes, y ella sabía cómo era Andrew en el plano financiero, los negocios siempre tenían prioridad. Estaba segura de que su ex no iba a poner en riesgo las relaciones con Nelson Walsh por alguien a quien consideraría un loco. Y tampoco se podía fiar de que Andrew le contase a Nelson nada sobre ese asunto.

—Como bien sabes, ahora trabajo en la Residencia Morrison. Es un lugar perfecto para mí, lo que siempre deseé para desarrollarme profesionalmente. En un principio pensé que entré ahí porque me escogieron al haber una vacante, pero llevo trabajando allí una semana y comencé a sospechar sobre que mi abuela estuviese detrás de ello, ya sabes lo influyente que es, conoce a todas las personas que tienen un título, y creo tú me lo acabas de confirmar —mintió haciendo su mejor interpretación. Necesitaba dejar tranquilo a Andrew.

—Lo siento, Kate. Pero demuéstales lo que vales, estoy seguro de que no se van a arrepentir de tenerte allí.

En un impulso la abrazó y ella también lo hizo mientras suspiraba más tranquila porque su respuesta había logrado convencerlo sobre la insistencia por Nelson Walsh.

—Gracias, Andrew. Es muy importante para mí que no me guardes rencor por lo que pasó.

—¿Amigos? —Le tendió la mano y ella se la estrechó sin dudarle, mostrándole la mejor de

sus sonrisas. Él lo desconocía, pero le acababa de dar una información muy valiosa.

—Amigos. Una pregunta... ¿Cómo es el duque de Gordon? —No podía marcharse sin saber algo más de ese hombre.

—Una persona muy generosa e influyente, como acabas de comprobar. —Ella esperaba más información y él se lo notó en el rostro—. Me cae bien, es educado, correcto, muy bien relacionado. No está casado ni tiene hijos. Heredó el título de su hermano mayor, una tragedia. Lo encontraron muerto junto con su mujer, nunca se supo quien lo hizo. Su sobrino desapareció, al parecer lo secuestraron esa misma noche, pero el niño no volvió a aparecer. Él ha vivido dedicado a buscarlo durante años, pero nunca se supo nada más. Es un hombre que ha sufrido mucho, creo que por eso ayuda tanto a la gente con todo el dinero que tiene.

—Vaya... lo desconocía.

Andrew había sido muy generoso con toda aquella información. Se despidió de él mientras se alegraba de haber ido a verlo aquella mañana. Fue una de las mejores decisiones que tomó en su vida.

En esos momentos estaba completamente segura de que Nelson Walsh había mantenido retenido a su sobrino en Morrison durante años por alguna extraña razón. No le importaba lo rico o influyente que fuese este, no sabía aún cómo lo haría, pero estaba decidida a devolverle una vida a Jasper fuera de las paredes de esa residencia.

Cuando Kate salió a la calle, unas gotas de lluvia mojaron su rostro, pero no le importó, por alguna extraña razón se sentía feliz. Se dirigió hacia su coche y emprendió camino hacia otra persona que le podría proporcionar más información de primera mano sobre el asesinato de los duques de Gordon.

Era media tarde cuando Kate se paseaba intranquila por el *loft* a la espera de Robert. Desde que lo llamó a mediodía y le contó todo lo que deseaba saber, él le había pedido tiempo para recabar la información que le demandaba. Robert, además de policía era el novio de Ada, la mejor amiga de Kate. Ellas eran como hermanas y este consideraba a Kate como a una cuñada, había vivido en el apartamento de ambos durante dos semanas antes de marcharse al lujoso *loft* en el que lo esperaba con impaciencia.

Robert llegó casi a las diez de la noche. En cuanto que le Kate abrió la puerta le anunció que la espera había valido la pena. Le traía mucha información. Esto provocó una gran sonrisa en ella y le perdonó haberla dejado sin cenar hasta esa hora.

Ya en la tranquilidad de su casa, Kate le contó todo con más detalles a Robert. Sus encuentros con Jasper en la Residencia Morrison y la conversación con Andrew aquella misma mañana. Necesitaba confiarle todo aquello a alguien. Por teléfono solo le dio algunas pinceladas y se alegró de que él se mostrase cooperador sin hacerle demasiadas preguntas.

Cuando Robert abrió el dossier que traía en sus manos ella pudo leer con claridad: *Caso Gordon*.

—Con lo que me acabas de contar y con lo que contiene esta carpeta solo te diré que si tus sospechas son ciertas estamos en un buen lío. ¿Realmente sabes lo poderoso y respetado que es Nelson Walsh en esta sociedad? —le preguntó Robert preocupado.

—Lo he comprobado hoy con Andrew y algo me dice que tú me lo vas a corroborar. Cuéntame todo lo que has averiguado sobre el asesinato de los duques de Gordon y la desaparición de su único hijo. Andrew solo me habló de lo que él sabe, de ti quiero la versión oficial.

Robert adoptó una posición más profesional, abrió la primera página del gran dossier que tenía por delante y miró a Kate con gesto de preocupación. No le hacía gracia que su amiga estuviese metida en aquello.

—Los duques de Gordon fueron asesinados hace diecisiete años en su mansión después de una gran fiesta de aniversario que duró todo el fin de semana. Todo apunta a que cuando los mataron ya no quedaba ningún invitado en la casa. Esa noche le habían dado permiso a todo el personal del servicio. Tal y como declaró el guardaespaldas de confianza del entonces duque, Darrell, el señor se sentía protegido en su propiedad y deseaba pasar la noche con su familia. El personal agradeció el gesto de los señores tras el intenso fin de semana y todos se marcharon, quedando solos el matrimonio y su hijo. Se calcula que los asesinaron alrededor de las once de la noche y que fue por dinero. En un principio el móvil del asesinato lo barajaron como un accidente al intento de secuestro del niño para pedir un posterior rescate, pero cuando este no se produjo nunca ni el niño apareció, se barajaron diferentes posibilidades, quedando todas ellas fuera de juego. Nunca se encontró el arma con el que fueron asesinados ni al pequeño desaparecido, todo apuntaba a que dormía en su cama aquella noche. De la casa faltaban objetos de valor, que luego fueron encontrados a la venta en el mercado negro, y bastante dinero de la caja fuerte del despacho, que fue forzada. Consta en todos los informes el empeño y cooperación de Nelson Walsh para que encontrasen al asesino de su hermano mayor y de su cuñada, al igual

que la intensa búsqueda durante años de su sobrino. Kate, ese hombre que has encontrado en Morrison no puede ser el verdadero Jasper Walsh. Lo más probable es que trate de usarte para salir de allí.

—¿Y si su tío lo tiene allí encerrado por alguna razón? Como te he dicho, Nelson hace cuantiosas donaciones a Morrison desde hace exactamente diecisiete años. Muy sospechoso, ¿no crees?

—No existe una razón para ello, Kate. Lo he analizado. Nelson Walsh estaba en un famoso y respetado club jugando al póker a la hora y el día del asesinato y secuestro de su sobrino, se le investigó en su momento ya que fue el único beneficiado económicamente con la muerte y desaparición de ellos. No hay nada. Está limpio. Es un ciudadano ejemplar.

—¿Y por qué el paciente de Morrison afirma ser ese niño y acusa a Nelson Walsh de mantenerlo allí encerrado?

—No lo sé. Quizá solo te esté utilizando para que lo saques de allí o te acerques demasiado a él.

—No tiene familia, y su edad coincide con la del hijo de los duques, lleva diecisiete años allí y Nelson Walsh hace el mismo tiempo que transfiere cuantiosas donaciones a Morrison, por Dios, Robert. —Comenzaba a desesperarse. Se paseaba delante de él mientras la observaba revolverse el pelo—. ¡No me digas que no ves nada raro!

—¿A dónde quieres llegar con todo esto, Kate? No tienes pruebas, solo la palabra de una persona con un historial demente desde hace diecisiete años. Nelson Walsh es una persona intachable, amigo personal de la Reina, miembro de la Cámara de los Lores... ¿Sigo? No te metas en esto, no arruines tu vida por algo que no merece la pena. Aquí tienes todo lo que hay. —Le entregó la carpeta con toda la información—. Es un caso cerrado. Y ahora necesito que me prometas que dejarás este tema. Ayuda a ese muchacho cómo psiquiatra, espero que mejore porque es muy joven, pero no vayas más allá.

—No me vas a ayudar... —pronunció con un leve hilo de voz en el que quedaba patente la decepción que sentía.

—Ya te he ayudado. En ese informe lo tienes todo, tus sospechas no tienen fundamento. No puedo hacer caso a un loco, basarme en conjeturas y culpar a una persona como Nelson Walsh cuando nada lo acusa de forma directa. Lo comprendes, ¿verdad? —Le tomó la barbilla con la mano e hizo que lo mirase, esperanzado en que dejase ese asunto.

Kate comprendió que Robert ya había hecho demasiado, el resto le tocaba llevarlo a cabo sola. Asintió y trató de convencerlo de que había logrado transmitirle su mismo parecer.

—Tienes razón. Creo que todo esto me viene grande. Acabo de entrar a trabajar allí y al revisar tantos historiales de personas con unas vidas rotas... El caso de este chico quizá me haya llegado más por su edad, es tan joven... Pero debo de aprender a no tomármelo todo tan a pecho. Mi obligación es dejar el trabajo a un lado cuando salgo por la puerta de Morrison.

—Esa es mi chica. —Robert la abrazó y le dio un cariñoso beso en el cabello.

—Gracias por todo. —Se deshizo del abrazo y lo miró a los ojos—. Me gustaría que esto quedase entre tú y yo. No quiero que Ada piense que lo estoy haciendo fatal.

—Tranquila, no le dije que venía a verte. Ella cree que aún estoy en el trabajo, le dije que tenía turno doble.

—Gracias.

Cuando Robert salió por la puerta, Kate volvió a releer todo el dossier con la información que le había dejado. Ella sí creía a Jasper, y ahora más que nunca. ¿Cómo un policía no veía las cosas tan claras como ella? No sabía quién había matado a los duques, pero estaba segura de que

Nelson mantenía retenido a su sobrino en Morrison por alguna extraña razón, y estaba decidida a averiguarlo. Soltó una sonora carcajada cuando se dio cuenta de que solo había una persona que podía ayudarla en esos momentos; Jasper Walsh. Lo creía y estaba segura de que era el hijo de los difuntos duques de Gordon.

Al día siguiente, Kate se las ingenió para visitar el ala de Morrison donde se encontraba Jasper. Conforme se acercaba a su habitación, en el pasillo, escuchó unos sonoros gritos, aterradores, que la dejaron tan paralizada que fue incapaz de moverse por unos segundos. Luego, cuando se aproximó a la puerta vio cómo dos celadores intentaban reducirlo. Jasper no llevaba la camisa de fuerza y trataba de deshacerse de ellos. Con suma facilidad Jasper hizo crujir el brazo de uno de ellos. El otro hombre sangraba por la nariz. Kate sintió tal escalofrío como dolor debió de percibir el hombre al que se lo propició. Jasper estaba como loco mientras que dos hombres intentaban calmarlo y ponerle la camisa de fuerza de nuevo. El señor Potter entró en la habitación como un huracán, pasó por el lado de Kate y esta se sostuvo en el quicio de la puerta para no caer, le administró una dosis que traía preparada en una jeringuilla y consiguió aplacar a Jasper de inmediato.

—¡Joder, es una bestia! —se quejó uno de los celadores mientras se preocupaba por su compañero, doblado en el suelo, aferrado al brazo que probablemente Jasper le hubiese roto.

—¿Por qué le quitasteis la camisa de fuerza? —preguntó enfadado el señor Potter.

—Desde que el señor Jones está de baja no hemos recibido órdenes respecto a él. Le preguntamos al médico de turno y nos dio permiso.

—Yo me encargaré mientras no haya otra designación. Nadie que no sea yo puede entrar en esta habitación de ahora en adelante, ¿entendido? —ordenó al tratar de componer aquel desbarajuste—. Charles, ve a que te miren ese brazo —le indicó al celador agredido—. Owen, llama a alguien para ponerle de nuevo la camisa de fuerza a esta bestia. —Miró hacia Jasper, sedado en la cama. Pasó por el lado de Kate, que contemplaba todo con los ojos muy abiertos desde la puerta—. Doctora, no debería estar usted aquí. Ya ha visto lo peligroso que puede ser este hombre.

Como en estado de trance, Kate asintió, se dio media vuelta y se marchó. El largo recorrido que la llevaba hasta su despacho lo hizo pensativa, con la dura imagen en la cabeza de Jasper rompiéndole el brazo a un celador. Ese crujido no se le iba de la mente. Se sentó en su despacho, se pasó las manos por la cara y el pelo y trató de serenarse. Todos sus pensamientos y sentimientos estaban demasiado alterados, ya no sabía qué pensar de Jasper. ¿Estaba ante un monstruo o una persona encerrada injustamente que solo clamaba la libertad que se merecía?

Aquella noche había quedado para cenar con Ada en un restaurante italiano que a ambas les encantaban y solían ir una vez al mes.

—¿Qué te ocurre? Estás muy pensativa, ¿algo no va bien? —se interesó Ada, que apartó los cubiertos de la lasaña que tenía delante y se centró en Kate, que aún no había probado la pizza que tanto le gustaba de aquel lugar.

—Cuestiones de trabajo.

—¿Un caso difícil? —indagó—. Puedes contármelo.

—En realidad no es un caso mío, es un paciente de Morrison. No lo llevo yo.

—¿Quieres un consejo? Aprende a dejar todos los problemas del trabajo dentro del despacho cuando te marchas o no tendrás vida.

—Es complicado cuando ves el día a día de esa gente.

—Lo sé, llevo varios años ejerciendo, pero luego te acostumbras. Tienes tu vida y tus propios

problemas, no dejes que los de tus pacientes interfieran en ella más de lo estrictamente profesional.

—Gracias por el consejo, supongo que estoy en mi periodo de adaptación, por ello algunas cosas me afectan más.

—Es normal. Pero aquí estoy yo para brindarte todo mi apoyo como siempre.

—Vamos a comernos esta exquisita comida antes de que se nos enfríe.

Ya en casa, Kate no consiguió dormir demasiado aquella noche. Algo dentro de ella se debatía y dudaba de Jasper. No sabía qué hacer, si creerlo y ayudarlo o tratarlo como a un paciente más de Morrison. La fuerza y la crueldad que había presenciado aquella mañana en él la dejaron conmocionada. ¿Y si llegaba a actuar así con ella? ¿Y si la atacaba en un arrebato? Algo en su interior le decía que no lo haría, pero ver aquella escena sembró el miedo y la desconfianza en su cuerpo.

Los dos días siguientes Kate estuvo de descanso y no apareció por Morrison, ese tiempo le valió para pensar con claridad y determinar si ayudaba a Jasper o se alejaba definitivamente de él.

Por su parte, él estaba más impaciente que nunca. Mientras el señor Potter le administraba la dosis para reducirlo, pudo ver cómo Kate lo miraba. Necesitaba hablar con ella, explicarle que nunca se comportaría de ese modo en su presencia. Lo que menos deseaba era asustarla. Sabía que ella era la única que podía ayudarlo a salir de allí. En aquellos momentos lo tenía más negro que nunca, sin embargo, confiaba en que la doctora Griffin se apiadase de él y volviese a visitarlo.

Pasaron tres días más y, por mucho que lo intentó, Kate no pudo acercarse a Jasper. Harry continuaba de baja y Morrison comenzaba a necesitar refuerzos. Los médicos con más experiencia comenzaron a hacer el trabajo del director y Kate se vio con seis nuevos pacientes. Su sorpresa fue tan grata que casi dio un grito de alegría cuando leyó que Jasper pasaba a ser uno de ellos. Al principio pensó que quizá se tratase de un error, pero no le dio más vueltas y decidió aprovechar la oportunidad. Le extrañó que no tuviese un apellido en la ficha, como el resto de los pacientes, y también le llamó la atención que su historial se compusiese de tan solo de una larga lista de medicamentos que debía tomar según sus diferentes episodios.

Horas después, recibió una llamada del señor Jones en el que le decía que había puesto en sus manos a uno de los pacientes más especiales y difíciles de tratar de Morrison. Le advirtió de que con él solo cabía la medicación, ni las terapias, ni conversaciones, ni salidas al jardín. Sus indicaciones fueron tajantes, sin embargo, Kate se alegró de que se las hubiese dado a ella de forma personal y por teléfono, de esa manera nadie la cuestionaría de lo que hiciese con Jasper desde ese momento en adelante mientras que Harry continuase de baja y sin aparecer por allí.

Cuando Kate se presentó en la habitación de Jasper con completa libertad para acudir allí, sentía miedo. Trató de dominarlo, parecer profesional y segura.

Un gran alivio se apoderó del cuerpo de Jasper cuando vio a la doctora de nuevo. Le sonrió con la mirada y esperó que fuese ella quién hablase primero. Necesitaba averiguar si estaba de su parte o en su contra.

—Yo seré tu médica hasta que el señor Jones vuelva de baja. No habrá más medicación que te mantenga dormido y sedado el resto del día —anunció acercándose a él.

En ese instante, Jasper volvió a percibir lo que era la alegría por primera vez en diecisiete años. Tendido en la cama boca arriba con la camisa de fuerza puesta, se incorporó con agilidad,

de un salto. La mirada cálida y transparente que le dirigió hizo que Kate tuviese que tragar con dificultad. La emoción la embargó al ver al niño desvalido y destrozado que tenía ante sí. Le habían roto la vida reteniéndolo en ese lugar durante tantos años, fuese por el motivo que fuese.

—¿Me vas a ayudar? —murmuró Jasper sin apartar su mirada gris de los ojos azules como el cielo de Kate. Ella asintió con un leve movimiento de la cabeza y le dedicó una leve sonrisa a la que él no le correspondió—. ¿Después de lo que viste el otro día y de las advertencias de lo peligroso que soy? —preguntó con desconfianza.

—He tenido tiempo para pensar, mucho. Y he decidido ayudarte —manifestó con decisión.

—¿Cómo? —preguntó con la duda reflejada en su mirada.

Él solo quería salir de allí. Tenía que asegurarse de que la ayuda que le brindaba Kate no era curarlo. No padecía ninguna enfermedad mental, pero al mismo tiempo era consciente de que la tenía que convencer de ello.

—Necesito algo de tiempo.

Se le quedó mirando, pensativo, entre la duda y la esperanza.

—¿Has comprobado que soy el hijo de los duques de Gordon? —Necesitaba que lo creyese.

—Supongo que eso solo podría hacerlo con una prueba de ADN, pero he averiguado cosas que me hacen creer en lo que dices. No me importa de quién seas hijo, por ahora solo necesito hablar contigo y que respondas a mis preguntas.

Jasper asintió, a pesar de llevar allí tantos años encerrado, era una persona sumamente inteligente. Sabía que tenía que convencer a la doctora de que no estaba loco, era lo principal. Luego ya vendrían las causas por las que estaba allí.

—Puedo responderte con coherencia a todo lo que me preguntes. Desde ayer no me administran sedación. Hace años que mi medicación se redujo a pastillas que no me tomaba, pero me porté mal y volvieron los pinchazos. —El rostro de Kate cambió de expresión ante tal revelación, él decidió saciar su curiosidad sin necesidad de que ella preguntase más—. Intentaba estar tranquilo y relajado, me metía las pastillas en la boca y cuando el enfermero salía me las sacaba, las trituraba con las manos y las tiraba en el váter. Llevo años planeando escapar de este lugar. Lo habría conseguido el día que te interpusiste en mi camino en el jardín —le reprochó.

—Te quedaban algunos metros hasta la salida y saltar una reja de entrada de unos dos metros. Dudo de que lo hubieses conseguido. —Se quedó mirándole el cuerpo de arriba abajo, lo estudiaba con detenimiento—. Dime algo, si no te permiten salir de esta habitación, ¿cómo es que tienes esa condición física? —Él la miró extrañado, sin saber muy bien a qué se refería—. Tienes un cuerpo duro como el acero, pude sentirlo cuando caíste encima de mí.

Con agilidad, Jasper se levantó de la cama donde permanecía sentado y se dirigió a la ventana de la habitación, desde donde contempló el paisaje verde a través de las rejas. Las mismas vistas que había admirado durante demasiado tiempo, para él eran como un cuadro que solo cambiaba en cada estación.

—Hasta hace unos años tenía televisión en esta celda. —No la podía considerar una habitación—. Ahora mato mi tiempo libre haciendo flexiones y diferentes ejercicios que me permiten estas cuatro paredes. —Observó que Kate dirigía la mirada a la camisa de fuerza que llevaba—. Esto solo me lo ponen cuando me porto mal. Me lo he ganado por intentar escaparme. Supongo que es lo que me queda por un tiempo —aventuró.

Kate se acercó a su espalda y con hábiles dedos comenzó a deshacer las correas que lo atrapaban. Lo liberó. Tras hacerlo, sus ojos se recrearon en la ancha espalda y un pecho de acero desnudo de infarto. Tuvo que desviar la vista de su cuerpo y centrarse en lo que había venido a hacer en esa habitación.

—Ahora pediré una camisa normal.

Jasper la miró con intención de darle las gracias, pero las palabras no salieron de su boca. La admiraba en silencio.

Al rato, un celador trajo una camisa, se la dejó al paciente encima de la cama mientras lo miraba con miedo al verlo sin camisa de fuerza y el pecho desnudo. Antes de salir, preocupado, le advirtió a Kate en un susurro:

—No confíe demasiado en él, doctora. Si se lo propone puede matarla de un solo golpe.

Kate solo asintió. El celador se marchó y se quedó a solas de nuevo con Jasper. Cuando dirigió de nuevo la mirada hacia él ya se había colocado la camisa, estaba sentado en la cama y la mirada que le dirigía era tranquila. A la espera de las indicaciones de ella. Dispuesto a confiar en Kate para que lo ayudase a salir de allí.

—Mañana quiero que me acompañes a mi consulta y me prometas que no harás ninguna tontería por el camino. Si pido que te acompañen dos celadores se quedarán en la puerta y no es conveniente que nadie escuche nuestras conversaciones. Aquí no las podemos tener ya que tu habitación está vigilada con cámaras.

Las palabras y la mirada de Kate hicieron que asintiese y confiase en ella.

—¿Va a ayudarme a salir de aquí? —Necesitaba una confirmación para estar tranquilo. Tener una esperanza.

Kate solo asintió, pero su mirada le transmitió tal confianza que la creyó. Algo nuevo se despertó dentro de él. Hacía años que nadie confiaba en su palabra ni hablaba con él como una persona normal.

—Descansa, Jasper. Y no hagas ninguna tontería —le advirtió antes de marcharse.

Él sabía muy bien que la doctora era su única salida en aquellos momentos, iba a hacerle caso y se dejaría guiar por ella.

Al día siguiente, de camino a la consulta de Kate, él observaba con detenimiento y admiración los largos pasillos de Morrison. A pesar de llevar tantos años allí apenas los conocía. Estaban desiertos, no se encontraron con nadie, algo que Kate agradeció, pero era consciente de que toda la residencia estaba monitorizada por cámaras de seguridad. Pronto sabrían que Jasper había salido con ella de su habitación, pero tenía que hacer que confiaran en su persona. Iba a tratar a Jasper como al resto de sus pacientes, en su consulta, e incluso, le permitiría volver a salir al jardín.

—Siéntate, por favor —le pidió tras entrar en el despacho y cerrar la puerta. Él la obedeció mientras Kate cogía un expediente, el suyo, de un archivador cercano y se sentó en la silla que había vacía a su lado. No adoptó la posición tras la mesa como Jasper esperaba.

Con una mirada observadora, Kate apreció que él tenía la vista clavada en un sofá que se encontraba en un rincón de la consulta.

—No creo que te guste mantener nuestra conversación ahí. Considero que has pasado demasiado tiempo tumbado en una cama. —Él asintió con un gesto de agradecimiento, pero su rostro continuó serio, sin expresión alguna, algo que a Kate logró partirle el corazón preguntándose qué habían hecho con ese niño. A pesar de ser un hombre y medir casi un metro noventa, ella lo veía como a un niño.

—Gracias —consiguió decir. Era una palabra que hacía años no pronunciaba, había olvidado hasta su significado. Al manifestarla sintió que hacía bien en hacerlo, si algo no había olvidado en todos esos años era la magnífica educación que recibió hasta los ocho años.

—Cuéntame cómo llegaste aquí. —Necesitaba poner en orden todo.

—Me desperté en la habitación de este lugar. No recuerdo nada más.

—Me dijiste que tu tío te retiene aquí, ¿cuál es la causa? —preguntó con interés.

—Es el actual duque de Gordon, maneja la fortuna y el título que me corresponden.

—¿Me estás diciendo que estás aquí desde los ocho años de edad por eso? Me cuesta creerlo. Tu tío habría sido duque y manejado tu fortuna hasta tu mayoría de edad.

—Mi tío es una mala persona.

—No es lo que he averiguado ni la imagen que tiene. Comprendo que desees salir de aquí, pero si quieres que te ayude vas a tener que confiar totalmente en mí. Comprendo que te cueste hacerlo, pero no te queda de otra. ¿Cuáles son tus planes? ¿Alguien más sabe quién eres? ¿Quién te va a ayudar cuando pongas un pie fuera de aquí? ¿Eres consciente de lo que ha cambiado el mundo exterior desde que entraste en este lugar siendo un niño? —Todas estas preguntas hicieron que Jasper se cuestionase muchas cosas, pero la principal de todas era salir de allí. Permaneció pensativo, sopesando si contarle todo o no a Kate. Tenía que jugársela, hasta ahora no había confiado en nadie. ¿Y si había llegado el momento? —. Tu tío es una persona muy influyente, importante y poderosa, por lo que he podido averiguar.

—Cuento con eso —comentó en un tomo de voz impasible y resignado.

—Jasper, cuéntamelo todo. —Kate comenzaba a perder la paciencia. Solo tenía que observar a ese hombre que tenía ante sí para saber que le ocultaba muchas cosas. Dosificaba la información y su mente tenía planes trazados, ella necesitaba saberlos. En esos momentos estaba

más segura que nunca de que la persona que tenía a su lado jamás había padecido ningún trastorno mental.

Jasper levantó la cabeza como a cámara lenta hasta que fijó los ojos en los de Kate, sus miradas se encontraron. La de él vacía y triste, la de ella interrogativa y dulce.

—Vi como mi tío mató a mi madre de un tiro y escuché cuando le dio otro a mi padre. Cuando aparecí ante él tenía la pistola en la mano. —Tras escuchar esta fría confesión Kate sintió que el tiro lo recibía ella. Quedó impactada y sin capacidad de reaccionar—. Mi tío me descubrió, solo estaba yo en casa, pensé que me iba a matar. Después de eso solo recuerdo despertarme en este lugar. Han tratado de borrarlos los recuerdos, pero siempre grité que él mató a mis padres. Ahora me arrepiento de ello. No fui lo bastante inteligente. Debía haberles hecho creer que no recordaba nada, que no vi nada, y mi vida hubiese sido otra. Mi tío ha venido un par de veces a verme en persona. Cuando cumplí los quince años, ante mis ruegos de que me sacase de aquí, me lo brindó a cambio de mi silencio, pero no acepté sus condiciones. Recibí como regalo de cumpleaños que me quitasen la televisión de la habitación. A partir de ese día solo me dejaban lecturas, revistas de economía y noticias. No sé por qué a mi tío le interesa que yo sepa cómo es el mundo exterior y qué sucede. No sé qué interés puede tener en mantenerme con vida y eso es lo que trataré de averiguar al salir de aquí. Debe de existir una poderosa razón por la cual no me haya matado. Lo hizo con su propio hermano, ¿por qué no hacerlo con su sobrino? Siempre deseó ser el duque de Gordon y tener todo lo que ostentaba mi padre.

—Jasper, lo que acabas de decirme es muy grave. —Kate lo miraba con los ojos muy abiertos.

Él solo hizo un simple encogimiento de hombros, restándole importancia.

—Necesito que tú me creas y me ayudes a salir de aquí. Solo debes de saber que no estoy loco, que este no es mi lugar. Si estoy aquí es porque vi algo que nunca debía de haber presenciado. No descansaré hasta que venga la muerte de mis padres y se haga justicia con mi tío.

—No puedes salir ahí y matar a tu tío. —Le hizo ver, alarmada, revolviéndose el pelo. La confesión de Jasper acababa de descolocarla.

—No son esos mis planes, tranquila. Salir y matarlo sería demasiado fácil, necesito que sienta y sufra lo que yo en todos estos años.

—¿Tienes un plan? —Deseaba entrar en la mente de Jasper y saber todo lo que tenía ahí trazado. Algo le decía que lo tenía perfilado a la perfección.

—Tengo muchos planes. Si uno no sale bien, tengo otros. Créeme que me han sobrado años para meditarlos.

—Y yo soy el medio para tu salida de aquí —pronunció con temor.

—Tú eres mi esperanza a que termine este calvario en el que vivo. Intenté suicidarme en varias ocasiones, a los pocos años de estar aquí, pero ni eso me permitieron. En todos estos años me he alimentado de venganza, sino ¿qué sentido tenía mi vida? No tengo a nadie, solo deseo que mi tío pague por lo que hizo. Mi vida no vale nada, no tengo sueños ni aspiraciones, tan solo deseo hacer justicia.

Ante tal confesión sin sentimiento alguno ni inmutársele un solo músculo de su cuerpo, Kate sintió que se mareaba. Se llevó las manos a las sienes y se las masajeó bajo la atenta mirada de Jasper. Él nunca había experimentado que nadie más allá de sus padres sintiese nada por él. Sin embargo, en lo poco que hacía que conocía a Kate pudo apreciar que se interesaba por su caso, algo que hasta ahora no había conseguido de nadie en esa residencia.

—Todo esto es terrible. —Kate se levantó y se paseó por la estancia mientras trataba de

ordenar sus pensamientos. Aquello superaba todo lo que hubiese imaginado. Estaba descolocada.

—Ayúdame, sácame de aquí. Luego no volverás a verme ni sabrás más nada de mí. Lo que menos deseo es ser un problema para ti.

La mirada de Kate se centró en los labios que pronunciaban esas palabras desesperadas y que sonaban como un ruego. Se preguntó a sí misma si realmente deseaba dejar de saber de Jasper. Algo desconocido en su interior la impulsaba a protegerlo y a ayudarlo, era una sensación que nunca había experimentado con anterioridad.

—Te voy a ayudar, Jasper. Pero al igual que yo confío en ti, tú debes de hacerlo en mí. Esto funciona así. Me queda claro la lucidez y la coherencia con la que me hablas. No sé los verdaderos motivos por los que estás aquí, ni sé si deseo saberlos, pero por lo que respecta a mi profesión creo que debo de ayudarte y devolverte a una vida normal. Me queda claro que no padeces ninguna enfermedad mental y como profesional no puedo permitir que estés en un centro internado. He barajado muchas posibilidades en estos días, entre ellas acudir a la policía u otros médicos, pero he de decirte que te ayudaré a escapar. Lo he valorado y es lo mejor ya que tu tío es alguien tan poderoso, y si lo ponemos sobre aviso jamás saldrás de aquí o incluso puede que te lleve a otro lugar donde yo no tendría acceso.

Estas palabras hicieron que Jasper soltase todo el aire que de forma involuntaria estaba contenido en su pecho.

—¿Qué sigue ahora? —preguntó con temor.

—Déjame pensar. Ahora debes de volver a tu habitación. Llevamos demasiado tiempo aquí.

Kate lo acompañó hasta la habitación, lo dejó ahí, sentado en la cama viendo como ella desaparecía por la puerta, y antes de hacerlo le preguntó con miedo:

—¿Volverás o mi confesión te ha asustado para siempre?

La vulnerabilidad de los ojos de Jasper le atravesaron el corazón. Deseó correr a su lado, abrazarlo y decirle de mil maneras que confiase en ella, que no lo iba a abandonar.

—Las sombras de tu pasado pronto se convertirán en luces, confía en mí.

Jasper se quedó mirando la silueta de Kate, desapareció ante su mirada, cerró la puerta y echó el cerrojo. Se tumbó y cerró los ojos sintiéndose de nuevo en una jaula, pero en esta ocasión con la esperanza de que quizá pronto ya no estaría allí. Trató de convencerse de que la necesitaba a ella para salir de allí, pero la verdad era que la doctora había logrado que se abriese a alguien como nunca antes lo había hecho.

Al día siguiente, dos celadores, por órdenes de Kate, acompañaron a Jasper hasta su despacho de nuevo. Quería infundir normalidad como hacía con el resto de pacientes. Tan solo acudía a verlos a sus habitaciones cuando era estrictamente necesario. Y si quería sacar a Jasper de allí, tendría que ser normal que él saliese con frecuencia de su habitación para acudir a consulta y no representase una alarma para nadie.

—Siéntate, por favor —indicó Kate con profesionalidad cuando entraron con Jasper en su despacho. Él la obedeció en silencio—. Llévense a la señora Foster a dar un paseo por el jardín antes de ir a su habitación, se lo he prometido. —La anciana le dedicó una amable sonrisa y Kate advirtió que a los celadores no les hizo mucha gracia su mandato, pero ella se había asegurado de tener como último paciente del día a la amable señora Foster, una mujer que iba en silla de ruedas y necesitaba la ayuda de celadores para todo.

—Y bien, Jasper, ¿cómo va todo? —preguntó de forma profesional mientras le hacía un gesto con la mano para que esperase a hablar con confianza hasta que los celadores estuviesen lo bastante lejos.

—Debemos de trazar un plan para que me saque de aquí cuanto antes —dijo Jasper en voz muy baja. Impaciente, no había dormido en toda la noche. Se levantó de la silla que ocupaba y se paseó delante de ella, inquieto.

—Debo de ganarme la confianza de las personas de este lugar como tu médica, que no me vigilen cuando acuda a visitarte. Cuando eso ocurra, te daré vía libre para que te metas en mi coche. Es este. —Le enseñó una foto en su móvil, color y modelo—. Lo tendré aparcado en la zona derecha delantera, irás hasta él y así saldré de aquí contigo.

Jasper negó con un gesto de la cabeza.

—¿Ese es tu plan? Mi tío es una persona muy poderosa, no quiero que tome represalias en contra tuya. Hay que buscar la forma de hacerlo y que tú no seas sospechosa de nada.

—No te preocupes, puedo conseguir otro trabajo. Creo que el fin, en este caso, sí justifica los medios. Te he estudiado con detenimiento, no estás aquí por un problema mental, y esa es la razón por la que te voy a ayudar y arriesgarlo todo.

—No me preocupa tu trabajo, sino tú. No sabes hasta dónde puede llegar mi tío si alguien se interpone en su camino.

—Déjame pensar todo esto bien, Jasper. —A Kate le dolía la cabeza, había tenido una mañana intensa de pacientes. Fue al sillón situado detrás de la mesa y tomó asiento ahí. Sacó una pastilla y se la tomó con agua.

—Eres buena, quizá la única persona de buen corazón con la que me haya cruzado en años —murmuró Jasper mientras la observaba, con los ojos clavados en su esbelta garganta blanca mientras tragaba el agua con la cabeza levemente inclinada hacia detrás para que pasase bien la pastilla.

Estas palabras hicieron que Kate centrase la mirada en él, sentado allí al borde de la silla, con la espalda levemente curvada, las manos entrelazadas y su mirada fija en ella. Lo dijo como un murmullo que ella entendió a la perfección y logró emocionarla. Deseaba levantarse a abrazar a ese niño desvalido, pero se contuvo. No era profesional. No debía mezclar los sentimientos.

—¿Te apetece dar un paseo por el jardín? —le propuso Kate para sorpresa de Jasper, que la miró esperanzado—. Tienes que prometerme que no harás ninguna tontería —le advirtió de inmediato—. Será un paseo breve, lo suficiente para que te vean y comiencen a confiar en ti y la evolución que estás sufriendo con tu nueva doctora.

Jasper asintió. La mirada tranquila que le dirigió a Kate hizo que esta confiase en él.

Salieron del despacho de ella y, para sorpresa de Jasper, la doctora Griffin lo tomó del brazo. Al sentir el contacto de su mano en él se tensó, pero no aminoró el paso. Con la mirada alta y al frente, se dejó guiar por ella.

En el recorrido hasta que llegaron al jardín Jasper no perdió oportunidad de memorizar en su cabeza todos los lugares por donde pasaban, a Kate no le pasó esto desapercibido. Una vez más, Jasper le demostraba que era una persona cuerda e inteligente.

Una vez en el jardín, hacía un día soleado, Kate dio un paseo con él. Los celadores y médicos que se encontraban en el jardín con otros pacientes la miraron con desconcierto. Jasper era conocido en todo Morrison como un paciente agresivo y peligroso. Ella se encargó de demostrar aquel día que no era así. Él permaneció en todo momento a su lado, tranquilo y relajado. Admiraba los alrededores con emoción y curiosidad, al mismo tiempo que soñaba con salir de allí muy pronto.

—Creo que por hoy ha sido suficiente —comentó Kate. Se paró y lo miró a los ojos—. Gracias por esta actitud tan ejemplar a mi lado. Creo que nos hemos ganado el respeto de parte del personal.

—Igual han pensado que estás tan loca como yo —murmuró Jasper, serio.

Kate lo miró con una sonrisa.

—¿Eso ha sido una broma? —preguntó con una carcajada—. ¿Jasper Walsh tiene sentido del humor?

—He observado las miradas que nos dirigían todos. Solo les ha faltado correr de miedo al verme suelto y sin camisa de fuerza. He observado varios intentos de acercarse a nosotros de varios celadores, pero tú los has parado con la mirada.

—Eres muy observador.

—Mucho. En todo este tiempo he aprendido que observando se puede aprender más de lo que todos piensan.

—A mí también me has observado, ¿qué piensas de mí? —se atrevió a preguntar.

La miró y la observó en silencio. Tras unos largos segundos, en los que Kate pensó que no iba a responder, dijo:

—Que eres la única persona con corazón que ha pasado por este lugar en mucho tiempo.

Kate le agradeció su sinceridad con una gran sonrisa. Jasper se quedó mirándola, casi embobado, pero de pronto sus sentidos, siempre alerta, se despertaron, se lanzó sobre ella y la tumbó en el suelo. Él cayó a su lado. Y tras ellos, muy cerca, una silla que un paciente acababa de tirar por el balcón que tenían justo encima.

—¿Están bien? —preguntaron las voces de varios enfermeros desde arriba.

Kate y Jasper aún se encontraban en el césped, tirados. Él encima de ella. La protegía con su cuerpo.

Ella lo hizo a un lado y observó la silla de madera, rota en varios pedazos, al lado de ambos.

—Eh... sí, estamos bien. Creo.

Jasper se levantó con agilidad y le extendió la mano para ayudarla.

Kate se levantó un poco dolorida.

—¿Está bien? —le preguntó Jasper preocupado.

Ella se compuso un poco la ropa y el pelo mientras asentía.

—Gracias, Jasper. Me has salvado. Y creo que es algo que muchos han visto.

Él se dio la vuelta y vio a un grupo de personas que tenían alrededor y los observaban con interés.

—Doctora, será mejor que la revisemos —propuso un compañero médico que se acercó hasta ella.

Cuando Kate vio que dos celadores tomaban a Jasper, cada uno por un brazo, les indicó:

—Trátenlo bien. Este hombre me acaba de salvar la vida. Si no llega a ser por él esta silla hubiese caído sobre mi cabeza.

—Lo siento, doctora Griffin —le pidió disculpas un compañero médico—. El paciente se descontroló. Hoy comenzaba una nueva medicación.

—Doctora, ¿está bien? ¿Qué le ha hecho esta bestia? —preguntó el señor Potter con la mirada clavada en Jasper.

—Solo me ha salvado la vida. Tranquilo. Al parecer en Morrison hay más bestias.

Pasó por su lado con una mirada molesta.

A Jasper lo llevaron de nuevo a su habitación y Kate volvió a casa en un taxi. Varios compañeros se empeñaron en que no condujese aquella noche tras el golpe sufrido.

Al día siguiente, Jasper volvió a la consulta de la doctora.

Había pasado una noche intranquilo, solo pensando en ella y en cómo estaría después del

accidente del que la salvó. Tenía miedo de que este le hubiese afectado y no volviese en un tiempo. Cuando la vio tras su mesa, con tan buen aspecto, en sus ojos se dibujó una sonrisa, la que sus labios no reflejaron.

—¿Está bien? —preguntó preocupado.

Kate asintió.

—No fue nada. Solo el susto de verme tirada en el suelo y ese objeto a nuestro lado que nos podía haber matado a uno de los dos. ¿Tú estás bien? Llamé anoche desde mi casa y me confirmaron que sí, pero necesito oírlo de ti.

—Sí, soy fuerte. Para mí no fue nada.

—Me protegiste con tu cuerpo, quedando expuesto a que la silla te alcanzase a ti.

—Mi padre siempre me enseñó a cuidar y proteger a las mujeres. Hay cosas que nunca se olvidan.

Kate lo miró en silencio. Se levantó, fue hasta él y se atrevió a tomarle una mano entre las suyas.

—Gracias, Jasper Walsh. Me has salvado la vida. Te prometo devolverte la tuya.

Jasper volvió a la habitación seguido y custodiado en todo momento por Kate. Al entrar en la que había sido su estancia permanente durante tantos años no sintió la sensación de ahogo y prisión de siempre, algo en él había cambiado. Ahora tenía esperanzas. Miró a la hermosa mujer que tenía al lado, que lo acompañó hasta la cama, y la vio como a un ángel. Le recordó a su madre cuando lo acompañaba a dormir todas las noches.

Durante los siguientes días Kate se comportó con Jasper, ante los ojos de todo el personal de la Residencia Morrison, como toda una profesional. Hasta recibió una llamada del doctor Jones en la cual la felicitaba. Al hablar con él, se quedó más tranquila ya que el hombre le corroboró lo que ella sospechaba, el ataque de gota era muy severo y le quedaban unos días más en cama. Tiempo que era oro para Kate y sus planes. Lo tenía todo trazado y medido, aquella tarde cuando acudiese a ver a Jasper le relataría todo al milímetro. En esos días había hablado con él en varias ocasiones, si no bien todo el tiempo que le hubiese gustado, sí el suficiente como para apreciar que era una persona muy inteligente. En un principio lo infravaloró al pensar que tendría que razonar con él como con un niño, pero comprobó que su mente era adulta cuando hablaba con ella.

Cuando Jasper acompañó a Kate ese día a su despacho, para las charlas que mantenían como terapia ante los ojos de los demás, ella observó que el personal ya ni se inmutaba por estos movimientos, en cuestión de días, haciendo valer su autoridad como médica del paciente y el buen comportamiento de Jasper, habían conseguido establecer unos hábitos y que estos fuesen respetados. En su interior pensaba que nadie debía de haber informado al doctor Jones de esto, pero sabía que era una ventaja y se aprovecharía de ella hasta que pudiese.

Tras cerrar la puerta y comprobar que no había nadie en los pasillos, Kate se volvió hacia Jasper, ya sentado en el sillón que había ocupado desde el primer momento en el que pisó su consulta, con una sonrisa. En su interior sentía que todo iba muy bien y saldría igualmente.

—Tengo que ponerte al tanto de todos los planes que he trazado. Está todo calculado.

Jasper se levantó de pronto, con su semblante serio y gesto autoritario, y no la dejó continuar.

—Yo también lo he planeado todo en estos días. Hay una forma de que yo salga de aquí, nadie sospeche de ti y conserves tu trabajo —lo dijo como una orden, con seguridad y hasta con un cierto toque de mando y arrogancia. Kate lo recibió como una bofetada a pesar de ser algo bueno para ella. Sin embargo, le dolió que ni siquiera la hubiese escuchado.

—Jasper... —intentó protestar mientras él comenzó a pasearse por la estancia con ambas manos entrelazadas en la espalda y la cabeza gacha.

—Tienes acceso a todas las llaves de este lugar. Dámelas. Cuando regrese el doctor Jones me escaparé. No te implicaré de esa forma, ya no seré tu paciente ni tu responsabilidad. —Kate lo miró desconcertada. Llevaba noches sin dormir trazando planes para sacar a Jasper de allí.

—¿Cómo piensas salir de aquí? Este lugar está en medio de la nada. —Alzó las manos contrariada—. No sabrías hacia dónde dirigirte cuando salgas tras la verja de entrada. Hay una larga y solitaria carretera.

—Saldré de aquí en el camión que trae la comida una vez a la semana. No me verán. Así llegaré a Londres.

—¿Y luego qué? —casi le gritó sin dejar de acusarlo con la mirada.

—Recuperaré lo que me arrebataron y haré justicia.

Kate movía la cabeza sin control de un lado a otro mientras se retorció las manos con nerviosismo. Por primera vez pensó que estaba loco. Trató de serenarse y lo observó allí, con esa mirada transparente y a la vez dura como una roca. Estaba claro que él la quería proteger, pero ella no lo iba a permitir.

—Siéntate y hablemos con tranquilidad —resonó como una orden. Jasper percibió el tono y el enfado reflejado en su rostro—. Estoy metida en esto de lleno, no voy a dejar que me dejes al margen. Puedo ser flexible y valorar tus planes junto con los míos, quizás encontremos así la ecuación perfecta.

Estas palabras lograron que Jasper la escuchase con atención, pero algo le decía que él iba por su propio lado y tenía que convencerlo.

—Tu plan me parece aceptable, pero con algunos matices. Te voy a entregar una copia de las llaves para salir de este lugar, me aseguraré de que la puerta de tu habitación no quede cerrada por fuera con el cerrojo, haré que salte el sistema de seguridad para que no te vean salir por las cámaras, pero no te irás en un camión desconocido a Londres. Te meterás en mi coche y me esperarás ahí hasta que yo termine mi turno y salgamos de aquí. De esa forma no me implicarás en nada, saldré de este lugar como lo hago todos los días y al día siguiente regresaré a mi trabajo con normalidad. Tendré información de primera mano sobre lo que digan aquí de tu huida, no sabemos si avisarán a la policía, o si tu tío tomará otras medidas. Ahí fuera hay un mundo que desconoces por completo, Jasper. Deja que te ayude antes de que te engulla cuando salgas de aquí.

Un Jasper pensativo, mientras se rascaba la abundante barba, valoraba sus palabras. En lo que Kate creyó una eternidad él asintió. Estaba conforme con su plan, su mirada era sincera. Algo le dijo que sí iba a hacer lo que le relató.

—Me parece bien —manifestó convencido. No deseaba implicarla a ella de cara al director de la residencia ni de su tío. Llevaba noches sin dormir, la impaciencia y las ganas de salir de aquel lugar lo tenían ansioso y esto quedaba patente en sus ojeras.

—Descansa, Jasper. Se te ve agotado —le aconsejó sin dejar de repararlo de arriba abajo.

Él solo asintió mientras se volvía y clavaba la mirada a través de los cristales por los que entraban unos débiles rayos de sol. Kate no pudo saber qué pasaba por su mente, solo percibió dureza e indiferencia. Tenía la mirada perdida en el horizonte. Se acercó y le tocó el brazo con un gesto de cariño sin dejar de mirar su rostro. Se preguntó cómo sería sin esa tupida y larga barba rubia, con el pelo recogido o corto, sin la maraña descuidada que le caía hasta los hombros.

Cuando Jasper percibió el calor de la mano de Kate sobre su musculoso brazo se sobresaltó como si lo hubiesen quemado, estaba tan poco acostumbrado a los gestos de cariño que lo

percibió con extrañeza. Se apartó de ella como si le hubiese dado una bofetada y se llevó la mano al lugar donde aún permanecía el calor del contacto de la mano de Kate. Se frotó con suavidad, extrañado, y ella lo observó perdido en un mundo que no era la realidad de aquel despacho. Mientras más se acercaba a Jasper, más se le partía el corazón, era una persona rota y dudaba de que algún día pudiese recomponerse de todo por lo que había pasado. Emocionalmente siempre sería una persona débil y con reacciones extremas a lo que le sobreviniese, pero estaba decidida a ayudarlo. Jasper Walsh suponía todo un reto en su carrera y no lo pensaba dejar a la deriva. Iba a tratar de curar sus heridas interiores y de ser su amiga.

—Ya tendré tiempo de descansar y de dormir en paz cuando salga de este lugar —reaccionó él, un poco brusco apartándose de la cercanía de Kate.

—Vamos a tu habitación. Llevamos demasiado tiempo aquí y no es bueno que sospechen —anunció ella para calmar el ambiente.

Cuando llegaron a la habitación, Kate sintió la necesidad de darle un beso de buenas noches. Lo sintió solo, desorientado y perdido. Lejos del Jasper seguro que le contrarió sus planes. Se preguntó qué había logrado trastocarlo, pero no se atrevió a hacerlo en voz alta. Ya tendría tiempo de hablar de todo con él cuando lo sacase de ese lugar.

Jasper no estaba acostumbrado a que nadie fuese amable con él ni que le importase a nadie. Esa tarde había experimentado una clase de amabilidad, junto con la preocupación que advirtió en los ojos de Kate cuando le dijo que ya no lo vería más, que lograron descentrarlo. Sintió que le importaba, había percibido el cálido contacto y aún le quemaba su roce. Los latidos del corazón se le habían disparado cuando ella lo tocó sin miedo. Por primera vez en mucho tiempo deseó que alguien lo abrazase. Por las noches solía soñar que su madre lo acunaba, protegiéndolo de todo. En aquella ocasión Kate la sustituyó en sus sueños. Esto hizo que Jasper se despertase sudoroso y alterado. Desde que conoció a la doctora Griffin no había podido dejar de pensar en ella. Hasta esos momentos se había convencido de que era una llave para salir de allí, pero esa noche se dio cuenta de que estaba equivocado. Sus sueños estaban siempre relacionados con momentos felices y personas a las que quería, sus padres, y ella acababa de aparecer en ellos. Esto lo abrumó, no sabía cómo manejar aquellas nuevas sensaciones.

Cinco días después, ya más recuperado, el doctor Jones se incorporó de nuevo a su puesto de trabajo. Jasper dejó de ser paciente de Kate y con ello se acabaron muchas de las pequeñas cosas a las que se había acostumbrado. Entre ellas, verla aparecer todas las mañanas con una sonrisa en su rostro. Sonrisa a la que él nunca correspondía, pero la doctora no perdía la esperanza de que algún día lo hiciese. Jasper continuaba serio y distante con ella, pero algo le decía que había cambiado. Su mirada le transmitía confianza y apostaba a ganar porque era un hombre bueno.

El momento había llegado. Tal y como ya habían hablado, el día que Jasper no encontrase entre las cápsulas que debía tomarse a diario una de color verde, ello indicaría que ese era el día apropiado para escapar de allí. Él ya contaba con un juego de llaves que abría las puertas indicadas para salir y llegar hasta el coche de Kate, el cual ella dejaría abierto y él se escondería hasta que ella lo sacase de Morrison.

Cuando las luces se apagaron, señal de que todos los pacientes debían dormir, Jasper agudizó aún más el oído. Kate estaba en su despacho, era normal que se quedase más horas repasando expedientes de sus pacientes. No hacía nada fuera de lo normal. Desde que entró a trabajar allí echaba demasiadas horas extras. Lo que el director de la clínica no sabía es que casi todas ellas eran en el caso de Jasper Walsh.

Como habían trazado en el plan, Kate se dirigió a la zona donde se encontraba Jasper para dejar su informe y que le fuese entregado al doctor Jones al día siguiente, ya que ella lo tendría libre. En él detallaba de forma muy eficiente la evolución y el trato con el paciente Jasper Walsh. Antes de marcharse de la zona, con maestría, Kate quitó el cerrojo que atrancaba la puerta de Jasper desde fuera. Él lo escuchó y respiró con tranquilidad. Ahora solo tendría que esperar a que se produjese el gran apagón que Kate tenía que maniobrar. Ella se dirigió hasta el cuadro eléctrico, este se encontraba en su recorrido hasta la salida, y bajó los fusibles. El apagón se produjo en toda la residencia y Jasper, cuando vio que desapareció la leve luz que veía por debajo de su puerta se levantó y comenzó la huida. No llevaba camisa de fuerza, Kate convenció al doctor Jones de que no era necesaria, y este no se la puso de inmediato, decidió esperar a que volviese a ponerse agresivo y convencer a la doctora de que era necesario tenerlo así siempre.

Kate se dirigió a la zona de los ordenadores, esperó a que alguien restableciese la corriente eléctrica y cuando ocurrió, borró los últimos cinco segundos grabados por las cámaras donde se veía con claridad que ella provocaba el apagón. Una vez resuelto esto, salió con sigilo del despacho de las cámaras de seguridad, que por buena suerte para ella estaban cerca del cuadro eléctrico, y se dirigió hacia la salida. Una vez allí, para su sorpresa, se encontró con los dos guardas de seguridad del exterior y comentaron con naturalidad el apagón sufrido. Kate se despidió de ellos, pero estos insistieron en acompañarla hasta su coche, unos metros más allá donde todo estaba demasiado oscuro. Ella se lo agradeció, no podía levantar sospechas, y rezó porque Jasper ya estuviese dentro del maletero. De no ser así todo habría fracasado.

Intentando aparentar tranquilidad, Kate se introdujo en su coche bajo la atenta mirada de los dos hombres uniformados de azul oscuro y con linternas en sus manos, ya que el exterior aún permanecía en completa oscuridad. Arrancó, les dedicó una sonrisa de agradecimiento y salió de la propiedad. Cuando estaba segura de que se encontraba bien lejos, pero sin aún llegar a la

carretera principal que la llevaría hasta Londres, paró el coche, se bajó y abrió el maletero. Su cuerpo temblaba como nunca, el corazón le iba a mil por hora, los oídos le pitaban. Necesitaba comprobar que todo había salido bien. Era la única oportunidad de Jasper. Al abrir el maletero ahogó un grito y se llevó la mano a la boca. De inmediato, Jasper saltó del lugar y se colocó a su lado con agilidad.

—¡Oh dios mío, estás aquí! —En un impulso Kate se abrazó a él. El alivio que le recorrió el cuerpo al verlo fue la sensación más maravillosa que había experimentado en mucho tiempo.

Jasper se quedó sorprendido por la muestra de afecto. Él no la abrazó, se quedó quieto como una estatua, asombrado de que alguien le mostrase el más mínimo cariño.

Con lágrimas en los ojos, las cuales se retiró de inmediato, Kate se apartó de Jasper, rebuscó una bolsa en el maletero e hizo que se cambiase de ropa de inmediato. Por último, le dio un coiletero y le indicó que se recogiese el pelo. Él la obedeció y luego ocupó el lugar del copiloto como le indicó Kate.

—¿Adónde me llevas? —preguntó Jasper tras varios minutos en silencio y ya incorporados a la carretera general que los llevaría hasta Londres.

Había planeado con Kate su fuga de la Residencia Morrison al milímetro, pero no establecieron qué sería de él después. En qué lugar lo dejaría.

—A mi casa —respondió ella sin apartar la mirada de la carretera. Solo faltaban quince minutos para llegar. Allí le daría todas las explicaciones que necesitase y le diría qué iban a hacer a partir de ese momento.

—Puedes dejarme en cualquier lugar de Londres. Me las arreglaré. Ya has hecho demasiado por mí. Yo solo quería salir de allí. Nada de lo que encuentre aquí fuera podrá superar el calvario que pasé en ese lugar durante años.

—No voy a abandonarte, Jasper. Te voy a ayudar.

—¿Cómo piensas ayudarme?

—Por lo pronto dándote un techo donde dormir, comida e información. Después ya veremos.

Con la mirada fija en su ventanilla, Jasper no le replicó. Se quedó pensativo y ella entendió que aceptaba su ayuda por aquella noche.

Una vez entraron en casa de Kate, ella lo guio hasta el salón y le invitó a ponerse cómodo. Él observó con detenimiento toda la estancia y con miedo se acercó a los grandes ventanales por los que se divisaban preciosas vistas del Tower Bridge. Era de noche, y Kate se atrevería a decir que le gustaban más esas vistas que cuando había luz. Observó cómo Jasper permaneció quieto y en silencio durante largos minutos. Le dio tiempo, dejó que se hiciese a ese nuevo espacio. A la libertad. Cuando lo consideró apropiado, se posicionó a su lado, pero no lo tocó ni lo miró. Ella dirigió su mirada hacia donde la tenía clavada él.

—Tienes una casa muy bonita —dijo Jasper sin mirarla. Permanecía con la vista posada en las aguas del río.

—Puedes confiar en mí, Jasper. Considérame tu amiga. Te voy a ayudar. ¿Tienes hambre? ¿Deseas darte un baño caliente? —Con esta última pregunta consiguió que centrase su mirada en ella. Vio en sus ojos una expresión de felicidad que duró un microsegundo.

Asintió y Kate tomó el mando.

Como una madre que guía a su pequeño, tomó con prudencia a Jasper de la mano e hizo que la siguiese. Él clavó la mirada en el contacto de esa suave mano que lo agarraba con fuerza y le transmitía que no lo iba a dejar escapar. Como un zombi la siguió con la cabeza gacha y en silencio, sintiendo que el corazón se le salía del pecho. Aquellas sensaciones eran nuevas para él y tenía que aprender a dominarlas.

Cuando llegaron al baño comprobó que no era tan grande como los que recordaba en la casa de sus padres, pero cualquier cosa era mejor que la ducha de Morrison. Hacía años que no veía una bañera. Sus recuerdos vagaron cuando era pequeño y se metía en ella con sus soldados y simulaba una gran guerra. A menudo enfadaba a su paciente madre cuando inundaba todo el baño.

Observó que Kate llenaba la bañera en silencio mientras él permanecía quieto, observándolo todo a su espalda. Le tendió una gran toalla que Jasper tomó en sus manos, la acarició involuntariamente recordando su niñez.

—Puedes relajarte y estar ahí todo el tiempo que desees. —Señaló la bañera—. Voy a cocinar algo para cenar. Si necesitas cualquier cosa, solo tienes que llamarme. Estaré cerca —le comentó antes de abandonar el baño.

—Gracias. Te has portado muy bien conmigo —le agradeció aferrado a la toalla blanca que sostenía.

Ella le dedicó una cálida sonrisa y lo instó con la mirada a que entrase en el agua.

—Por favor, no cierres la puerta —le pidió Jasper cuando ella iba a hacerlo.

Podía comprender que no quisiese más puertas cerradas en su vida. Kate asintió y la dejó entreabierta antes de marcharse. Nuevamente se le partió el corazón al pensar en todo lo que había vivido. Maldijo a Nelson Walsh y se juró que ayudaría a Jasper a recuperar su vida y a ser una persona normal.

Pasada más de una hora Kate había cocinado y puesto la mesa, no sabía qué le gustaba a Jasper, pero pensó en él como en un niño. Hizo una pizza al horno y abrió un paquete de patatas fritas. Ya tendría tiempo de preguntarle qué deseaba comer en los sucesivos días. Se dirigió a la puerta del baño y tocó con los nudillos. Esperó a que él contestase, pero no lo hizo. Preocupada, abrió más la puerta y asomó la cabeza con cautela, preguntándole si estaba bien, pero él no le contestó.

Encontró a Jasper delante del espejo, frente al lavabo. Se recorría el rostro con ambas manos como reconociéndose a sí mismo. Se rascaba la abundante barba que tenía.

Envuelto con una toalla de cintura para abajo, Kate lo recorrió con la mirada. No pudo evitarlo. Descalzo y con el pelo mojado que le caía sobre los hombros, ella comprobó que era un hombre impresionante. De piel clara, casi transparente, con músculos marcados y más de una cicatriz en su cuerpo que no pasaron desapercibidas a los ojos de la doctora Griffin.

—¿Deseas que te afeite y te corte el pelo? —le preguntó temerosa de asustarlo con su presencia.

Sin moverse, Jasper se encontró con los ojos de Kate a través del espejo. Ella estaba detrás de él. Asintió de inmediato a la pregunta de la mujer que lo miraba con pena y se retorció las manos sudorosas. A veces le resultaba muy difícil tratar con él. Era un hombre con mil heridas en el alma y todas sangraban a la vez, no sabía cuál empezar a curar primero.

—Por favor, hazlo. Quiero romper con todo lo que me recuerde al Jasper de Morrison.

Kate fue en busca de unas cuchillas y una maquinilla de cortar el pelo. Jasper le indicó que se lo cortase muy corto, casi rapado. Ella lo obedeció. Con cuidado, primero le cortó el pelo, luego le rasuró la barba casi con mimo. Mientras, no notó temor alguno por parte de él. Aguantó sin inmutarse, con los ojos cerrados y confiando en Kate. Hacía años que no depositaba su fe en nadie, pero esa mujer tenía unos ojos de ángel que lograron atraparle y ponerlo en sus manos.

Tras casi raparlo al cero, tal y como Jasper insistió, y rasurarle toda la barba, Kate lo admiró embobada con aquel rostro perfecto y desconocido hasta ahora para ella. Tenía ante sí a otro hombre. En esos momentos le pareció más joven, más indefenso, más vulnerable. Un rostro

donde era palpable el sufrimiento azotado tras los años, una piel joven y sin arrugas que había vivido demasiado para su temprana edad, un semblante que podía hacer estremecer a cualquier mujer, como lo estaba ella en esos instantes. Se preguntó qué le pasaba con ese hombre, por qué su cuerpo se sacudía de esa extraña forma cada vez que lo tenía demasiado cerca. No era pena, no era compasión, no lo miraba como a un paciente. En esos instantes lo sentía como a un hombre, a pesar de reflejarse en el espejo un gran niño vulnerable e indefenso. Deseaba cuidarlo, darle protección y quererlo. Se obligó a deshacerse de todos esos pensamientos que comenzaban a abrumarla y se centró en Jasper, que permanecía con los ojos cerrados, como asustado. Para terminar, le pasó una toalla por la cara y los hombros para quitar el resto de pelos esparcidos. Lo hizo con mimo y delicadeza, sintiendo a través del tejido como Jasper se estremecía ante este leve contacto.

Cuando Kate le anunció que podía mirar los resultados él abrió los ojos, se levantó del taburete en el que estaba sentado y se admiró en el espejo. Asombrado, se recorrió todo el rostro con las manos, una y otra vez, trataba de reconocerse a sí mismo mientras sentía una gran suavidad desconocida. Era otro hombre. Admiró con asombro sus grandes ojos grises, el pelo casi rapado y la ausencia de barba.

A su lado, en completo silencio, dándole tiempo, Kate le dejó un momento de intimidad. No quiso intervenir mientras él se reconocía con los ojos muy abiertos.

Después de varios minutos, ella carraspeó para hacer notar su presencia y con ello logró que Jasper volviese de nuevo al mundo real.

—¿Cómo te ves? —preguntó con miedo. El mutismo que reinaba la tenía intranquila.

—Cambiado. Pero me gusta —comentó admirándose de nuevo en el espejo—. No quiero que nada me recuerde al yo de antes. A partir de hoy soy otro hombre.

Kate clavó la mirada en la ancha espalda que le mostraba y en la que se marcaba con exactitud cada músculo.

—Este cambio es conveniente, cuando te busquen lo harán con ciertos rasgos que ya no posees; barba y pelo largo, ambos de color rubio. Dudo que sepan cómo es tu rostro real.

Jasper hizo un gesto de indiferencia, no le preocupaba que lo buscasen. Pasó junto a Kate y fue hasta el salón. Necesitaba moverse. Estar en un mismo espacio reducido lo agobiaba.

Ella lo admiró moverse por su casa con cierta soltura, sus pasos eran firmes y hasta elegantes. Quería darle espacio, tiempo para que se acostumbrase. Sin embargo, vio necesario ofrecerle algo de ropa decente, ya que aún llevaba la toalla enrollada en la cintura y a él parecía no importarle.

—Te he comprado ropa y zapatos. Espero que te queden bien. Están en la habitación de invitados, que será la tuya de ahora en adelante.

Jasper la miró con extrañeza, con el ceño fruncido y pensativo.

—No tengo intenciones de quedarme aquí. Ya has hecho demasiado por mí.

Kate resopló, sabía que le quedaba una dura batalla que librar con ese hombre, estaba comprobando que era muy testarudo.

—Vístete y cenemos. Luego ya hablaremos con calma de tu futuro.

El tono autoritario que usó hizo que Jasper la obedeciese sin rechistar. Ella le indicó la habitación que ocuparía y dónde se encontraba la ropa que debía usar. Lo dejó solo y lo esperó sentada en la mesa con una copa de vino. La necesitaba.

A los pocos minutos Jasper apareció en el salón y admiró la comida en la mesa con ojos de felicidad. Lo alimentaban bien en la residencia, nunca le faltó nada en ese aspecto, pero había olores y sensaciones que solo se reproducían en un hogar. Hacía años que no comía una pizza como la que sus ojos devoraban en esos momentos, olía de maravilla y la boca se le hacía agua.

Bajo la atenta mirada de Kate, se sentó frente a ella, el lugar que estaba indicado en la mesa que debía ocupar. Ella le sirvió un vaso de agua y él se quedó con la vista fija en la copa de vino que se llevaba a los labios.

—Perdona por no ofrecerte. —Hizo un gesto con la copa—. Creo que hoy estarás mejor solo con agua.

—No te preocupes, nunca he probado el vino. —Desvió la mirada a la gran pizza de queso que había entre ambos—. ¿Puedo coger ya? —preguntó con timidez, ansioso de tomar un trozo.

Kate asintió con una sonrisa y observó cómo se llevó un gran pedazo a la boca y lo devoró de inmediato. No cabía duda de que tenía mucha hambre. Ella se limitó a verlo comer. Parecía otro hombre, su semblante había cambiado, se notaba un poco más relajado y saltaba a la vista que disfrutaba de la cena como un niño.

Ella cogió un trozo para no dejarlo en desventaja y comprobó que mientras se lo comía él devoró tres más. Le dijo que podía poner otra pizza al horno, tenía más en el frigorífico, pero Jasper negó con la boca llena.

—¿Te gusta la pizza? —Jasper asintió mientras la sostenía con ambas manos y masticaba—. Es una simple pizza congelada. Conozco un lugar donde hacen las mejores de Londres, te llevaré.

Con orgullo admiró cómo Jasper le dedicó un asentimiento de cabeza y esbozó un atisbo de media sonrisa. Kate se preguntó cómo sería verlo sonreír de verdad. Que ese perfecto rostro dejase de estar en tensión, se relajase y le dedicase una sonrisa con naturalidad. A veces, cuando lo miraba le recordaba a una estatua de mármol, perfecto, rasgos únicos, fuertes, bien pronunciados, pero sin expresión ni movimientos. Una mirada fija y vacía que no dejaba presagiar qué pasaba por su mente.

De postre, Kate llevó a la mesa un rico helado de chocolate. Para Jasper fue el fin de fiesta perfecto. De nuevo lo admiró tomarse el helado saboreando hasta la última cucharada, con la boca y las manos llenas de chocolate como un niño por la impaciencia de comérselo todo. Lo dejó disfrutar del momento mientras ella tomaba un té con un trozo de pastel de jengibre.

—Es muy tarde. —Consultó el reloj y eran más de las tres de la madrugada—. Tenemos mucho que hablar, pero creo que debemos descansar. ¿Te parece si vamos a dormir y mañana hablamos de todo lo que vamos a hacer de ahora en adelante?

Jasper miró hacia el exterior a través de los cristales del salón, fuera todo estaba oscuro y chispeaba. Asintió imaginando dormir en una confortable cama. Hacía noches que no pegaba ojo, necesitaba horas de sueño para afrontar lo que venía.

Cuando Kate lo acompañó a su habitación, le hizo saber que al día siguiente no tenía que trabajar, estaba de descanso. Le indicó cuál era su habitación por si necesitaba cualquier cosa en medio de la noche y se despidió de él.

Jasper se desnudó y se metió en la cama nada más quedarse solo, no usó el pijama que estaba a los pies de esta. Su cuerpo tocó la suavidad de las sábanas, la comodidad de la almohada, el mullido colchón y se quedó dormido al instante. Esa noche volvió a soñar que era feliz, solo que esta vez sus padres no aparecieron en el sueño. Esa felicidad se la proporcionaba Kate, una mujer menuda, rubia, de ojos azules y que tenía el don de colarse en sus pensamientos cuando menos lo esperaba.

Era una mañana gris y lluviosa cuando Kate se levantó, encontró a Jasper enfundado en unos pantalones de deporte y una sudadera. Le había comprado ropa y se la dejó en su habitación. Estaba detrás de los ventanales del salón, perdido en las vistas. Kate intuyó que su mente en esos momentos debía de ser como la bruma que azotaba Londres. Se acercó a él de forma sigilosa, enfundada en una bata de estar por casa y zapatillas.

—Buenos días —le dijo cuando se posicionó a su lado.

—Buenos días —respondió al desviar la mirada hacia ella.

Kate había descubierto que era educado, siempre le daba las gracias y sabía comportarse. Lo había observado en la mesa la noche anterior, a pesar de comerse la pizza con las manos y luego llenárselas de chocolate, sabía cómo sentarse correctamente, coger el vaso y masticar mientras hablaba con ella.

—¿Has dormido bien? —preguntó ella al rodear su propia cintura con los brazos, de repente sintió frío.

—De un tirón. Como hacía años que no lo lograba.

—Me alegro. —Kate notaba cierta tensión entre ellos, deseaba romperla y que todo fuese más relajado y fluido, pero era consciente de que Jasper no era una persona como cualquier otra de su edad. Constantemente tenía que recordarse ir despacio con él, tener paciencia, a pesar de su deseo de interrogarlo a fondo—. ¿Quieres desayunar? —le ofreció con una sonrisa y amabilidad.

—Tengo hambre, sí.

—Bien, desayunemos entonces. —Ella comenzó a moverse en dirección a la cocina y percibió que no la seguía, se quedó rezagado sin saber qué hacer ni hacia dónde ir—. Ayúdame a hacer el desayuno —le pidió. Necesitaba establecer conversación con Jasper, hacer su relación más cercana. Romper esa coraza. Deseaba que se abriese y confiase en ella.

Acudió junto a Kate de inmediato. Su cercanía le hacía bien. Lograba calmar sus inquietudes.

Durante el desayuno se limitaron a mirarse y a hablar sobre qué le gustaba comer a cada uno. Kate consiguió entablar una charla relajada, él pareció olvidarse de todo por unos minutos y ser alguien normal, dentro de un ambiente normal y una conversación normal, algo que nunca había tenido hasta ahora.

—Quiero salir a la calle —dijo Jasper de repente.

—Eso no va a ser posible por unos días... Sería arriesgar demasiado. Lo comprendes, ¿verdad? —intentó que lo razonase.

—Lo necesito. He soñado durante años con pasear libremente.

—Podrás hacerlo, Jasper, pero en un tiempo prudencial. Antes debemos de saber cómo han reaccionado en Morrison cuando hayan descubierto que has escapado. Si te busca la policía, tu tío... Hagamos las cosas bien o nos habremos arriesgado para nada y volverán a encerrarte.

—Eso no volverá a ocurrir —sentenció serio, con una mirada tan dura que Kate sintió miedo.

Sonó el móvil de Kate y era la voz de alarma que llevaba esperando toda la noche. El señor Jones le comunicaba que el paciente Jasper Walsh se había escapado de la residencia. Esa mañana no estaba en la habitación ni lo encontraban por ningún lado de la clínica.

Tras cierto tiempo al teléfono, Kate colgó y se centró en Jasper, que la miraba esperando que le contase cómo se habían tomado en Morrison su fuga.

—Me acaba de decir Harry que han encontrado pisadas hasta el bosque y que ya allí se pierden con la lluvia de esta noche. Creen que has escapado a pie y que no debes de andar muy lejos de los alrededores de la residencia. Esas pisadas... ¿de quién son? —preguntó confundida.

—Mías. Las hice antes de montar en el maletero de tu coche. Dejé las que interesaban y borré las que no —le reveló con naturalidad. Kate lo miraba con asombro.

—Eso no lo hablamos —sonó como un reproche.

—No estaba seguro de si tendría tiempo de hacerlo.

—Dios, temblaba cuando tuve que arrancar el coche sin comprobar que estabas dentro. Tenía a dos vigilantes a mi lado, y resulta que tú habías tenido tiempo hasta de poner trampas. —Se llevó las manos a la cabeza y se paseó por la estancia intranquila.

Jasper la observaba sin terminar de comprenderla bien.

—Tranquila, todo ha salido bien.

—De ahora en adelante cuéntame todo lo que pienses hacer, ¿vale? —Él no le respondió—. Fue una gran idea lo de las pisadas, pero también un riesgo —le dijo para calmarlo, la miraba confuso.

Pensativo, Jasper asintió mientras pensaba que había valido la pena. Había observado cómo Kate sonreía cuando el señor Jones le comunicaba su fuga, en ningún momento ella se preocupó hasta que llegó la parte de las falsas pisadas.

—Tengo que ir a la residencia, me han pedido que vaya y no puedo decir que no a pesar de que hoy tengo el día libre. Al parecer, allí todo es un revuelo. No sé a qué hora volveré. Espérame aquí, puedes ver la tele o hacer lo que te apetezca. Eso sí, no salgas. Es muy peligroso —le advirtió.

Jasper no le dio la respuesta que esperaba, ella se retiró a su habitación con prisa y se vistió para salir hacia Morrison cuanto antes. No debía levantar sospechas, y era muy beneficioso, a pesar de dejar a Jasper solo, que la hubiesen llamado, de esa forma se podría enterar de primera mano de todo lo relacionado con él. Así se lo hizo saber a Jasper y se marchó dejándolo sentado en el sofá tras explicarle cómo funcionaba la televisión por cable.

Caía la noche cuando Kate regresó a casa de nuevo, le fue imposible llegar antes. Morrison estaba patas arriba. El doctor Jones había vuelto a delegar a todos sus pacientes en otros médicos y estaba centrado en exclusiva en encontrar a Jasper. A Kate le sorprendió que no hubiesen dado parte a la policía. Cuando lo preguntó, Harry le dijo, dándole largas, que la familia de Jasper no deseaba que el tema trascendiese. Preferían llevarlo en privado. Lo único que pudo averiguar fue que un equipo de seguridad privada, contratado por su tío, al cual el director de la clínica no le puso nombre delante de Kate, lo buscaba por toda la ciudad. Esto consiguió inquietarla. Si Nelson daba con Jasper dudaba de que lo devolviese al mismo lugar del que había logrado escapar. Sintió vértigo al pensar en no verlo nunca más.

—Hola, ya estoy en casa. ¿Jasper? ¿Jasper? —preguntaba en un tono cada vez más alto mientras recorría el *loft* y no lo encontraba por ningún lado—. ¿Jasper, estás ahí? —Se asomó al baño y tampoco estaba. Aterrada, volvió a recorrer todas las estancias. No estaba por ningún lado.

Fue a su habitación y comprobó que no faltaba nada, se había marchado con lo puesto. Un gran miedo se apoderó de ella, se sentó en el sofá, se revolvió el pelo y trató de serenarse, pensar con claridad. ¿Dónde habría ido? En un estúpido impulso cogió el móvil, pero de inmediato lo

tiró contra un sillón al darse cuenta de que era un recurso inútil con Jasper. Él no tenía móvil, dudaba de que supiese usar uno, ni tenía a quién llamar para que la ayudase a encontrarlo. ¿Dónde has ido, Jasper? Se preguntaba en voz alta, angustiada sin parar de recorrer el salón de su casa de un lado a otro revolviéndose el pelo y tratando de pensar. Sabía que hombres enviados por su tío lo buscaban. Personas muy capaces de dar con él. Kate fue hacia las ventanas, comprobó que caían unas gotas de agua contra el cristal. Miró la hora y se preocupó como una madre cuando un hijo no llega.

Tras una hora sin parar de dar vueltas por su casa y valorar cómo actuar ante la desaparición de Jasper, no le había dejado ni una nota en la que le dijese que se marchaba, nada, decidió llamar a Robert, él era policía, y pese a que no deseaba meter en esto al novio de su amiga, no tenía otra solución. Estaba desesperada.

Cuando Robert descolgó el teléfono, al mismo tiempo, sonó el timbre. Kate de inmediato fue a abrir la puerta sin preguntar quién era, en su estado de nervios lo pasó por alto, y, para su sorpresa, se encontró de frente con Jasper empapado. Lo hizo entrar de inmediato a través de señas mientras disimulaba con Robert y la paz se apoderaba de su cuerpo.

—Hola... eh... te llamaba para preguntarte por el... cumpleaños de Ada... eso. —Fue lo primero que se le ocurrió.

—Su cumpleaños es dentro de un mes, Kate —le recordó Robert a otro lado del teléfono.

—Eh... ya, ya. Lo sé... Solo que ahora que me sobra tiempo... Estaba pensando...

—Kate, ahora me coges liado. Puedes organizar lo que quieras, te doy carta libre. ¿Estás bien? —La notó algo rara.

—Muy bien, ya hablamos. —Le cortó, dejó el móvil encima de la mesa y fue hasta Jasper—. ¡¿Dónde estabas?! —preguntó alterada—. Me tenías en una agonía. —Lo miró a los ojos con intención de continuar con más reproches, pero vio el miedo que reflejaban sus ojos y se le partió el corazón. Tenía ante sí a un niño asustado que buscaba el refugio, la protección y los brazos de una madre, y eso hizo, lo abrazó sin importarle que estuviese calado hasta los huesos.

Tras unos segundos sintió cómo Jasper se aferró a ella y le devolvió el abrazo. Su pequeño niño asustado temblaba. Ignoraba qué le había sucedido allí fuera, cuántas horas habían pasado desde que se fue, pero estaba decidida a calmarlo. Se separó un poco de él sin romper por completo el abrazo, no pudo reprimir pasear una mano por su mejilla mojada, se preguntó si las gotas de agua que tenía cerca de sus maravillosos ojos eran de la lluvia o lágrimas. No pudo resistirse a acercarse y depositar un suave y cariñoso beso en su rostro, sentía que lo necesitaba. Se demoró en su mejilla izquierda, de puntillas para tener mejor acceso. Jasper era demasiado alto y ella era una mujer normal, de un metro sesenta y cinco de estatura. Sintió como él tragaba con dificultad y tensaba la mandíbula sobre la otra mano con la que le acariciaba la mejilla derecha, pero no se apartó. Continuó ahí mirándola con los ojos muy abiertos, asustado y con la respiración alterada. De repente, Kate sintió como si la apuñalasen en esos momentos, ¿cómo un simple beso podía asustar a una persona?

—Perdón. —Se apartó de inmediato, dándole espacio—. ¿Dónde has estado? ¿Te encuentras bien? Debes de cambiarte de ropa o vas a coger una pulmonía. Vamos, te prepararé un baño caliente mientras respondes a mis preguntas.

Jasper la siguió en silencio con la cabeza gacha. En su interior sentía una gran culpabilidad por haberle propiciado momentos de angustia. Ella era la única persona que se había preocupado y lo había ayudado en años y él le pagaba así.

Al llegar al baño ella lo miró de forma penetrante mientras la bañera se llenaba. Su mirada le exigía una respuesta.

—Fui a dar un paseo —murmuró avergonzado—. Necesitaba salir de entre estas cuatro paredes. Me perdí —confesó arrepentido—, no pensé que ocurriese. Mi padre y el campamento al que iba de pequeño me enseñaron a no perder la orientación, pero... no sé qué me pasó. La gente, los edificios, la lluvia... Sentí que todo daba vueltas a mi alrededor. Tuve que sentarme y tomar aire, relajarme. Sentí una gran presión en el pecho, traté de calmarme, y luego ya no supe dónde estaba.

—Bien, no te agobies. —Se acercó más a él y lo tomó por los brazos—. Ya estás aquí. Ahora te dejo solo para que te metas en la bañera y cuando salgas hablaremos.

Estaba abrumado, salir a la gran ciudad solo tras años de encierro debió de ser una locura. Kate sintió ganas de volverlo a abrazar y recordarle que ella estaría ahí para ayudarlo, pero no lo hizo. Lo dejó allí y esperó con paciencia a que los sentimientos de ambos se calmasen.

Después de más de una hora en el baño, Jasper salió enfundado en un albornoz que Kate le dejó. Ella lo esperaba en el sofá. Él fue directo hacia ella y tomó asiento a su lado en silencio. Kate tomaba un té y le ofreció uno, pero él lo declinó.

—Tu tío tiene a personas buscándote por toda la ciudad. No han avisado a la policía —le informó—. Tienes suerte de que no te hayan encontrado ahí fuera.

—Dudo de que me hubiesen reconocido. Además, llevé todo el tiempo la capucha de la sudadera en la cabeza. Tomé mis precauciones. Soy consciente de que mi tío tiene que tener a un ejército buscándome.

A Kate le impresionó el cambio de actitud tras aparecer en el salón, ya no era un niño asustado como cuando lo dejó en el baño, era un hombre seguro de sí mismo que hablaba con tal madurez y convicción que la dejó anonadada.

—No es prudente que salgas por unos días, deja que se den por vencidos. Estas primeras horas te buscarán sin descanso. Piensan que no puedes estar muy lejos de los alrededores de la residencia. El doctor Jones ha estado todo el día recluido en su despacho. Por favor, hazme caso —le rogó—. Déjame ayudarte. Sé que tendrás mil planes, pero te aseguro que si tu tío da contigo no podrás poner ninguno en práctica. Sé paciente. Deja que te informe de cómo han cambiado las cosas ahí fuera durante todos estos años —intentó que confiase en ella y no hiciese ninguna locura más.

Jasper había comprobado de primera mano cuánto había cambiado todo ahí fuera. Lo alteró ver que todas las personas con las que se cruzaba por la calle iban pendientes de un aparato electrónico en sus manos. Sabía qué era un teléfono, pero no llegaba a comprender qué interés debía de tener aparte de recibir una llamada.

—Necesito ir a casa de mis padres —dijo de repente.

—¿Qué?! —Kate se levantó de un salto y lo miró desde una posición más elevada—. ¿Pero es que tú no has oído nada de lo que te he dicho? —gritó alterada, fuera de sí. Trató de refrenarse, pero no pudo. Se paseaba delante de Jasper revolviéndose el pelo.

—Necesito dinero para poner en marcha mis planes —dijo con tal calma en su voz que logró alterarla más.

—Dios mío, Jasper, ¿piensas que lo vas a encontrar ahí? ¿Y si esa casa ya no es de tus padres? Digo... quizá la vendió tu tío, el actual Duque.

—Mi tío nunca se desharía de ella. Ha sido la residencia ducal durante siglos. Mi padre guardaba mucho dinero en un escondite de esa casa, dudo que mi tío lo haya encontrado. Mi padre siempre decía que lo tenía ahí para una emergencia. Ahora lo necesito.

—Eso sería como meterte en la boca del lobo. ¿Y si tu tío vive allí? ¡No sabes nada! —gritó a modo de reproche mientras se revolvía el pelo y se ajustaba el cinturón de la bata que llevaba puesta.

—Tendré que entrar sin que me vea. Hay pasadizos desde el exterior que conectan con la casa.

—¿Y si tu tío los conoce? Por favor, si ha sido la residencia ducal debe de haber crecido allí y conocer todos los rincones.

—Mi padre reformó esa casa por completo. Hizo una fortaleza. Nunca se llevó bien con mi tío. No sé la causa, pero él nunca venía por allí, y cuando lo hacía era para discutir con mi padre. ¿Puedes ayudarme y averiguar si mi tío vive allí? —le pidió con tranquilidad.

Kate se preguntaba cómo podía estar sentado en su sofá diciendo todo aquello como si nada y no veía que era la mayor locura del mundo. Nunca lo había tratado como a un loco, pero sintió que en esos momentos lo miraba como tal. Trató de moderarse, respirar hondo y abordar el tema con calma.

—Te ayudaré. Conseguiré esa información —pronunció resignada, sin más remedio—. Pero dame tiempo.

Él asintió, se lo pensaba dar. Confiaba en ella.

—Gracias. —Se levantó, Kate observó su imponente cuerpo y admiró su ancha espalda mientras se dirigía a los cristales contra los que caía la lluvia—. Necesito que me enseñes algunas cosas. Mientras, puedo permanecer en tu casa unos días más.

—Bien. Yo te puedo conceder salir a dar un paseo siempre que vayas camuflado —negoció posicionándose a su lado.

—Acepto.

Se miraron a los ojos, serios. De repente, Kate le mostró una cálida sonrisa. Estaba feliz por alguna razón, pero la principal era que Jasper estaba a su lado.

—¿Qué deseas que te enseñe? —preguntó intrigada.

—Planos de Londres, a moverme por la ciudad. Y los cambios más relevantes de estos últimos años —respondió, dejándola aún más intrigada.

—Te los conseguiré. —No preguntó más, prefería hacerlo cuando él los tuviese delante y viese en sus ojos cuál era el interés en toda esa información—. A cambio no más salidas como las de hoy.

—La necesitaba, pero te doy mi palabra. —Para sorpresa de ella Jasper le tendió la mano a modo de sellar el trato.

Kate se la tomó y confió en él.

Pasaron un par de días y Kate se acostumbró a que Jasper estuviese esperándola cuando regresaba a casa. Había aprendido a manejar los canales de televisión con soltura y el próximo reto sería enseñarle a manejar internet, pero ese era un arma de doble filo. Con él pondría medio mundo a sus pies y no debía de olvidar que era un hombre muy listo, aprendía a la primera y era sumamente observador. Continuaba sin mostrar una sola sonrisa, pero ella sentía que ya eran un poco amigos. Él siempre la trataba con mucha educación y era muy atento.

—Este fin de semana lo tengo libre, y te tengo una sorpresa —le anunció Kate mientras cenaban. Jasper le dirigió una mirada iluminada—. He alquilado una cabaña no muy lejos de aquí. Está aislada y se encuentra en el campo. Creo que podemos pasar dos días allí, dar paseos y salir un poco al exterior. Es un lugar tranquilo donde no hay gente. Lo he pensado mucho y es seguro. ¿Te apetece?

—Claro que sí, es genial. Gracias.

—Creo que te mereces salir un poco de aquí, y considero que es menos arriesgado que si salimos a pasear rodeados de gente por Londres.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó impaciente.

—Mañana por la mañana y regresaremos el domingo. No es mucho tiempo, pero creo que te vendrá bien.

Jasper asintió convencido de ello. Se había criado en una propiedad en medio del campo,

amaba el aire libre y la naturaleza.

—¿Te gusta el campo? —se interesó.

—Mi abuela vive en una propiedad alejada de la ciudad, cada vez que la visito pienso que cuando sea mayor me gustaría vivir como ella. Dedicada a su jardín y a una vida tranquila. Solo viene al bullicioso Londres en contadas ocasiones.

—Mis padres también preferían vivir alejados de la ciudad. Yo siempre tuve curiosidad por ella, pero veníamos poco. Ellos organizaban grandes fiestas en casa y recibíamos a muchos invitados.

—¿Te gustaba tu vida de pequeño?

—Sí. Lo tenía todo. Unos padres que me adoraban, una casa enorme, caballos, amigos... No recuerdo desear nada que no tuviese.

—Me alegro de que fueses un niño feliz. Es fundamental para el desarrollo de una persona que su infancia haya sido feliz. La tuya se truncó, pero existen muy buenos momentos que no has olvidado.

—Me alimentaba de ellos para resistir en Morrison.

Kate le tomó una mano con dulzura, sintiendo pena por él. Ambos clavaron sus miradas entre sus manos entrelazadas. Jasper no se apartó de su contacto, todo lo contrario, ella sintió que se su cercanía lo reconfortaba.

Al día siguiente, temprano, Kate y Jasper emprendieron camino hacia la cabaña. Se encontraba en un bosque. Para ella no era la primera vez que iba. Había estado allí con Ada y otros amigos en varias ocasiones.

Mientras Kate conducía, Jasper iba ilusionado. Miraba por la ventanilla del coche mientras dejaban Londres atrás. Tardaron dos horas en llegar al lugar de destino.

Cuando Kate paró el coche delante de la casa, Jasper se bajó de inmediato, observó el lugar y respiró hondo. Ella lo miró con atención, se notaba que disfrutaba del momento y la libertad. Verlo con los ojos cerrados y los brazos abiertos mientras que respiraba en profundidad consiguió ponerle el vello de punta.

Kate permaneció en silencio, dándole tiempo y espacio a Jasper, no había prisa por entrar en la cabaña. Las llaves estaban donde siempre, en el macetero de la entrada. Lo bueno era que no iban a tener contacto más personas, por ello escogió aquel lugar. Ya había pagado la estancia por adelantado y nadie acudiría a la entrega y recogida de las llaves. El dueño ya la conocía y sabía que era de fiar.

—Es un lugar maravilloso —apreció Jasper recorriendo con la mirada todo—. Gracias. Lo necesitaba. Estar encerrado durante mucho tiempo en el mismo lugar me agobia.

—Lo he notado, por ello planeé esta salida. ¿Entramos? —Kate miró al cielo y vio que comenzaban a caer unas gotas—. Tendremos que esperar para dar un paseo.

—No importa, me sentaré en el porche y miraré llover. He pasado dos horas en el coche y no puedo volver a meterme entre cuatro paredes.

Jasper ayudó a Kate a meter las maletas en la casa y luego salió de inmediato. Se sentó en el porche, sin importarle el frío, y se quedó mirando la lluvia como hipnotizado.

Kate encendió la chimenea e hizo chocolate caliente. Jasper llevaba fuera más de una hora y no sabía cómo hacerlo entrar, pensó que tentarlo con el chocolate sería una buena idea.

En cuanto Kate le dijo a Jasper que había chocolate y galletas esperándolo frente a la chimenea no dudó en entrar a la cabaña. Ella apenas probó bocado, admirarlo comer la hacía disfrutar.

—¡Qué rico está! —dijo Jasper sin parar de mojar galletas en el tazón de chocolate caliente—. Gracias.

—Hace frío ahí fuera. Pensé que te sentaría bien.

—El frío no cala en mí. Creo que estoy inmunizado. Pasé muchas noches durmiendo con la ventana abierta. Necesitaba sentir aire fresco cuando la sensación de ahogo me agobiaba.

—Si hay alguna forma en la que pueda ayudarte... solo tienes que decírmelo —se ofreció Kate. No podía dejar de sentir pena y compasión por él.

—Me has dado más que nadie en este mundo, incluso que mis padres. Ellos me dieron la vida, tú me las has salvado y me has brindado la libertad.

Kate no pudo evitar emocionarse. Se levantó y simuló echar un tronco de leña en la chimenea para que Jasper no viese las lágrimas en sus ojos.

Cuando la lluvia pasó, se arriesgaron a salir y dar un paseo, el cielo estaba claro y parecía que iban a tener una tregua.

Como Kate conocía el lugar muy bien, llevó a Jasper por un sendero que conducía hasta un lago. Todo estaba muy mojado y tenían que tener cuidado al caminar, ella resbaló en un par de ocasiones, y si no llega a ser porque Jasper la tomó fuerte de la mano hubiese terminado en el suelo.

—Gracias —le agradeció Kate, sabía lo que suponía para él el contacto con otra persona, sin embargo, no dudó en llevarla tomada con fuerza de la mano la mayor parte del camino. Consiguió que se sintiese segura. La firmeza con la que le llevaba cogida la mano consiguió emocionarla. Instintivamente Jasper la protegía.

—Este lugar es precioso. ¿Se puede pescar ahí? —preguntó Jasper cuando llegaron al lago.

—Sí. De adolescente he pasado algunas noches con amigos pescando. Nos traíamos tiendas de campaña y acampábamos mientras pescábamos. Recuerdo noches muy buenas.

—Yo también iba a pescar. Mi padre me enseñó —comentó con ilusión, recordando una buena etapa de su vida.

—No tenemos equipo de pesca —le indicó Kate.

—¿Podremos venir otro día? —preguntó esperanzado.

Kate lo miró con una sonrisa enorme mientras asentía.

De repente, el cielo se volvió gris de nuevo y decidieron volver a la cabaña. Al final del trayecto, cuando le faltaban unos metros, comenzó a llover con intensidad, se mojaron, pero entre risas llegaron a la casa calados hasta los huesos.

—Será mejor que nos demos un baño —propuso Kate.

—Tú primero, por favor —le indicó Jasper. Solo había un baño—. Mientras yo saldré por más leña y avivaré el fuego. —Kate lo miró interrogativa, a lo que él respondió de inmediato—: Sé hacerlo, he pasado veranos en campamentos y mi padre me enseñó muchas cosas.

Ella asintió y se retiró, confiando en él.

Cuando Jasper salió de la ducha ella lo esperaba frente al fuego con la cena lista. Él se sentó a su lado, ambos tomaron la sopa de verduras sentados al lado de la chimenea, saboreando el momento.

Para sorpresa de Kate, Jasper recogió todo lo de la cena y como postre le llevó un té *Yorkshire Gold*, sabía que le gustaba tomarlo bien caliente antes de dormir. Lo había observado en las noches que pasó en casa de Kate.

—Oh, Jasper. ¡Qué detalle! Muchas gracias —le dijo Kate cuando él se lo llevó—. ¿No has hecho uno para ti? —Él negó con un gesto de la cabeza. Le sonrió y sacó una natilla de chocolate. Kate estalló en carcajadas. Jasper nunca dejaría de sorprenderla.

Lo notaba más relajado, no había conseguido que le mostrase una sonrisa, pero algo le decía que estaba cambiando.

Cuando llegó la hora de dormir, la cabaña tenía tres habitaciones, una en la planta baja y dos en la superior, se dieron cuenta de que la parte de arriba tenía goteras y todo estaba mojado.

—Solo hay una cama seca —indicó Kate.

—Puedo dormir en el sofá, o en el suelo. No me importa.

—No. No lo voy a permitir. La cama es muy grande, la podemos compartir si te parece bien —propuso ella.

Jasper se quedó pensativo, pero finalmente asintió.

La cama era tan grande que casi ni se rozaban. Fue una noche de intensas lluvias y truenos. En mitad de la madrugada Jasper se quejó entre sueños, como un niño pequeño llamaba a su madre. Kate se desveló e intentó despertarlo, pero él seguía profundamente dormido. En un acto inconsciente, se abrazó a ella y la llamó mamá.

En un gesto noble, Kate lo abrazó y lo calmó junto a su pecho, como si fuese un bebé. Pasó el resto de la noche con Jasper junto a ella, observándolo y experimentando unos sentimientos que nunca antes habían aparecido en ella.

Cuando Jasper despertó, se encontró abrazado al abdomen de Kate, ella lo acunaba. Sintió su calor y sus manos alrededor de su cuerpo. La observó con sigilo y vio que estaba dormida. No se movió ni un milímetro, le gustó sentirla cerca de él. Se tomó el atrevimiento de apartarle el pelo de la cara y la miró al detalle.

Kate abrió los ojos y ambos se encontraron muy cerca. Se miraron con cierta incomodidad por la proximidad que tenían y de inmediato Jasper se separó.

—Lo siento, ¿te he molestado esta noche? —preguntó muy preocupado.

—Para nada. Siento haberme abrazado a ti, hubo tormenta y me dan miedo. Estabas profundamente dormido y no quise despertarte —le mintió. Lo que menos deseaba era que se sintiese incómodo.

Jasper la miró con una sonrisa en sus ojos. De forma agradable, pese a que el semblante de su rostro continuaba serio.

—Puedes abrazarte a mí siempre que lo necesites.

—Gracias. —Kate le mostró una sonrisa de agradecimiento. Se acercó, le dio un beso en la mejilla y le dio un abrazo. Era consciente de que tenía que volver a tener contacto con las personas y ella iba a enseñarlo a recibir gestos de afecto.

Aquella mañana Jasper hizo el desayuno, se le quemaron un poco las tortitas, pero Kate no le dijo nada. Se las comió y le indicó que estaban muy ricas.

Pasearon al aire libre durante toda la mañana, la tormenta había pasado y el olor a tierra mojada era algo que a Jasper le encantaba.

Kate lo vio relajado y haciéndose a un ambiente de libertad. Era un hombre que se adaptaba pronto, asimilaba las cosas muy rápido. Kate cada día se sorprendía más de su gran capacidad.

Mientras Kate hacía el almuerzo vio por la ventana cómo Jasper se quitaba la camiseta, cortaba más leña y hacía flexiones. Se quedó mirándolo embobada, el corazón se le aceleró y tuvo que sacudir la cabeza para deshacerse de los pensamientos que la abrumaban.

La siguiente noche no hubo lluvia ni tormentas, ni Jasper tuvo pesadillas, pero al amanecer ambos volvieron a despertarse abrazados. Esta vez los brazos de él rodeaban el cuerpo de Kate, brindándole protección y dándole calor. Ella deseó quedarse así durante algún tiempo. Estaba comprobando que en presencia de Jasper se sentía muy bien. Nunca había sentido aquella sensación tan maravillosa que la embargaba en aquellos instantes cuando se había despertado en

los brazos y en la cama con otro hombre.

El fin de semana en el campo pasó y la vuelta a la ciudad les pareció muy rápida. De nuevo Kate volvió a repetirle a Jasper que debía de seguir en casa sin salir. Aún lo buscaban.

Pasados un par de días desde el regreso en la cabaña, Kate había trabajado todos los días y Jasper pasó mucho tiempo solo, lo notaba aburrido y algo nervioso. Aquella noche decidió sorprenderlo. Llegó a casa con varios juegos de mesa, se había perdido toda una niñez y ella estaba decidida a que la recuperase poco a poco. Le sorprendió que recordase jugar a las cartas y al ajedrez tan bien. Le ganó todas las manos con suma facilidad. Si bien Jasper era de mostrar poco sus sentimientos, Kate pudo advertir que estaba disfrutando. Ella se hacía la ofendida cada vez que le ganaba, pero no logró sonsacarle ni una sola sonrisa. Sin embargo, le alegró ver suavizarse un poco esos rasgos duros tan característicos de él.

—¿Te gustaría salir de nuevo este fin de semana a dar un paseo? De ruta por Londres, podemos hacer turismo —le propuso Kate con entusiasmo. Llevaba valorando la posibilidad un par de días. Jasper le había hecho caso, no había salido de casa en días, y le daba pena que estuviese encerrado de nuevo. En la residencia había escuchado que cada vez perdían más las esperanzas de encontrarlo en Londres y la búsqueda se había trasladado a ciudades cercanas. Esto la animó a hacer una pequeña locura, ya que nadie sospechaba de ella en Morrison.

El semblante de él cambió, los ojos se le iluminaron y asintió de inmediato.

—Me encantaría. Estoy cansado de estar aquí.

—El sábado pasaremos todo el día fuera. Creo que nos irá bien a los dos. Yo también necesito despejarme y tener un poco de distracción. Los últimos días en la residencia han sido un caos —comentó sumida en sus pensamientos, recostada en el sofá y con los ojos medio cerrados.

—¿No tienes hijos ni estás casada? —se atrevió a preguntar de golpe. Deseaba saber más cosas de esa mujer que tenía metida en el pensamiento a todas horas.

En aquella casa solo había pertenencias de ella, no había encontrado ni una sola foto que le hiciese pensar que tenía más familia.

—No. Estoy sola, como tú. Mi familia no quiere saber nada de mí, excepto mi abuela. Ella me brindó todo esto. —Paseó la mirada por el elegante salón—. Ella es Marquesa, viuda, y tiene una buena posición económica, siempre tuvo una mente muy abierta. Fue la única que me apoyó cuando decidí romper mi compromiso. Todo mi círculo vio muy mal que dejase a mi prometido casi plantado en el altar.

—¿Por qué lo hiciste? —Esta pregunta sacó a Kate de la nube en la que se encontraba. Se dio cuenta de que había hablado demasiado. No fue su intención poner en conocimiento de Jasper tanta información sobre ella.

—No era la vida que quería. Pero sobre todo no estaba enamorada de él.

—¿Estás enamorada de otro? —preguntó pensativo y con el ceño fruncido.

—No, Jasper. Estoy sola —lo pronunció con pena y sus ojos se humedecieron de forma involuntaria. Algunas noches no conseguía dormir cuando pensaba que toda su familia y amigos le habían dado la espalda por dejar a Andrew.

—No estás sola. Me tienes a mí. —Le tendió una mano y Kate se la tomó emocionada.

—Gracias. ¿Me das un abrazo? —le pidió, sentía que lo necesitaba. Reconocer en voz alta

que estaba sola le había afectado, tenía la sensibilidad a flor de piel.

Para Jasper, el contacto con otra persona no le resultaba agradable. En los últimos años solo recordaba que la gente se le acercaba para inyectarle medicamentos y dejarlo aturdido, pero Kate era diferente. Ella le había demostrado que era como un ángel. No dudó ante su petición, abrió los brazos y la acogió en ellos.

Kate se refugió en el pecho de Jasper y sintió su calor. Se habría quedado en ese lugar horas. Su niño pequeño, como mentalmente se refería a Jasper, se había convertido en un hombretón que la hacía parecer muy pequeña allí pegada en su ancho y duro pecho. Se acomodó mejor entre los brazos de él y se permitió respirar su aroma mientras cerraba los ojos por un segundo y pensaba que todo en su vida podía llegar a ser normal.

El sábado, tras dormir doce horas seguidas desde que finalizó el turno del día anterior, Kate se levantó como nueva, con energías renovadas. Jasper ya la esperaba en el salón, despierto, como de costumbre. Dormía muy poco.

—¿Listo para hacer turismo por Londres? —le preguntó con su mejor sonrisa mientras observaba cómo Jasper la repasaba de arriba abajo con la mirada. Iba vestida con unos vaqueros, una chaqueta de cuero, zapatillas de deporte y una mochila en el hombro a medio colgar. Apenas se había pintado y llevaba el pelo recogido en una coleta alta. Muy diferente al atuendo más formal que solía usar a diario para ir a trabajar—. Hoy hace un día maravilloso. —Fijó la vista en el sol que relucía en el exterior, se dirigió a la mesa, dejó allí la mochila y rebuscó en ella.

—Toma, lo vas a necesitar. —Le entregó unas gafas de sol y una gorra. Él lo tomó de inmediato.

—Gracias.

—Te serán útiles y ayudarán a que no te reconozcan. Procura usarlo durante todo el día de hoy cuando estemos en la calle. —Jasper asintió a la orden—. Y ahora nos podemos marchar. Vamos a desayunar a una cafetería cercana. Hacen los mejores gofres de chocolate que he probado.

Salieron camino al ascensor del edificio.

—¡Gofres! Me encantaban, hace tanto tiempo... —Jasper recordó con tristeza que era su merienda preferida de pequeño. Su madre se los hacía casi a diario. Esta vuelta a su niñez lo hizo quedarse en el pasado, rememorando vivencias en su mente.

—¡Vamos! —Kate abrió la puerta del portal del edificio con energía y le tendió la mano para salir al exterior. Él se la tomó al instante y fijó la mirada en ambas manos entrelazadas. Le gustaba el contacto suave de la piel de Kate.

Caminaron por un par de calles, ella no lo soltó de la mano y él no deseó hacerlo. Llegaron al lugar donde iban a desayunar, pidieron gofres y Kate disfrutó al ver cómo Jasper los saboreaba, se pidió dos. Luego, se encaminaron hacia un taxi y Kate le indicó que los dejase en la zona donde se encontraba el Big Ben. Deseaba pasear con Jasper por ahí, que conociese de cerca la zona más visitada de Londres. Ese día eran dos simples turistas entre la multitud, no tenía miedo a que lo reconociesen. Ambos iban bien camuflados.

Pasearon cerca del Támesis mientras admiraban el London Eye, una noria muy grande en la que Jasper se quedó embozado mientras la observaba girar de forma muy lenta, desde la otra parte del río. Llegaron hasta el Big Ben, el gran reloj de Londres, cruzaron el puente y fijaron la mirada en las aguas del Támesis.

—Recuerdo haber estado aquí de pequeño. Han cambiado algunas cosas —dijo Jasper volviendo la vista hacia la noria. Le impresionó lo grande que era.

—No me canso de pasear por esta zona de Londres. Me encanta —comentó Kate admirando la belleza del lugar. Notaba a Jasper diferente, sumido en recuerdos. Se planteó que quizá no hubiese sido buena idea sacarlo de casa, pero tenía que ir introduciéndolo poco a poco en la vida normal, en el día a día de una persona. Además, él le había pedido conocer a fondo la ciudad, ¿que mejor que recorrer una parte de ella en persona?

De repente se le antojó hacerse una foto juntos, con el London Eye de fondo. Jasper posó para la que era su primera fotografía en años y alucinó un poco con el hecho de que un teléfono tuviese cámara integrada. Luego se quedó pensativo y de nuevo clavó la vista en la enorme noria que no dejaba de dar vueltas.

—¿Qué tal te sientes? —le preguntó Kate sobresaltándolo un poco cuando le puso la mano sobre el hombro. Jasper se volvió despacio hacia ella.

—Es una noria muy grande. ¿Podemos montarnos? —preguntó ilusionado.

A Kate le recordó tanto al ruego de un niño y vio un brillo tan especial en sus ojos que no pudo negarse.

—Podemos subir, pero ¿estás preparado? —preguntó con temor. Los cubículos de la noria eran grandes, podían moverse por él de pie y estaban cerrados por completo a través de cristales. Giraba tan despacio que apenas se notaba que estaba en movimiento. El recorrido era de unos treinta minutos aproximadamente, no creía que supusiese una alteración para Jasper montar ahí, pero era tan complicado predecir cómo reaccionaría que sintió miedo. No olvidaba que era una persona que había permanecido encerrado la mayor parte de su vida. El contacto con el exterior y todo lo que lo rodease de ahora en adelante no iba a ser fácil y no sabía cómo iba a reaccionar. Jasper tenía el don de sorprenderla con sus reacciones cuando menos se lo esperaba.

—Me encantaría. Debe de tener unas vistas impresionantes.

Kate lo tomó de la mano y se dirigieron a las taquillas del London Eye. Decidió confiar en que todo fuese bien. Si tenía la ilusión de subir ahí, ella se lo concedería.

Conforme se acercaban para montarse en la gran noria, aquello comenzaba a impresionar.

—Siempre podemos desistir de subir si no te sientes preparado —le comentó Kate cerca del oído mientras guardaban la gran cola. Notó a Jasper algo tenso.

—No, no. Quiero hacerlo. —Se mostró impaciente y Kate le dedicó una sonrisa de la que ella misma no fue consciente. Jasper conseguía fascinarla cada día más.

Cuando montaron en la noria Jasper lo hizo primero y le tendió la mano para ayudarla, como todo un caballero, luego no se la soltó. Por alguna extraña razón ella pensaba que necesitaba estar aferrado a algo mientras su vida comenzaba a dar una gran vuelta. Se aproximaron a los cristales y admiraron las vistas. Kate sintió unas leves mariposas en el estómago y no supo si estas fueron producto de la elevación de la noria o que percibió la primera medio sonrisa en los labios de Jasper mientras admiraba Londres a sus pies.

Durante los casi treinta minutos que duró el recorrido en la noria, Kate le iba indicando los principales lugares de Londres, algunos él los recordaba de pequeño, otros eran nuevos. En ningún momento se soltaron de la mano ni abandonaron la posición cerca de los cristales. Kate le preguntó si deseaba sentarse en el medio del cubículo en unos bancos que había, pero Jasper no quería perderse ni un segundo de aquello. Lo admiraba todo con ávidos ojos. Era consciente de que necesitaba conocer Londres a la perfección, saber moverse por sus calles y barrios. Era parte de su plan. Con la mirada buscó en la lejanía el lugar donde vivió de pequeño con sus padres, no estaba muy lejos de Londres, deseaba volver a esa casa pese a los malos recuerdos que le traerían.

La experiencia del London Eye resultó increíble para ambos. Pese a que Kate ya se había

montado en varias ocasiones, hacerlo con Jasper fue como si nunca antes hubiese estado ahí. Luego fueron a comer a un McDonald, estaba segura de que era una apuesta segura con Jasper. ¿A qué niño no le gustaban las hamburguesas?, y Jasper era un niño grande. Compraron dos menús y fueron a comérselos al aire libre. Kate no deseaba agobiar a Jasper en el tumulto del restaurante. Luego pasearon por Hyde Park, se sentaron en el césped y Jasper le habló un poco de su infancia. A Kate le encantó escuchar de nuevo que fue un niño muy feliz y con unos padres que lo amaban.

Para su gran sorpresa, Jasper llevaba muy bien estar en la calle rodeados de más gente. Ella se dio cuenta de que los ignoraba por completo, para él era como si solo estuviesen ellos dos y el exterior.

Una vez en casa, sentados en el sofá, mientras veían una película después de cenar, Jasper se atrevió por primera vez tomarle la mano a Kate entre la suya. Se lo pensó durante mucho tiempo, la veía allí cerca, pero no se atrevía a hacerlo, hasta que por fin venció sus miedos y se la tomó.

—Gracias por el día de hoy. Ha sido muy emocionante.

Cuando Kate sintió el contacto de su piel el vello se le erizó y el corazón comenzó a latirle con fuerza. Sin apartar la mirada de ambas manos entrelazadas, asintió emocionada. Tratando de deshacer el nudo que tenía en la garganta antes de hablar.

—Te mereces eso y mucho más. Dentro de tres días tendré otro día libre, si todo va bien y quieres, podemos ir a visitar el Museo Británico.

—Oh, me encantaría. —Se le iluminó la cara de inmediato, su gesto serio habitual se relajó un poco, sin llegar a esbozar una sonrisa.

Jasper esperó el día para salir con Kate de casa como una fiesta. Estaba descubriendo que la echaba de menos cuando no estaba a su lado y que le gustaba su compañía. Con ella se sentía alguien normal. Le gustaba cuando lo observaba en silencio y cuando le enseñaba cosas.

Jasper había estado en un par de ocasiones en el Museo Británico de pequeño, pero le encantó volver. De nuevo recorrió las salas con Kate de la mano y estuvo pendiente a todas sus explicaciones. Cuando no la tenía cerca, la buscaba con la mirada y cuando no sentía el contacto de su mano sobre la suya se sentía perdido. Esa mujer le daba fuerza. Una mirada de ella lo sacaba del mundo oscuro y de las tinieblas donde se transportaba con facilidad en sus pensamientos. Kate le daba luz a su vida, sus ojos y su sonrisa le hacían sentir cosas que lo abrumbaban por dentro, sentimientos que no sabía cómo calificar. Hasta ahora él solo había querido a sus padres, pero Kate había entrado de una forma especial en su corazón, tanto como los llevaba a ellos.

Cuando salieron del museo había comenzado a llover. Sopesaron la situación y echaron a correr hacia una parada de taxi para volver a casa. La cola era inmensa y no llevaban paraguas, tan solo las capuchas de las chaquetas que se empezaban a calar.

—¿Hacia dónde van ellos? —preguntó Jasper al ver que un grupo de gente que también guardaban la cola de los taxis la abandonó al llover con más intensidad.

—Al metro —respondió Kate alzando la voz y colocándose mejor el gorro. Tenía los ojos empapados de agua.

—Pues vayamos nosotros también —propuso Jasper.

—Eh... no creo que sea una buena idea, Jasper. Demasiada gente. El subsuelo... Mejor esperamos aquí.

—Kate, vamos. —Tiró de su mano y ella echó a correr con él—. Siempre quise montar en metro. Es algo que nunca hice de pequeño. Se lo pedí a mi padre muchas veces, pero siempre me

respondía que no era seguro.

Entre los planes de Jasper estaba saberse mover en metro con facilidad. Le pareció un buen comienzo descubrir cómo era el subsuelo de Londres de la mano de ella.

En un vagón de metro atestado de gente, tanto que todos iban pegados los unos a los otros, Kate advirtió que Jasper miraba a su alrededor con los ojos desencajados y le comenzaba a sudar la frente. En esos instantes sí era consciente de todas las personas que los rodeaban. Se movió un poco inquieto delante de ella, trató de salir de allí, pero apenas había espacio de movimiento. En ese momento, Kate se reprochó haber accedido a entrar en el metro. Se había dejado llevar y no pensó que Jasper no era una persona con una vida normal, no estaba acostumbrado a ciertas cosas, y entrar en el metro debió de haber sido una de las últimas que experimentase dentro de su proceso de adaptación al mundo exterior.

—Tranquilo, ya estamos llegando a nuestro destino. En tres minutos nos bajaremos. —Trató de calmarlo. Le puso una mano en la mejilla para lograr su atención y que se serenase un poco. Pero la expresión que vio en los ojos de Jasper la puso alerta, estaba mal, fuera de sí.

—No puedo, Kate. Necesito salir de aquí. Siento que me ahogo. —Intentó moverse sin éxito. Buscaba la puerta con la mirada y ella temió lo peor.

No podía arriesgarse a que un montón de gente centrasen la vista en ellos, por ello pensó con rapidez y tuvo que tomar las riendas de la situación.

—Jasper, mírame. —Se colocó delante de él, le tomó el rostro con ambas manos e intentó que se centrara en ella, pero no lo logró. Jasper observaba su alrededor aterrado—. ¡Mírame! —lo instó en una orden que resonó dura y tajante. Lo obligó a que se centrara en ella—. Piensa que solo estamos tú y yo. —Le pasó una mano por la frente y le apartó las gotas de sudor que había en ella—. Cierra los ojos, respira hondo. Te prometo que falta poco. Confía en mí. —Posó ambas manos sobre sus mejillas e hizo presión en ellas, no dejó que su cabeza se girase.

Estas palabras, susurradas con delicadeza, no hicieron el efecto que Kate esperaba. No consiguió atraer la atención de Jasper, sintió que la que se moría de miedo era ella ante la posible reacción desmesurada de él por salir de allí. Lo que menos les convenía era llamar la atención y el miedo irracional que leía en su mirada podía desembocar en montar un buen escándalo. Valoró la situación con rapidez, intentó frenar lo que se venía, y rezó porque la loca idea que se le acababa de ocurrir diese resultado.

En un arrebato, se lanzó decidida a la boca de Jasper y lo besó. Sintió el desconcierto de él cuando posó sus labios sobre los suyos, pero no la rechazó. Ella profundizó el beso y él, como buen aprendiz, se dejó guiar. En cuestión de segundos Kate sintió que le correspondía. Un beso tímido y con carácter inexperto, pero el beso más dulce que jamás le hubiesen dado.

De forma inconsciente, Jasper estrechó a Kate junto a su cuerpo y se perdió en lo que sentía en esos momentos. Algo totalmente nuevo que deseó prolongarlo en la eternidad. Se olvidó por completo de dónde estaban, y ambos fueron conscientes de que se habían perdido el uno en el otro cuando la gente pasaba por el lado de ellos entre empujones para salir con prisa del vagón y no perder el siguiente.

—Lo siento —se disculpó Kate de inmediato sin saber muy bien por qué. Había disfrutado de ese beso como nunca antes a pesar de sentir la mayor culpabilidad jamás experimentada—. Salgamos de aquí.

Un Jasper contrariado en sus sentimientos y con el corazón bombeándole con fuerza contra el pecho le siguió cogido de su mano hasta que salieron al exterior. Esa sensación de ahogo y desear salir corriendo de aquel lugar había desaparecido por completo. Los ojos con los que en esos momentos miraba a Kate ya no eran los de antes. Algo había cambiado en él y fue consciente de ello a pesar de estar asustado por esto, ya que después de ese beso no volvería a mirarla igual.

El trayecto hasta casa lo hicieron en silencio. La lluvia había cesado, pero iban mojados. Tras entrar en el *loft* ambos se deshicieron de las chaquetas y los zapatos bajo un silencio sepulcral y miradas cómplices. Kate resolvió mentalmente que le debía una explicación del por qué había actuado así en el metro. Notó a Jasper raro y lo último que deseaba era que se alejase de ella, en los últimos días se produjo un gran avance entre ambos y no quería dar un paso atrás.

—Jasper... lo del metro... Necesitaba distraerte. Tenía que lograr que el pánico no se apoderase de ti. Lo entiendes, ¿verdad? El por qué lo hice —trató de justificarse mientras se retorció las manos y el corazón le iba demasiado deprisa. Tenerlo posado frente a ella y verle la expresión aturdida que ensombrecía su rostro la alteró.

Él solo asintió, se quitó la camiseta mojada con naturalidad y le mostró su perfecto cuerpo desnudo de cintura para arriba. Kate tuvo que tragar con dificultad y apartar la vista hacia otro lado. Una sobrevenida incomodidad la atravesó. No era de piedra y ese hombre la tenía cardíaca desde que se habían besado. El cuerpo de Jasper la invitaba a tener todo tipo de fantasías con él, pero las desechó de inmediato. Entre ellos solo cabía la amistad, se reprendió con dureza por verlo como a un hombre, por desearlo como a ningún otro antes.

—Me voy a la ducha. Haz lo mismo o mañana estarás constipado. Date un baño bien caliente —le aconsejó.

Cada cual se fue a una habitación sin mediar más conversación.

Jasper no apareció luego por el salón. En la soledad de su cuarto se movía como un león enjaulado, con las manos en la cabeza y sin dejar de pensar en el beso del metro. Su corazón aún no se había calmado, una inquietud que antes no había experimentado lo azotaba por dentro.

Kate no se atrevió a ir a molestarlo. Ambos tenían sentimientos encontrados y necesitaban estar a solas para ponerlos en orden.

Al día siguiente, Kate se despertó con fiebre, temblaba y tenía tan mal cuerpo que apenas se podía mover de la cama. Cuando Jasper la encontró así se asustó mucho, pero ella trató de calmarlo y explicarle que se pondría bien en unos días. Intentó alejarlo de su lado para que no se contagiase, pero él no la dejó sola ni un segundo. Se sentó en la cama con ella y veló sus sueños sin descanso, preocupado.

Cuando Kate despertó, tras horas dormida, encontró a Jasper recostado en la cama junto a ella. Tenía la cabeza apoyada en el cabecero y los ojos cerrados. Su aspecto se notaba cansado.

Sonrió al ver que no la había dejado sola y se había preocupado de ella. Miró encima de la mesita de noche y encontró una botella con agua y un vaso, no recordaba haberlo puesto ahí, pero sí que Jasper le diese de beber. Había pasado un día pésimo. Miró el reloj y vio que era de madrugada, se sentía un poco mejor, pero todo el cuerpo le pesaba horrores, no se sentía con fuerzas ni para dar media vuelta en la cama e ir al baño.

—¿Necesitas algo? ¿Te ayudo? —Jasper se incorporó de inmediato cuando sintió que Kate se iba a levantar de la cama, y en cuestión de segundos estuvo a su lado. La miraba allí, en pie, con gesto preocupado, sin saber muy bien qué hacer ni qué decir.

—Gracias —pronunció ella con el mayor de los agradecimientos sin dejar de mirarlo. No sabía qué decirle para calmar la preocupación que reflejaba su rostro—. Me encuentro un poco mejor. Parece que la fiebre ha pasado. ¿Has cuidado de mí?

—Sí —dijo con un leve encogimiento de hombros—. Temblabas mucho y no me respondías. He pasado mucho miedo, creí que te ibas a morir —confesó al fin con la voz entrecortada. En el rostro aún se le reflejaba el miedo y la preocupación vivida por ella.

Kate sintió que su niño perdido estaba mucho más asustado de lo que aparentaba, era fuerte y trataba de afrontarlo. No pudo dejar de sentir pena por él, lo que para ella fue un simple constipado, más fuerte que en otras ocasiones, para él debió de ser terrible.

—Estoy bien —le dejó claro tomándole ambas manos entre las suyas. Necesitaba que la sintiese viva, que estaba ahí—. Gracias por no dejarme sola.

—Tú has cuidado de mí desde que me conociste. Nunca te voy a abandonar —le confesó con la mirada más limpia y sincera que jamás hubiese visto—. Yo también estaré siempre ahí para cuidarte.

La cabeza de Kate le comenzó a dar vueltas. Se sintió mareada, las palabras de Jasper le habían llegado demasiado dentro. Un yo interior le gritó en voz alta que no deseaba que él la abandonase nunca. Sin quererlo, ese hombre se había convertido en alguien muy importante en su vida.

—Eres increíble, Jasper. Tengo mucha suerte de contar contigo.

Él la tenía aferrada por la cintura, una vez ella en pie. Temía que se desvaneciese.

—La suerte sin duda es la mía. Encontrarte ha sido mi luz, mi liberación. Eres como un ángel que llegó a mí para devolverme la cordura —le confesó sin dejar de observarla a los ojos.

La miraba con el amor más profundo que Kate pudo apreciar en los ojos de una persona. Deseó abrazarlo y besarlo, pero se obligó a caminar y romper la burbuja en la que estaba inmersa.

—Necesito ir al baño —le anunció un poco cortada.

Él la ayudó en el trayecto, Kate le dijo que no era necesario, pero no se quedó tranquilo hasta que la acompañó y ella desapareció tras la puerta.

Kate se metió en la ducha, necesitaba despejarse por completo, en todos los sentidos. Mientras, Jasper la esperó al lado de la puerta atento a todos los ruidos que escuchaba dentro. En varias ocasiones le preguntó si se encontraba bien y ella le contestó de inmediato.

—No sé cocinar, pero puedo hacerte algo si me explicas cómo. Mi padre siempre me decía que era muy listo y aprendía rápido —le dijo cuando Kate salió del baño enfundada en un pijama limpio y con el pelo mojado.

—No tengo ganas de nada, gracias. Volveré a la cama —le manifestó con amabilidad.

—Tienes que comer algo, no pruebas nada desde ayer. Puedo hacerte una sopa como la que hiciste la otra noche. Estaba muy rica y a ti te gustó.

No le pareció bien rechazar ese ofrecimiento y, sobre todo, con la ilusión con la que se lo

dijo. Aceptó a pesar de no tener ganas de comer nada.

—Hagamos una sopa de sobre, pero tú me acompañarás. Apuesto a que tampoco has comido mucho —resolvió ella poniendo de su parte y haciendo un gran esfuerzo en ello.

—Unas galletas —dijo con un encogimiento de hombros.

—Vamos. —Kate se encaminó hacia la cocina y Jasper la siguió bajo una atenta mirada.

—No te has secado el pelo. Mi madre siempre me obligaba a hacerlo para no resfriarme —le comentó con la mirada fija en ella. En esos instantes acudieron a su mente los recuerdos de su paciente madre mientras le secaba el pelo, de pequeño odiaba el sonido del secador, le asustaba.

—Luego lo haré antes de meterme en la cama. Gracias por preocuparte por mí. —Kate lo vio algo nervioso y desorientado. Necesitaba calmarlo, hacerle sentir que estaba bien y que todo iba a ir a mejor—. Ven aquí, dame un abrazo. Creo que los dos lo necesitamos.

Con disposición, Jasper no dudó en acudir hasta ella y envolverla entre sus brazos, pero esta vez fue más allá para sorpresa de Kate. Le dio un beso en el cabello y pudo advertir que sacaba todo el aire que llevaba contenido en el pecho. Luego ella levantó la cabeza y sus miradas se encontraron en la gran diferencia de altura que les separaba. Ambos temblaban por dentro, los dos sentían que era donde querían estar en esos instantes, pero no debían dar ningún paso más. Sin embargo, en un arrebato, Jasper hizo algo que deseaba hacer desde la noche del metro, besarla de nuevo. Sentir la dulzura y el sabor de la boca de Kate.

Inmersa en el beso más maravilloso de su vida, la conciencia de Kate le gritaba que no estaba haciendo lo correcto, pero su corazón le dictaba que Jasper era lo mejor que le había pasado en la vida. Le devolvió el beso, se sumergió de lleno en él sin importarle las consecuencias. Ambos gimieron contra los labios del otro de placer y se besaron con más intensidad. Kate comprobó que era cierto eso de que Jasper aprendía con facilidad. Era su segundo beso y ya lo podía calificar como un dios. Ese hombre la desarmaba. Hizo acopio de todas sus fuerzas y lo paró. La retenía bien pegada a su cuerpo, sin intenciones de soltarla, y pudo sentir como cierta parte de la anatomía de ese hombre comenzaba a despertar.

—Jasper... —murmuró contra sus labios retirándose un poco de él.

—Me encanta besarte. ¿A ti no? —le preguntó con toda la inocencia del mundo. Kate solo pudo asentir, risueña y sonrojada. Era tan inocente y tan bueno que le dieron ganas de volver a besarlo.

—Jasper... —intentó explicarle las cosas.

—No sé qué me pasa contigo —la interrumpió con energía—. Deseo cuidarte siempre y siento que eres muy importante para mí, no recuerdo haber tenido a nadie tan importante como lo fueron mis padres en mi vida. Estoy muy confuso. Me gusta estar contigo y me encanta besarte.

Esa confesión tan natural y sincera hizo que el corazón de Kate se desbocase por completo. Jasper no era como los demás hombres a los que estaba acostumbrada, él era especial, muy especial. Su niño en cuerpo de hombre.

—Tú también eres muy especial para mí, Jasper —le confesó con una mano en su mejilla—. Desde que te conozco ocupas un lugar privilegiado en mi corazón. —Sintió que le debía la misma sinceridad y transparencia que él le había mostrado.

El pecho de Jasper se hinchó de alegría y sintió que le iba a explotar. Las palabras de Kate le hicieron sentir tal emoción que se asustó. No sabía qué hacer ni cómo actuar. Deseaba volver a abrazarla y besarla. Pero tenía miedo de no hacer las cosas bien, de hecho, no sabía cómo eran las cosas con una mujer y eso lo abrumaba.

—He descubierto que hay algo que me gusta más que el chocolate —le reveló con alegría e inocencia.

—¿Qué? —preguntó Kate, intrigada.

—Besarte. Me pasaría el día entero haciéndolo.

En un impulso, Kate lo abrazó y suspiró. Aquello se complicaba, ella también se pasaría el día entero besándolo. Jasper había logrado llegar de una forma muy especial a su corazón. Le aterró admitirlo, pero lo quería.

Después de comerse la sopa en silencio, entre miradas cómplices, en la que de vez en cuando Kate apreciaba un atisbo de sonrisa en los labios de Jasper, recogieron la cena y fueron al sofá. Habían decidido ver una película. Kate deseaba mostrarle que estaba más recuperada.

En medio de la película, ella notó que Jasper no le prestaba atención.

—¿No te gusta? Podemos ver otra, yo ya la he visto.

—No me apetece ver la tele —resonó como una protesta.

Kate lo notó inquieto, pensativo.

—¿Qué deseas hacer? ¿Qué te ocurre? —trataba de entender qué pasaba por su mente inquieta en esos instantes.

—Podemos besarnos de nuevo. ¿Tú no quieres? —le propuso con inocencia.

Kate sonrió y se sonrojó al mismo instante, no pudo evitarlo. Se acomodó mejor en el sofá y le tomó una mano entre la suya.

—Jasper... verás, esto es complicado. ¿Qué sabes de lo que ocurre entre un hombre y una mujer? —preguntó con cautela.

—He visto algunas películas. Se besan, se desnudan, se acarician y se van a la cama —recitó con toda la inocencia del mundo—. Yo quiero hacer todo eso contigo. —Se acercó a ella e intentó besarla.

Kate pudo leer el deseo en sus ojos. Jasper jamás había estado con una mujer, tenía veinticinco años y su cuerpo tenía necesidades. Comprendía que le resultase atractiva y sus instintos se despertasen a su lado, pero no quería hacer algo de lo que luego se arrepintiese. Pensó con rapidez, debía de tratar ese tema con delicadeza, sin que ninguno de los dos saliese mal parado.

—Los novios se besan y esas cosas.

—Yo quiero que tú seas mi novia —la interrumpió de inmediato, no la dejó continuar.

Kate soltó una sonora carcajada. Las reacciones de Jasper siempre la descolocaban.

—¿Quieres que seamos novios? —le preguntó con una sonrisa. No se explicaba por qué se sentía halagada.

Él asintió de inmediato, serio.

—Quiero cuidarte, darte besos, cogerte de la mano y dormir contigo. Como lo hacía mi padre con mi madre.

Kate soltó un suspiro. Aquello se ponía difícil.

—Jasper —Le pasó una mano por la mejilla, a modo de caricia—, vayamos por pasos, poco a poco. Por ahora podemos besarnos cuando nos apetezca. Eso hacen los novios, besarse, cogerse de la mano, salir, pasear, ver películas juntos, hablar...

—¿Puedo besarte ahora? —preguntó de golpe, feliz e ilusionado, como cuando un niño le pide permiso a su madre para comer un pastel de chocolate.

Kate asintió, dándole permiso y a la misma vez sentía que el corazón se le salía del pecho. Amaba a Jasper, no sabía cómo ni cuándo, pero había ocurrido. Era consciente de que todo entre ellos iba a ser muy complicado, pero ahí estaría ella para enseñarle el mundo de su mano.

Con la mirada gris posada en la de ella en todo momento, se acercó y la besó con dulzura, se tendió sobre Kate con cuidado y sus manos le acariciaron el cuerpo. Luego se aventuró en un

nuevo beso, le recorrió con la lengua los labios y ella lo invitó sin reservas. Enredó su lengua con la suya y lo enseñó a besar con pasión. Mientras, Kate se preguntaba cómo un hombre sin experiencia podía hacerla sentir así, y al mismo tiempo pensar que era él quien la guiaba en esos momentos. Estaba perdida y a su merced.

Tras largos minutos sin dejar de besarse y desear dar un paso más, Kate puso fin a aquello.

—Creo que debemos ir a dormir —murmuró contra sus labios con delicadeza.

Jasper se levantó de inmediato y ella no pudo apartar la vista del abultado miembro que se apreciaba tras los pantalones. Se mordió el labio y lo miró, se sintió culpable por no brindarle alivio, pero era consciente de que aún era pronto para dar un paso más y no estaba recuperada por completo.

—Siempre se pone así cuando te tengo cerca. Creo que es porque te quiero, no me pasa con nadie más —trató de justificarse al advertir que ella tenía la mirada posada en su entrepierna.

Haciendo acopio de una gran fuerza de voluntad, Kate se levantó y lo tomó de la mano, se encaminaron en dirección al pasillo donde estaban sus habitaciones, en silencio. Al llegar a la de Jasper, Kate se paró ante su puerta.

—Date una ducha antes de dormir. Te aliviará la incomodidad que debes de sentir, y si es fría, ayudará aún más —le recomendó. Se puso de puntillas, iba descalza y Jasper le sacaba una clara ventaja en altura, le dio un beso en la mejilla a modo de despedida.

Bajo la atenta mirada de Jasper, Kate entró en su habitación. Le costó la misma vida dejarlo allí y no pedirle que fuese con ella a la cama, pero no era el momento. Con él todo era muy diferente, la paciencia y la razón no debía perderla nunca, se recordó mientras se metía en la cama con el sabor de él aún en sus labios.

Esa noche Kate no durmió demasiado, cuando abrió los ojos al día siguiente era mediodía. Fue en busca de Jasper y lo encontró tras los cristales, observaba pensativo el exterior. No advirtió de la presencia de ella hasta que le tocó el hombro con cuidado, no deseaba sobresaltarla. La miró en silencio y volvió a perder la mirada en el paisaje que tenía ante sí. Chispeaba y las leves gotas se deslizaban por los cristales, él estaba centrado en estas. De inmediato, Kate notó que algo lo abrumaba. Deseó poder entrar en su mente y saber todo lo que pasaba en ella. Anhelaba ganarse su completa confianza y sabía que existía una forma de conseguirla. Él la deseaba, y ella necesitaba saber todo lo que tenía pensado hacer. Le asustaba sobremanera que un día se levantase y no lo encontrase más, que hubiese decidido marcharse porque ya no la necesitaba. Fue en ese preciso instante en el que tomó la decisión más difícil de su vida. Amaba a Jasper, no sabía en qué momento se había enamorado de ese hombre, y solo había una forma de mantenerlo siempre junto a ella. Haría que él se enamorase, que todo fuese más allá del puro deseo que leía en su mirada. Solo así podría hacerlo desistir de la venganza que tenía pensada en contra de su tío, un hombre sumamente poderoso que no dudaría ni un solo segundo en destruirlo para siempre.

Deseaba que Jasper fuese feliz a su lado, y confiaba en que si se enamoraba se olvidaría de todo y se dedicaría a recuperar su vida junto a ella. El rencor y la venganza solo llevaban a la destrucción de una persona, y no quería eso para él. Necesitaba que fuese feliz, mostrarle el mundo y todo lo que se había perdido en los años de encierro.

—Buenos días. Te veo pensativo, ¿todo bien? —le comentó.

Él solo asintió con un leve movimiento de cabeza apenas perceptible.

Tras unos segundos más de silencio, sin desviar la vista hacia ella habló:

—¿Qué tal te encuentras hoy? —Fue un murmullo que pronunció con delicadeza y amor. Si algo caracterizaba a Jasper era su educación.

—Me encuentro bien, he dormido toda la noche. Creo que ya estoy recuperada.

—He entrado en tu habitación varias veces durante la noche para comprobar que estabas bien.

—Gracias. —Se sintió protegida y cuidada.

Kate notaba que algo le pasaba, no apartó la vista de los cristales mojados durante toda la conversación. Tenía que distraerlo, acercarlo a ella. Lo notaba distante.

—Los novios se dan los buenos días con un beso. Si desde anoche somos novios...

Esto hizo que saliese del estado en el que se encontraba y la mirase con un semblante diferente. En sus ojos apareció un brillo especial y casi sonrió. Kate tenía la esperanza de que algún día consiguiese una sonrisa de él, soñaba con verlo reír a carcajadas.

—¿Puedo besarte? —preguntó ansioso, esperando su aprobación.

—Siempre que lo desees. —Le sonrió, le tomó la cara entre sus manos y fue ella la que comenzó el beso.

Jasper la estrechó más junto a su cuerpo y le devoró la boca. Había soñado toda la noche con ella, con aquellos besos y el cuerpo de Kate.

Durante el desayuno, Jasper no dejó de besarla y abrazarla en ningún momento. Todo era tan

nuevo para él que se sentía feliz. Ella le correspondía y se sentía amado y querido como nunca llegó a imaginar.

—¿Algún día me regalarás una sonrisa? —le preguntó Kate mientras recogían los restos del desayuno.

La pregunta lo dejó descolocado. Con un cuenco de cereales vacío en la mano y un bote de leche en la otra, se quedó mirándola serio. Mientras que ella esperaba una respuesta él pensaba que era la mujer más bella que había conocido, la admiró con el pelo recogido en una cola alta, sin peinar, sin maquillar y en pijama, y deseó besarla de nuevo mientras que el pecho se le hinchaba con una sensación especial.

—Puede que algún día —aventuró con la mirada clavada en ella.

Kate acudió junto a él, le quitó de las manos lo que llevaba y lo dejó con descuido sobre la encimera.

—Quiero hacerte feliz, Jasper. Deseo con toda mi alma que sonrías y escuchar carcajadas de risa de tu boca. Pero también soy consciente de que es un proceso, necesitas tu tiempo para adaptarte. —Le tomó la cara entre las manos y le acarició el rostro con mimo. Quería que sintiese que era importante para ella. Que estaba con él y lo ayudaría en todo.

—Gracias por todo lo que haces por mí. Eres muy buena.

—Sé que te debe de costar confiar en las personas, has pasado mucho, pero yo siempre estaré para ayudarte.

—Dame tiempo —resolvió—. Deseo ser alguien mejor por ti, y lo intento.

Kate advirtió que le dolía hablar del tema, esperaba que algún día se abriese a ella.

—Hoy me encuentro algo mejor y hacen falta algunas cosas para comer. ¿Me acompañas al supermercado? Me vendrá bien abusar de tu fuerza. —Le tocó los musculosos brazos y le dio un ligero beso en los labios. Había descubierto que cuando lo besaba abandonaba los pensamientos que lo turbaban.

Jasper asintió.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le dijo mientras comenzaba a lavar los platos y vasos que ambos usaron en el desayuno.

—Hazla —le respondió de inmediato mientras esperaba a su lado con un paño en la mano para secar lo que ella lavaba.

—¿Cómo has conseguido el cuerpo que tienes? ¿Qué ejercicios hacías? Tus músculos están muy desarrollados.

—No siempre tuve la camisa de fuerza en Morrison, como cuando me conociste. Solo me la ponían cuando me portaba mal, muy mal. Siempre me gustó hacer ejercicio de pequeño, mi padre me lo inculcó y siempre deseé tener el cuerpo de él, lo admiraba. Repasaba mentalmente las veces que lo veía hacer flexiones y abdominales y las hacía a diario en la habitación. Cuando no podía dormir en las largas noches también hacía ejercicio sin descanso. Era consciente de que si quería escapar de ese lugar tenía que ser rápido y poseer una buena condición física.

Kate asintió. Sin duda Jasper era especial en todos los sentidos. Estar durante tantos años encerrado no le había afectado como a la mayoría de la gente, él era fuerte y había afrontado aquello sin hundirse. Siempre contempló la esperanza de salir de allí, trazó planes y estos lograron mantenerlo cuerdo y vivo.

—¿Durante todos esos años siempre estuviste en la misma habitación? —Deseaba hacerle tantas preguntas y saber tanto de él que no pudo evitar conocer ese dato.

—Sí.

Jasper se limitó a seguir secando los platos y no le dio las explicaciones que tanto deseaba.

Kate se deshizo de los guantes que utilizaba, se acercó a él, se puso de puntillas y le dio un beso en los labios que Jasper se encargó de hacer más profundo e intenso. Logró arrancarle un jadeo contra sus labios y que suspirase por tener que detener aquello.

—Aprendes muy rápido —le reprendió con dulzura, con la respiración alterada y el corazón a mil por hora.

—Mi padre siempre me decía que era muy listo. En el colegio me adelantaron un año porque me hicieron unas pruebas.

—¿Eres superdotado? —preguntó asombrada. Había leído muchas veces el expediente de Jasper, pero al mismo tiempo comprendió que no reflejasen nada bueno sobre él.

—Sí. De pequeño era más listo que los niños de mi edad.

—¿Tú tío lo sabe? —preguntó con asombro y cierto miedo.

Jasper se encogió de hombros.

—Mi tío y mi padre nunca se llevaron bien. Apenas se veían. Solo recuerdo haber visto a Nelson un par de veces y nunca se quedaba mucho tiempo en casa.

—¿Recuerdas haber realizado algún test o contestar a preguntas concretas desde que te encerraron en Morrison? —preguntó con interés.

—Siempre me negué a hacer lo que me pedían. Cuando me encerraron, mi tío me puso un profesor, solo lo escuchaba, nunca hacía los deberes ni participaba en nada de lo que me pedía. Por alguna extraña razón me quería encerrado pero educado. Cuando fui mayor y mi fuerza aumentó, en un acto de rebeldía y desesperación lo agredí, ya nunca volvió nadie más. Con los años aprendí que si los obedecía, obtenía más cosas, y así fue. Me quitaron la camisa de fuerza, dejaron de inyectarme medicación y me dieron pastillas, las cuales fingía tomarme. Luego, mi tío me trajo una televisión con un lote de películas clásicas para entretenerme y me enviaba libros de filosofía, historia y economía. En otro acto de rebeldía e impotencia rompí la televisión y no volvieron a traer otra.

—¿Tu tío te visitaba con frecuencia?

—Solo recuerdo que lo hiciese en contadas ocasiones. No lo hacía de forma regular. La última vez fue cuando cumplí la mayoría de edad. Intentó llegar a un trato conmigo.

—¿Qué te dijo? —Jasper leyó el interés en Kate. Ese día ya le había dado demasiada información. No deseaba hablar más del pasado. Se acercó y la besó—. Eres muy hábil, me estás distrayendo —protestó ella contra sus labios, aferrada a sus brazos.

—¿Nos vamos? Tengo ganas de pasear y respirar al aire libre —propuso. En realidad, necesitaba dejar de rememorar sus años en Morrison y la crueldad de su tío por tenerlo allí encerrado durante tantos años.

Kate comprendió que por ese día había obtenido demasiado, más de lo que esperaba. Asintió y se dirigió a la habitación para vestirse mientras Jasper la esperó con la televisión de fondo. Le gustaba escuchar las noticias, sobre todo las de economía, y en especial las cotizaciones en bolsa.

Cada vez que salía a la calle Kate no podía dejar de mirar hacia todos lados. Si bien sabía con certeza que no sospechaban de ella, en Morrison la trataban como siempre, y por lo que había averiguado, a Jasper lo buscaban por los alrededores y lugares cercanos a los de su infancia, donde el niño sabría moverse. Le hubiese gustado sacar a Jasper del país, alejarlo de la búsqueda a la que estaba sometido, pero le era imposible. No tenía documentación. Cuando hablase con él y todo estuviese más calmado, tenía en mente llamar a Robert y que este lo ayudase. Estaba segura de que cuando escuchase a Jasper haría todo lo posible por él. Pero aún era pronto. Solo habían pasado tres semanas y media desde que Jasper se escapó de la residencia, y su búsqueda

seguía activa. Debía de esperar a que todo se calmase, hacer que él confiase en ella y le contase todo lo que sabía y pensaba hacer. Le inquietaba no conocer sus planes de futuro.

Hacía años que Jasper no pisaba un supermercado, su madre no solía hacer la compra, recordaba que de niño fue en contadas ocasiones. Ese día, con Kate, pasear por el supermercado, llenar el carro y coger todo lo que se le antojaba, fue como ir al parque de atracciones. Ella lo miraba con atención, lo veía feliz y a la misma vez ella también lo era.

Jasper cargó con todas las bolsas, no le dejó coger ninguna, le decía que estaba fuerte y se empeñó en demostrárselo durante el trayecto hasta casa. Kate lo miraba y se le hinchaba el pecho, recordaba los besos que se habían dado y el corazón le daba un vuelco sin querer. Todo se le hacía demasiado extraño, pero se sentía como nunca antes, feliz y ella misma.

Después de colocar la compra, Kate le iba enseñando a Jasper dónde estaba todo en su casa, tenía la intención de que la sintiese como suya, le dio la primera clase de cómo manejar un móvil. Le había comprado uno esa mañana de camino al supermercado y deseaba que siempre lo llevase con él. De esa forma, cuando ella estuviese en el trabajo se podrían comunicar por mensajes, sin necesidad de llamadas y que alguien la escuchase. Jasper resultó ser muy hábil, en menos de dos horas dominó por completo todas las funciones del móvil más simple que Kate pudo encontrarle. Le enseñó a hacer llamadas, a enviar *WhatsApp* y a hacer fotos. Como premio a su buen aprendizaje le bajó algunos juegos y le enseñó cómo usarlos.

—Yo jugaba a este de pequeño —dijo Jasper ilusionado cuando iba por el nivel siete del *Tetris*—. ¿Puedo jugar todo lo que quiera? —preguntó con la inocencia que lo caracterizaba en ocasiones y Kate le sonrió con un asentimiento de cabeza, emocionada—. Mi madre solo me dejaba jugar una hora al día, algunas veces cuando se iba a fiestas y cenas mi nana me dejaba jugar más tiempo si me comía toda la comida y me portaba bien.

Kate descubrió que le encantaba saber más sobre él.

—Cuéntame más cosas de tu vida hasta que tu tío te encerró —le pidió con amabilidad y un tono dulce.

Jasper soltó el móvil que sostenía entre sus manos y se centró en ella.

Kate esperó paciente, él la miraba sin saber por dónde comenzar y valoraba si revelarle esa parte tan personal de su vida, por otra parte, sabía que ella era la única persona en la que podía confiar.

—Fui muy feliz, lo tuve todo. Mis padres tenían muchísimo dinero, nuestra casa era inmensa y teníamos muchos criados. Hasta que todo pasó, lo único que anhelé fue tener un hermano o una hermana, como muchos de mis amigos, pero por todo lo demás, considero que tuve a los mejores padres.

—Me alegro de que tuvieses una infancia feliz.

—Me refugié en esos recuerdos durante años, creo que fueron ellos los que me ayudaron a sobrevivir al encierro. Eso, y la venganza en contra mi tío.

Se hizo un silencio entre ambos y ninguno dijo nada, ella tenía mil preguntas en mente, y él quería proponerle algo y no sabía cómo expresarlo.

—Necesito volver a la casa de mis padres. No te pido permiso ni ayuda, solo te lo estoy comunicando. No sé exactamente cuándo iré, pero no puedo dejar pasar mucho más tiempo.

—¿Qué vas a buscar allí? —preguntó Kate aterrada, a sabiendas de que no podría hacer nada para pararlo.

—Respuestas.

—Hace muchísimos años que ocurrió todo, no creo que encuentres nada.

—Conozco la propiedad entera muy bien, los pasadizos y donde mi padre escondía mucho

dinero. Lo necesito.

—¿Para qué necesitas dinero?

—No me gusta que tú pagues todo.

—¿Es solo eso? Tengo un buen sueldo, no me importa.

—Necesito averiguar cosas, hablar con personas. Sin dinero estoy atado.

—¿Y si te expones a ir a ese lugar y ya no hay nada allí?

—Dudo de que mi tío lo haya encontrado.

—Estás muy seguro.

Jasper solo asintió, convencido de ello. Él y su padre mantuvieron muchas conversaciones que no le podía revelar aún. Thomas siempre fue consciente de que su hijo era un niño mucho más inteligente que la media, por ello en ciertos temas lo trataba más como a un adulto.

Kate se levantó y fue a su habitación en silencio. Al cabo de unos minutos volvió con un sobre grande en la mano. Se lo entregó. Era el informe sobre Nelson Walsh que Robert le había dado un mes y medio atrás.

—Aquí hay información sobre tu tío y el asesinato de tus padres. No estoy segura de si estás preparado para conocerla, pero igual te hace desistir de la loca idea de meterte en la propiedad de tu tío y que vuelva a encerrarte. —Le extendió el sobre y lo miró con culpabilidad mientras se preguntaba si no estaba cometiendo el mayor error de su vida. Nunca sabía cuándo iba a aparecer el Jasper niño o el Jasper hombre seguro de sí mismo y arrollador, pero tenía que frenarlo en esa loca idea de meterse en su antigua casa.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó con sumo interés abriendo el sobre. Este contenía informes y fotografías. Kate había quitado donde aparecían la de los cadáveres de sus padres en el salón de su casa, no era necesario que él rememorase aquello.

—Mandé a investigar a Nelson Walsh —le informó—. Tenía que comprobar que todo lo que me dijiste en Morrison era cierto, contar con la certeza de que prestaba mi ayuda y me la jugaba por algo y alguien que merecía la pena.

No le dijo que recibió la colaboración de un policía. Por el momento era mejor dejar el nombre de Robert fuera de todo eso.

Jasper desvió la atención de los documentos y la centró en las palabras de Kate. Notó que tenía los ojos con lágrimas a punto de brotar y su voz se notaba entrecortada.

—¿Por qué me has ayudado tanto? —Deseó saber. En esos instantes ella se volvió más importante que la información que tenía entre las manos y anheló durante tantos años.

—Tu mirada era limpia, me hablabas con coherencia y de inmediato me di cuenta de que no estabas allí por un problema mental, y luego esta investigación me confirmó tu versión. —Fijó la vista en los papeles que él sostenía.

—Y ahora, ¿por qué me sigues ayudando? —le preguntó con sinceridad, sin dejar de mirarla a los ojos.

En el fondo de su ser, se preguntaba a menudo porqué una mujer como ella continuaba ayudándolo tanto. Podría haberlo sacado de Morrison y desentenderse de él. Lejos de ello, no quería que se fuese de su casa.

Kate se vio reflejada en el gris de sus ojos, y estos la enternecieron hasta el punto de casi llorar.

—Porque te quiero, Jasper —confesó con sinceridad, tras unos segundos de silencio—. Has llegado a un lugar tan dentro de mí que nunca había tocado nadie —le reveló con el corazón bombeándole en el pecho a toda marcha. Su niño-hombre debía de saber que había alguien en el mundo a quién le importaba, que no estaba solo.

Ante tal confesión, la cual no esperaba, Jasper se quedó como traspuesto. Abrió mucho los ojos e intentó decir algo, pero las palabras no le salieron. Kate observaba cómo su enorme pecho de acero subía y bajaba alterado.

—¿Cómo... cómo me puedes querer? —preguntó casi aterrorizado—. Solo recuerdo que lo hayan hecho mis padres y mi nana, y todos están muertos. En la residencia me decían que era un monstruo sin sentimientos. El día que le rompí un brazo al celador y tú estabas ahí viéndome, creí que nunca más te acercarías a mí, sin embargo, volviste y aun no entiendo por qué.

—Eres una persona buena. Solo hay que ver tu mirada. En Morrison te rebelabas, algo normal. Te tenían allí en contra de tu voluntad.

Entre ambos se hizo un silencio incómodo mientras clavaron las miradas en la mesa baja que estaba delante de ellos.

—Yo también te quiero —confesó Jasper—. Aparte de mis padres, no recuerdo soñar con nadie más ni querer estar con alguien o protegerla. Contigo deseo todo eso, y besarte, claro.

El corazón de Kate se hinchó de orgullo y lo abrazó en un impulso. Él refugió su rostro en el

cuello de ella y se permitió aspirar ese característico perfume que le nublaba los sentidos. Deseó pasar el resto de su vida así, con ella entre sus brazos. No le hacía falta más.

Con mil emociones a flor de piel que le bullían por todo el cuerpo, Kate tomó la cara de Jasper entre sus manos, lo obligó a centrar la mirada en la suya, y lo besó haciéndole sentir que lo amaba con todo su ser. A ella misma le asustaba lo que Jasper despertaba en su corazón. Era algo que nunca antes había sentido. No era compasión ni pena. Era amor, el amor más verdadero que hubiese imaginado jamás.

—Te amo, Jasper Walsh —murmuró contra su boca sin dejar de darle suaves besos.

—No quiero separarme nunca de ti —le confesó con la mirada más transparente que Kate hubiese visto nunca.

Esto fue cuanto ella necesitó para caer rendida. Lo volvió a besar con toda la pasión del mundo y, entre besos y abrazos, llegaron hasta la habitación. Él la besaba como un verdadero maestro y la acariciaba haciéndola sentir mil sensaciones nuevas. Kate pensó que la danza del amor era un acto tan innato que no hacía falta que hablase con Jasper antes de hacer aquello. Era consciente de que era su primera vez, pero ella haría que fuese única y especial para ambos.

Comenzó a desnudarlo y él se dejó hacer, al mismo tiempo, Kate le indicó que le quitase la ropa a ella también. Con manos temblorosas le pasó el jersey por la cabeza y se quedó con la vista clavada en el sujetador de encaje, color marfil, que llevaba puesto. Sin pudor alguno, se recreó con detenimiento en los ojos de su niño-hombre, llevó las manos a la parte de detrás de la espalda y se lo desabrochó. Lo dejó caer al suelo bajo la atenta mirada de Jasper y sus miradas se enredaron en el más absoluto silencio, tan solo resonaba en la habitación la alteración de sus respiraciones. Ambos estaban nerviosos, Kate se sentía como si fuese su primera vez, y se tuvo que recordar que Jasper era un inexperto en todos los sentidos. Aquel cuerpo de acero que tenía ante sus ojos la distrajo, era hermoso. Observó cada músculo de su cuerpo, bien delineado, la anchura de su pecho, esa piel clara, casi transparente en la que se delimitaban sus venas. En esos instantes se sintió muy pequeña a su lado, le sacaba casi dos cabezas. Dio un paso hacia él, lo abrazó y sus cuerpos desnudos de cintura para arriba se tocaron piel con piel. Fue una fusión casi mágica, sentirse así les erizó el vello. Kate lo abrazó, le dio un beso en el centro del pecho y paseó sus manos por la amplia espalda de Jasper que apenas abarcaba.

Él la pegó más a su cuerpo si cabía, le acarició el pelo y la espalda, sintiéndose en un verdadero paraíso. Kate lo escuchó suspirar, lo miró a los ojos, le tomó sus manos entre las suyas y las llevó hasta sus pechos. Le enseñó a acariciarlos y tocarlos, luego le devolvió las mismas caricias a él, acercó su boca y lo besó. Al principio lo notó tenso, pero poco a poco consiguió que se relajase. Le gustaba cómo lo besaba, cómo le recorría los pezones con su lengua, lo estaba instruyendo. Cuando terminó, Jasper estaba jadeante.

—Ahora haz tú lo mismo conmigo —lo apremió.

Él la miró interrogativo, con una ceja alzada. No esperaba que le pidiese eso.

—¿Te han gustado mis besos? —preguntó Kate. Él asintió de inmediato—. A mí también me gustará que me beses así. Hazlo —resonó como un ruego.

Con manos temblorosas y la mirada fija en ella, la tomó por la cintura y bajó la cabeza hasta sus pechos, asombrado. Antes de besarlos, como Kate le pedía, volvió a mirarla, pidiéndole permiso. Ella asintió y Jasper la devoró con los ojos, llevó la boca hasta sus pechos, la besó y luego enredó la lengua en sus pezones tal y como lo había hecho Kate con él. Si antes se había sentido en el mismísimo paraíso, en esos momentos se sentía en la gloria. La degustó y la saboreó con mimo, haciéndola sentir la mujer más especial sobre la tierra.

Kate se repetía que si esa era la primera experiencia de Jasper, ni se quería imaginar cómo

serían las sucesivas. Su niño-hombre era un dios y la tenía en el mismísimo cielo.

Cuando ya sintió que ninguno de los dos podía aguantar más, Kate lo llevó hasta la cama e hizo que se tendiese en ella. Con manos temblorosas le sacó el pantalón y los calzoncillos, ella también se deshizo de los suyos junto con la ropa interior bajo la atenta y escrutadora mirada de Jasper, apoyado en la cama sobre los codos.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó Kate parada frente a él. Le daba tiempo para que se acostumbrase a la situación.

Jasper fue incapaz de articular palabra, solo asintió, serio, y sin dejar de recorrerla de arriba abajo con la vista. La devoraba, estaba nervioso, le sudaban las manos y sentía que el corazón se le iba a salir del pecho.

Ella dio un paso, se acercó más, apoyó una rodilla sobre el colchón y lo repasó desnudo, allí tendido en su cama.

—A mí también me gusta lo que veo. Eres magnífico. —Se colocó sobre él y lo besó.

—Kate... yo... yo no sé nada sobre esto —murmuró nervioso. Tenía miedo de defraudarla.

—No te preocupes, yo te enseño. Déjate llevar, solo siente. Te quiero, Jasper.

Lo besó y se perdieron el uno en el otro y las mil sensaciones que los sobrevinieron.

Cuando Jasper entró en el interior de Kate creyó morir de placer, jamás llegó a imaginar que eso pudiese existir. Ella lo guio con maestría e hizo que aquello fuese especial para los dos. Él era un buen aprendiz, a pesar de ser su primera vez, la hizo ver todas las estrellas del universo.

Derrotados, tras un demoledor orgasmo, y sin poder articular palabra, el rostro de Kate reposaba contra el pecho de Jasper.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó algo preocupada ante el silencio de él mientras le acariciaba el abdomen.

—Sí —pronunció en un tono seco.

Se incorporó y lo miró atenta, trataba de averiguar qué pasaba en esos momentos por esa mente compleja.

—¿En qué piensas? —preguntó con paciencia y dulzura. Para ella había sido perfecto, lo más especial que había hecho en la vida, y la reconcomía por dentro que para él no hubiese significado lo mismo.

Jasper posó una mano sobre su cintura mientras que colocaba la otra en su espalda.

—Si tuviese que volver a pasar por todo lo que he pasado en estos años, ¿sabes qué?, Lo haría sin dudarlo, siempre y cuando supiese que iba a llegar este día.

Tras aquella confesión, las lágrimas inundaron el rostro de Kate, no necesitó que le dijese que la amaba ni que había sido fantástico. Aquello era más, mucho más de lo que había esperado. Lo besó sin dejar de rodarle lágrimas por el rostro mientras Jasper le correspondió con el entusiasmo de siempre.

—¿Por qué lloras? —le preguntó preocupado, apartándole las lágrimas. No le gustaba verla así. Él quería que sonriese siempre.

—Porque me haces muy feliz. Te amo —murmuró contra sus labios.

Las lágrimas de Kate aumentaron, tenía la mirada fija en él, sabía mejor que nadie lo que Jasper había pasado en esos años de encierro, y escucharlo decir esas palabras la sobrecogieron de forma especial. De repente, más lágrimas manaron de los ojos de Kate, la imagen que contemplaba en esos instantes, antes nunca vista, la grabaría en su memoria para siempre. Él le sonreía, la paz y la felicidad estaban reflejadas en su rostro. Lo admiró en silencio, con miedo a que desapareciese.

—Estás sonriendo —le indicó con orgullo, sin dejar de llorar, sorbiendo por la nariz, con el

pecho encogido por la emoción.

—Me siento feliz por primera vez en años. Eres lo mejor que me ha pasado en esta vida. No quiero perderte nunca.

Kate lo abrazó y se sintió la mujer más afortunada sobre la tierra. Ver una sonrisa en el rostro de Jasper era como agua en mitad del desierto.

—Yo también soy muy feliz. —Lo abrazó y reposó de nuevo la cabeza sobre ese amplio y duro pecho que la hacía sentirse tan segura y protegida.

La noche caía, Jasper lo advirtió a través de las ventanas, las cortinas no estaban echadas.

—¿Puedo dormir contigo? —le preguntó rompiendo el silencio y el sueño en el que casi entraba Kate.

—Sí. Hoy y siempre —murmuró abrazándolo más fuerte.

—¿Y podemos volver a repetir lo de antes? —preguntó con media sonrisa socarrona en sus labios.

Kate lo miró y le devolvió una amplia sonrisa.

—Sí. Podemos hacerlo siempre que tú quieras —advirtió la disposición de él y soltó una sonora carcajada—. Pero ahora vamos a dormir.

Volvió a recostarse contra su pecho y cerró los ojos, dejando que un profundo sueño se apoderase de ella.

Jasper la sostuvo entre sus brazos mientras juraba que cuidaría de esa mujer para siempre. Le debía la vida y lo feliz que se sentía en esos momentos. Veló sus sueños mientras pensaba que lo ocurrido entre ambos acababa de cambiar todos los planes que tenía en mente. Deseaba estar con Kate el resto de sus días, ella había pasado a ser la prioridad en su vida. La venganza contra Nelson Walsh acababa de colocarse en un segundo plano, algo que pensó nunca ocurría. Sentía desconcierto al hecho de que Kate se hubiese posicionado en su mente y en su corazón antes que toda la venganza que planeó durante años contra su tío.

A la mañana siguiente, cuando Kate abrió los ojos se encontró con la imagen más hermosa con la que jamás hubiese soñado. Jasper estaba a su lado y le mostraba una sonrisa maravillosa. Quizá, ni él mismo, fuese consciente de esta. Le devolvió la sonrisa, se acomodó en la cama y le dio un casto beso de buenos días.

—¿Has dormido bien? —le preguntó mientras él la abrazaba con sus enormes brazos.

—Ha sido la mejor noche de mi vida.

—La mía también.

A Jasper le gustó aquella confesión, en su rostro se volvió a dibujar una nueva sonrisa y Kate pensó que se derretía con cada una de ellas.

Advirtieron que llovía con fuerza, el sonido contra las ventanas era evidente.

—Hace un día gris. No podremos salir de casa —se quejó Kate. Tenía ganas de pasear por Hyde Park con Jasper, como una pareja enamorada.

—No te preocupes. Tú eres mi sol. Iluminas mi vida. No me importaría pasar el resto de mis días encerrado de nuevo en una habitación, siempre y cuando sea contigo.

Kate se revolvió entre sus brazos, se sentó a horcajadas sobre él y lo besó con verdadero deleite. Jasper la desarmaba, tenía el don de producirle mil mariposas en el estómago y hacer que las piernas le temblasen.

—Kate... —Ella notó que no sabía cómo preguntarle algo que lo abrumaba.

—Puedes preguntar con libertad todo lo que desees, te responderé con sinceridad siempre que esté a mi alcance. La confianza debe ser lo principal entre nosotros —le recordó.

Él asintió y tragó con dificultad.

—Esto que hacemos... ¿es así como se tiene un hijo? Verás, yo no...

No lo dejó terminar, lo acalló con un simple beso, le pasó los dedos por los labios y lo miró con una sonrisa. Se maravillaba de lo dulce, delicado, respetuoso e inocente que podía llegar a ser.

—Tomo la píldora. —La cara de Jasper le dijo de inmediato que no entendía de qué le hablaba—. Es una pastilla que impide que tengamos un hijo —le aclaró de inmediato.

—Ah.

Kate no lo notó muy convencido, sin embargo, no preguntó más.

—Tengo irregularidades con la regla. ¿Sabes qué es la regla en las mujeres? —Él asintió, recordaba haber estudiado eso—. La pastilla que tomo para regularla también sirve para no quedarme embarazada. Podemos hacer el amor sin preocuparnos. No vamos a tener un hijo.

—¿No te gustan los niños? —preguntó con inocencia.

—Me gustan, pero no me siento preparada aún para ser madre.

—De pequeño pensaba en tener un hijo y ser como mi padre era conmigo, que aprendiese todo lo que él me enseñó —lo dijo con orgullo y admiración.

—¿Qué fue todo lo que te enseñó? —No desaprovechó la oportunidad para saber más de él y su pasado familiar.

—Me enseñó a jugar al ajedrez, al póker, a montar a caballo, a no perderme en el bosque, a hacer fuego, a nadar, a jugar al fútbol, al tenis y a no tenerle miedo a nada. La voz de mi padre siempre resonaba en mi cabeza en las duras noches en Morrison, me decía: *no te dejes vencer, tú puedes con ellos, lucha, usa tu inteligencia, hijo*.

Jasper siempre conseguía sorprender a Kate, nunca pensó que le revelase una confesión como esa.

—Cada día te admiro más —le manifestó con orgullo.

Se ducharon juntos, ambos se mimaron entre besos y achuchones bajo el agua, desayunaron, y cuando llegaron al salón, Jasper reparó en el informe de Nelson Walsh que Kate le entregó el día anterior. Estaba tirado en el suelo. Hasta ese instante no se había acordado más de él.

Bajo la atenta y aterrada mirada de ella, Jasper recogió el informe, se sentó y comenzó a hojearlo. Ella tomó asiento a su lado, en silencio.

—¿Has olvidado leer? —le preguntó al ver que no comenzó a leerlo de tirón. Solo pasaba las páginas.

—No. En la residencia recibía muchas lecturas. Si hay algo que mi tío no descuidó fueron mis estudios. Se interesó porque conociese muchas cosas a través de los libros. Al principio no los leía, los rompía, pero con el tiempo aprendí lo que mi padre siempre me decía; *aprovecha la debilidad de tu adversario*. —Kate lo miró con el ceño fruncido, no lo entendía—. Los libros eran mi única conexión con el mundo real. Siempre deseé salir de Morrison y vengar la muerte de mis padres, al mismo tiempo, era y soy consciente de que se necesita inteligencia y sabiduría para derrotar al enemigo. Durante años me tomé mi encierro como un aprendizaje para afrontar el mundo exterior. Sin mi tío ser consciente, aprendí mucho de los libros que me dejaban.

—¿Qué libros solías leer? —Le interesaba mucho esa parte desconocida de Jasper.

—De filosofía, historia, economía. Todos los que me dejaban.

—¿Por qué esa clase de libros para un niño?

—No lo sé, pero a ellos les hice creer que no leí ninguno. Siempre los dejaba en el mismo lugar y procuraba que aparentasen estar como me los traían. Tan solo hace un par de años que tengo la habitación vigilada por cámaras, desde entonces no he leído nada.

—¿Estás seguro de que quieres conocer todo lo que ese informe revela? —preguntó con miedo. Jasper asintió de inmediato—. Bien, entonces creo que querrás estar solo. Voy a la habitación a hacer un par de llamadas. Si necesitas cualquier cosa, no dudes en ir.

—Gracias.

Kate se levantó y antes de marcharse le dio un beso en la cabeza, le acarició el mentón con mimo y lo dejó en el salón con una media luz encendida y el repiqueteo de la lluvia contra los cristales de fondo. No pudo evitar sentir pena por él. Jasper estaba a punto de sumergirse de nuevo en el pasado y una cruda realidad que le borraría la sonrisa.

Tras dos horas a solas y releer el informe completo en varias ocasiones, Jasper odiaba aún más a su tío. Nelson Walsh era un hombre respetado por la sociedad londinense, intachable, como reflejaban esas páginas en las cuales quedaba patente su imperiosa labor para encontrar a su sobrino desaparecido, las cuantiosas recompensas que ofreció y, sobre todo, lo bien que armó la coartada para que no lo implicasen en el asesinato de su hermano y de su cuñada. Pero Jasper sabía la verdad y tenía toda la intención de desenmascarar a su tío. Desde que salió de Morrison habían cambiado algunas cosas, pero no desistiría jamás en hacer pagar a Nelson por lo que le hizo a él y a sus padres.

Cuando Kate ya estaba a punto de ir en busca de Jasper, este apareció en la habitación con el informe en las manos. Ella suspiró, tomó aire y esperó a que fuese él quien le mostrase sus impresiones después de leer aquello.

—Todo lo que dice aquí es mentira —le dijo cuando soltó los papeles sobre la cama, pareciera que le quemasen.

—Lo sé, te creo a ti —le confesó sentada en la cama mientras lo miraba con atención, de pie, frente a ella.

—¿Por qué me crees? Está todo muy bien armado. —Jasper se mostraba frío e indiferente, a Kate no le gustó el semblante que vio en su rostro.

—Te creo porque sé que tu mirada no miente. Además, he descubierto por otro lado que Nelson Walsh ha hecho cuantiosas donaciones de forma anual a Morrison desde hace diecisiete años exactamente.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó con sumo interés.

—Lo sé, una persona de confianza lo averiguó. Yo misma lo vi, pero no tengo documentación que lo acredite. Es complicado y peligroso.

—Entiendo —manifestó pensativo.

Kate se levantó, dio un par de pasos hasta él y le posó ambas manos en sus brazos. Llevaba una camiseta negra de manga corta, y el contacto de las manos de ella sobre su piel hizo que supiera que estaba con él en ese complicado asunto. Kate no era su enemiga, ella solo lo había ayudado desde que lo conoció.

—Estoy contigo y te creo. Te quiero, Jasper. No estás solo en todo esto. Voy a ayudarte a recuperar tu vida. —Necesitaba que tuviese confianza, no podía dejar que aterrizase en el rencor y la venganza contra Nelson Walsh—. Hay que pensar muy bien cómo actuar. No quiero perderte. —Lo abrazó y le hizo sentir que era su vida entera.

Con un intenso nudo en la garganta, Jasper se aferró a aquel abrazo, suspiró y lloró. A Kate se le partió el corazón en dos al ver a ese hombretón roto como un niño. Lo llevó hasta el sofá del salón, le hizo un chocolate caliente, lo obligó a que se lo bebiese y luego lo acunó entre sus brazos arropado con una manta. Todo ese gran cuerpo temblaba. Durante mucho tiempo ninguno de los dos dijo nada. Kate se limitó a abrazarlo y besarlo. Descubrir de primera mano la buena vida y la gran reputación que ostentaba su tío lo había hundido, sentía náuseas y los recuerdos del pasado volvieron a su mente más vivos que nunca.

Finalmente, Kate entendió que solo había una forma de hacer desaparecer todo lo que lo

abrumaba en esos momentos, Tomó la iniciativa y como siempre que lo besaba, él le correspondió. Terminaron haciendo el amor en el sofá, de una forma tan tierna y pasional que ni ella hubiese imaginado en sus mejores sueños.

Desnudos, frente a la chimenea encendida, con la vista clavada en las luces de la Tower Bridge, se acariciaban mutuamente en silencio. Acababan de hacer el amor y cada cual estaba en su nube particular.

—Esto es maravilloso, jamás pensé que fuese así —murmuró Jasper contra el cabello de Kate mientras le daba un beso y se lo acariciaba.

—Sí, es maravilloso.

—Tú... tú ¿habías hecho esto antes? —preguntó con recelo e inocencia.

La espalda de Kate reposaba contra el pecho de Jasper. Se revolvió entre sus brazos y lo miró de frente.

—Sí —confesó sintiendo culpabilidad y sin saber por qué.

En esos instantes, Jasper experimentó por primera vez lo que eran los celos de un hombre enamorado. Imaginar a Kate haciendo con otro lo que habían hecho juntos en dos ocasiones lo hizo hervir por dentro. Se tensó y un leve tic apareció en su mandíbula. Fue incapaz de articular palabra a pesar de que en su mente se agolpaban mil preguntas. En ese momento se dio cuenta de que sabía muy poco sobre la mujer que tenía enfrente, desnuda, y lo miraba de forma interrogativa, a la espera de que dijese algo. Pero Jasper tan solo soltó el aire que contenía en sus pulmones.

—¿Qué ocurre? Dime qué pasa por tu cabeza. Si no lo exteriorizas no puedo entenderte o explicarte cómo son las cosas —le pidió con paciencia.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó de golpe. Sonó algo brusco.

—Veintiocho años.

—¿Has tenido muchos novios?

—No.

—¿Cuántos? —Deseó saber.

—Dos.

—¿Con los dos hiciste las cosas que has hecho conmigo? —se atrevió a preguntar.

—Jasper... —Se revolvió incómoda, se cubrió con la manta y lo tomó de las manos—. Lo que he sentido contigo cuando hemos hecho el amor no lo he sentido con ellos antes.

—No quiero que hagas el amor con ningún otro hombre —manifestó tajante.

—Jasper, te quiero. Nunca podría estar con nadie más. Eres la persona más importante en mi vida en estos momentos. Somos novios, ¿no? —Él asintió de inmediato—. Bien, pues solo somos tú y yo. Nadie más. Solo te besaré a ti, te abrazaré a ti y haré el amor contigo. Te lo prometo. —Lo abrazó y Jasper le correspondió como un niño asustado. Ella sonrió sobre su hombro, su niño-hombre estaba celoso.

—Quiero saber cosas de ti.

—¿Qué cosas? Preguntó todo lo que deseas —lo animó mirándolo a los ojos. Se mostraba paciente y cariñosa.

—Lo que te gusta, tus costumbres, aficiones... no sé...

—Mi vida ha cambiado muchísimo en los últimos tres meses. Ahora soy la Kate que siempre deseé. Suelo salir a correr por las mañanas, me gusta pasar tiempo en casa, me gusta leer, ir al cine y soy una amante los téis, creo que eso ya lo sabes. No puedo irme a la cama sin tomarme uno bien caliente sentada en este sofá, en paz, relajada, con la mente en blanco y perdida en estas preciosas vistas de las que disfruto.

A Jasper le gustó lo que le contó.

—A las mujeres os gusta ir de compras, las fiestas y tenéis amigas. Mi madre hacía todo eso.

—Esa era la Kate de hace unos años. Ahora mi vida se reduce a mi trabajo, esta casa, y ahora tú —le confesó acercándose más a él. Tanto que notó su aliento muy cerca.

—¿No tienes amigos?

Se le hacía raro ver una casa sin gente, en la que se crio siempre estaba llena de sirvientes y amigos de sus padres.

—Sí. Ada es como una hermana para mí, algún día te la presentaré. Y su novio es un gran amigo también, junto con mi abuela Meghan son todo mi mundo, aparte de ti —le confesó con una leve caricia por su pecho.

—No has ido a correr desde que estoy aquí. —Apreció tras hacer memoria.

—Pronto volveré, han sido unos días muy complicados.

—Me gustaría acompañarte. Correr al aire libre fue uno de mis deseos durante mucho tiempo.

—Deseo concedido. Mañana saldremos temprano, antes de marcharme a trabajar. Y a ti, ¿qué más te gustaría hacer? —Estaba dispuesta a concederle cualquier sueño que tuviese.

—Tenía muchas cosas en mente antes, pero ahora todas han cambiado.

—¿Por qué? —preguntó con preocupación.

—Antes no te conocía. Ahora que te tengo a mi lado mis prioridades han cambiado.

En el rostro de Kate se dibujó una sonrisa brillante.

—Cuéntamelo —le rogó con una mirada ardiente, embobada en él.

—Solo quiero estar contigo y verte sonreír como lo haces ahora. He descubierto que solo con eso soy feliz. No necesito todo lo que ansié mientras estaba encerrado en Morrison.

Kate dejó caer la manta con la que cubría su cuerpo desnudo y se arrojó a los brazos de Jasper. Él la recibió con entusiasmo.

—Iremos poco a poco. Confía siempre en mí. No me dejes nunca —resonó como un ruego.

A la mañana siguiente, ambos salieron a correr por los alrededores de la casa de Kate, bordearon el río Támesis y volvieron tras una intensa carrera en la que a los dos les temblaban las piernas. Desayunaron juntos y Kate se despidió de él hasta la noche. Le tocaba un turno de doce horas en Morrison. Jasper le prometió que no saldría solo, se quedaría en casa con la televisión como entretenimiento y un montón de libros que ella le dejó en su habitación y le podrían ser útiles. Pero con lo primero que se puso, nada más marcharse Kate, fue con un mapa de Londres. El metro y las conexiones con otros lugares eran lo principal. La venganza contra Nelson Walsh no abandonaba por completo la mente de Jasper. De una forma u otra haría pagar a su tío.

Aquella noche, cuando Kate regresó a casa se encontró con la enorme sorpresa de que Jasper y Ada hablaban de forma amigable en su salón. Y eso que le había advertido mil veces que no le abriese la puerta a nadie.

—Ada, ¿qué... qué haces aquí? —le preguntó seria, sonó como un reproche, mientras reprendía con la mirada a Jasper. No era el momento de hacer presentaciones.

—¡Ay! Pobre Jasper, menudo susto se ha dado cuando he abierto la puerta. Le he explicado que soy como tu hermana y menos mal que ya le habías hablado de mí. Te llamé, pero no me respondías. Robert tiene que viajar por asuntos de trabajo, es urgente, y tienes mis maletas. Desde la mudanza no me las devolviste —le recordó con una sonrisa mientras admiraba a Jasper.

Kate se lamentó de su error. No contaba con que Ada y Jasper se conociesen tan pronto.

—Veo que ya os conocéis. —Advirtió dos tazas vacías sobre la mesa baja delante del sofá. Ignoraba qué le habría dicho Jasper sobre su estancia allí. Conocía bien a Ada y lo habría sometido a un tercer grado.

—Kate, que callado te tenías que Jasper es tu novio. No me habías dicho que vivías ya con él.

—Eh... Sí, llevamos saliendo unas semanas. En su casa se produjo un problema con la calefacción y ha venido a pasar unos días mientras lo arreglan.

Jasper no la contradujo, Kate lo miraba advirtiéndolo de que no hablase más de la cuenta, de que la dejase a ella.

Ada no hizo más preguntas y Kate dedujo que ya se había servido a gusto con Jasper en su ausencia. Tomó a su amiga del brazo y ambas se excusaron ante él para ir en busca de las maletas a la habitación de Kate.

—Madre mía, vaya hombre te has ligado. Si tíos como el que tienes en tu salón ya no existen. Está como un tren, es monísimo. Me lo tienes que contar todo con todo lujo de detalles. Ya me ha dicho que os conocisteis en el metro y lleváis saliendo unas semanas. Me alegro un montón. —Una rápida Kate asintió y corroboró la versión de Jasper—. Me ha dicho que se dedica al mundo de las finanzas, dirige varias empresas. Es un buen partido, no lo dejes escapar —le aconsejó tomando las maletas que su amiga le entregaba.

Kate intentó dominar su cara de asombro ante esto último.

—Jasper es especial.

—Se nota que es buen tío. Y solo me ha hecho falta mirarte una vez para saber que te mueres por los huesos de ese hombre. Pero no te perdono que no me lo contases en todo este tiempo, con razón estabas tan perdida. Siempre que te llamaba para quedar me decías que estabas ocupada, ya entiendo la ocupación —le dijo con tono socarrón.

Ada la abrazó y le susurró en el oído que tenían una conversación pendiente, de amiga a amiga. Luego, ya en la puerta del *loft*, se despidió de Jasper no sin antes autoinvitarse un día a comer allí los tres juntos.

Tras cerrar la puerta y desaparecer el huracán Ada, Kate miró a Jasper, sonrió y lo abrazó.

—Lo has hecho muy bien. Estoy orgullosa de ti —le dijo mientras sentía el calor de su cuerpo.

—No sabía qué hacer cuando abrió la puerta. Luego me dijo que era tu amiga, tú la nombraste... Y me pareció una persona en la que confiar.

—Ada es una de las mejores personas que conozco. Me quiere con locura.

—Me gustó conocerla y hablar con ella.

—Bueno, mi novio director de empresas —le dijo con una enorme sonrisa—, ¿cómo se te ocurrió decir eso?

—Vi una película la otra mañana mientras trabajabas y él era director de varias empresas, se me ocurrió. —Se encogió de hombros y la miró con inocencia.

Kate le dio un beso, orgullosa de él.

—Vamos a cenar que traigo mucha hambre.

Entre risas y miradas cómplices prepararon unos espaguetis a la carbonara y se lo comieron con una película de fondo. Kate tenía toda la intención de convertirlo en un amante del cine, como lo era ella.

Pasados dos días, Kate disfrutó de tres días consecutivos de descanso en Morrison. Le gustaba tener turnos de doce horas, si bien en dos días no veía a Jasper, luego tenía tres libres completos con él. Había planeado hacer muchas cosas. En primer lugar, pensaba llevarlo a Hyde Park, pasear y admirar todo el lugar. Luego, lo llevaría al Palacio de Buckingham. Ambos lugares estaban cerca y hacía un día de sol que no podían desaprovechar. Kate preparó una cesta de pícnic para comer en el parque. Le indicó a Jasper que se colocase unas gafas de sol y una gorra, toda precaución que tomasen al salir siempre era buena. Sabía que en Morrison continuaba la orden de su búsqueda.

Tendidos en el césped, Kate reposaba la cabeza en el pecho de Jasper, después de comer unos sándwiches, sonó el móvil de ella. No lo contestó y volvió a entrar la llamada. Quien fuese era insistente. Lo cogió y era Meghan, su abuela.

—Mi niña, estás perdida. Tanto trabajo te tiene alejada de mí —se quejó con dulzura la anciana.

—Sí, he estado muy ocupada, abuela —se disculpó y le hizo saber de paso a Jasper con quién hablaba—. Te debo una visita.

—Para eso te llamaba. Pasado mañana, un amigo da una cena en beneficio de las mujeres solteras con hijos y sin recursos. Sé que no te gustan estas cosas, pero me gustaría que me acompañes. —Kate suspiró y su abuela notó su desgana—. Es una fiesta de máscaras. No tendrás que saludar a mucha gente ya que iremos camufladas. Te prometo que solo serán un par de horas. Hacer una donación y poco más. Es un compromiso que no puedo eludir.

No le apetecía nada, pero Kate no podía negarse después de todo lo que su abuela había hecho por ella.

—Está bien. Te acompañaré —resolvió poco animada.

—Genial, mi niña. Muchas gracias.

—De nada, abuela.

—Nos vemos pasado mañana, paso a recogerte media hora antes.

Meghan era una señora que se movía, desde que Kate tenía uso de razón, con chófer personal. No le gustaba vivir en el ajetreado Londres, y no le importaba desplazarse en cada ocasión. Aunque la marquesa de Richmond apenas asistía a eventos sociales, esta era una ocasión muy especial, de ahí que Kate aceptase.

—Una fiesta —dijo Jasper tras colgar Kate con su abuela. Estaba a su lado y lo había escuchado todo.

—Sí —afirmó poniendo los ojos en blanco.

—No te hace ilusión ir —advirtió con sorpresa—. Recuerdo que mis padres daban muchas fiestas en casa, a mí me gustaban, y también recuerdo a mi madre feliz en ellas.

—A mí me gustaría más quedarme en casa contigo en esta ocasión, pero después de todo lo que mi abuela ha hecho por mí, no puedo negarle acompañarla. Lo entiendes, ¿verdad?

—No te preocupes por mí. Te esperaré en casa, leyendo y con un té. —Le mostró tal sonrisa tras decir aquello que Kate creyó que se derretía allí mismo. Sabía que se lo decía porque le contó que era su forma favorita de pasar el tiempo.

Se abrazó a él, lo besó y, como dos niños rodaron por el césped, entre besos, bajo la atenta mirada de las personas que paseaban por allí. Kate se sentía feliz, y Jasper sonreía sobre sus labios.

Horas antes de la gala benéfica, cuando Kate ya había recibido un paquete de su abuela con un vestido deslumbrante, en color azul cobalto, y una máscara para los ojos en el mismo tono, que lucían encima de la cama, Meghan la llamó y le comunicó que había contraído una gastroenteritis y se sentía fatal. Le pidió que acudiese a la gala en su nombre y realizase la donación. El chófer de su abuela se encargaría de llevarla.

A Kate no le apetecía ir sola y le pidió a Ada que la acompañase, pero ya tenía otros planes que no pudo cambiar con tan poco margen de tiempo.

Cuando Jasper advirtió que Kate estaba disgustada por acudir a esa fiesta sola, se ofreció a acompañarla. Lo que en un principio a ella le pareció una completa locura, tomó forma, y, al ser una fiesta de máscaras, valoró que no era tan arriesgado que la acompañase. Nadie lo iba a reconocer y le haría bien tenerlo cerca. Las fiestas a las que acudía su abuela no eran muy multitudinarias, no habría problema en ese sentido y estarían poco tiempo, planeó que ni una hora, entregar la donación y poco más. Llamó al chófer de su abuela y le indicó que le hiciese llegar un esmoquin de la talla de Jasper junto con un antifaz negro. Iban a acudir a esa fiesta juntos.

Cuando Kate vio a Jasper vestido con el esmoquin, esperándola en el salón de casa, tan guapo y elegante, casi se le paralizó el corazón. Le sonreía y la miraba de arriba abajo. Desde que se conocían no habían tenido la ocasión de verse así de arreglados.

Con paso seguro, Jasper fue hasta Kate, la tomó de las manos, sin dejar de admirarla y le dijo:

—Pareces una reina.

—Tú estás guapísimo.

—Siempre odié estos trajes. Mi madre me obligaba a llevar unos así, como los de mi padre, cada vez que daban una fiesta en casa.

—Pues déjame decirte que te sientan de maravilla.

Le dio un breve beso en los labios y lo admiró.

Jasper se quedó mirándola un poco serio.

—¿Qué ocurre? —le preguntó preocupada. Cuando su expresión se entristecía todas las alarmas de Kate saltaban.

—Algún día podré regalarte joyas, como mi padre hacía con mi madre.

—No me gustan las joyas. Me gustan tú. —Kate volvió a besarlo y consiguió que le sonriese de nuevo.

—Algún día te las regalaré —murmuró cuando se encaminaban hacia la salida. En sus pensamientos aparecieron todas las joyas que tenía su madre. Estaba dispuesto a recuperarlas y que fuesen para la mujer que amaba.

—Buenas noches, Peter —saludó Kate al chófer cuando se montaron en el coche. Lo conocía desde hacía años. La había llevado muchas veces al colegio.

—Buenas noches, señorita Griffin. Aquí tiene las invitaciones de la fiesta y el cheque que la Marquesa pensaba donar. Le da las gracias de nuevo por acudir en su nombre.

—No hay de qué, Peter. Podemos irnos. —Tomó las invitaciones, junto con el sobre del cheque y lo metió en la cartera—. El señor es un amigo, me acompañará esta noche.

Peter asintió a modo de saludo. Jasper le devolvió el gesto y se pusieron en marcha. Kate

tomó la mano de Jasper entre las suyas y le sonrió. Por un lado, se sentía emocionada de salir con él, por otro, estaba aterrada por cómo se sintiese en un lugar así. No estaba acostumbrado a estar rodeado de gente.

Pasada una media hora, en la que se limitaron en ir en silencio, simplemente acariciándose la mano bajo miradas cómplices, llegaron al lugar de la fiesta.

Nada más entrar en la propiedad, una lujosa casa se divisaba al fondo, donde resplandecían muchas luces, Jasper se tensó de inmediato, se incorporó y pegó la cara al cristal tintado del coche. Cuando Kate pudo verle el rostro, lo vio blanco, con los ojos muy abiertos y las manos casi le temblaban. Aterrada, comprobó que no había sido buena idea llevarlo.

—Podemos volver si no te sientes preparado —le apretó la mano infundiéndole que estaba a su lado.

—Esta es mi casa —anunció Jasper con voz ronca.

Con un gesto de horror, Kate lo miró, observó el lugar, pero no reconoció la propiedad, nunca había estado ahí. De inmediato sacó la invitación que llevaba en el bolso y ni se había molestado en leer antes.

Se quedó paralizada cuando sus ojos leyeron:

El duque de Gordon, les invita en su propiedad, situada en Totteridge, a la fiesta de máscaras con motivo de recaudar fondos para...

No pudo seguir leyendo más, miró a Jasper y comprendió que se acababan de meter en la boca del lobo e iban a ser devorados.

—Nos vamos —anunció Kate a Peter.

En el rostro de ella apareció el mismo terror que mostraba él. Deseaba salir de allí cuanto antes. Sin querer, habían terminado en la casa del hombre que perseguía a Jasper por toda la ciudad. Se recriminó no haberse interesado dónde era la fiesta ni quién era el anfitrión.

—¡No! —resonó la voz de él alto y claro—. No me voy a ir. —Miró a Kate y luego volvió a fijar la vista cerca del cristal del coche, inspeccionaba la que había sido su casa desde que nació.

Había muchos coches aparcados en la entrada, se escuchaba música y vio a guardas de seguridad con trajes de chaqueta en negro y pinganillos en los oídos. Ello no lo asustó demasiado, su propio padre tenía dos guardaespaldas siempre a su lado.

—Esto es una locura —dijo Kate entre dientes. No quería dar más explicaciones delante del chófer de su abuela.

—Es la oportunidad que siempre he deseado —le comentó en voz baja, sonó como un ruego—. Esta noche es perfecta. —Alzó la máscara negra que tenía sobre las piernas y se la colocó con decisión bajo la atenta mirada de Kate—. Vamos. —Se bajó de golpe del coche, lo rodeó y le abrió la puerta a ella. No había olvidado las normas de cortesía.

Cuando Kate puso un pie en el suelo de la propiedad, Jasper le tenía tendida la mano. Se la tomó, se aferró a ella con fuerza, lo miró, y se preguntó cómo él había conseguido calmarse y tener ese semblante en cuestión de segundos. Se aferró a él con miedo a desvanecerse, las piernas le temblaban como nunca antes.

—Ponte la máscara —le recordó Jasper con la mirada clavada al frente mientras la llevaba tomada del brazo. Caminaba con seguridad y la cabeza alta.

Con manos temblorosas ella se la colocó, lo había olvidado por completo, su cabeza estaba en otro asunto. Lo volvió a tomar del brazo, ya que sentía que si no iba agarrada a él no sería capaz de acompasar el paso.

Antes de llegar a la entrada principal, Jasper la guiaba en todo momento, él le pidió las invitaciones, se las extendió y se las entregó al personal que custodiaba la puerta. Se desenvolvía con una maestría que logró preocupar a Kate. Una vez dentro, la guio hasta el salón principal de la casa, la conocía bien. Comprobó que no había cambiado demasiado con el paso de los años. Kate lo admiró una vez más mientras observaba que se movía como pez en el agua en ese ambiente. Ella, que había acudido a numerosas fiestas como esas a lo largo de su vida, se sentía como si fuese la primera. No sabía qué hacer, dónde acudir, ni a quién saludar.

—Vámonos de aquí. Esto es una locura —le susurró Kate haciendo presión en su brazo.

Se había quedado parado al pie de las escaleras principales de la casa, las observaba, y luego se volvió con paso lento hacia el salón. En la memoria de Jasper se recreaban los gritos y sonidos de la última vez que estuvo allí. Buscó la chimenea y en su mente ese salón se quedó vacío, solo apareció el cuerpo de sus padres llenos de sangre y su tío sentado en el suelo con la pistola en la mano.

—Buenas noches, señores. Creo que no los he saludado. —Una voz lo sacó de sus pensamientos—. Soy Nelson Walsh, el duque de Gordon, gracias por acudir.

Les extendió la mano y Jasper fijó la vista en esta sin extender la suya. Se quedó como paralizado al tenerlo tan cerca.

De inmediato, fue Kate quien tomó la palabra.

—Buenas noches, señor Walsh. —El anfitrión era el único que no llevaba una máscara esa noche—. Soy Kate Griffin, la nieta de la marquesa de Richmond. —Le extendió la mano y se esforzó en sonreírle—. No hemos tenido el placer de coincidir antes, pero he oído hablar mucho de usted.

—Por favor, hágame de tú. La Marquesa es una gran amiga. Me acaban de comunicar su indisposición para esta noche, una lástima. Me consideraba un privilegiado con su presencia ya que no acude a eventos como este.

—Él es un amigo, Sam Mckay —lo presentó Kate con el primer nombre que se le vino a la cabeza. Rezaba para que Jasper no perdiese las formas. Tener al asesino de sus padres delante y en el lugar donde todo ocurrió años atrás no ayudaba.

El Duque le extendió la mano y, tras pensarlo por unos minutos, los cuales a Kate se le hicieron eternos, Jasper se la estrechó junto con un asentimiento de cabeza.

—¿Nos conocemos? —preguntó Nelson, trataba de ver más allá de la máscara que el desconocido llevaba puesta y le cubría medio rostro. Los ojos grises de este eran muy llamativos, aún con una máscara saltaban a la vista.

—No creo —intervino de inmediato Kate—. Acaba de llegar de Los Ángeles, nunca antes había estado en Londres.

Jasper se limitó a esforzar media sonrisa y a volver a asentir. No le salían las palabras.

Nelson se limitó a sonreír ante la información de Kate, pero ella no lo notó muy convencido. Los miró a los dos con detenimiento mientras Kate tragaba con dificultad a la misma vez que rezaba porque no se desatase una guerra allí mismo, podía notar la tensión en el brazo de Jasper, el cual seguía agarrándolo con fuerza.

Los ojos de Jasper echaban fuego y pudo advertir que se contenía para no tratar a su tío como se merecía.

—Si me disculpan... Me reclaman. Disfruten de la fiesta. —Desde el otro lado del salón alguien le indicaba a Nelson que se reuniese con él. El hombre se retiró y Kate soltó todo el aire que tenía apesado en el pecho.

Jasper se volvió y observó con quién se reunió su tío. Conocía a ese hombre. Era uno de los guardaespaldas personales de su padre. Le sorprendió ver que ahora trabajase para Nelson.

—¿Estás bien? —Kate lo sacó de sus pensamientos. Se posicionó delante de él, e hizo que se centrara en su mirada y no en lo que retenía su atención en esos instantes—. Vámonos. Antes de finalizar la velada todos se quitan las máscaras, no podemos estar aquí. Es muy arriesgado de todas formas. ¿No has visto cómo tu tío te miraba? Por un momento pensé que te había reconocido y estábamos perdidos.

—Lo peor ya ha pasado, tranquila. He enfrentado a Nelson Walsh y he podido refrenar las ganas de matarlo. Vamos a hacer un recorrido por mi casa. —La tomó de la mano, y con una soltura que Kate admiró, se dirigieron a unas mesas donde había comida en forma de bufé.

—¿Qué pretendes? —preguntó en un murmullo que solo él escuchó, estaba fuera de sí cuando lo vio coger un plato y comer—. Voy a entregar el cheque —Hizo un gesto hacia su

cartera, donde lo llevaba—, y nos vamos de inmediato.

—Relájate, o entonces será cuando mi tío y su seguridad comiencen a sospechar de nosotros. Come, compórtate como los demás y busca a algún conocido al que saludar —le dijo todo aquello mientras se paseaba por las mesas y llenaba un plato de comida. La elegancia y el saber estar de Jasper, la manera en la que lo controlaba todo, la tenían asustada.

—No entiendo nada —protestó, pero lo imitó al llenar un plato de exquisita comida que no pensaba probar.

—Estar aquí es una oportunidad única que no voy a desaprovechar. Cuando la seguridad se despiste iremos al despacho de mi padre. Necesito algunas cosas de las que guardaba ahí.

—¿Qué?! —Lo miró con los ojos muy abiertos y por poco se le cae el plato al suelo de no ser por los rápidos reflejos de Jasper.

—Kate Griffin, ¿eres tú? —Una mujer de mediana edad, junto con dos adolescentes se acercó a ella e interrumpió la acalorada disputa en la que estaba dispuesta a enzarzarse con Jasper.

—Hola, Margaret. Diana, Isabel. —Kate las conocía. Margaret y sus hijas fueron vecinas, durante algunos años, de la propiedad colindante a la casa de sus padres.

Las tres mujeres se saludaron mientras Jasper permaneció en un segundo plano, sin perder de vista a los hombres vestidos de negro que coordinaban la seguridad de la casa esa noche.

Tras largos minutos de charla, Kate se pudo deshacer de Margaret y sus preguntas incómodas. Luego entregó el sobre de la donación al encargado del acto y se volvieron a mezclar entre los invitados.

Jasper consideró que ya se habían relacionado un poco, eran uno más de todos los invitados y creyó que el momento perfecto para desaparecer e ir en busca de su objetivo había llegado.

—Esto es una locura —susurró Kate mientras Jasper la llevaba tomada del brazo por un largo pasillo casi oscuro. Habían conseguido acceder a una parte de la casa que no estaba habilitada para las personas de la fiesta—. Por nada del mundo intentes quitarte esa máscara —le advirtió cuando él llevó sus manos a ella para ajustarla mejor—. Nos estamos alejando mucho, si nos descubren no podremos excusar nuestra presencia donde sea que vayamos —le susurraba mientras que él hacía como si no la escuchase.

Jasper se movía con soltura, casi la arrastraba al acompañarla a su paso ligero mientras recorría aquellos pasillos que recordaba a la perfección y por los que tantas veces había corrido de pequeño.

—No te preocupes, no saldremos por aquí. Luego tomaremos otro camino. —Ella lo miraba sin entender nada.

Tras unas puertas dobles, muy grandes, se encontraba el lugar que Jasper buscaba. Cuando entraron, Kate lo admiró. Era una biblioteca muy grande, con dos alturas en forma de bóveda y con una gran mesa que presidía la estancia en el centro.

—Es precioso —indicó mientras daba una vuelta sobre sí misma valorando el lugar.

Jasper se movía por el despacho a su aire, abría cajones de la mesa y buscaba entre los libros de la estantería.

De repente, unas voces tras ellos los alertaron. Se dirigían en su misma dirección. La manivela de la puerta se curvó hacia abajo y Kate sintió que estaban perdidos.

Jasper actuó con rapidez. Se dirigió al escritorio, buscó debajo de él con la mano hasta que se oyó un sonido. De inmediato, una estantería se abrió. Kate comprendió que eran los pasadizos de los que él le había hablado. Cuando se dio cuenta, Jasper la había arrastrado hasta ahí y por poco no los habían descubierto. Él accionó otro botón desde dentro y lo que era oscuro y tenebroso

cobró vida. Paseó la mirada por el lugar donde se encontraban, algo estrecho y húmedo, mientras observaba cómo Jasper trataba de oír qué pasaba fuera. Las voces de varios hombres resonaban tras las paredes sin entender con claridad sobre qué hablaban. Sin duda, uno de ellos era Nelson Walsh. Tenía una voz característica que era difícil no reconocer. De ahí el especial interés de Jasper en la atención de lo que allí sucedía.

Hablaron de negocios y unas entregas que Kate no entendió muy bien. Pasados diez minutos abandonaron el lugar, y cuando ella creía que volverían a la biblioteca, Jasper la tomó de la mano y tiró de ella.

—Por aquí, vamos. —Lo siguió sin decir nada, con el pensamiento puesto en que aquello era como las películas de ciencia ficción. Donde escapaban por los pelos.

Jasper recorrió unos metros en silencio. Apretó otro botón, que se encontraba tras una luz, y otra puerta se abrió. Entró como si lo hiciese a diario y ella lo siguió. Llevaba el corazón a mil y la piel de gallina. Tenía un mal presentimiento.

Apenas poner un pie en el lugar, Jasper lo inspeccionó al detalle.

—Mi tío no lo ha descubierto —anunció aliviado nada más entrar en el sitio. Era una pequeña sala, con una mesa, una silla, varios archivadores y una gran caja fuerte del tamaño de Jasper.

—¿Cómo lo sabes? Solo tenías ocho años.

—Para acceder a este lugar solo era posible con mi huella digital, o la de mis padres. Todo está en orden, y la entrada no ha sido forzada. Quizá hayan descubierto los pasadizos, lo ignoro, pero este lugar no.

—¿Y si nos esperan al salir? Si saben que los pasadizos existen...

—No saldremos por dónde hemos venido. Desde aquí hay otra salida al exterior.

Kate lo miraba descolocada mientras se preguntaba en qué mundo vivió Jasper que conocía todo aquello con solo ocho años.

Con habilidad y destreza tecleó unos códigos delante de la caja fuerte y esta se abrió de inmediato. En la mente de él siempre estuvieron esos números, su padre hizo que se los aprendiese de memoria. Le decía que si algo sucedía algún día, en esa sala estaba su salvación. Él nunca lo entendió bien, pero lo tuvo muy presente. Y el día había llegado. Era como si Thomas presagiase que algo iba a ocurrir y tenía preparado aquello, desde el encierro de Jasper él lo sintió así. Siempre supo que cuando consiguiese escapar no habría nadie esperándolo, pero sí algo.

Cuando Kate fijó la vista en el interior de la caja fuerte palideció. Había muchísimo dinero, armas y documentación. Jasper lo revisó todo como si lo hiciese a diario y supo en cada momento donde encontrar lo que buscaba. Se hizo con una gran bolsa negra de deporte, guardada en un armario cercano, y metió todo el dinero, documentos y un arma. Cuando Kate lo vio hacerlo intervino.

—No voy a permitir que te lleves un arma —sentenció con una mirada dura.

—No te preocupes. Sé usarlas —manifestó con tranquilidad.

—¡¿Qué sabes usarlas?! —Entró en cólera y le gritó enfadada cuando vio que cerró la bolsa y se la colgó al hombro con la pistola dentro—. Tenías ocho años cuando saliste de esta casa, has permanecido diecisiete, diecisiete años —recalcó ofuscada— encerrado y sin contacto con el mundo exterior. Eres como un niño grande, ¿piensas que puedo estar tranquila sabiendo que tienes un arma en tus manos? Quizá sabías disparar con pistolas de juguetes, pero esto no es un juego. No, no y no. No lo voy a permitir.

Kate estaba fuera de sí.

Jasper suspiró, abrió la bolsa y sacó el arma. La cogió entre las manos, y cuando ella pensaba que la dejaría donde estaba y que lo había hecho entrar en razón, se volvió en un gesto rápido, apuntó contra una diana que había en la pared y dio tres disparos, los cuales todos acertaron en el centro de la misma.

Kate se llevó las manos a los oídos y luego al corazón. Cuando levantó la mirada comprobó la certeza de Jasper con los ojos muy abiertos.

El mismo Jasper se sorprendió de no haber perdido la gran puntería que siempre tuvo, necesitaba comprobarlo en ese lugar insonorizado antes que nada y, de paso, convencer a Kate de que no era un peligro con un arma cerca.

El pecho de Kate subía y bajaba acelerado. Le dolían los oídos y miraba a Jasper sin reconocerlo. Por primera vez desde que lo conoció sintió miedo a su lado.

—¿Te has convencido ya de que no soy ningún peligro con un arma? Es una defensa si intentan atraparme. Esta era una de las razones por las que tenía que venir a este lugar —le confesó.

—No puedes ir armado por ahí —le reprochó desesperada.

—No dejaré que me vuelvan a encerrar. Haré lo que tenga que hacer.

Escucharlo decir aquello hizo que el vello se le erizase. La mirada de Jasper desprendía odio y rencor. Ya no tenía el antifaz puesto, se lo quitó al entrar en el despacho de su tío, lo podía ver con claridad.

—¿Para qué quieres tanto dinero? —la pregunta sonó a acusación y reproche.

—Para sobrevivir.

Por primera vez, la asustada era Kate. Jasper le hablaba con calma como si la irracional fuese ella, y era él quien tenía planes muy peligrosos. Con un arma en su poder y tanto dinero consiguió que Kate sintiese un miedo tan grande como nunca antes.

—¿Te vas a marchar? —preguntó casi sin voz. Temía su respuesta.

—No quiero estar lejos de ti, pero no puedo dejar que mi tío siga como está. Tiene que pagar por lo que hizo. Todo este dinero me servirá para mucho.

—¿Qué has pensado hacer con él? —No sabía si quería escuchar los planes de Jasper en esos momentos, pero la pregunta salió sola.

—No es momento de explicaciones. Nos tenemos que ir de aquí.

Como un hombre que se sabe mover en un mundo que Kate desconocía, Jasper abrió otra puerta oculta y la hizo pasar. Tras un pasadizo más estrecho y oscuro que el anterior, salieron al exterior de la propiedad, detrás de un lago al final de un sendero que llevaba hasta la entrada a la casa.

—Llama a Peter y dile que nos recoja aquí —le ordenó Jasper a Kate.

Ella lo obedeció, necesitaba salir de allí. Estar a salvo en su casa, lejos de Nelson Walsh y de todo el peligro que ese hombre representaba para Jasper.

Cuando entraron en el Audi negro y se alejaron de la casa del duque de Gordon, Kate sintió un alivio tan grande que suspiró y cerró los ojos. Jasper la imitó. Después de unos minutos la tomó de la mano y se llevó esta a los labios.

—La noche ha salido redonda —susurró contra sus nudillos mientras la miraba.

—Nunca he pasado tanto miedo —le confesó. Jasper advirtió que aún temblaba.

Él trataba de controlarse, pero su interior también estaba inquieto. Eran demasiadas cosas las que tenía en mente, y el amor que sentía por Kate lo había trastocado todo. Ahora tenía que hacerlo todo pensando en ella. No cabía en sus planes abandonarla e irse lejos. Sentía que la necesitaba como respirar.

Cuando llegaron a casa, Kate se dirigió a su habitación en silencio, se deshizo del vestido, se coló una camiseta y volvió al salón. Allí encontró a Jasper, sentado en el sofá con la bolsa negra donde metió el dinero, el arma, balas y documentos. Él notó su presencia, alzó aquellos ojos grises que desarmaban a Kate mientras le indicaba dos tazas de té humeantes en las que ella no había reparado, le instó a sentarse a su lado. En silencio, ella lo obedeció mientras pensaba que con aquella pinta de hombre peligroso estaba arrebatador. Se había deshecho de la chaqueta, de la palomilla y el fajín. Llevaba la camisa blanca desabrochada un par de botones y las mangas subidas casi hasta el codo.

—¿Qué es todo eso? —preguntó Kate al clavar la mirada en varios sobres grandes de tamaño folio que él tenía delante. El arma con las balas permanecía en una esquina de la mesa baja que presidía el salón, delante del sofá, y dos grandes montañas de dinero, ya contadas, estaban en el centro.

—Documentación que acredita que soy el hijo de los duques de Gordon y, por lo tanto, su legítimo heredero.

—¿Solo eso? —preguntó Kate al apreciar que había dos sobres demasiado abultados que no estaban abiertos.

—Mi padre siempre decía que si pasaba algo cogiese esto. Aún no he leído todo el contenido.

—Eras un niño de ocho años, ¿cómo podía advertirte de esas cosas? ¿Qué temía tu padre o qué clase de negocios hacía? —preguntó sin entender nada—. Me has dicho que siempre iba con guardaespaldas, ¿por qué?

—Tenía mucho dinero.

—¿A qué se dedicaba tu padre? Aparte de ser duque y gestionar el patrimonio que heredó.

—Tenía muchos negocios. No sé mucho más. Supongo que con todo esto lo averiguaré.

Jasper solo se encogió de hombros. Vació los sobres encima de la mesa y comenzó a inspeccionar el contenido. Había mucha documentación. Tardaría horas en leer todo aquello. Días en comprenderlo.

Kate tomó la taza de té entre las manos, se las calentó y bebió un sorbo. Quería bajar el nudo que tenía en la garganta. Estaba abrumada y no lograba pensar con claridad. Aún no se le quitaba el miedo del cuerpo de que el tío de Jasper lo hubiese reconocido o se hubiesen dado cuenta de que estuvieron en su despacho.

—Son documentos legales, propiedades y demás —anunció Jasper, volvió a guardarlo todo en los sobres, recogió el dinero y el arma y lo metió de nuevo en la bolsa.

Tomó el té que había preparado para él y se lo bebió de tirón. Luego recostó la espalda sobre el sofá y se masajó los ojos. Se le notaba que estaba agotado.

Tras beberse el contenido de la taza, Kate la dejó al lado de la de Jasper, se acomodó mejor, y lo abrazó. Él se aferró a ella con ganas y desesperación. Kate comprendió que el momento de bajón había llegado. No sabía qué pasaba por su cabeza, ni cuales era sus planes de futuro, pero no le preguntó. En esos momentos el calor del cuerpo de Jasper la tenía atrapada y solo quería estar así el resto de su vida, no necesitaba más.

—Hay una persona que me puede ayudar —resonó la voz de Jasper tras largos minutos de

silencio.

—¿Quién? —Se incorporó sorprendida—. ¿Es de fiar?

—Sí. Uno de los guardaespaldas personales de mi padre, era su mano derecha.

—¿Sabes dónde encontrarlo, o si está vivo?

—No, tengo que averiguarlo.

—¿Cómo lo piensas hacer?

—Para eso quiero el dinero. Tengo que descubrir muchas cosas.

Kate estaba agotada, no quería pensar más en lo difícil y peligroso que se estaba volviendo todo.

—¿Podemos ir a dormir? —le sugirió—. Solo quiero abrazarte y perderme en el sueño.

—Vamos. —De inmediato se levantó, la tomó en brazos para sorpresa de ella y fueron a la habitación.

Esa noche Kate sintió que era Jasper quién la consolaba y la apoyaba, cuando debió de ser al revés.

En mitad de la noche sintió que Jasper estaba inquieto, no había pegado ojo. Lo besó, lo acarició, y terminaron haciendo el amor. Esto consiguió que cayese rendido hasta bien entrado el día siguiente.

Kate estuvo trabajando todo el día. Cuando llegó a casa no encontró a Jasper y se asustó. Desde la fiesta en casa del duque de Gordon, hacía ya cinco días, sentía en su alrededor algo raro, no sabía si realmente sucedía algo o eran sensaciones de ella.

Lo llamó al móvil y este comenzó a sonar cerca, Jasper lo había dejado sobre la mesa. Se acercó a los cristales y lo buscó con la vista, a veces bajaba y se quedaba sentado en un banco, con la mirada clavada en el río y el paisaje, decía que le ayudaba a pensar. Estar en casa demasiado tiempo lo agobiaba, pero Kate no se cansaba de decirle que era arriesgado salir a menudo, aunque él siempre se camuflaba con gafas y gorras.

Cuando los nervios de Kate ya estaban a flor de piel, se paseaba por la casa inquieta tras una hora allí sin saber nada de Jasper, él llegó de golpe. Llevaba un chándal y su cara chorreaba sudor.

—¿Dónde estabas? —lo reprendió Kate con dureza.

Traía el rostro desencajado, y la respiración era demasiado acelerada. Fue hacia los cristales del salón y clavó la vista ahí, buscando algo.

—Creo que alguien me seguía. Conseguí despistarlo.

—¿Qué?! —Kate fue junto a él y clavó la vista en el exterior—. ¿Cuántos eran?

—Un hombre solo. No estoy seguro, pero hacía el mismo recorrido que yo y no me adelantaba.

El corazón de Kate estaba desbocado. Nunca había sentido tanto miedo, ni siquiera la noche que estuvieron en casa de Nelson Walsh.

—¿Llamamos a la policía? El novio de Ada es policía. Robert nos puede ayudar, fue él quien me dio el informe que te mostré de Nelson Walsh, vamos a contarle todo. Creo que esto es demasiado grande para llevarlo solo nosotros dos —le reveló aquello presa del pánico.

—No —resolvió Jasper—. No confío en nadie más que en ti. Déjame hacerlo a mi manera.

—¿Pero es que no te das cuenta de que tu tío y su personal te triplican en todo? Van muy por delante de ti. Necesitamos ayuda. Piénsalo, por favor.

Jasper se quedó pensativo, si bien muchos de sus planes aún no los había puesto en marcha era porque no contaba con la infraestructura necesaria.

—Necesito una ducha. No me ha seguido —aseguró tras inspeccionar bien el exterior.

Se dirigió al baño, bajo la atenta mirada de Kate y la dejó sola.

Jasper tardaba en salir y ella se impacientó, llevaba demasiado tiempo en la ducha, ella no había dejado de oír el sonido del agua. Fue hasta él, lo observó debajo del chorro de agua con los ojos cerrados mientras se pasaba ambas manos por la cabeza en un movimiento mecánico. Algo lo agobiaba, cuando se paseaba las manos por la cabeza repetidas veces era señal de que pensaba en algo y buscaba una salida a una difícil situación.

Con el único objetivo de que la paz y la serenidad volviesen a él, Kate se deshizo de su ropa, se metió en la ducha y lo abrazó por detrás, dándole un beso en la espalda con mimo. Sentía que debía consolar a su niño asustado. Sentir que lo perseguían y podían volverlo a atrapar, debió de llevarlo al límite.

—Estoy aquí contigo. Todo está bien —susurró Kate.

Él se volvió, la miró y la besó sin mediar palabra. Fue un beso hambriento, pasional. La estrechó contra la pared y recorrió todo su cuerpo con las manos. La devoraba en todos los sentidos. Kate enroscó las piernas a la cintura de Jasper y se dejó llevar. Ella también necesitaba aquello. Nunca lo habían hecho en la ducha, pero él no le pidió permiso. Su instinto lo llevó a hacerle el amor de una forma salvaje pero deliciosa, desgarradora pero pasional. Ambos cayeron derrotados sobre el suelo de la ducha. Jasper acunó a Kate contra su pecho y deseó ser una persona normal, con una vida normal donde solo fuesen ellos dos.

—Tengo miedo a perderte —le confesó Kate.

—Y yo a que te des cuenta de que eres una gran mujer y yo no soy nada. No tengo nada —le reveló con miedo.

Kate se incorporó y lo miró a los ojos.

—Te amo más que a nada en esta vida, Jasper. Has conseguido entrar en mi corazón y te aseguro que no vas a salir de ahí jamás. No se te ocurra dejarme porque me matarías.

En un impulso, él la acunó en su pecho y sonrió al mismo tiempo que sentía un gran vacío en su vida. Tenía a Kate, algo que jamás llegó a imaginar, pero le faltaban muchas cosas con las que soñó durante años. Se encontraba en una gran disyuntiva que no lo dejaba vivir en paz. Y solo sabía que tenía que tomar una firme decisión para encauzar su vida.

A la mañana siguiente, Kate se levantó decidida. Hizo las maletas y le dijo a Jasper que se marchaban a casa de su abuela por unos días. No había dormido en toda la noche y su casa ya no le parecía segura. La Marquesa había viajado a un balneario con unas amigas, iba a pasar allí una semana y Kate supo que no existía mejor lugar para ocultarse con el hombre que amaba que la casa de su abuela.

Pensó que lo mejor era que no viesen a Jasper más por los alrededores de su casa en el caso de que se le ocurriese volver a salir. Si un hombre lo había seguido, estaba segura de que no se iría de las cercanías hasta dar con él, y no estaba dispuesta a arriesgarse.

También llamó a la residencia y pidió una semana de vacaciones. Le dio mucho apuro, pero mintió diciendo que tenía que cuidar de su abuela. No tuvo problema en ello, se la concedieron de inmediato.

De camino a casa de la abuela de Kate, Jasper no iba muy convencido, pero ella se encargó de persuadirlo y de hacerle ver aquella escapada como unas vacaciones juntos. Le habló del inmenso jardín que tenía la casa de la Marquesa y de lo grande que era la propiedad. Allí no tendrían problema, estarían solos y podrían pasear sin encontrarse con nadie.

—Necesitamos estar un tiempo alejados de mi casa. Que el hombre que te siguió ayer se

cansé de buscarte o esperarte por los alrededores —intentó convencerlo mientras conducía con la mirada clavada en el intenso tráfico que siempre tenía Londres para salir de la ciudad.

—No iba a salir de casa. Con quedarme allí hubiese sido suficiente. No me gusta causarte problemas ni que estés asustada por mi culpa —comentó serio.

—Tus problemas con los míos. No lo olvides nunca. Te quiero y estamos juntos en esto.

—Gracias por todo lo que haces por mí. —Le tomó una mano entre las suyas, se la llevó a los labios y le dio un beso.

—Estoy segura de que tú harías lo mismo.

—Yo daría mi vida por ti, Kate. Sin dudar.

Ella lo miró con lágrimas en los ojos. Si no fuese porque iba conduciendo lo habría abrazado y besado, pero ya tendría tiempo de hacerlo en todos los días que iban a pasar juntos en casa de la Marquesa. Estarían completamente solos. Su abuela siempre le daba vacaciones al personal que vivía con ella cuando salía de casa. Y Kate ya le había dicho que iba a pasar unos días de descanso allí.

La semana que pasaron juntos Jasper y Kate fueron unos días de completo aprendizaje para él. Ella le enseñó cómo había evolucionado el mundo durante todo el tiempo que estuvo encerrado y cómo eran las cosas ahora en la sociedad londinense. En cuestión de dos días él aprendió a manejar internet, a enviar correos electrónicos y a defenderse muy bien con las nuevas tecnologías que hasta el momento desconocía.

—Creo que el alumno se ha enamorado locamente de su maestra —le confesó la última noche que iban a pasar en casa de la marquesa. La semana allí les resultó muy corta.

—El sentimiento es mutuo, Jasper Walsh.

—¿Preparada para volver al trabajo? Estos días aquí te he sentido muy relajada, pero desde esta mañana te noto tensa. Todo va a ir bien. Estaré en casa unos días más sin salir. Y cuando lo haga siempre tendré mucho cuidado.

—Por favor. Si te pasa algo me muero.

Jasper selló sus labios con un beso que la hizo perder la razón.

El tercer día desde que Kate se incorporó a Morrison, tras la semana alejada en casa de su abuela con Jasper, lo pasó más inquieta de lo normal. Llamó a Jasper en repetidas ocasiones, no le contestó, y tampoco a los mensajes que le puso. Estaba deseando llegar a casa y comprobar cuál era la razón por la que llevaba horas sin comunicarse con ella. Intentó cambiar el turno para llegar antes, pero le fue imposible.

Le faltaban diez minutos para terminar cuando Kate recibió un aviso urgente en su despacho.

—Señorita, Griffin. Soy la secretaria del doctor Jones. Me ha pedido que se encargue de uno de sus pacientes, él está en una reunión importante.

—Oh... Lo siento, mi turno está a punto de terminar y me urge llegar a casa. Tengo una emergencia familiar.

—Me temo que tendrá que esperar, señorita Griffin. Se trata de un paciente especial, exclusivo del doctor Jones y solo desea que sea usted quien lo trate ya que lo hizo con anterioridad.

—¿De quién hablamos? —preguntó alarmada.

—De Chico. Lo hemos encontrado tras largas semanas de búsqueda. Estaba perdido en el bosque. Ha llegado muy mal.

—¿Jasper?! ¿He oído bien? —De un impulso, se levantó del asiento que ocupaba y se llevó la mano al corazón, a punto de salirse por la boca.

—Sí, señorita. Jasper, aquí lo llamamos Chico. Por favor, pase cuanto antes por su habitación. Ya lo han curado y le han administrado una dosis de calmante, pero el doctor Jones insiste en que sea usted quién se quede con él y lo controle hasta que termine la reunión en la que se encuentra.

Kate colgó de inmediato, casi tiró el teléfono sobre la mesa, y salió corriendo hasta la habitación de Jasper. Durante el recorrido se decía a sí misma que no podía ser él, tenía que haber un error. No podían encerrarlo de nuevo.

Cuando abrió la puerta de la habitación y lo encontró tumbado sobre la cama, con la camisa de fuerza puesta y varios golpes visibles en el rostro, creyó que se desmayaba. Las piernas y las manos le temblaron, los oídos le retumbaron, presa del miedo, y tuvo que decirse que no era momento de perder los nervios, sino de actuar con determinación. Apreció de inmediato que Jasper estaba consciente, pero la medicación que le habían administrado lo tenía aturdido.

—Jasper, soy yo. Mírame —le rogó rota de dolor. Hacía grandes esfuerzos por comportarse como su médica, sabía que había cámaras que vigilaban la habitación, pero el plano personal le pudo—. ¿Qué te han hecho, mi amor? —lamentó mientras le acariciaba cada golpe en el rostro y el cuerpo, en algunos aún tenía restos de sangre, pese a que ya lo habían curado. Le dio un beso en los labios, al cual él no correspondió.

Comenzó a quitarle la camisa de fuerza, desesperada, e intentó incorporarlo, pero Jasper tenía la mirada perdida. Era como si no la reconociese. Fue por agua e hizo que se la bebiese, le pasó la mano por la frente y le apartó las gotas de sudor que la cubrían.

—Háblame, Jasper —le rogó desesperada, tratando de aplacar las lágrimas que tenía en sus ojos—. Te voy a ayudar. Te sacaré de aquí, pero tienes que ayudarme. ¿Dónde te han

encontrado? Llamaré a la policía. Hablaré con los medios de comunicación, no voy a permitir que te encierren de nuevo. Ahora me tienes a mí, lucharé por ti, por nosotros, mi amor. No estás solo.

Él la miró, se centró en ella, y negó con un gesto de la cabeza con el que Kate interpretó que se daba por vencido. Las lágrimas brotaron de los ojos de ella sin poder remediarlo y lo abrazó al tratar de hacerlo reaccionar, pero fue inútil. Cerró los ojos y cayó en un profundo sueño. Ella permaneció junto a él, valoraba cómo sacarlo de allí de nuevo. Sin duda, esta vez sería peor que la anterior. No sabía si sospechaban de su persona o si la echarían en breve. Tal vez en cuestión de poco tiempo su tío se lo llevase de allí y no lo volviese a ver nunca más. Los nervios la tenían dominada como nunca, no podía pensar con claridad.

Una voz sacó a Kate de sus pensamientos.

—Doctora, el doctor Jones la espera en su despacho. Desea hablar con usted.

Un celador esperó en la puerta a que Kate saliese y se aseguró de cerrar esta.

Cuando Kate recorría los largos pasillos que llevaban hasta el despacho de dirección, situado en el lado opuesto a la habitación de Jasper, se pensaba descubierta y que el señor Jones la iba a echar. Pero le daba igual, estaba decidida a enfrentarse al mundo entero por Jasper, no iba a permitir que lo encerrasen de nuevo.

Nada más sentarse frente al director de Morrison, como le indicó al entrar en la estancia, le agradeció que se hubiese encargado de Jasper en su ausencia y le manifestó lo contento que estaba con ella y su trabajo desde que formaba parte de la plantilla. Luego, le pidió que, debido al contratiempo con el paciente encontrado, necesitaba que se quedase unas horas más en la residencia, estaban bajos de personal ese día. Kate aceptó de inmediato, necesitaba estar cerca de Jasper para sacarlo de ahí o ver qué hacían con él. Sabía que era cuestión de tiempo que el todopoderoso Nelson Walsh la descubriese.

Tras unas horas en su despacho, en las que trató de serenarse, ordenar sus pensamientos y planear cómo sacar a Jasper de Morrison de nuevo, el sonido de una alarma sacó a Kate de sus pensamientos. Un celador tocó con fuerza en su puerta y le indicó que saliese de inmediato al exterior. Lo obedeció sin más, fue hasta el jardín, y allí encontró a casi todo el personal de Morrison y enfermos. Cuando preguntó asustada qué ocurría, un enfermero le indicó el origen de todo aquel gran revuelo de pacientes y personal. En un ala de la residencia se había originado fuego. Fijó la vista en el lugar por donde salían unas grandes llamas y de inmediato se dio cuenta de que era la habitación de Jasper la que ardía con vigor, el fuego salía por la ventana.

—¡Jasper! —gritó presa del pánico.

Echó a correr hacia el interior desesperada y desgarrándose la garganta entre alaridos, pero varios compañeros la retuvieron mientras gritaba que tenía que salvarlo, entre llanto y manotazos. Pero esos hombres eran más fuertes que ella y no pudo deshacerse de sus manos. La retuvieron mientras sus ojos veían cómo el fuego consumía parte del edificio. Sintió una gran impotencia de no poder hacer nada y buscó a Jasper con la mirada, quizás estuviese ahí fuera, como el resto de los pacientes evacuados. Desesperada, se paseó entre los enfermos que estaban en silla de ruedas y camillas, pero no lo encontró. Gritaba su nombre sin descanso, pidió ayuda al personal de Morrison, pero nadie dio con Jasper.

Varios camiones de bomberos llegaron y se pusieron a apagar el fuego. Kate solo sabía preguntar por Jasper, pero nadie le decía con seguridad si todos los pacientes del ala afectada por el incendio habían conseguido salir a tiempo. Observó de nuevo cómo las llamas devoraban aquella parte del edificio mientras los bomberos intentaban apagar el fuego. Aterrada, con el corazón en un puño, sabía que si Jasper no consiguió escapar a tiempo no podría sobrevivir, ni él

ni los demás pacientes.

4 días después.

Como un león enjaulado, Kate esperaba a Robert. Daba vueltas sin parar por el salón de Ada, al borde de la desesperación, bajo la atenta mirada de su amiga.

—Te voy a preparar otra tila —le dijo Ada al verla en el estado de nervios que se encontraba.

—No. Solo quiero que Robert me traiga noticias de Jasper.

El incendio se cobró la vida de ocho pacientes, los cuales aún no habían sido identificados. Durante esos días, Kate no tuvo noticias de que Jasper hubiese logrado escapar, no se había puesto en contacto con ella. Desesperada y sin saber a quién acudir, le contó todo a Robert y a Ada. Quién era Jasper y lo que había hecho por él desde que lo conoció. Robert se interesó y la ayudó sin condiciones.

Media hora más tarde, Robert entró en su casa, traía una carpeta negra en las manos, la cual le extendió a Kate nada más sentarse a su lado en el sofá, bajo la atenta mirada de Ada, que por el semblante de su novio supo lo que vendría después.

—Lo siento, Kate. Me gustaría no darte esta noticia, pero ahí tienes los resultados de los pacientes encontrados muertos en sus habitaciones como consecuencia del fuego. Tal y como nos temíamos, el cuerpo de Jasper fue uno de ellos. Lo siento muchísimo.

—Nooo —gritó rota de dolor. Se negaba a aceptarlo. Centró toda la atención en esa carpeta, como si en ella fuese a encontrar alivio a lo que la desgarraba por dentro. Era un dolor tan grande que creía que se iba a morir.

Ada se abrazó a ella llorando y trató de consolar a su amiga.

—Su cuerpo lo encontraron en la cama. Murió mientras estaba dormido o sedado. En el informe se detalla todo —le indicó Robert después de unos minutos. Necesitaba que se convenciese de que Jasper había fallecido.

—No puede ser, él no puede estar muerto. —Su mente no aceptaba haberlo perdido para siempre—. ¿Y si escapó? Quizás esté en algún lugar cerca. ¿Lo has buscado? —Estaba desesperada. Lo tomó por ambas manos y ejerció tal presión en ellas que Robert tuvo que soltárselas, le clavaba las uñas de forma inconsciente.

—Lee el informe completo —la instó con dolor. Enfrentar situaciones como esa era parte de su trabajo como policía, pero ver a su amiga así de rota lo caló.

—¿Has visto su cuerpo? —preguntó con un mar de lágrimas recorriéndole el rostro. Necesitaba convencerse de que aquello era real.

Robert asintió con pesar.

—Nooo —gritó Kate de nuevo, acunada por los brazos de Ada. No podía ser verdad, se repetía una y otra vez en su cabeza.

No podía admitir que Jasper estuviese muerto, que su amor hubiese acabado así. Qué él, un hombre bueno, terminase de esa forma.

Robert la obligó a tomarse un tranquilizante y entre él y Ada la llevaron hasta la cama. Su cuerpo estaba casi desplomado y las piernas apenas le respondían. Debía descansar y asimilar la noticia, pasar el duelo y afrontar la dura realidad.

Después de estar toda la tarde durmiendo, Kate apareció en el salón de Ada y Robert envuelta en una manta, con grandes ojeras y lágrimas en el rostro. A su mejor amiga la partía verla así. Solo había visto a Jasper en una ocasión y sentía pena por él después de conocer toda la verdad.

—¿Cómo te sientes? —se atrevió a preguntar Robert. Tenía el alma rota de ver lo que estaba sufriendo su amiga.

—Como si un camión hubiese pasado sobre mí —respondió abatida—. ¿Puedo volver ya a mi casa?

La casa de Kate había sido asaltada la noche del incendio. Robert trataba de encontrar a quién entró, pero no había huellas y las cámaras de seguridad del edificio no registraron a nadie.

Tras extinguir las llamas en Morrison, Kate volvió a su casa, de madrugada, iba acompañada de Robert, que se presentó en la residencia nada más serle notificado lo sucedido allí. Cuando fueron a entrar en el *loft*, la puerta estaba abierta y todo revuelto. Robert sacó su pistola y registró la casa entera, pero no encontró a nadie. Le indicó a Kate que echase un vistazo para ver qué faltaba, pero no echó en falta nada. Todo estaba revuelto, pero las pocas joyas y el poco dinero que tenía estaban en su lugar.

—Ya puedes volver, pero no es bueno que estés sola en estos momentos. Puedes quedarte con nosotros todo el tiempo que desees —le ofreció de corazón Robert.

—Necesito estar a mi casa, en mi espacio y el que compartí con Jasper. Necesito sentirlo cerca de alguna manera.

—Nosotros te llevaremos —dijo Ada. Comprendía que su amiga necesitase un poco de intimidad. Ella estaría pendiente o se iría a pasar unos días a su casa. No pensaba dejarla sola en semejante situación.

Al día siguiente Kate volvió a su hogar, Ada insistió en quedarse con ella allí, pero su amiga la convenció de que se fuese. Una vez a solas, fue hasta el sofá donde había compartido tantos momentos con Jasper y se recostó en este. El olor de él aún estaba en la casa. Sintió frío y encontró una sudadera de él sobre una silla, se la puso y se refugió en ella, le hizo sentir que Jasper la abrazaba. Lloró durante horas, entre los recuerdos de los buenos momentos vividos juntos, hasta que se quedó vacía. El cuerpo le pesaba y el sueño se apoderaba de ella. Cuando decidió irse a la cama a dormir, al pasar delante de la habitación de él, se paró y la observó vacía. Con el corazón roto de dolor, recordó el día que lo trajo a su casa. En un atisbo de lucidez, en un arranque, entró en la habitación y miró debajo la cama, donde guardaba la bolsa negra con el dinero, la pistola y los documentos que probaban que era el hijo de los fallecidos duques de Gordon. Ilusionada, Kate pensó que tenía algo contra Nelson Walsh, iba hacer justicia y vengar la muerte de Jasper. Pero, para su gran sorpresa, comprobó que esa bolsa ya no estaba ahí. Casi desesperada la buscó en el armario, en la habitación y por toda la casa. No estaba. Había desaparecido. Esto la hizo llorar y gritar de rabia, ahora comprendía para qué habían entrado en su casa tras atrapar a Jasper. No podría vengar la muerte de él, no tenía nada contra Nelson Walsh.

Días después de la muerte de Jasper, sin saber dónde lo habían enterrado, Kate no pudo llorarle ni llevarle flores a una tumba, ya que nunca pudo averiguar dónde reposaba su cuerpo. Rota y deshecha, decidió dejar su trabajo en Morrison. A pesar de sus temores iniciales, nunca le dieron señales de que sospechasen de ella con respecto a la fuga de Jasper, pero no quería volver a ese lugar nunca más. Allí todo le recordaba demasiado a él y sabía que no lo podría soportar. Necesitaba alejarse de todo.

Lo mismo le pasó con su casa, no aguantaba estar más tiempo en el lugar que fue tan feliz con Jasper, no podía vivir entre unos recuerdos que la destrozaban y en la inseguridad de que alguien entrase de nuevo ahí. Estaba segura de que Nelson Walsh había mandado a asaltar su

casa y se llevó la bolsa de Jasper. Nadie le quitaba de la cabeza de que los descubrió la noche de la fiesta de máscaras.

Tras meditarlo mucho y la insistencia de su abuela, a la que le confesó que el hombre con el que iniciaba una relación había fallecido de repente, decidió irse a vivir por un tiempo con ella. Le vendría bien estar alejada de la ciudad y de todo lo que la rodeaba en esos momentos. Necesitaba empezar de nuevo. Estaba segura de que la paz y la tranquilidad del campo se la devolverían a ella también. Después, ya vería qué rumbo tomaba de nuevo en su vida. Por ahora, solo quería olvidar y que pasase ese dolor tan grande, el cual la partía en dos y creía que nunca iba a desaparecer.

1 año después.

Tras cinco largos meses dedicada a restaurar y decorar, la que sería su nueva casa de ahora en adelante, Kate se sentía realizada. Agotada, pero contenta. Las tareas llevadas a cabo le habían servido para no llorar a cada instante ni estar todo el día pensando en Jasper, como sucedió los primeros siete meses después de su muerte. Su pérdida, y en las condiciones en que sucedió todo, supuso el revés más impactante que jamás hubiese imaginado. Su mente no aceptaba que él estuviese muerto, que nunca más volviese a verlo, ni sentir sus besos ni esa mirada transparente en la que leía el profundo amor que le profesaba.

Durante meses, Kate solo deseó morir y reunirse con él si es que existía un lugar donde eso sucediese. Perdió más de siete kilos de peso y lloraba a diario. Entre Ada y Meghan consiguieron que se fuese reponiendo poco a poco del duro golpe y resurgiesen sus ganas de vivir de nuevo. Intentaron que en Kate naciese una nueva motivación, por la que se levantase a diario y la mantuviese ocupada y alejada de los malos recuerdos que la azotaban. Su abuela le regaló una pequeña propiedad en el sur de Londres, en Sutton, y la animó a reformarla ella misma. Era un lugar pequeño, con solo una habitación, pero tenía un jardín y una zona exterior maravillosa, justo lo que Kate necesitaba en esos momentos de su vida. Ella no sabía nada de jardinería, pero los siete meses que pasó viviendo con su abuela le sirvieron para aprender algunas cosas, pese a la reticencia de ella a salir de la cama. La Marquesa llevaba años dedicada a las labores de jardinería y manualidades, una de sus especialidades era tejer, y tras mucha insistencia, logró contagiar a su nieta por estas aficiones.

A Kate le gustaba la serena y relajada vida que llevaba desde hacía cinco meses. Había encontrado trabajo en una librería, con un sueldo aceptable, el cual le permitía llevar una vida modesta. Solo trabajaba por las mañanas, las tardes las dividía en dar largos paseos, a plantar y cuidar el jardín, a tejer y a leer.

Meses atrás, aun viviendo con su abuela, Meghan, en su empeño de alejarla de la depresión en la que estaba sumida, le había regalado un perro de raza Pomerania, y este le hacía compañía a diario. Max había llegado a su vida con solo tres meses y era un cachorro muy juguetón. Ya había crecido, pero sus travesuras distraían a Kate y, sobre todo, le hacía compañía en las largas noches. Desde que murió Jasper no consiguió dormir más de dos horas seguidas, los recuerdos se le agolpaban en la mente y no la dejaban descansar.

Hasta ahora, Nelson Walsh continuaba disfrutando de una gran vida. Kate no pudo hacer nada para demostrar la versión de Jasper. Sentía que se lo debía, pero no tenía ni una sola prueba contra ese poderoso hombre.

La vida de Kate en esos momentos era tranquila, en paz, y no deseaba otra cosa. Su abuela y Ada la animaban a conocer a otros hombres, pero ella sentía que Jasper aún estaba muy dentro de su corazón y no podría olvidarlo en muchos años. Por ahora, tan solo Max ocupaba toda su atención. Ese cachorro llegó a su vida y logró sacarla del pozo en el que se encontraba. Durante los primeros meses tras la muerte de Jasper, no salió de la cama y apenas comió hasta que Max llegó a su regazo. De no ser por el empeño de Ada y su abuela, no habría salido adelante de la

depresión que le produjo perder al amor de su vida.

Aquel fin de semana Ada lo iba a pasar con su mejor amiga. Desde que Kate vivía sola recibía constantes visitas de ella. Desde la distancia, casi a diario, siempre estaba pendiente de cómo se encontraba. No solo había ejercido de buena amiga, Kate necesitó que Ada desplegara con ella su yo profesional.

—Oh, Max, pero ¡qué grande estás! —Ada lo acariciaba en sus brazos mientras él le lamía la cara, muy contento de recibirla.

—Lo saludas antes que a mí —le reprochó Kate con una sonrisa mientras la abrazaba.

—Te he echado de menos en este mes sin vernos. ¿Qué tal te encuentras? —preguntó Ada preocupada. Debido al fuerte impacto por la muerte de Jasper, tuvo que ponerle un tratamiento a su amiga. Hacía solo unas semanas que había dejado de tomar las pastillas.

—Bien, procuro mantener la mente ocupada. Duermo poco, pero Max me hace compañía.

Desde que Max había llegado a su vida dormía con ella, esto hacía que no se sintiese tan sola. En las noches de lluvia y tormentas se abrazaba a él y se sentía protegida.

—Mira lo que he traído. —Ada alzó una bolsa que llevaba en la mano y le enseñó el contenido a Kate, eran madejas de lana—. Vengo dispuesta a que me enseñes a tejer.

—Ya veo que vienes con un plan —le dijo Kate risueña—. Te gustará tejer, verás que pronto aprendes.

—No sé qué decirte, nunca fui muy hábil con las manualidades. Lo mío era estudiar.

—Mírame a mí. La vida que llevaba antes y la que llevo ahora.

—Lo importante es que en estos momentos estás bien contigo misma. Eres feliz.

—Dudo que vuelva a experimentar esa sensación de nuevo en mi vida. Sobrellevo el día a día, que no es poco.

—Me he fijado en el jardín. —Cambió de tema Ada, no quería que su amiga se pusiese triste—. Está muy avanzado desde la última vez que estuve aquí. —Ada y Robert la ayudaron con la mudanza y luego se quedaron unos días con Kate, hasta que se acostumbró a su nuevo hogar. Robert no dudó en comprar un colchón hinchable e instalarlo en el salón de Kate.

—Le dedico un par de horas al día. He descubierto otra afición que tenía muy escondida en mí, la jardinería.

—Al final te vas a parecer más a la Marquesa de lo que pensabas. ¡Qué gran mujer! Cómo la admiro.

—Ha conseguido contagiarme su pasión por las plantas tras poner mucho empeño. ¿Quién lo iba a decir de mí? Hace un año y medio no sabía más que ir de compras y a fiestas sofisticadas, y ahora, mírame, me paso el día en ropa cómoda o en pijama. Hace un año que no uso tacones y mis manos están de pena, ni me acuerdo cuando fue la última vez que me hice la manicura, pero me siento bien conmigo misma.

—Eso es lo que cuenta. Te admiro, amiga. Te has levantado de dos grandes golpes y eres más fuerte y mejor.

—No creas, tengo mis momentos bajos. Las noches siguen siendo eternas y llenas de recuerdos que duelen demasiado —confesó. Entre Kate y Ada no existían secretos.

—Aún es pronto. Ya sabes que es un proceso.

Kate asintió, lo sabía mejor que nadie.

—Estar de este lado me ha hecho ver de otra forma nuestra profesión, entender más a nuestros pacientes.

—¿Estás pensando en volver a ejercer? —preguntó Ada animada. En ese año le había propuesto montar un consultorio juntas.

—Quizás en unos años, por ahora no. Tengo que superar mis problemas y mis miedos para poder ayudar a los demás, de lo contrario serán mis pacientes quienes me animen a mí.

Ada la abrazó mientras pensaba que su amiga era una mujer de una gran fortaleza. Venía con toda la intención de pasar un gran fin de semana junto a ella, por ello, hizo que se pusiese un vestido y unos zapatos de tacón que le trajo, casi la tuvo que vestir ella, pero consiguió que se arreglase y cenasen fuera.

—Relájate y disfruta —la animó Ada con una copa de vino blanco en sus manos mientras esperaban la comida.

Habían ido a cenar al mejor restaurante de Sutton. Kate no salía ni hacía vida social desde la muerte de Jasper, pero Ada estaba dispuesta a terminar con eso. Consideraba que ya era hora.

—Me gusta más estar en casa, me siento más cómoda —se quejó Kate mientras paseaba la mirada por el bullicioso local. Estaba hasta arriba de gente.

—Mañana haremos palomitas y veremos una película. Hoy tocaba salir —recitó Ada con una sonrisa. Le gustaba aquel lugar.

—Este ya no es mi mundo. Me siento fuera de lugar —se quejó de nuevo mientras miraba a su alrededor. Fijó la vista en un grupo de amigos que brindaban y luego en una pareja que estaba en una mesa más apartada, hacían manitas y cruzaban miradas cómplices.

—Este es el mundo de cualquier ser humano, salir un día a cenar con amigos o una pareja. Volverás a integrarte, a ser la Kate que eras.

—No puedo dejar de pensar en cómo sería mi vida si Jasper estuviese vivo —le confesó con los ojos vidriosos, sin dejar de observar a la pareja cercana que ahora se besaban al abandonar el restaurante.

—Eso no te hace bien. Debes de aceptar la realidad y no refugiarte en lo que pudo ser.

—Lo sé, pero es inevitable. Los recuerdos son más poderosos que yo. Cuando Jasper murió me di cuenta de que realmente lo amaba mucho más de lo que yo misma era consciente.

Ada le tomó una mano entre las suyas y le dio un leve apretón. En ese momento, llegó lo que habían pedido para comer y disfrutaron de una exquisita cena. Luego, Ada insistió en ir a tomar una copa, Kate aceptó tras mil ruegos por parte de su amiga.

Se tomaron un par de copas, Kate hacía muchísimo tiempo que no bebía nada de alcohol, le sentó bien, perdió parte de esa tristeza que le ensombrecía la mirada en todo momento.

Cuando ya se marchaban, dos hombres se acercaron a ambas y las invitaron a otra copa. Estaban sentadas en la barra, el lugar estaba bastante lleno cuando llegaron.

—Ya nos íbamos. Y no aceptamos bebidas de desconocidos —dijo Ada levantándose mientras tiraba de la mano de Kate, sin intenciones de entablar más conversación con los desconocidos. Robert estaba cansado de prevenirla sobre esas situaciones.

—No sois de aquí, ¿verdad? —preguntó uno de los hombres.

—No —respondió Ada, seca.

—Si necesitáis referencia de algún lugar, podéis preguntarnos. Charles es el dueño de la ferretería y yo, soy Kevin, trabajo como abogado aquí.

—Hola, yo soy Kate, trabajo en la librería Malone desde hace unos meses. Y ella es Ada, una amiga que está de visita.

Ada le dio un codazo a Kate por soltar aquella información a dos desconocidos y la miró con ojos reprobatorios. Desde luego, las dos copas que se había tomado le habían hecho efecto.

—Tenemos prisa —anunció Ada—. Hasta otra, chicos.

Tiró del brazo de Kate con demasiada fuerza y la sacó del local. Tomaron un taxi y cuando llegaron a la puerta de la casa Kate iba dormida. Ada sintió hasta pena por despertarla, había sido

una noche agotadora, pero se sintió feliz, por fin su amiga se lo había pasado bien tras mucho tiempo. Logró sacarle un par de carcajadas en el bar mientras le contaba un par de anécdotas que le habían sucedido.

Al día siguiente, no salieron de casa, Kate consiguió contagiar a su amiga con la labor de tejer y Ada se marchó aquel fin de semana entusiasmada por aprender más. Se despidieron hasta el próximo mes cuando Ada le haría otra visita. Ella insistió en que Kate fuese en esta ocasión a Londres, pero le confesó que aún no estaba preparada para pisar la ciudad de nuevo.

Aquel mediodía, mientras Kate cerraba la librería llovía a cántaros y se mojaba mientras echaba las llaves. Se le había olvidado coger un paraguas y con lo único que contaba era con un chubasquero. Cuando se dio cuenta, una voz masculina la sobresaltó.

—¿Puedo acompañarte allá donde vayas? Creo que te vas a mojar.

Kate miró al hombre y lo reconoció al instante, era uno de los que conoció en el bar de copas cuando salió con Ada unos días atrás.

—Tengo el coche cerca, gracias.

—¿Te acuerdas de mí? Soy Kevin, nos conocimos hace una semana —le dijo el hombre caminando a su lado con el paraguas, pero Kate no se refugió en él—. Hoy me hacían falta unos libros y decidí pasarme, pero veo que llegué tarde.

—Sí, has llegado tarde. Puedes pasarte otro día.

—Puedo llamarte y darte la lista de títulos que necesito, cuando estén paso a recogerlos —le propuso.

—Perfecto, allí tienes el teléfono de la librería —le indicó el escaparate—. Yo solo trabajo por las mañanas. Por las tardes te puede atender mi compañera, Donna.

—Prefiero tratarlo contigo. Te acompañó hasta el coche —se ofreció Kevin muy amable, continuaba caminando detrás de ella por la acera.

Finalmente, Kate aceptó, llovía demasiado. La acompañó con su gran paraguas negro hasta el coche y aguardó a que ella se marchase. No le preguntó si lo podía acercar a algún lugar, apenas lo conocía, pero le pareció atento, educado y buena persona. También era apuesto, el elegante abrigo a medida que llevaba le quedaba como un guante.

Al día siguiente, Kate recibió su llamada en la librería, Kevin le encargó cuatro libros. Dos días después se pasó por ellos y ante la insistencia del hombre, aceptó comer con él en un lugar de comida rápida cercano, algo informal.

Kevin le resultó una persona divertida y responsable, las dos horas que pasaron juntos se le hicieron muy rápidas, hacía tiempo que no se sentía tan cómoda en presencia de otra persona. Se había acostumbrado tanto a la soledad y a Max, que cuando pasaba demasiado tiempo con alguien de inmediato necesitaba sentir la paz y el silencio al que estaba acostumbrada.

Con el paso de los días Kevin trató de hacerse amigo de Kate, y lo consiguió. Salieron un par de veces a tomar algo por la tarde, un domingo a comer y otro día al cine. En todo momento ella le dejó claro que no le interesaba una relación amorosa, no deseaba que se hiciese falsas ilusiones, y él dedujo que estaba herida y decidió darle margen y tiempo. Kate le gustaba y no iba a desistir, pero sí iría con ella despacio.

Una mañana, cuando Kate salía para el trabajo encontró una rosa roja sobre el felpudo de la entrada de su casa, se agachó, la tomó entre sus manos y sonrió al olerla. Esto mismo se repitió durante una semana. Se dio cuenta de que las rosas eran de su jardín, se las arrancaban y se las dejaban en la puerta. Este hecho, la intrigó, y comenzó a levantarse casi al alba a ver si podía

descubrir de quién se trataba, pero nunca vio a nadie. Se imaginaba que sería Kevin, no tenía ningún otro admirador, pero no le dijo nada. A pesar de ser una buena persona y la clase de hombre que podría haberla enamorado en otra etapa de su vida, no le interesaba. Kate no era ninguna ingenua y se daba cuenta de que Kevin estaba claramente interesado en ella. Se engañaba a sí misma pensando que si no hablaban del tema los sentimientos no saldrían a relucir y todo sería más fácil.

Un día Kevin intentó besarla y le tuvo que dejar claro que no estaba preparada aún para aquello. Si bien ya hacía unas semanas que se conocían y salían a menudo, ella no deseaba ir más allá de la simple amistad con él. Kevin lo comprendió y continuó sin hacerle preguntas, tal y como Kate le había pedido. Fue la única condición que le puso para continuar viéndose; ser amigos y sin preguntas sobre el pasado.

Aquella noche llovía con fuerza, Kate estaba acostada en la cama, con la televisión de fondo, no le echaba mucha cuenta, mientras hablaba con Ada y Max permanecía acurrucado en su regazo. No le gustaban las noches de tormentas y lluvia, de por sí temía cuando caía el sol que lo acompañase el mal tiempo, la hacía sentirse intranquila. Todos los ruidos que escuchaba fuera la hacían sobresaltarse, si bien nunca se sintió amenazada por Nelson Walsh, algo en su interior le decía que ese hombre lo sabía todo sobre ella. Intuía que si algo había impedido que actuase en su contra era que su abuela formaba parte de su círculo más cercano.

Desde que vivía sola en Sutton tenía la constante sensación de estar vigilada, tanto en su casa, en el trabajo y cuando caminaba sola por la calle. Nunca pudo ver que alguien realizase esa labor, pero ella lo percibía incluso cuando estaba dormida, era una sensación constante que no podía apartar de la mente. A veces, temía volverse loca, cuando entraba en casa sentía en el ambiente el olor de Jasper, esa esencia tan característica a él que pasado un año no olvidaba. Aún dormía abrazada a una sudadera suya que no había lavado en todo ese tiempo, se pasaba horas y horas mirando las fotos que tenía en su móvil con él, eran solo tres, mientras se lamentaba de que todas fuesen con gorra y gafas. Anhelaba volver a ver esos ojos grises que amaba y nunca olvidaría, con los que aparecían en su mente y en sus sueños más que cerraba los ojos. Cada vez que pensaba dónde podría reposar su cuerpo terminaba llorando, le hubiese gustado saberlo, llevarle flores y llorarle sobre una tumba, pero ni eso le permitieron, por ello odiaba aún más a Nelson Walsh.

De repente, escuchó un golpe fuerte, provenía de fuera de la casa, esto la hizo sobresaltarla. Salió de la cama de inmediato y se asomó a la ventana. No vio a nadie, pero la valentía se apoderó de ella y bajó a la parte de abajo de la propiedad. Corrió por las escaleras, se escondió tras las cortinas del salón, sin encender la luz, y vigiló el exterior, en concreto su jardín. El corazón le latía a mil por hora. Permaneció bastante tiempo camuflada tras la cortina, y cuando ya no lo esperaba, una sombra apareció en el jardín. Era de una persona, lo tuvo claro. Se llevó la mano al corazón y observó hacia donde se dirigía. Cuando advirtió que iba directa a la puerta de entrada casi entró en pánico. Max corrió y se puso a ladrar tras el portón, había sentido la presencia del intruso.

Kate no se atrevía a moverse, pero tras minutos sin escuchar nada ni ver intento alguno de que la sombra tuviese intenciones de asaltar su casa, corrió tras la puerta y trató de ver quién estaba fuera. Cuando sus ojos repararon en el hombre que estaba allí, como a la espera de que abriese la puerta y lo recibiese, empapado, la fuerte lluvia le caía encima sin inmutarse, ella pensó que aquello debía de ser una alucinación o su vista le estaba jugando una muy mala pasada. Sin pensárselo dos veces, ni medir las consecuencias, como una loca, abrió la puerta y

bajó los dos escalones del porche que la separaban del hombre que tenía la vista clavada en ella. Sin importarle nada más, se acercó a él con los ojos casi desencajados, se atrevió a tocarlo, a palparlo con profundidad, mientras la lluvia no cesaba de caerle a ambos. Lo hizo como si él fuese de mentira y luego, cuando comprobó que era real, de carne y hueso, todo se volvió borroso, comenzó a darle vueltas la cabeza y se desmayó.

Cuando Kate despertó, se encontraba en su cama, con Max a su lado y no estaba mojada, como era lo último que recordaba; haber salido al jardín de su casa y encontrarse de frente con él mientras la incesante lluvia caía sobre ambos. Apartó las mantas que la cubrían de un tirón, dispuesta a ir al lugar donde sucedió todo, pero se dio cuenta de que estaba desnuda y que había alguien sentado a los pies de la cama. La habitación estaba casi a oscuras, y sintió que la observaban al detalle.

—No puede ser —dijo Kate en voz alta mientras se incorporaba en la cama y cubría su cuerpo, aterrada, con una mano sobre su pecho.

Max estaba a su lado, despierto, y no le ladraba al intruso. Por lo general solo se llevaba bien con Ada y con ella. Su mente se repitió que aquello era un mal sueño o una alucinación, de lo contrario Max estaría ladrándole a aquel intruso.

Una valiente Kate se acercó al hombre que permanecía en silencio, con expresión de preocupación en el rostro, sin decir nada ni inmutarse, sentado en su cama, y le tocó la cara. El contacto de su mano con la piel de él y la incipiente barba le hizo sentir que era real de nuevo, estaba ahí, y ella estaba más viva y despierta que nunca.

—Eres tú —susurró casi con miedo, sin dejar de tocarle la cara y con la otra mano el pecho, notó que el corazón le latía. Advirtió que él sí estaba mojado. Por su rostro caían aún gotas de lluvia—. Estás vivo —pronunció muy lento, como un murmullo, sin apartar los ojos de los suyos, de ese color gris plata que había vuelto a la vida y la miraba con intensidad.

—Soy yo —confirmó una voz ronca por la emoción.

—Jasper, mi amor. —Kate se arrojó a sus brazos sin importarle que estuviese empapado, lo abrazó y lo besó con euforia sin poder creer que realmente fuese él. Necesitaba comprobar que sus besos sabían igual.

Él correspondió a los besos y abrazos de Kate, estaba hambriento de ella. Tenerla sentada en su regazo, desnuda, era toda una fantasía que jamás imaginó. Él debería haber permanecido muerto para siempre, pero fue débil, el amor por esa mujer le nubló los sentidos por completo.

—¡Estás vivo! ¡Estás vivo! —No paraba de manifestar Kate con suma alegría mientras lo besaba y lo acariciaba. Necesitaba convencerse de que era real.

—Estoy vivo. Más vivo que nunca, y he regresado por ti —le reveló mientras la abrazaba con fuerza.

—¿Has estado encerrado durante todo este tiempo? —preguntó con miedo—. ¿Te has escapado? —preguntó ante el silencio de él, que la miraba sin saber cómo explicarle su presencia allí—. ¿Qué pasó? —preguntó presa del pánico.

—Tuve que hacerlo. No tenía opción —justificó con culpabilidad.

—¿Has estado libre todo este tiempo? —preguntó sin poder creerlo.

Jasper solo asintió, sintiendo una gran culpabilidad.

Kate lo miró a los ojos, tomó conciencia de la realidad y comenzó a llorar como nunca antes. Un llanto incontrolado se apoderó de ella, hipaba, su pecho subía y bajaba alterado, y en su mente aparecieron todos los malos momentos vividos durante ese largo año en el que lo creyó muerto. No entendía nada, si no estuvo encerrado, ¿por qué no la buscó antes? Fue ahí cuando,

de una forma incontrolada y poco racional, empezó a golpearlo con ganas. Él estaba vivo y ella había pasado un verdadero infierno durante ese año que lo creyó muerto.

—¿Por qué? ¿por qué? —preguntaba de forma irracional, dolida como no recordaba antes. Nunca llegó a imaginar que Jasper volviese a la vida doliese más que su propia muerte. La había engañado, había dejado que sufriera y lo creyese muerto durante un largo año—. No te lo voy a perdonar, ¿tienes idea de lo que te he llorado y por todo lo que he pasado? —le reprochó herida de muerte.

Él la acunó contra su pecho, con culpabilidad, con fuerza, en contra de la voluntad de Kate que se resistía a ello. Le acarició el cabello y esperó a que se calmase. Comprendía el dolor, la rabia y la decepción que debía de sentir en esos momentos.

—¿Por qué no has venido antes? —le reprochó ella tras largos minutos en silencio, ya más calmada. Él continuaba acunándola en silencio. La mejilla de Kate reposaba contra el pecho mojado de Jasper, a ninguno de los dos le importó esto.

—Hay muchas cosas que tengo que contarte —comentó con calma, la apartó un poco de él y le dio un beso en la frente—. Estoy calado hasta los huesos, será mejor que me quite esto. —No quería que ella cogiese un resfriado por su culpa.

Kate se levantó de inmediato de su regazo, sintió vergüenza al verse desnuda. Con prisa, como si él no la hubiese visto nunca sin ropa, se envolvió en una bata y desapareció en el vestidor. Cuando volvió, Jasper se había deshecho de la sudadera que llevaba. Ella fijó los ojos en el impresionante torso que lucía, de piel casi transparente, que la dejó sin respiración. Su cuerpo había cambiado muchísimo, sus músculos estaban mucho más desarrollados de lo que recordaba, se delimitaban con precisión. Eso le hizo preguntarse, con preocupación, dónde había estado o qué había hecho en todo ese largo año.

—Toma, ponte esto. —Le tendió un chándal de él.

—¿No te deshiciste de mi ropa? —Lo reconoció al instante.

Ella negó con un gesto de la cabeza. El Jasper que tenía enfrente se le hacía un completo desconocido. Sin pudor alguno, se quitó los pantalones vaqueros delante de ella y se colocó el chándal. En ningún momento Kate apartó la vista de él, la tenía como hipnotizada.

—¿Dónde has estado, Jasper? —la pregunta resonó como un claro reproche. No aguantaba más sin saber qué había sido de él en ese año en el que ella casi había muerto de dolor.

Él la miró en silencio y luego negó con un gesto de la cabeza, desvió la mirada de la suya y sintió culpabilidad.

—¿Has estado en libertad mientras que yo he estado rota al creerte muerto? —le preguntó muy seria, casi escupiendo las palabras, sin créelo aún, mirándolo directamente a los ojos, mientras el corazón le latía demasiado deprisa a la espera de su respuesta.

—Creí que había vivido un infierno los años que permanecí encerrado, que nada podría superar aquello, pero estaba equivocado. Este año ha sido peor que esos diecisiete años en Morrison, casi he enloquecido de verdad.

—¿Por qué? —preguntó con el corazón encogido, asustada. En su mente presagiaba toda clase de horrores por los que podía haber pasado.

—Porque he estado alejado de ti. No he podido besarte y abrazarte como anhelaba cada segundo.

Kate sintió como si un rayo entrase por su cabeza y le llegase hasta los pies, todo su cuerpo se estremeció al escuchar aquella confesión, ahí estaba de nuevo, no le manifestaba que la amaba con las palabras exactas que ella siempre deseó escuchar, pero le decía mucho más. Se quedó paralizada y, sin ser consciente de ello, comenzó a llorar con la mirada fija en él. Jasper la atrajo

hasta sus brazos y la estrechó contra su cuerpo. Aspiró el aroma de su cabello húmedo y, por primera vez en mucho tiempo, se sintió en casa y en paz.

6 meses antes.

—Llegaste a un trato con tu tío y si no lo cumples, sabes las consecuencias, Jasper. No te arriesgues más —le reprochó muy enfadado Darrell.

—Lo sé, lo sé —contestó paseándose por la estancia como un león enjaulado—. No me ha visto, me camufló bien. Compréndelo, necesito verla, saber que está bien —se excusó malhumorado.

—Ella estará bien siempre que tú permanezcas muerto para todos —le recordó con duras palabras—. No la cagues ahora. Llevamos meses planeándolo todo, acabaremos con tu tío y podrás volver junto a Kate, pero hay que hacer las cosas bien, maldita sea.

—Todo se está demorando demasiado —se quejó Jasper.

—Tu tío es una persona con una infraestructura a su alrededor casi infranqueable. Ahora contamos con el capital necesario para destruirlo, pronto caerá por su propio peso y serás libre por completo.

—Solo quiero que pague por lo que hizo, no me importa el dinero, las propiedades ni el título.

—Pagará —sentenció Darrell, convencido de ello—. No nos salgamos de lo planeado y todo irá rodado.

Jasper asintió y Darrell lo miró con miedo. Lo conocía bien desde pequeño, pero también sabía que era un hombre enamorado y podía cometer una locura en un momento dado, era eso lo que temía de él.

—Tienes mi palabra de que no iré más a verla. Ahora sé que está bien, el lugar donde se ha mudado es tranquilo y seguro. Tiene un perro que le hace compañía.

—Bien, pronto podrás estar con ella, pero ahora céntrate. Esta noche tenemos una partida muy importante y no quiero que tengas la cabeza en otra cosa.

—Ganaré, como siempre —manifestó convencido de ello.

—Puede que algún día se te acabe esa suerte.

—Sabes que no es suerte. Mi mente no puede evitarlo, cuento las cartas sin querer, veo cómo se reparten, cómo se barajan...

—Creo que lo tuyo es más un don que suerte. Pero hoy ten en cuenta que no estamos allí para ganar, ya tenemos suficiente dinero, esta noche solo nos interesa entablar relaciones.

—Me cuesta no ganar.

—Pues si nos conviene perder, pierde —le ordenó Darrell con tono rotundo—. No nos interesa cabrear a Meyer. Él es la pieza fundamental para acabar con tu tío.

—Lo sé. Hoy nos jugamos mucho.

—Piensa en ella. Cuando todo esto acabe, podrás recuperarla y ser feliz.

—Eso espero, que no sea demasiado tarde.

1 mes antes.

—Señor, aquí tiene le informe completo que me pidió. He incluido fotografías.

—Gracias, Frank. Tan eficaz como siempre. Que esto quede entre tú y yo. No le comentes nada a Darrell.

—Como usted diga.

Cuando se quedó a solas, Jasper abrió el sobre que le había entregado uno de sus hombres. Cuando vio las fotografías de Kate el corazón se le disparó, pero cuando clavó la mirada en las fotos en las que aparecía en actitud cariñosa con otro hombre casi se le paralizó. Dio un golpe sobre la mesa y maldijo a su tío. Toda aquella situación era por su culpa. No soportaba más tener lejos a la mujer que amaba por más tiempo, en todos los meses que pasaron desde su supuesta muerte llevó la situación como pudo, pero saber que otro hombre la rondaba lo estaba desquiciando. Jamás pensó que se pudiese amar a otra persona como él lo hacía con Kate, la consideraba suya y que otro la tocara e intentara algo con ella lo hizo dar un giro a todos los planes que hasta el momento habían llevado a cabo. Sabía que Darrell no lo aprobaría, pero le daba igual. Tenía claro que lo más importante en su vida era Kate y no estaba dispuesto a perderla. Antes prefería perder él su vida.

Mientras preparaba un té, con sonoros truenos de fondo, la noche había empeorado, Kate miraba a Jasper sentado en su sofá con Max en brazos. Tenían mucho de qué hablar y decidieron bajar al salón para hacerlo con más comodidad.

—¿Por qué Max no te ladra? —preguntó ella mientras se dirigía al lado de Jasper, llevaba dos tazas de té humeantes en sus manos.

—Porque no es la primera vez que me ve —le reveló sin mirarla a los ojos. Estaba centrado en Max, jugaba con él.

—¿Cómo? —preguntó preocupada, al posar las tazas sobre la mesa.

—En todo este tiempo siempre me he interesado porque estuvieses bien. Te he vigilado desde la distancia —le dijo mirándola a los ojos—. Max y yo nos conocemos desde hace meses.

—¿Has entrado en mi casa? —le preguntó con los ojos muy abiertos.

—Tienes la fea costumbre de dejar la puerta abierta algunas veces, la curiosidad me pudo.

—¡No lo puedo creer! —Se levantó y se paseó alterada delante de él.

—¿Has entrado en mi casa mientras yo dormía? —le preguntó aterrada. En más de una ocasión se despertó sobresaltada sintiendo la presencia de alguien en la habitación, pero luego no había nadie.

Jasper, asintió, serio.

En un acto irracional, Kate cogió lo primero que tuvo a mano, una figura de porcelana de una estantería, no le importó que fuese un regalo de la Marquesa, y se la lanzó a la cabeza.

Con los reflejos que lo caracterizaba, Jasper la cogió al vuelo.

—La he salvado, parece cara —dijo mientras la admiraba—. ¿Estás loca? —le reprendió por tirársela.

—¡Loca me vas a volver tú! —le reprochó con dureza entre gritos—. ¿Tienes idea de lo que he sufrido y te he llorado?

—Yo no he estado mucho mejor —le replicó, serio y sin moverse del lugar que ocupaba. Max pareció entender lo que sucedía entre ambos, saltó del regazo de Jasper y se fue a la cocina.

—Yo te creía muerto mientras que tú me visitabas a escondidas —le reprochó con dureza, la situación la superó y estalló en lágrimas que trató con reprimir, pero le fue imposible. No tenía dominio de sí misma.

Jasper se levantó, también estaba roto de dolor por dentro, y la abrazó. Necesitaba consolarla y que supiese que nunca más iba a estar sola. Tenía toda la intención de que no volviese a sufrir más.

—Perdóname —murmuró contra su cabello mientras le daba un beso en él.

—Cuéntame todo, por favor, necesito entenderte —le rogó entre llantos, abatida.

—Va a ser una noche muy larga —le advirtió sentándose en el sofá, la llevaba tomada de la mano. Ella lo imitó.

—No duermo cuando hay tormentas, servirá para estar distraída —comentó mordaz.

Una parte de Kate necesitaba odiarlo por haberle ocultado que estaba vivo, pero otra se sentía muy feliz de tenerlo junto a ella. Eran demasiados sentimientos encontrados los que la estaban volviendo loca en esos momentos.

Con una mirada que casi le partió el corazón a Kate, los ojos de Jasper derrochaban ternura en esos instantes, le acarició la mejilla apartándole el resto de lágrimas del rostro.

—Comienza por el principio, por favor —le rogó ella en un murmullo, sin apartarle la vista de la suya.

Con un suspiró, Jasper soltó un poco de aire y se acomodó en el sofá dispuesto a contarle todo. Había dado un paso muy arriesgado, aparecer ante ella no estaba en sus planes y como consecuencia de esto tendría que hacer partícipe a Kate de muchas cosas. Sabía que Darrell lo reprendería con dureza por ello, pero no se arrepentía del paso que había dado. Tenerla entre sus brazos, besarla y sentirla era lo mejor que le había pasado en la vida.

—Nelson nos descubrió —le reveló—. Unas cámaras que yo no controlaba nos captaron sin antifaz la noche que estuvimos en la fiesta. El día que me volvieron a encerrar, unos hombres se presentaron en tu casa nada más irte a trabajar, me redujeron, eran cuatro, y me llevaron de nuevo a Morrison. Allí me esperaba Nelson Walsh.

—Yo estuve esa mañana en la residencia, no lo vi, ni advertí movimientos extraños.

—Mi tío puede llegar a ser muy sigiloso.

—¿Qué pasó con él? —Estaba impaciente.

—Me hizo una propuesta. —Esto descolocó a Kate por completo, lo miró con asombro a la espera de sus siguientes palabras—. Antes de ti no tenía nada en contra de mí, pero descubrió que tú eras por lo único que yo podría negociar con él.

—No lo entiendo —manifestó confusa y con el entrecejo fruncido.

—Me propuso no encerrarme de nuevo. Me brindó devolverme una vida normal, como cualquier persona de mi edad. —Kate lo miraba extrañada—. Yo no lo delataría nunca ni le contaría a nadie lo que presencié en el pasado, ni los años que pasé en Morrison, a cambio de tu vida.

—¿Qué?! —ahogó un grito y se llevó la mano a la garganta, presa del pánico que sintió.

—Se dio cuenta de que haría cualquier cosa por ti, y se aprovechó.

—Pero no lo entiendo. ¿Te ofreció la libertad? —preguntó asombrada.

—A cambio de mi silencio y permanecer muerto para el resto del mundo, y para ti.

—¿Qué ganaba él con todo eso? —preguntó extrañada.

—No lo sé. Llevo más de un año haciéndome la misma pregunta. Matarnos a los dos hubiese sido lo más fácil. Él sabe que tú conoces la verdad, pero también está tranquilo con el hecho de que no puedes probarlo de ninguna de las maneras.

—No entiendo nada. —Se revolvía el pelo, nerviosa, sin comprender la mente retorcida de Nelson Walsh.

—Mi tío es muy amigo de tu abuela, y hace negocios con la naviera de tu padre. Supongo que no le interesaba deshacerte de ti.

—¿Cómo sabes eso? —Lo miró desconcertada.

—He descubierto muchas cosas en este año.

—¿Por qué brindarte el poder de la libertad? No lo entiendo. —No dejaba de darle vueltas.

—No es algo nuevo. Me lo ofreció otras veces, pero yo siempre le dije que contaría al mundo entero lo que hizo. Ahora tiene la certeza y la tranquilidad de que no lo haré porque tú tienes una diana pintada en el pecho.

—Pero... por decirlo de alguna forma, considero que ha sido muy generoso contigo.

—Me tiene atado de pies y manos, si hablo te mata. Así de simple.

A Kate se le erizó todo el vello. Ser conocedora de que alguien la tenía en el punto de mira le hizo sentir un miedo sin igual. Se frotó ambos brazos y trató de serenarse, aquello solo había hecho empezar.

—Aceptaste su propuesta —murmuró con un suspiro.

—No tuve otro remedio. El incendio fue planeado y provocado. Me dio otra identidad, dinero y hasta un trabajo. La única condición era permanecer en silencio y lejos de ti.

—Robaron de mi casa la bolsa negra que cogiste la noche de la fiesta —lo advirtió.

—Fui yo.

—¿Qué?

—Necesitaba lo que había ahí. Me las ingenié para ir a tu casa, aparentar un robo y coger lo que necesitaba.

—El portero y las cámaras del edificio no vieron ni captaron nada.

—Pagué una buena cantidad de dinero para que fuese así.

Kate lo miraba y lo desconocía, tenía frente a ella a un Jasper seguro de sí mismo, que no titubeaba en nada. La calma que proyectaba en esos momentos hacía que se sintiese nerviosa e insegura.

—¿Dónde fuiste luego y dónde has estado este año? —deseó saber con impaciencia.

—He estado en Tottenham. —Ella arrugó la frente y frunció el ceño—. Sé que es un barrio peligroso, pero era justo lo que necesitaba —le aclaró—. Allí encontré a Darrell, y él me ha ayudado mucho en este tiempo.

—¿Quién es Darrell? —preguntó con interés.

—Era el guardaespaldas personal de mi padre, su hombre de confianza. Sabía que podía confiar en él. Después del incendio, me refugié en los suburbios de Londres, fui a trabajar al lugar que mi tío me dijo, de mozo, descargando camiones. Me pagaban bien. Luego contraté a un detective para que encontrase a Darrell. Me fui a vivir con él, y se ha portado como un padre conmigo. Me ha enseñado muchas cosas. Con él planeo la venganza contra Nelson Walsh, pronto caerá —anunció convencido de ello.

—Todo esto me da mucho miedo, Jasper.

—No tienes nada que temer, en toda mi venganza tú siempre has sido mi prioridad. Tu seguridad era lo primero.

—¿Qué hará tu tío cuando se entere de que yo sé que estás vivo? —preguntó con un nudo en la garganta.

—No te preocupes, lo tengo todo controlado. Confía en mí.

—Me pides demasiado. Hace un año que no sé nada de ti, desconozco al hombre en el que te has convertido. ¿Apareces de la nada y me pides que confíe ciegamente en ti? —preguntó con ironía y desconfianza.

—Te pido un voto de confianza. Todo lo que hice y he hecho siempre fue pensando en ti. De no haber existido tú, la venganza en contra mi tío hubiese sido de otra forma. Nada tan calculado ni comedido.

—Siento haber alterado tus planes —se disculpó de forma mordaz. Se levantó y se paseó delante de él.

—No lo sientas, eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Ya te lo dije una vez, volvería a pasar por todo siempre y cuando supiese que llegaría el día en que te conocí y viví tantas cosas contigo.

Ella cerró los ojos, tragó con dificultad y trató de que sus palabras no le afectasen.

—¿Qué sigue ahora? —preguntó encarándolo, tratando de ocultar el miedo que se había

apoderado de ella. Le hubiese gustado abrazarlo, sentirlo cerca, pero sentía que cada vez estaban más lejos.

—Viene el final. Todo lo que he planeado. La decadencia de Nelson Walsh, que todo el mundo sepa quién es él y quién soy yo.

—Deseas recuperar todo lo que te arrebató —murmuró al centrar la vista en él. Trataba de reconocerlo.

—Solo deseo recuperar la paz en mi vida, y a ti.

La confusión azotaba la mente de Kate, descubrir que Jasper estaba vivo y todo lo que le acababa de revelar la tenía fuera de sí, era incapaz de pensar y centrarse en nada.

Jasper permanecía sentado, la observaba al detalle. No quería abrumarla ni agobiarla, sabía que debió de ser muy impactante el hecho de descubrir que estaba vivo.

El amanecer comenzó a despuntar, Kate fue consciente de ello y de las horas que había pasado hablando con Jasper. De repente, cogió la taza de té que no se había tomado, fue a la cocina, la tiró en el fregadero y lo observó desde allí.

—Tengo que ir a trabajar. Voy a darme una ducha.

—No has dormido nada.

—No es la primera noche en la que eso sucede, estoy acostumbrada. —Se hizo un silencio incómodo mientras ella comenzó a subir los escalones que llevaban a la zona de arriba de la casa —. ¿Te encontraré aquí cuando vuelva? —le preguntó antes de desaparecer de la vista de él.

Jasper pensó que no lo perdonaría fácilmente. Estaba muy dolida.

—No tengo intenciones de separarme de ti nunca más —le manifestó con la mirada clavada en ella, en lo alto de la escalera, sentado en el sofá retorciéndose ambas manos al no tratar de aparentar los nervios que se apoderaban de él al verla alejarse.

Con esta revelación, unas mariposas aparecieron en el estómago de Kate. Le hubiese gustado correr escaleras abajo, besarlo y abrazarlo, pero no lo hizo. Tenía ante sí a un hombre que amaba con locura, pero algo en su interior le decía que no era el mismo del que se enamoró.

Al cabo de veinte minutos, Kate bajó de nuevo, ya arreglada y lista para marcharse. Él seguía en el mismo lugar donde lo dejó.

—Puedes descansar en mi cama. Se te ve agotado. Te dejé algo más de ropa por si la necesitas —le ofreció repasándolo con la mirada de arriba abajo.

—Gracias.

Ella se marchó y Max acudió hasta Jasper. Lo tomó en brazos y comenzó a subir las escaleras mientras lo acariciaba.

La mañana en la librería se hizo muy larga. Kate ansiaba llegar a casa y comprobar que Jasper continuaba allí, que la noche pasada no fue un sueño, y que realmente estaba vivo.

Kevin la llamó y la invitó a tomar algo aquella tarde, pero Kate se excusó con que tenía cosas que hacer. Cuando llegó a casa, de inmediato, un olor a comida casera y recién hecha inundó sus sentidos. Encontró a Jasper en la cocina, estaba de espaldas a ella, revolvía algo en la sartén, tenía un paño sobre el hombro y una copa de vino blanco en la mano. Kate lo observó y lo catalogó de soberbio, era un hombre impresionante. Debajo de la ajustada camiseta negra que llevaba se le notaban todos los músculos, se permitió fantasear con él, con ese nuevo cuerpo mucho más atlético y delineado que tenía. Sin apenas ser consciente, se sobresaltó cuando se dio cuenta de que la miraba, la había descubierto a su espalda, en silencio.

—¡Qué bien huele! —Fue lo único que le salió decir a Kate mientras se recomponía.

—He cocinado. Era una buena forma de matar el tiempo. También te he hecho la compra. No

tenías nada en la nevera.

Kate asintió dándole las gracias, no supo qué decir. Se deshizo del bolso y se quitó el abrigo. Cuando se volvió hacia él, estaba justo detrás de ella.

—La comida está lista, podemos comer cuando quieras.

—¿Has aprendido a cocinar? —preguntó asombrada.

—Darrell me enseñó.

—¿Ahora también bebes? —Lo observó mientras se llevaba la copa de vino a los labios y tomaba un poco.

—He tenido que aprender a ser un hombre de verdad en muchos sentidos. Los hombres beben.

—Ya veo que has cambiado mucho —comentó con añoranza. Anhelaba al Jasper inocente de un año atrás.

—He cambiado lo que era necesario cambiar. Hay otras cosas que nunca lo harán.

Tras decirle esto, la miró de tal forma que hizo que las piernas de Kate temblasen. Tuvo que sostenerse con una mano sobre la espalda de una silla y después se sentó. Si seguía mirándola de aquella forma no tardaría en arrojarle a sus brazos. Su mente le decía que aquel no era el Jasper del que se enamoró, sin embargo, su cuerpo la traicionaba y la hacía sentir cierto deseo por ese hombre que no existió antes. Ese nuevo Jasper, convertido en todo un hombre, le ponía demasiado. Sus deseos se desataban en contra de su voluntad.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte? —preguntó para romper el momento en el que estaban inmersos.

—Todo el que tú me dejes estar en tu vida.

Ahí estaba de nuevo, otra declaración de amor sin las palabras que ella necesitaba.

Kate se movió nerviosa e incómoda por la estancia. Fue a la cocina y vio lo que había cocinado, pollo salteado con verduras. Se le hizo la boca agua, no probaba nada desde el día anterior.

—¿Podemos comer? Tengo hambre.

La sonrisa que Jasper le dedicó la desarmó por completo, se preguntó si Darrell también lo había enseñado a ser un seductor.

—Por favor, siéntate. Se te ve cansada. Yo sirvo la mesa. Hoy has llegado un poco más tarde. —Trató de entablar una conversación y que se suavizase el ambiente entre ambos.

—Sí, he tenido que quedarme un poco más, mi compañera tenía una cita médica. —Lo observó abrir un mueble y luego un cajón—. Los cubiertos están en...

—Sé dónde está todo, he tenido tiempo de inspeccionar tu cocina a fondo.

Kate no dijo nada más, se sentó a la mesa y esperó paciente a que Jasper trajese todo. La comida transcurrió casi en silencio, él no dejaba de observarla con intensidad, y ello lograba alterarla.

—Ha estado buenísimo. Debo darte mi felicitación, te has convertido en un gran cocinero.

—Me alegra que te haya gustado. Se te veía hambrienta. —No le dijo que no comía desde hacía veinticuatro horas.

—¿Quieres postre? Tengo helado de chocolate.

—Prefiero un té de los tuyos. Me acostumbre a ellos, era una forma de tenerte más cerca —le reveló y Kate casi se derritió en el acto.

Sentada aún a su lado, en la mesa, él le cogió la mano entre las suyas con firmeza y se la acarició. Ese leve contacto hizo que todo el cuerpo de ella tomase vida y se estremeciese.

—¿Qué te ocurre conmigo, Kate? Háblame, ábrete a mí para que pueda entenderte. No

hacerlo me está matando —le confesó con los ojos entornados.

Ella soltó una leve carcajada y pensó en la ironía de la vida. Ella le pidió eso mismo a Jasper en muchas ocasiones. Ahora él sentía exactamente lo que ella tras sacarlo de Morrison y refugiarlo en su casa. Se llevó días sin abrirse a la mujer que lo había arriesgado todo por él.

—Siento que no eres el mismo Jasper del que me enamoré —dijo con voz más baja de lo normal, casi con miedo—. Creo que has cambiado tanto que necesito volver a conocerte.

Él asintió, podía llegar a comprender sus celos. Era consciente de todo lo que había cambiado en ese año.

—Hay algo que jamás cambiará. Tú lo eres todo para mí. Mi única alegría, la única con la que sueño y la única persona por la que daría mi vida sin pensármelo ni un solo instante — declaró con la sinceridad más absoluta reflejada en su mirada.

En el silencio que los embargaba en esos momentos resonó cuando Kate se levantó con ímpetu de la silla y la arrastró hacia atrás sin miramientos. Clavó sus ojos en los de Jasper, sus miradas se enredaron, y en esos momentos solo fueron ellos dos y los sentimientos que los embargaban. Se lanzó hacia él y lo besó como había deseado hacerlo desde hacía mucho. Él la recibió hambriento y trataron de calmar una sed que ambos eran conscientes tardaría mucho en desaparecer.

Con manos ávidas, Jasper paseó sus dedos dentro del jersey de Kate. Tocar aquella piel suave lo transportó al séptimo cielo. De inmediato se empalmó como un adolescente y sintió un gran dolor. Se revolvió incómodo sobre la silla mientras la acomodaba mejor en su regazo.

Kate sintió que la besaba con firmeza, la tocaba con maestría y le hacía sentir mil cosas desconocidas hasta el momento.

Le quitó el jersey y el sujetador entre ávidos besos, la tocó de tal forma que la hizo ver el universo entero, llevó sus labios a los pechos y se los besó con mimo y verdadero deleite. Se sentía amada y venerada. No podía pensar con claridad, solo dejarse llevar y sentir todo lo que Jasper le despertaba en esos momentos. La llevó hasta lo más alto, hizo que tuviese el mayor orgasmo de su vida mientras le chupaba los pechos como un verdadero maestro. Cayó derrotada sobre el fuerte hombro de Jasper, se sintió hasta avergonzada por ello. Mientras, él le acariciaba la espalda desnuda con suavidad.

—Ha sido el mejor postre de mi vida —le indicó Jasper haciéndola salir del estado de trance en el que se encontraba.

Se apartó un poco de él, le miró a los ojos seria y lo enfrentó con valentía.

—¿Con cuántas mujeres has estado en todo este tiempo? —Le dolía pensarlo con otras, pero un año era demasiado tiempo para cualquier hombre. Jasper le acaba de demostrar que era un amante mucho más experimentado de lo que ella recordaba.

Él la miró con media sonrisa. Kate advirtió el gesto y recordó cómo algo tan simple hacía que el corazón le diese un gran vuelco.

—Con ninguna, no he podido. En mi mente solo estabas tú, y tu cuerpo —le confesó con sinceridad. No le avergonzaba decírselo.

—Me tengo que creer que en todo este año tú... Ya conocías lo que era estar con una mujer, dudo que...

—Darrell me enseñó muchas cosas, como te he dicho. Entre ellas, mucho sobre las mujeres y mi propio cuerpo. No necesitaba a otra mujer para apagar las ganas de ti. Yo mismo me bastaba —le confesó sin vergüenza alguna.

El corazón de Kate le dio tal vuelco que sintió que se mareaba. Lo abrazó con ímpetu, con el corazón a punto de salirse por la boca y se refugió en su cuello. Aspiró su aroma y supo que lo

amaba más nunca. Jasper era suyo, siempre sería suyo.

—Vamos a la cama, mi amor, estaremos más cómodos —murmuró contra su oído.

No se hizo de rogar, con agilidad, la tomó en brazos y, entre besos y abrazos, subieron las escaleras en dirección a la habitación de Kate. La depositó con mimo sobre el colchón y la admiró allí tumbada mientras permanecía a los pies de la cama.

—Ven conmigo. Ambos llevamos demasiados meses soñando con esto. —Kate le alargó la mano y Jasper no dudó en tomarla.

Se reunió junto a ella, la besó con paciencia y delicadeza, quería que fuese especial a pesar de estar a punto de estallar.

Kate se deshizo de la camiseta de Jasper con prisas, necesitaba sentirlo piel con piel. Se desnudaron por completo y se acariciaron cada rincón de sus cuerpos, recordando recuerdos que se hicieron más placenteros, más intensos, mucho más de lo que cada uno podía llegar a imaginar. Deseaban disfrutar de aquello al máximo, pero los preliminares se hicieron cortos, ninguno de los dos podía aguantar más.

—Te juro que la próxima vez será diferente —le dijo Jasper cuando la penetró de una sola embestida. Kate estaba completamente preparada para recibirlo. La sensación de tenerlo dentro de nuevo, esa emoción que creyó que jamás volvería a sentir, la hizo llorar.

Jasper se bebió sus lágrimas mientras la penetraba una y otra vez sin descanso. Juntos, y a la misma vez, alcanzaron un brutal orgasmo sin precedentes. Él cayó derrotado sobre Kate, ella soportó su peso dispuesta a hacerlo con gusto el resto de la vida.

—Te amo, Jasper —confesó mientras lo acunaba en su regazo. Su niño-hombre había vuelto y no podía estar más feliz.

El resto de la noche fue intensa. No pegaron ojo, se dedicaron a amarse.

Con los primeros rayos del alba Kate se levantó y se duchó, Jasper dormía como un tronco, lo admiró en su cama mientras se vestía y pensaba que era la imagen más impresionante que había visto en mucho tiempo. Se acercó a él, le dio un beso en los labios, a modo de despedida, pero él no se inmutó. Con una sonrisa y la felicidad pintada en su cara, Kate bajo las escaleras, fue a la cocina, se hizo un té y se marchó a trabajar.

Cuando Jasper abrió los ojos, eran las once de la mañana, no recordaba haber dormido tanto en su vida. Notó que Kate no estaba a su lado, se incorporó en la cama y vio una nota sobre la mesita de noche.

Solo sueño con más noches como la que hemos pasado para el resto de nuestras vidas. Deseando que sea la hora de volver a casa. Reponte porque estoy dispuesta a repetir esta noche. Te quiero, Kate.

Jasper se encontró con Max a los pies de la cama, lo tomó en brazos, le hizo carantoñas y le preguntó con una sonrisa inmejorable;

—¿Tú cuánto has visto esta noche?

Él mismo estalló en carcajadas. Cuando entró en el baño, el espejo las reflejó en su rostro, sabía que solo Kate tenía tal poder. Hacía un año que no sonreía. En esos momentos se sentía feliz, pleno e invencible.

Como las horas se le hacían demasiado eternas, Jasper decidió ir en busca de Kate. La ayudaría a cerrar y la invitaría a dar un paseo, en parte, salir juntos y que los viesen era parte de su plan.

Al entrar en la librería, sabía muy bien dónde quedaba, había visto a Kate salir y entrar en más de una ocasión, escondido en un coche o agazapado tras un árbol, con unas gafas y una gorra, la encontró que atendía a un cliente. Permaneció un poco alejado, se dedicó a mirar unas estanterías, haciéndose el interesado en varias lecturas, mientras ella terminaba con el hombre. Jasper agudizó el oído cuando advirtió que existía cierta confianza con la persona que atendía. Desde su posición no le divisaba el rostro al hombre, solo podía ver que llevaba un traje de chaqueta y tenía pinta de elegante.

—¿Hoy también estás ocupada? —le preguntó Kevin, que la observó nerviosa y distante con él.

—Sí, tengo visita en casa.

—Si es tu amiga Ada —Kate le había hablado de ella—, puedo acompañaros. Así la conozco mejor.

—No, no es ella —le reveló al tratar de cortar la conversación mientras le cobraba un libro. Kate había visto a Jasper y su presencia la alteró—. Son 18 libras.

Kevin le pagó, Kate le dio el libro en una bolsa y él le tomó una mano entre las suyas. Gesto que no pasó por alto a Jasper.

—¿Qué ocurre? —le preguntó intrigado.

—Nada. Es hora de cerrar.

Kevin echó un vistazo y vio a un desconocido que los observaba con las manos cruzadas a la altura el pecho, en actitud desafiante.

—¿Lo conoces? —preguntó preocupado. Era evidente que aquel hombre no iba en busca de una lectura.

—Eh... sí. —Kate no supo qué decir.

Para su sorpresa, Jasper se acercó a ellos con paso decidido, semblante serio y sin dejarla de mirar a los ojos. Kate sintió que le reprochaba algo.

—Hola, Kate. He venido a buscarte en vez de esperarte en casa como quedamos.

Al escucharlo, ella sintió mil cosas a la vez. El Jasper que conoció en el pasado jamás se hubiese comportado así.

Kevin lo observó con ganas de romperle la cara, miraba y le hablaba a Kate como si esa mujer le perteneciese.

—Ya nos vemos otro día, Kate. Me debes una cena —le dijo Kevin a modo de despedida, pero sin intenciones de marcharse. Quería dejar patente al desconocido que él y Kate eran amigos.

—¿No nos vas a presentar? —preguntó Jasper sin dejar de mirarla, como si Kevin fuese invisible.

Una Kate nerviosa y fuera de sí no supo cómo reaccionar a ese hombre que la ponía entre la espada y la pared.

—Soy Kevin, amigo de Kate. Soy abogado y tengo el bufete por aquí cerca —le extendió la mano—. No eres de por aquí, ¿verdad?

Jasper se la tomó en un apretón firme y seco y se la soltó de inmediato.

—Sam Mckay —se presentó Jasper—. Solo he venido a por algo que me pertenece. —Miró a Kate con intensidad y ella deseó abofetearlo en ese instante.

Cuando Kate escuchó ese nombre, que reconoció al instante, casi se mareó. Si ella lo hubiese presentado lo habría hecho como Jasper Walsh, un grave error. Se recriminó no haberle preguntado cuál era su identidad ahora.

—¿Os conocéis desde hace mucho? —se interesó Kevin.

En esta ocasión, Jasper guardó silencio. Kate lo reprendió con la mirada por ponerla en aquella situación de nuevo. Lo desconocía por completo.

—Desde hace tiempo. Es un viejo amigo —lo informó mientras taladraba a Jasper con la mirada.

—Bueno, en ese caso, me marchó. Que tengáis buena tarde.

—Igualmente, Kevin —lo despidió Kate.

Jasper no dijo nada más, observó en silencio cómo el hombre salió de la librería.

—¿Por qué no le has dicho que soy tu novio? —le reprochó dolido nada más estuvieron a solas.

—¿Somos novios? —preguntó con un deje mordaz mientras cerraba la caja.

—Nos besamos y nos acostamos juntos —resolvió Jasper.

—Por favor —estalló Kate con las manos alzadas—, seguro que Darrell te ha enseñado más cosas, no me vengas ahora con esa clase de inocencia.

No le había gustado cómo se comportó con Kevin. Ni su actitud con ella.

—¿Te has acostado con él? —le preguntó serio, sintiendo la bilis sobre la garganta. Era una duda que lo mataba desde que tuvo conocimiento de que Kate salía con un hombre.

—¡¿Qué?! —preguntó ahogando un grito—. ¡No me lo puedo creer! Déjame en paz, Jasper.

Si lo de anoche no contesta a esa pregunta es que ese tal Darrell no ha sido tan buen maestro en este año.

Pasó por su lado, comenzó a echar el cierre, él la siguió, la acompañó hasta el coche en silencio, y cuando llegó hasta allí, Kate se montó sola. Cuando él fue a hacerlo, ella no lo permitió.

—¿No eres tan listo? Pues vuelve a casa de la misma manera como llegaste aquí, a ver si por el camino se te despejan tus estúpidas dudas.

Arrancó y salió del aparcamiento a gran velocidad mientras Jasper lamentaba haberse comportado de aquella forma. Por lo general era un hombre racional que no se dejaba llevar por las emociones, pero en lo que a Kate se refería no tenía dominio de sí mismo.

Cuando Jasper llegó a casa, para su sorpresa, no era Kate quien lo esperaba en el jardín. Alguien que conocía muy bien estaba sentado en un banco que se balanceaba con Max en el regazo.

—Sabía que te encontraría aquí. Definitivamente has perdido la cabeza, muchacho —le reprochó Darrell con ganas de cogerlo por el cuello y zarandearlo con fuerza.

—No estoy de humor para tus sermones. —Pasó de largo por su lado y se metió en la casa.

Darrell soltó a Max y lo siguió.

—Lo has mandado todo a la mierda —estalló—. La has puesto en peligro. Tienes que sacarla de aquí antes de que Nelson la mate y luego te mate a ti. No conoces a tu tío, nadie desobedece una orden suya.

—Tranquilízate —le ordenó mientras sacaba dos botellines de cerveza del frigorífico. Le extendió uno.

—¿Que me tranquilice? No sabes lo que haces, ¿es que no has aprendido nada conmigo en todo este año? —le reprochó con gritos.

—Al parecer no —se lamentó con desgana.

—¿Qué coño te pasa? —Darrell lo miró bien.

—Cosas mías —le hizo saber con actitud indiferente.

—No me vengas con esas, muchacho. Hace un año que tus cosas son las mías —le recordó taladrándolo con la mirada.

—No sé cómo manejar las cosas con Kate —se lamentó de nuevo, frustrado.

Darrell lo conocía como a un hijo, y sabía que si había algo que conseguía sacarlo de sus casillas era no hacer las cosas bien.

—¿Cómo se ha tomado que estés vivo?

—Me ha reprochado con dureza este año en el que ha sufrido bastante. —Casi le ladró. Él siempre quiso acercarse antes a ella, pero Darrell se lo prohibió.

—¿Qué le has contado? —preguntó entre dientes, con miedo. Él no conocía a esa mujer y le desagradaba que los planes que se había esmerado en hacer durante meses y noches sin dormir se fuesen al traste.

—Solo lo que necesitaba saber —replicó en tono cortante. Darrell alzó una ceja y se lo quedó mirando a la espera de más explicaciones. Jasper resopló con fuerza—. No sabe nada de los planes que tenemos para destruir a Nelson, por esa parte puedes estar tranquilo.

—Bien, genio —Darrell se sentó en el sofá, como si estuviese en su casa, puso los pies sobre la mesa que había delante, entrelazó las manos detrás de la nunca y lo miró—, ¿qué viene ahora? Ella ha entrado en el juego. ¿Cuáles son tus planes? Creo que sabes que tu tío no tardará en hacer acto de presencia.

—Lo tengo todo planeado. —Le hizo saber con pasmosa tranquilidad. Esto provocó que

Darrell soltase una sonora carcajada.

—Ponme al día. Soy todo oídos. —Lo miraba con intensidad.

—Pensé en fingir la muerte de Kate para que Nelson no tuviese ningún arma en contra de mí, sacándola a ella de juego estaría cara a cara con él sin temores, pero lo he meditado mejor y voy a esperar a que venga a mí. Sé que lo hará, y entonces le voy a proponer algo.

—¿Cómo sabes que no os matará a los dos? —preguntó preocupado, no le gustaba el plan de Jasper.

—A mí hace años que podría haberlo hecho y por alguna extraña razón nunca lo hizo, y Kate es la hija del hombre cuya naviera utiliza para sus mercancías, si le pasa algo a ella sabe de sobra que no callaré nada, y no le conviene que el señor Griffin le cierre las puertas de su negocio, ya sabes que sin él estaría perdido en todos los sentidos.

—Hasta ahí, muy bien pensado. ¿Qué le piensas proponer a tu tío? ¿Qué te hace estar tan seguro de que él mismo vendrá hacia a ti y no mandará a alguien para que te mate?

—Lo conozco bien.

—Muchas veces me asustas, Jasper. He conocido a personas peligrosas en mi vida, pero Nelson Walsh es lo peor con lo que me he encontrado. Tiene una gran inteligencia.

—Creo que la mía lo supera.

—Nunca te creas superior a nadie, muchacho, eso es lo que puede hacerte perder ante tu adversario sin apenas darte cuenta —le aconsejó con preocupación. La seguridad que desprendía Jasper en todo aquel asunto no lo dejaba tranquilo.

El sonido de un coche los distrajo de la conversación. Jasper miró por la ventana y vio que era Kate. No se había olvidado de ella durante la charla con Darrell, había mirado el reloj en un par de ocasiones y solo pensaba darle diez minutos más antes de salir a buscarla. Ella traía algunas bolsas consigo, se había pasado por el supermercado.

Cuando puso un pie en el salón de su casa, Kate se encontró con dos pares de ojos que la miraban, solo pensó encontrar allí a Jasper. Se quedó mirando al señor que estaba sentado en su sofá, un hombre de mediana edad, de intensos ojos negros que la repasaba de arriba abajo.

De inmediato, Jasper notó que Kate se asustó al verlo.

—Tranquila, es Darrell. Te he hablado de él. Es de mi absoluta confianza.

Kate encajó el cuerpo, asintió y saludó al hombre con media sonrisa forzada.

—Encantado de conocerla, señorita. —Darrell se levantó de inmediato y la saludó con cortesía, extendiéndole una mano que ella tomó cuando dejó las bolsas que cargaba sobre la mesa.

—¿Se queda a cenar? —le preguntó a Jasper.

Este hizo un leve encogimiento de hombros y miró a Darrell. Ignoraba cuáles eran los planes del hombre.

—Me alojo en una pensión de aquí cerca. No os preocupéis por mí.

—Por favor, quédese —le pidió Kate—. Me gustará entablar conversación con la persona que ha ayudado a Jasper durante todo este tiempo. Quizá hablar con usted me ayude a comprenderlo mejor.

Kate lo miró de soslayo, Jasper la observaba con las manos cruzadas a la altura del pecho, serio. Supo que seguía muy enfadada con él.

Tras colocar la compra, Kate subió a darse un baño y cuando bajó encontró la mesa puesta y la cena hecha. Jasper y Darrell habían desaparecido. Salió al jardín y encontró a Darrell sentado en su banco, fumándose un cigarrillo, mientras jugaba con Max. Se sentó a su lado sin ser invitada.

—¿Y Jasper? —preguntó al no verlo.

—Ha salido por un par de botellas de vino, le dije que iba yo, pero insistió.

Kate se dio cuenta de que su coche no estaba aparcado en la puerta de la casa, donde ella lo dejó.

—¿Jasper ha cogido mi coche? —preguntó con los ojos muy abiertos. Darrell asintió con tranquilidad—. ¿Sabe conducir?

—Sí.

Kate suspiró, se recostó sobre el banco y cerró los ojos. Estaba agotada.

—Usted lo conoce desde que era pequeño, yo lo miro y no reconozco al Jasper que conocí hace meses, ¿le pasa lo mismo?

—Han pasado demasiadas cosas en su vida. Ha tenido que madurar a base de golpes muy duros. Este año que ha pasado conmigo ha sido como diez en la vida de otra persona, fue muy intenso. Es lógico que lo note cambiado. Se ha convertido en un verdadero hombre.

—Su forma de ser y de actuar han cambiado mucho.

—¿Se refieres a que ahora es un hombre celoso? —preguntó con media sonrisa pintada en los labios.

Kate lo miró con el ceño fruncido, extrañada.

—¿Celoso?

—Jasper la ama más que a su propia vida, señorita. Se ha cargado un plan que llevamos meses delimitando porque ha pensado que la perdía para siempre.

—¡¿Cómo?! Explíquese mejor.

—La vigilaba desde la distancia en todo este tiempo, pero hace un mes que usted sale con frecuencia con un hombre. Él los vio, le advertí de que no se dejase llevar por los celos, pero aquí lo tiene. Prefirió aparecer ante usted y mandar a la mierda todo en lo que llevamos trabajando un año y desobedecer a su tío.

—¿Jasper cree que yo y Kevin...? —preguntó sorprendida.

Darrell hizo un gesto afirmativo con la cara, Kate cerró los ojos y se lamentó.

—Tendré que hablar con él. Al parecer todo ese ingenio y listeza que posee no le ha servido en esto.

—Me temo que no, señorita. Está cegado. Usted es lo que más le importa en este mundo. Si no ha matado a su tío ya y se ha enfrentado a años de cárcel es porque desea una vida con usted. Ejerce un gran poder sobre él, nunca lo olvide —le reveló a modo de consejo.

—Gracias, Darrell.

—No hay de qué, señorita. Jasper es para mí como un hijo, le debo estar a su lado y mi lealtad. No pude defender a sus padres aquella fatídica noche, pero estaré a su lado siempre que me necesite.

—Tiene mucha suerte de contar con alguien como usted. Me tranquiliza que este año haya estado a su lado.

—Creo que mejor me marchó, usted y Jasper tienen mucho de qué hablar.

Darrell comenzó a ponerse en pie.

—Por favor, no se vaya. Ya hablaré con él más tarde. Me encantará que se quede a cenar.

No declinó la invitación. Cuando Jasper llegó, al poco cenaron los tres juntos, hablaron de temas como el jardín de Kate, o el lugar tan tranquilo que le resultaba su nuevo hogar en comparación con el bullicioso Londres.

Cuando Darrell se marchó, ya Jasper había notado que el humor de Kate había cambiado desde que regresó con el vino para la cena. Ella fue hasta él, fregaba los restos de la cena.

—Deja eso para mañana. Tenemos que hablar —le pidió con dulzura.

Él la obedeció, la siguió, cogidos de la mano, y se sentó en el sofá junto a ella como le indicó. El móvil de Jasper comenzó a sonar con insistencia, en una primera llamada no le echó cuenta, pero sonó de nuevo. Vio de quién se trataba y supo que tenía que atender aquella llamada.

—Discúlpame, es importante, tengo que cogerlo.

Kate asintió decepcionada. Hacía varias horas que deseaba estar con él a solas.

Jasper descolgó la llamada y se fue al jardín a hablar. Kate se sintió mal por el hecho de que no quisiese que escuchase la conversación. En el fondo le dolía que tuviese secretos para ella. Lo observó moverse por el césped en la oscuridad de la noche mientras hablaba y supo con certeza que amaba cada movimiento y cada gesto de ese hombre.

La conversación de Jasper se alargó más de lo previsto. Kate subió a su habitación con Max, se colocó el pijama y se metió en la cama, dolida de que algo o alguien fuese más importante para él en esos momentos que ella y su relación.

El salón estaba a oscuras cuando Jasper entró de nuevo, se maldijo por no haber podido cortar aquella conversación antes, pero era de vital importancia. Subió los escalones de dos en dos y fue en busca de Kate. La encontró en la cama, el cuarto estaba a oscuras y estaba tapada hasta las orejas. Se acercó a ella y se quedó a una distancia prudente, la observó como lo hizo en otras ocasiones cuando se coló en su casa para verla en mitad de la noche.

—No te quedes ahí, ven —resonó la voz de Kate al sentirlo cerca. Logró sobresaltarlo. Él la hacía dormida.

—¿Quieres que duerma contigo? —preguntó con miedo y esperanzado a la misma vez.

—Hoy y siempre —le anunció incorporándose un poco en la cama mientras sus miradas se enredaban en la penumbra.

Jasper se deshizo de la ropa con rapidez y se metió en la cama con ella, la abrazó y aspiró su aroma, aliviado de tenerla así, por fin se sentía en paz ese día.

—Durante este año no ha habido nadie más que tú —le reveló Kate contra su pecho, sintiendo el fuerte latido de su corazón—. Kevin es solo un amigo con el que he salido en un par de ocasiones, pero nada más. Ni siquiera nos hemos besado. Soy tuya, mis labios y mi cuerpo te pertenecen. Nunca podría estar con nadie más, ahora lo sé —le confesó, sintiendo como sus brazos la rodeaban.

Jasper expulsó el aire que contenía en los pulmones y respiró con tranquilidad. Por primera vez en mucho tiempo se sintió feliz y seguro. La pegó más a su cuerpo y le rozó los labios con suavidad, le pedía permiso para continuar. Kate le correspondió entregada, profundizó el beso y saboreó su boca con deleite. Sintió que las tinieblas que existían entre ambos desde que él había aparecido de nuevo se despejaban.

—Hazme el amor —le rogó entre besos, entregada a él por completo.

—Siempre es un placer —murmuró contra sus labios, perdido en ella.

A la mañana siguiente, Kate se levantó antes de que sonase el despertador. Odiaba trabajar y salir de la cama cuando tenía a Jasper tan cerca y se encontraba tan a gusto con él. Fue a la ducha arrastrando los pies, con pereza se metió en ella y abrió el grifo. Consiguió despejarse, sin embargo, lo hizo del todo cuando al finalizar la ducha la sorprendió un chorro de agua helada que la hizo gritar muy fuerte.

Antes de que pudiese salir del baño ya tenía a Jasper junto a ella. Lo observó desnudo, en todo su esplendor, era magnífico en todos los sentidos, y luego fijó la vista en la pistola que llevaba en la mano.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? Tu grito me despertó —le dijo Jasper moviéndose por el baño.

—¿Qué haces con un arma? Baja eso. —Le puso una mano en el antebrazo e hizo que apuntase al suelo—. ¿Dónde la tenías? —le reprochó con los ojos desencajados.

Hasta donde ella recordaba él llegó la pasada noche a su habitación y se desnudó delante de ella, no vio ningún arma y le horrorizaba tener una bajo su techo.

—Nunca duermo sin una buena defensa cerca. Tengo demasiados enemigos —le explicó echándole el seguro a la pistola. La observó desnuda, con el cabello lleno de espuma y que tiritaba de frío—. ¿Qué ha pasado?

—Debe haberse estropeado la caldera de nuevo. Me sorprendió un chorro de agua helada. Me voy a morir de frío al enjuagarme el pelo —se quejó compungida.

En esos momentos le dio más prioridad al frío que pasaba que al hecho de que Jasper aún tuviese un arma en sus manos.

—Espera. Voy a echarle un vistazo.

Salió del baño y Kate lo escuchó en la habitación. Al rato subió, venía cargado con una olla de agua caliente.

Kate lo esperaba envuelta en un albornoz, sentada sobre una banqueta, en el baño.

—Me parece que la caldera no tiene remedio, habrá que poner una nueva —anunció—. He calentado agua para enjuagarte el pelo.

Se acercó a ella, le indicó que acomodase la cabeza sobre el lavabo, y con destreza le echó el agua caliente y le masajeó el cabello para que desapareciese todo el jabón.

Kate se sentía mimada. Se admiraba de lo bien que se manejaba Jasper en cualquier situación. Cuando terminó, no se incorporó, se quedó con la nuca recostada sobre el lavabo, tiró de la camiseta de Jasper, lo acercó a ella y lo besó.

—Gracias. Me has salvado de un resfriado.

—No tienes ni idea de todo lo que haría por salvarte de cualquier cosa que vaya en tu contra.

La volvió a besar y ambos se enredaron en un beso apasionado que los dejó jadeantes.

—Tengo que ir a trabajar —murmuró Kate sobre los labios de Jasper. No tenía ganas de abandonarlo. Deseaba pasar el día entero en la cama con él.

—No lo hagas, creo que tu jefe aprobará que te quedes todo el día en la cama con tu novio.

Al escuchar la palabra *novio*, Kate lo miró y le sonrió halagada. Le pasó las manos por las mejillas, el cuello y luego presionó sobre su pecho para que la dejase levantarse de la banqueta y

vestirse. Pero lejos de eso, Jasper la tomó en sus brazos con agilidad y la llevó de nuevo a la cama.

—Voy a llegar tarde, me ganaré la bronca de mi jefe y puede que me eche —le dijo entre besos y risas.

—Tu jefe te adora, lo daría todo por ti, me consta —le recorrió el cuello con suaves besos, muy tentadores.

Sus palabras consiguieron alertar a Kate. Lo miró con gesto interrogativo y alzó una ceja en señal de que se explicase mejor. Jasper la miró con cara de inocencia, pero de inmediato supo que le ocultaba algo.

—¿Cómo sabes eso de mi jefe? Ni yo misma lo conozco. Solo hablo con él por correo electrónico.

La sonrisa que Jasper le mostró la hizo ver todo con claridad. Lo apartó de su lado y se sentó en la cama, sin dejar de mirarlo.

—¿Eres... eres tú? —se atrevió a preguntar con los ojos muy abiertos y la voz entrecortada. Jasper asintió, serio—. ¿Llevo meses hablando contigo?

—Con Darrell o mi equipo financiero. Ambos tenían órdenes de que hicieras todo lo que desearas y pusieran a tu disposición grandes presupuestos.

—¿Tu equipo financiero? —preguntó asombrada.

—Tengo mucho dinero, Kate. Ellos me ayudan a invertirlo bien.

—¿Por qué has comprado la librería? —le reprochó confundida.

—Me enteré de que el dueño pensaba ponerla a la venta, y la compré. Te gustaba el trabajo y apenas llevabas allí un mes, no era justo que te quedases sin él.

—Lo que no ha sido justo era pasar por todo lo que he pasado en este año —le reprochó exaltada, salió de la cama y lo encaró—. Has manejado mi vida desde la distancia mientras que yo estaba rota de dolor. Y se te ocurre aparecer cuando sientes unos celos sin sentido y poner mi mundo del revés.

—Lo siento, créeme que lo siento —se lamentó Jasper. No le gustaba verla así—. Solo he tratado de mantenerte a salvo y hacer lo mejor para ti.

Kate lo observó confuso, derrotado y asustado. Sintió que volvía a ser su niño-hombre y el sentimiento de la pena tuvo que aparecer cuando menos lo deseaba. Se acercó a él y le tocó los brazos a modo de captar su atención, tenía la mirada perdida en el suelo.

—A veces siento que eres un hombre muy diferente al Jasper que conocí y del que me enamoré. Eso me asusta —le reveló con sinceridad.

—Sé que he cambiado mucho, pero quédate con lo verdaderamente importante; sigues siéndolo todo para mí. Cada paso que doy, cada decisión que tomo, va entorno a ti. No hubiese hecho muchas de las cosas como las hice de no ser por ti —le confesó con la sinceridad más absoluta, reflejada en su mirada gris y transparente—. Este año ha sido un verdadero infierno alejado de tu lado.

Movida por el amor tan grande que sentía por él, lo abrazó en un impulso. Jasper le correspondió y así se quedaron durante largos minutos, en silencio. Ella lo sintió temblar, la inseguridad había vuelto al cuerpo de ese hombretón que ahora tenía un equipo financiero.

—Creo que a mi jefe no le importará que volvamos a la cama y durmamos un poco más. —Le dio un beso en la mejilla y él asintió con media sonrisa pícaro.

Lo tomó de la mano, tiró del hombre que amaba con locura y se acurrucaron bajo las mantas, abrazados.

—A partir de hoy, procura contármelo todo —lo reprendió.

—Lo haré —le contestó abrazado a ella. A sabiendas de que aún no podía revelarle algunos datos.

En mitad de la tarde, Kevin se presentó en casa de Kate. Había acudido a la librería y la encontró cerrada, se alarmó al pensar que estuviese enferma o le pasase algo. Se encontró con la sorpresa de que le abrió la puerta Jasper, lo reconoció al instante como el mismo hombre de días atrás en la librería, solo que él lo conocía como Sam.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó Jasper. Le molestó que se presentase en casa de Kate sin avisar.

—Eh... —Kevin no esperaba encontrarlo allí, y menos con las pintas que lo recibió, iba descalzo y con una camiseta mal colocada—. ¿Está Kate? No ha abierto la librería esta mañana y pensé que igual le ocurrió algo. La he llamado y tiene el móvil apagado.

—Se encuentra bien. Hoy no ha abierto porque su jefe le dio permiso para no hacerlo y quedarse en casa —le explicó sin invitarlo a pasar. Mantenía la puerta entreabierta y una mano a la altura de la cabeza en ella. Su aire era relajado y eso le molestó a Kevin, que se sintiese como en su casa.

—Kevin, ¿qué te trae por aquí? —Kate apareció tras la espalda de Jasper, venía enfundada en una bata de estar por casa.

Se acercó a la puerta para saludarlo y Jasper le pasó una mano por la cintura y la acercó a él. El gesto no pasó desapercibido para Kevin, que confirmó lo que se temía; Kate y ese hombre tenían algo.

—Venía a interesarme por ti. Vi que la librería no abrió y me preocupé.

—Estoy bien, no pasa nada. ¿Quieres entrar a tomar algo? —le preguntó por educación. Notó como el cuerpo de Jasper se tensó ante su ofrecimiento—. Te acuerdas de él, ¿no? Te lo presenté en la librería.

—Sí, Sam... Sam Mckay, ¿verdad?

—El mismo. Soy el jefe de Kate, y el responsable de que ella no haya abierto hoy la librería. No tienes de qué preocuparte.

Kevin asintió mientras tragaba con dificultad. Cuando conoció a Jasper no le pareció un hombre de negocios, más bien sus pintas eran las de un muchacho sin oficio ni beneficio.

—Sam es mi novio, Kevin. Hacía algún tiempo que no nos veíamos y hemos retomado la relación. —Consideró necesario decirle aquello, por ambos. Con Jasper reforzaría sus miedos con respecto a ella, y con Kevin le dejaría las cosas claras, ya no era una mujer libre.

—Bueno... que os vaya bien. Ya nos vemos otro día —se despidió Kevin. Se dio media vuelta y se marchó con algo de prisa.

Una vez a solas, cuando Kate cerró la puerta, se volvió hacia Jasper y nada más mirarlo le dio un vuelco el corazón. En su rostro estaba dibujada la sonrisa más maravillosa que jamás le hubiese visto.

—Su novio, señorita Griffin. Me gusta cómo suena en tus labios. —La tomó por la cintura y la pegó a su cuerpo, le acarició la mejilla con los nudillos y le dio un beso en el cuello aspirando su aroma—. Eres maravillosa —murmuró contra sus labios antes de besarla en profundidad.

Kate se entregó al beso, Jasper la tomó en brazos y fue con ella hasta el sofá.

—Necesitamos una ducha —dijo Kate cuando Jasper le abrió la bata y descubrió su cuerpo desnudo.

Él asintió, sonrió, tiró de ella y se levantaron.

—Vamos a vestimos. Nos iremos a un hotel hasta que compremos una caldera nueva.

—No creo que me pueda permitir una nueva. Antes veré si tiene arreglo o una de segunda mano.

—De eso nada. Mañana mismo mando a instalar una nueva, la mejor que haya. Yo sí tengo dinero, y mucho. Lo mío es tuyo, todo.

Cuando Kate fue a protestar le selló los labios con un beso. La distrajo y se olvidó de aquella conversación que terminaría en discusión tarde o temprano.

Jasper llevó a Kate al mejor hotel de Sutton. Cuando ella vio dónde entraba, intentó protestar, pero él no la dejó. Deseaba darle todo lo mejor, poner el mundo a sus pies, nadie se lo merecía más que ella. En todo ese tiempo en el que lo creyó muerto solo pensó en la forma de resarcirla por el dolor que estaba pasando. Tenía una larga lista de cosas para hacerla feliz y que olvidase los malos momentos vividos.

El baño de la suite tenía un *jacuzzi* enorme. Jasper recordó el que había en su casa, en la habitación de sus padres.

—¿Un baño? —le ofreció Jasper con una sonrisa. Estaba de un excelente humor. Kate disfrutaba al verlo así de bien, como si nada lo abrumase ni preocupase. Adoraba cuando le mostraba esa sonrisa que le iluminaba el alma, la que jamás llegó a pensar que volvería a ver.

—Suena maravilloso. Este *jacuzzi* tiene una pinta estupenda. Creo que no voy a querer salir en horas.

—Mis padres tenían uno igual. Cuando dejaban que lo usase nunca quería abandonarlo, me costaba horrores. Me gustará compartirlo contigo —le dijo con una sonrisa traviesa mientras la envolvía en sus brazos y la besaba.

Jasper llenó el *jacuzzi* de agua con mucha espuma y estuvieron metidos en él durante horas, hicieron el amor y se relajaron por completo. Hacía más de un año que ninguno de los dos se sentía así.

—¿Te has quedado dormida? —le preguntó Jasper mientras la sostenía entre sus brazos, notó que el agua estaba tibia.

Kate solo murmuró algo que él no llegó a entender. Con agilidad, la sacó, la envolvió en una toalla y la llevó a la cama.

—Tengo sueño —dijo ella.

—Bien, duerme. Yo voy a trabajar un rato desde aquí. Luego cenaremos. —La arropó mientras que Kate se preguntaba en qué trabajaba Jasper, pero estaba demasiado cansada para mantener una conversación. Le dio un beso en la frente, y por el rabillo del ojo vio cuando se sentó en el sofá que estaba cerca de la chimenea y cogía un portátil de la mesa baja. Se preguntó de dónde había salido ese aparato y las dos grandes maletas que estaban al lado del sofá, pero estaba tan aplomada que decidió dejarlo para un poco más tarde, cuando se encontrase con fuerzas para hablar con él de muchas cosas que tenían pendientes.

Aquella noche, Jasper la despertó cuando llegó el servicio de habitaciones con la succulenta cena que había pedido. Comieron en la cama entre miradas cómplices y besos, como dos completos enamorados, sin pensar en los problemas que los rodeaban.

Kate se preocupó por Max y Jasper le hizo saber que se encontraba con Darrell, él cuidaría del animal.

—¿En qué has estado trabajando? ¿Ese ordenador es tuyo? ¿Cómo llegó aquí? ¿Y esas maletas? —preguntó Kate mientras se comían el postre, dos bolas de helado de chocolate. Jasper las disfrutaba como un niño.

—Vaya, esto es un interrogatorio en toda regla —se quejó, pero ella supo que estaba de buen humor. Dejó los restos del helado sobre la bandeja y se centró en ella, que seguía comiéndoselo bajo su atenta mirada—. He estado poniéndome al día de algunos negocios que tengo, enviando correos electrónicos y dando algunas órdenes. Sí, ese ordenador es mío. Darrell lo trajo, y las maletas es ropa para nosotros. Le dije que nos la comprase. Vinimos con lo puesto y quizá pasemos aquí un par de días hasta que vuelva el agua caliente a tu casa.

Kate admiró con la capacidad que le respondió a todo.

—¿Qué clase de negocios tienes? —preguntó con algo de preocupación. Ella contaba con que tenía dinero, todo el que había en la bolsa negra que cogieron el día de la fiesta de máscaras en la casa de Nelson Walsh.

—Inversiones en diferentes empresas que me reportan muy buenos beneficios mensuales. Tengo muchísimo dinero, Kate. Más del que pueda gastar nunca.

Esta confesión logró sobresaltarla. De inmediato, Jasper adivinó lo que se le pasaba por la cabeza.

—Tranquila, todos mis negocios son legales.

—¿Y cómo conseguiste tanto dinero en solo un año? —preguntó con interés.

Jasper suspiró, se revolvió el pelo y la observó.

—No es lo que piensas. ¿Recuerdas el dinero que había en la bolsa negra que cogimos de mi casa? —Kate asintió—. Lo invertí todo.

—¿Dónde?

—En el casino.

—¿Te lo jugaste? —preguntó asombrada. Él asintió con pasmosa tranquilidad—. Deduzco que ganaste. Pero, ¿y si lo hubieses perdido?

—Nunca pierdo al póker, Kate. —Lo miró sin entenderlo—. Una vez te dije que mi inteligencia supera a la de los demás. Mi mente observa las cartas, las cuenta casi sin pensar. Para mí es algo normal, siempre sé cuáles son las ganadoras y las jugadas de mis adversarios.

—No lo puedo creer.

—Es así, ¿quieres que te lo demuestre? —propuso con la ilusión de un niño.

—Apenas sé jugar. Recuerdo muy poco, pero acepto. —Ella asintió casi con miedo. Jasper nunca dejaba de sorprenderla.

—Te refrescaré la memoria un poco.

Con agilidad, se levantó de la cama, retiró la bandeja de la comida, abrió la maleta negra, sabía que era la de él, y sacó una baraja de cartas de póker. Entre las indicaciones que le dio a Darrell estaba que incluyese una.

Le recordó un poco a Kate cómo se jugaba y la miró con atención.

—¿Preparada? —preguntó sentado frente a ella mientras barajaba con destreza.

Kate le arrebató las cartas de las manos y barajó ella, bajo la atenta mirada de Jasper.

—Puedes repartir cuando quieras —le indicó Jasper sin dejar de observar sus manos—. Dos para cada uno.

Repartió dos cartas las cartas. Estaban en silencio, Jasper la observaba con atención. Kate lo vio serio y concentrado, era otra faceta de él que no conocía y le resultaba fascinante descubrirlo.

—¿Qué apostamos? —preguntó Kate animada al ver que tenía una pareja de ases—. Dinero resultará muy aburrido. Me acabas de decir que tienes bastante —le comentó con fingida coquetería.

—Lo que tú quieras —contestó indiferente, muy seguro de que iba a ganar—. Pero que sea algo que puedas pagar —la retó con tono juguetón.

—Estás muy seguro de que ganarás. —Jasper asintió sin titubear—. Apostemos del uno al diez y el ganador final podrá elegir lo que sea, eso le dará emoción al juego.

—¿Estás segura? —preguntó con una mueca torcida en el labio. Kate asintió—. Entonces juguemos fuerte. Pon tres cartas boca arriba sobre la mesa —le indicó de nuevo cómo continuar el juego.

Ambos apostaron e igualaron la apuesta entre miradas cómplices. Sacaron otra carta de la baraja y la unieron a las demás de la mesa mientras observaban las que tenían en las manos. Apostaron y ambos volvieron a igualar la apuesta. Finalmente, Kate colocó una quinta carta sobre la mesa, observaron todas, y cada uno, en silencio, pensó en su juego. Kate trataba de disimular una sonrisa. Jasper sabía que llevaba una buena mano, pero él la tenía mejor.

—¿Vemos quién es el ganador? —Kate estaba deseando enseñar sus cartas, tenía una pareja de ases en la mano. Estaba segura de que le ganaría a Jasper.

—Las damas primero, por favor —manifestó con galantería.

Ella puso su jugada al descubierto. Jasper chasqueó la lengua y movió la cabeza, contrariado, y esto hizo que Kate se sintiese ganadora. Una sonrisa triunfal se dibujó en su rostro.

Con pasmosa tranquilidad, como todo un maestro, Jasper colocó sus cartas sobre la mesa. Cuando Kate advirtió la escalera de color lo miró frustrada, supo que había perdido.

—¡Has hecho trampas! —lo acusó cabreada.

—No hago trampas. Ya te dije que cuento las cartas y las memorizo de forma automática, sin pensar. Siempre sé la jugada que lleva mi adversario.

—Quiero la revancha —exigió algo molesta.

—He ganado —le recordó con sorna y media sonrisa a modo de exigir su pago—. Quiero mi premio.

—Juguemos otra y te pago todo junto o quedamos iguales —le propuso—. Esta vez reparte las cartas tú.

—Cómo desees, pero volveré a ganar —le dijo con prepotencia.

—Ya veremos.

—¿Cómo lo haces? Me has ganado tres veces —protestó exasperada Kate.

—Y siempre que quiera lo haré —dijo con absoluta certeza.

—¿Nunca pierdes?

—Solo cuando quiero perder, ya te lo dije.

—¿Por qué vas a querer perder? —preguntó con inocencia.

—Porque a veces es conveniente.

—¿Todo el dinero que has ganado lo has hecho en casinos legales?

—No, me hubiesen acusado de hacer trampas.

—¿Para qué quieres tanto dinero? —preguntó con miedo.

—Para enfrentarme a Nelson Walsh en igualdad de condiciones.

—Tu tío es muy rico y poderoso. —Lo sabía bien por su abuela.

—Ya, pero ahora yo soy más rico que él —le reveló como si nada.

—¿Cómo? —Si no llega a estar sentada se hubiese caído al suelo—. ¿En un año has conseguido eso tú solo?

—Darrell me ha ayudado. Ha sido fundamental. Él me puso en contacto con mucha gente a la que nunca hubiese podido acceder. Estuvo al lado de mi padre durante muchos años y tenía muchos contactos y gente que le debía favores.

—¿Tu tío sabe todo esto? —preguntó al tragar con dificultad. Aún no digería que tuviese tantísimo dinero.

—Parte.

—¿Y lo acepta? —preguntó con los ojos desenchajados.

—No le queda otro remedio. Solo me puso como condición que tenía que alejarme de ti tras fingir mi muerte y no delatarlo nunca. Lo he cumplido, no me puso como condición que no pudiese ser rico. Sam Mckay es un hombre poderoso y millonario, Jasper Walsh está muerto. Nadie lo recuerda.

—Ahora yo sé que estás vivo. Has incumplido el trato con tu tío, ¿qué va a pasar? —No podía evitar sentir miedo por ella misma.

—No temas. Llegaré a un acuerdo con él.

—¿Ya lo habéis hablado? —preguntó con temor.

—Espero a que se ponga en contacto conmigo. Me consta que me tiene bien vigilado. —Kate se llevó una mano al cuello en señal de preocupación—. Yo también lo tengo a él, no temas.

—¿Y si me mata? —preguntó con el horror dibujado en sus facciones.

—¿Crees que lo permitiría? —Le tocó la mejilla y se la acarició con suavidad—. Tengo más seguridad ahí fuera que la que pueda llevar cualquier Primer Ministro. Son discretos, por ello no lo has notado aún.

Ella lo miró realmente asustada, ahí estaba de nuevo ese hombre al que desconocía por completo.

—¿Puedes vivir así? —preguntó con temor. Trataba de reconocer al hombre que tenía frente a ella.

—No, por eso necesito acabar con Nelson Walsh cuanto antes.

—¿Cuál es la razón por la que no te ha matado y soporta que lo iguales en poder? No lo entiendo.

—Yo tampoco. La última vez que me reuní con él, hace unos meses, insistió en comer conmigo, trataba de hacer ciertos negocios que rechacé. No lo noté molesto ni preocupado por todo lo que había conseguido. Te parecerá raro, pero sentí que me miraba con orgullo. Me dio la enhorabuena por lo que estaba consiguiendo.

—Algo trama en contra de ti, es una estrategia —le advirtió.

—Lo sé. Mató a mi madre y a mi padre, no tendrá escrúpulos en hacerlo conmigo, pero por alguna extraña razón aún no lo ha hecho, y eso me da ventaja.

—¿Qué vamos a hacer? Tengo miedo —confesó Kate por primera vez.

Jasper la abrazó y le ofreció el refugio de sus brazos.

—Vamos a mudarnos al *loft* que tengo en Londres, es más seguro. —Llevaba pensando en esta posibilidad desde que llegaron al hotel. La casa de Kate no era muy segura, o tendría que reformarla de arriba debajo si ambos decidían quedarse allí.

—¿Vives en Londres? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Hace dos meses que me mudé. Hasta entonces he vivido con Darrell de una forma modesta para no levantar sospechas.

—¿Pretendes que cambie toda mi vida? —Lo miraba sin reconocerlo. Ella había conocido a un niño con un pijama de hospital y ahora él le hablaba de negocios, millones y lugares de lujo.

—Pretendo que estés a salvo y a mi lado. Pronto todo esto terminará y seremos libres. —La abrazó de nuevo y le besó el cabello centrado en sus pensamientos.

—¿Y si tus planes no salen bien? —murmuró contra su pecho. Estaba aterrada.

—No te preocupes por nada. Llevo meses sin dormir planeándolo todo. Saldrá bien. Ahora solo necesito que me digas que vendrás conmigo y harás todo lo que yo te diga.

Levantó la cabeza de su pecho, lo miró, volvió a ver a su niño-hombre, trataba de protegerla por todos los medios, y asintió. No podía hacer otra cosa, en el fondo de su ser sabía que lo amaba tanto que haría todo lo que le pidiese.

—Siempre a tu lado. No quiero separarme nunca más de ti.

—Gracias. —La aferró más junto a él, fueron hasta la cama y se quedaron dormidos, abrazados. Había sido un día intenso.

A la mañana siguiente, mientras desayunaban en el restaurante del hotel, un hombre trajeado los interrumpió y se sentó con ellos sin ser invitado.

—Tenemos que hablar, sobrino —resonó una voz ronca, que consiguió sobresaltar a Kate.

Con total descaro, Nelson Walsh se sirvió una tostada con mantequilla mientras que Kate lo miraba horrorizada y Jasper esperaba con paciencia la siguiente jugada de su tío. Sus hombres tenían órdenes de dejar que Nelson se le acercase. No sentía miedo alguno al tenerlo en su misma mesa.

—Habla con confianza. Creo que a Kate ya la conoces —le dijo Jasper con tranquilidad mientras bebía de su taza de café.

—Señorita. —Nelson hizo un asentimiento con la cabeza—. La veo feliz de ver que Jasper volvió a la vida —ironizó—. No olvide nunca que su nombre ahora es Sam Mckay —le advirtió, serio—, ni otras cosas, como ya él debe haberle dicho bien.

A Jasper no le gustó cómo sonó. Sintió que era una amenaza.

—Kate sabe muy bien del lado que está y cómo son las cosas —dijo entre dientes a su tío.

—Bien, estoy aquí para escuchar cuáles son tus planes. Me has desafiado. Ella nunca debía de saber que estabas vivo, era el trato —le dijo clavándole la mirada, serio, mientras masticaba un bocado de tostada.

—Me tienes bien cogido por los cojones porque sabes que ella me importa más que nada en

este mundo —le aclaró sin tapujos y de frente. Kate sintió que el cuerpo le temblaba ante las duras palabras de Jasper—. No soporto estar lejos de ella. Le he explicado que ahora me llamo Sam y que si no abrimos nuestras bocas sobre lo que pasó en Morrison podremos ser felices para siempre —ironizó de nuevo—. Está de acuerdo. Nunca diremos públicamente que eres un asesino y que me tuviste encerrado durante años. ¿Fin del asunto?

Kate miró a Jasper horrorizada, ¿aquel era su plan contra ese monstruo? Estaban muertos. Por debajo de la mesa, Jasper posó una mano en el muslo de ella, se lo apretó y con ello le indicó que se tranquilizase. Parecía tener la situación bajo control, pero Kate no podía evitar sentirse al borde del precipicio.

—¿Me crees un estúpido? —bramó Nelson—. ¿Qué me garantiza a mí que ella no hablará?

—Si ella habla tú me matas, si yo hablo, la matas a ella. Te aseguro que la única prioridad en nuestras vidas somos el uno para el otro. —Tomó una mano de Kate delante de su tío y la llevó hasta sus labios, donde posó un suave beso.

—Ahora eres alguien casi tan importante como yo —le recalcó Nelson, casi echándoselo en cara—. Nunca debí permitir que te hicieras con tanto poder.

—No creas, aún no ostento un título nobiliario, no regento la Cámara de los Lores ni tomo el té con la Reina —le enumeró Jasper con odio en la mirada. Le decía que todo aquello le pertenecía a él.

Nelson lo observó con media sonrisa. Sabía que en su sobrino tenía a un duro contrincante. Pero lejos de cabrearlo, lo enorgulleció. En esos momentos tenía ante sí lo que siempre deseó; a Jasper convertido en un hombre de mundo y en silencio. El hecho de que lo odiase no lo podría cambiar nunca, pero sí vivir con la tranquilidad de que ese niño, que no tuvo la culpa de nada, solo de ver lo que nunca debió, era una persona con la vida que debía tener.

—¿Qué me garantiza su silencio, señorita? —le preguntó a Kate a modo de asustarla. Deseaba escucharla.

—Amo a Jasper, nunca haría nada que lo pusiese en peligro.

—El amor se acaba, las mujeres traicionan. Creo que no es suficiente garantía.

Kate miró a Nelson y luego a Jasper. Le rogó con la mirada que si tenía un plan era el momento de ponerlo sobre la mesa.

—Creo que deberías mirar las últimas acciones que he comprado en varias compañías de las que eres dueño —anunció Jasper mientras se recostaba sobre la silla y cruzaba los brazos a la altura de su pecho. La cara de Nelson cambió de inmediato. Le gustó disfrutar de ese factor sorpresa que su tío no esperaba—. Puedo hundirlas en el momento en que me plazca. Y, como ya sabrás a estas alturas, el dinero que pierda en ello no me importará.

—Te estás pasando, Jasper —maldijo entre dientes—. Nunca debí permitirte tanto.

—Ya es tarde, tío. Vivamos la vida. Tú como hasta ahora, con tus negocios, y yo con Kate. Olvidemos el pasado.

—No me fío de ti —le manifestó intranquilo.

—Solo te queda confiar. Yo confío en ti y tú en mí. Así hasta que la muerte nos separe —recitó con ironía.

—Te tendré vigilado. A la mínima sospecha, ella desaparece —lo amenazó, se levantó y se fue contrariado.

Todo el cuerpo de Kate temblaba ante la tensión vivida. Jasper le tomó la mano y la llevó a sus labios de nuevo.

—Tranquila —le susurró sin dejar de mirar a su tío y los hombres que lo esperaban en la entrada del restaurante.

—No puedo estarlo —murmuró sin perder de vista la espalda de ese hombre que se alejaba del salón concurrido de gente.

—Tengo mucho más en contra de él. No te pasará nada.

—No te alejes nunca más de mí, prométemelo —le rogó desesperada.

—Nunca. Eres toda mi vida. Ya experimenté lo que es tenerte lejos y te juro que no volveré a pasar por eso. Todo se solucionará. Confía en mí.

—Lo hago.

Tras la visita de Nelson Walsh, Jasper decidió que lo mejor era volver a Londres de inmediato. Había sopesado la posibilidad de pasar con Kate unos días más en Sutton, pero no le pareció prudente. Vivir en el *loft* que compró y reformó en Londres era lo más seguro para ella. Recogieron las cosas de la habitación del hotel y un coche los esperaba para llevarlos a casa.

—Buenos días, Darrell —lo saludó Jasper cuando se encontraron y el hombre metió el equipaje en el maletero—. Conduzco yo, tú ve en el coche de atrás.

—Buenos días, señor. —En público siempre lo llamaba así—. Señorita, un placer volverla a ver.

—Buenos días, Darrell.

—Ve con cuidado —le advirtió Darrell a Jasper en un leve susurro, antes de dirigirse al todoterreno negro, con cristales tintados, que los aguardaba.

Jasper solo asintió, acompañó a Kate hasta el lugar del copiloto, le cerró la puerta y luego se dirigió al volante.

—¿Por qué no conduce él? La visita de tu tío te ha alterado, aunque trates de disimularlo. Te conozco.

—Tengo ganas de conducir yo.

—¿Este coche es tuyo? —preguntó observándolo. Era un coche de lujo que debía costar mucho dinero, ella no entendía de marcas ni motores, pero ese vehículo hablaba por sí solo.

—Sí, y el que lleva Darrell también. —Kate miró por el espejo retrovisor y lo vio al volante de otro potente todoterreno similar al de ellos, con él iban otros dos hombres más.

Tras media hora de conducción, Jasper no estaba muy hablador, iba en silencio y Kate sabía que libraba una batalla interna. Trató de sacarlo de sus pensamientos.

—Conduces bien, con soltura, para hacer menos de un año que aprendiste... —le dijo Kate, que no había dejado de supervisar cada movimiento desde que se pusieron en marcha.

—Tuve un gran maestro, pero también soy un buen aprendiz —le manifestó con media sonrisa en los labios sin apartar la vista de la carretera. Tomó la mano de Kate y se la llevó a los labios—. Siempre estarás segura conmigo. —Ella asintió, así lo sentía cuando lo tenía cerca.

—Me enorgullece ver el hombre en el que te has convertido. A veces puedo llegar a sentir que eres un Jasper distinto al que conocí en Morrison, pero cuando te miro a los ojos y veo ese gris transparente, esa sinceridad y ese amor con el que me miras, sé que por mucho que haya cambiado tu vida, entre tú y yo, a solas, siempre serás mi Jasper. El hombre del que me enamoré.

—No lo dudes nunca. Siempre seré tuyo, y tú lo más importante para mí. Vivo y respiro por ti.

—¿Has comprado mi *loft*? —preguntó Kate asombrada cuando vio que Jasper se disponía a abrir la puerta de la que fue su casa. Ya había reconocido el edificio, pero en el trayecto Jasper le habló de las dimensiones del lugar y no pensó que fuese el mismo.

Cuando le dieron la noticia de que él murió, decidió dejar el *loft* para siempre, los recuerdos

eran demasiado dolorosos y sabía que terminarían con ella. Le dijo a su abuela que lo pusiese a la venta y a los pocos días le dijo que lo habían comprado.

—El tuyo y los tres contiguos. Toda la planta es nuestra —anunció. Abrió la puerta y la hizo pasar. Un recibimiento muy especial la esperaba en aquel lugar. Max se acercó corriendo hasta ella, como un loco. Era la primera vez que habían estado separados casi dos días. Lo había echado de menos y fue todo un detalle por parte de Jasper llevarlo allí—. Al igual que tú, yo también soy un enamorado de estas vistas. Sabía que te iba a gustar vivir aquí por el resto de nuestras vidas.

Kate soltó a Max y se acercó a Jasper de forma seductora, con una enorme sonrisa en la boca, le pasó las manos tras el cuello y las entrelazó ahí.

—El resto de nuestras vidas suena muy bien —repitió con los ojos medio cerrados, como si estuviese en medio de un sueño.

Jasper la estrechó más contra su cuerpo y la besó.

—Suena más que bien.

—Gracias por traer a Max. —Lo cogió en brazos de nuevo mientras le hacía carantoñas.

—De nada, sé que es importante para ti y eso hace que lo sea para mí. Vivirá con nosotros. —Aquello hizo muy feliz a Kate, sentía que nunca más se podría separar de Max—. Te voy a enseñar toda la casa, ahora es más grande. Y espero que te gusten las reformas que mandé a hacer.

La cocina ahora estaba independiente del salón, y era el triple de grande, con un comedor al lado. Había tres habitaciones, la de ellos era enorme, con un vestidor y un baño dentro, y Jasper tenía un gran despacho.

—Esa puerta de ahí es la zona de Darrell. Él vivirá con nosotros, pero no te preocupes, será como si no estuviese. Tiene una entrada privada y cuenta con una habitación, un baño, un despacho y una cocina.

—Es precioso. Me encanta. —Kate se paseó por todo el salón después de recorrer cada rincón de la que sería su nueva casa. Fue hacia los ventanales y fijó la vista en el río Támesis. Varios barcos navegaban y ellos captaron su atención.

—Te has quedado muy pensativa, ¿qué pasa? —preguntó Jasper situándose a su lado y fijando los ojos en el mismo lugar que ella.

—¿Cómo ha permitido tu tío que te hagas con todo lo que tienes? —preguntó con asombro.

—No lo ha permitido, se ha encontrado de lleno con todo hace unos días.

Kate lo miró sin entenderlo, Jasper la tomó de la mano y la llevó hasta el gran sofá oscuro que presidía el salón y tomaron asiento.

—He llevado la vida que él me trazó. Trabajé de mozo descargando camiones hasta hace tres meses, acudía a las timbas y los casinos sin que Nelson lo supiese. Darrell y yo éramos unos expertos en despistar a la vigilancia que me tiene puesta. No sabía ni era consciente del dinero que iba amasando, lo que iba invirtiendo. Vivía en un lugar mediocre, con una vida sin lujos, iba haciendo relaciones y averiguando cosas que ni él mismo se imagina. He trazado muchos planes y he medido mis pasos, hasta que llegue el gran día en el que Nelson Walsh caiga ante los ojos de todos.

—¿Por qué todo este despliegue de dinero ahora? Me da la impresión de que Darrell no está muy de acuerdo con el nuevo rumbo que han tomado las cosas.

—Él quería mantenerte al margen hasta el final de este asunto. Yo lo consideraba demasiado peligroso, estoy más tranquilo sí sé que estás a mi lado. Contigo no podía continuar con la vida que llevaba, por eso el cambio a este lugar que está protegido con la mejor seguridad.

—¿No es más arriesgado de esta forma? Le has mostrado a tu tío que eres un adversario difícil de destruir.

—Así estamos en igualdad de condiciones.

—Te tendrá más vigilado.

—También podré moverme con más libertad sin fingir lo que no soy.

—¿Cómo tienes pensado destruir a Nelson Walsh? —preguntó casi con miedo.

—No puedo decírtelo. Solo pedirte que confíes en mí.

—¿Por qué no dejar las cosas como están? No quiero que pase nada que me aleje de ti.

—Porque no puedo vivir en paz mientras mi tío lleva una vida que no le pertenece y mis padres están bajo tierra. Les debo que su asesino pague por lo que hizo. ¿Puedes comprenderlo?

Kate lo abrazó y en parte lo entendió. Era justo que Nelson Walsh pagase por lo que hizo años atrás, pero no era justo que ella o Jasper perdiesen la vida por ello.

—Solo te pido algo, cuando llegue el momento avísame. Quiero estar preparada.

—Bien, aún faltan un par de meses. —No le reveló más información—. Mientras, quiero dedicarme a recuperar este año que estuvimos separados, deseo que mi tío nos vea felices y se confíe. Quiero que piense que me dedico en exclusiva a mi nueva vida.

—Me parece bien. Un par de meses de felicidad y de paz es justo lo que necesito.

—Te daré eso y mucho más.

A la mañana siguiente, mientras Jasper estaba reunido con Darrell en el despacho, Kate inspeccionó el vestidor. Para su sorpresa, lo encontró lleno de ropa. Había de todo, desde lo más informal, como ropa de deporte, hasta vestidos elegantes de fiesta. Ella pensaba mandar a Ada para que le trajese su ropa, pero fue pensar en su amiga y saber que tenían un problema. Ada y Robert conocían a Jasper y todo su pasado, y Robert era policía.

Kate se puso unos vaqueros, unas botas y un jersey de los que encontró en el vestidor y decidió esperar a Jasper en el salón.

—Tenemos un problema —anunció cuando él apareció por el pasillo. Lo admiró con esos vaqueros oscuros que le quedaban tan bien y la camisa clara, con ese aire tan informal, pero elegante a la vez.

—¿Qué ocurre? —preguntó intranquilo acercándose hacia ella. Le dio un beso de buenos días, ya que la dejó dormida en la cama esa mañana. Se acomodó a su lado y esperó a que se lo contase.

—Ada y Robert —anunció sin atreverse a exponer el problema—. ¿Los recuerdas?

—¿Qué pasa con ellos?

—Te conocen, y saben tu historia. Yo misma se los conté todo para que Robert me ayudase a encontrarte. Después del incendio no aparecías. Ahora estás en Londres, conmigo. ¿Qué va a pasar cuando te vean?

—No va a pasar nada. Robert está conmigo, él le explicará todo a Ada —le hizo saber con la tranquilidad más absoluta.

—¿¡Qué?! ¿Robert sabía que estabas vivo durante todo este tiempo? —preguntó sin poder creerlo. Él la había visto llorar, suplicar por encontrar el lugar donde Jasper estuviese enterrado.

—Me puse en contacto con él a los tres meses de mi supuesta muerte. Necesitaba a alguien dentro de la policía para llevar a cabo mis planes contra Nelson Walsh.

—¿Ada sabe que estás vivo? —preguntó con los ojos muy abiertos y casi fría. No podía creer que sus dos mejores amigos, y los que la vieron al borde del abismo, le hubiesen ocultado que Jasper estaba vivo.

—Ada no sabe nada. Robert y yo decidimos mantenerla al margen de todo, como a ti.

—¿Por qué te está ayudando Robert? —exigió saber.

—Porque creyó en mí después de que le presentase toda la documentación que encontré la noche de la fiesta en casa de mi tío y le mostrase otras cosas.

—¿Y no pensabas decírmelo? —le reprochó.

—A su debido tiempo. Tú tampoco te acordaste de prevenirme que Ada y Robert lo sabían todo de mí —contraatacó con dulzura.

—Lo siento. Son demasiadas cosas desde que apareciste de nuevo. —Kate se vino abajo y respiró hondo. A veces sentía que no podría con todo aquello.

Jasper la estrechó contra su pecho y le dio un beso. No deseaba una discusión con ella, tenía toda la intención de darle la felicidad más grande jamás conocida.

—No te preocupes. Hablaré con Robert para que venga con Ada una noche a cenar y los cuatro nos pondremos al día.

—Gracias por hacerlo todo tan fácil. ¿Hay algo más que deba saber? —preguntó intrigada.

—Sí —contestó rotundo. Consiguió crear el pánico en la cara de Kate, esto le hizo soltar una fuerte carcajada—. Eres mi vida entera. Estás en mis pensamientos a todas horas, nunca lo olvides. —La besó mientras ella sonreía y él rebotaba de felicidad al verla sonreír de nuevo. Era cuanto había anhelado en ese año separado de Kate observándola triste y abatida.

—Yo también te quiero.

Cuando Jasper entró en la habitación encontró a Kate al teléfono, hablaba con su abuela. No conocía a la Marquesa personalmente, pero le caía bien por lo que había oído sobre ella y la misma Kate le contó tiempo atrás.

—Mi abuela quiere conocerte —anunció tras colgar la llamada. Jasper la observaba sentada en la cama, con aquella aura mágica que la envolvía y la hacía la mujer más especial de la tierra. No sabía cómo siempre conseguía acelerarle el corazón y que sintiese ese amor tan grande instalado en el pecho hacia ella.

—Me gustará conocerla. Invítala un día a casa.

—Bueno... creo que mejor la visitamos nosotros. Verás... mi abuela es un poco... conservadora. No sé cómo se tomará esto de que viva de la noche a la mañana con un hombre que acabo de conocer. Hasta hace poco me hacía llorando por la pérdida de mi gran amor.

Cuando sucedió lo de Jasper, Kate solo le dijo que un hombre con el que salía y del que estaba enamorada había muerto en un accidente, la Marquesa no sabía más nada sobre él.

—Con que tu gran amor, ¿eh? —le dijo asaltándola sobre la cama y besándola.

—Sí. Nunca pensé que se pudiese amar como te amo.

—¿Cómo piensas explicarle a tu abuela este nuevo gran amor? —preguntó con humor mientras daba vueltas con ella sobre la cama y la besaba.

—Le diré que te conocí por internet. Hoy día muchas parejas se conocen así, y dado que no salía mucho... Será lo más creíble —aventuró sonriente, le hacía gracia aquella situación con su abuela.

En la garganta de Jasper resonó una gran carcajada que consiguió que Kate terminase riendo como él.

—Eres increíble. Y ahora —Le dio un cachete en el culo—, vístete. Vamos a llegar tarde a nuestra cena.

Habían quedado que saldrían a cenar. Jasper quería llevarla a uno de los mejores restaurantes de Londres, se había encargado de hacer la reserva y decirle a Kate que tenía que arreglarse para la ocasión.

—Dúchate conmigo —lo animó ella, tiró de su mano cuando se puso en pie y él se quedó tumbado en la cama observándola.

—No —manifestó rotundo—. Si voy contigo vas a distraerme y llegaremos tarde. Todo a su debido tiempo.

Kate posó una rodilla sobre la cama, se inclinó y besó a Jasper.

—Me has desilusionado —le hizo saber con un mohín coqueto. Se alejó contoneando las caderas a conciencia mientras Jasper se tumbó en la cama y se llevó las manos a los ojos. No iba a caer en la tentación. Deseaba tener una noche como la que había planeado con ella.

Jasper esperaba a Kate en el salón. Se vistió mientras ella se duchaba y cuando salió no lo encontró en la habitación. Tardó una hora en arreglarse, la cual él la pasó dando paseos por todo el salón, impaciente.

Al escuchar el sonido de los tacones de Kate sobre el mármol del suelo, Jasper se volvió y la

admiró acercarse a él. Era la primera vez que la veía tan arreglada, aparte del día de la fiesta de máscaras. Enfundada en un elegante vestido negro que le cubría por debajo de las rodillas y se ajustaba a sus curvas, lo hizo sentirse el hombre más afortunado sobre la tierra por contar el con el amor de ella. Los ojos azules con los que Kate lo miraba lo hicieron sentir que las rodillas le fallaban, estaba más guapa que nunca.

La mirada de Kate se posó en Jasper, lo recorrió de arriba abajo, estaba espectacular con aquel traje de chaqueta. Parecía un hombre más mayor, de negocios, hasta peligroso, se atrevió a pensar.

Como si fuese de cristal, Jasper la tomó por ambas manos y la admiró, no se atrevió a besarla por miedo a descomponer la belleza que reinaba en todo su rostro. Nunca la había visto tan maquillada, ver sus ojos enmarcados por el perfilador negro y las pestañas rizadas en un negro más intenso hacía que tuviese una mirada más penetrante, un azul más claro en el iris de sus ojos.

—Estás espectacular. Me dejas sin palabras —la admiró sin dejar de repararla al milímetro.

—Gracias. Tú también estás muy guapo. ¿Dónde me vas a llevar? —preguntó intrigada.

—Es una sorpresa. Solo debes de saber que vamos a cenar fuera. Esto es para ti. —Le entregó una rosa roja que tenía sobre el sillón. Ella la tomó entre sus manos y la reconoció. Era de su jardín. Igual a las que recibió semanas atrás en la puerta de su casa y cada mañana cuando salía para ir a trabajar hasta que Jasper apareció de nuevo.

—¿Eras tú? —preguntó asombrada, llevándose la flor a la nariz para absorber su aroma.

—Sí.

—Jasper. —Kate se abrazó a él y lo besó—. Me decía a mí misma que me estaba volviendo loca porque esas rosas llevaban tu olor. Nunca lo olvidé —le confesó.

—No sabes lo que dolía verte desde la distancia y no poder acercarme. El dolor por no abrazarte. —La abrazó recordando todas las veces que lo soñó—, de no besarte —La besó para sentir de nuevo esa sensación de vértigo que le producía cada vez que unían sus labios—, de no levantarme a tu lado cada mañana, de no oír tu voz, ni oler tu perfume... Casi me vuelvo loco.

—Nunca más volverá a ocurrir, mi vida.

—Siempre juntos.

En el restaurante tenían un reservado exclusivo para ellos, disfrutaron de una cena exquisita con un pianista que tocaba solo para los dos a la luz de las velas. Kate se sentía en una nube, no podía imaginarlo todo más perfecto. Pero Jasper lo hizo aún más, como si fuese un mago, sacó un anillo de la copa de champán en la que bebía y se lo colocó a Kate bajo su atenta y sorprendente mirada.

—¿Quieres casarte conmigo y pasar el resto de tus días junto a mí? —le propuso con el amor más intenso reflejado en su mirada gris. En ese momento sus ojos estaban más resplandecientes y claros que nunca. Le brillaban con intensidad.

Kate no se esperaba aquello. Fue la mayor sorpresa de su vida.

—Sí, quiero —contestó de inmediato, con lágrimas rodándole por el rostro. No se esperaba que Jasper le pidiese matrimonio aquella noche.

Con cuidado, y como si fuese a cámara lenta, Kate admiró cómo le colocó el anillo en el dedo correspondiente. Luego la besó y selló su futura unión con la música de fondo. Kate le paseaba las manos por las mejillas mientras lo besaba y sentía que era la mujer más feliz sobre la tierra.

—Te amo, Jasper. Eres lo mejor que me ha ocurrido en la vida.

Como un caballero del siglo XVIII, Jasper se levantó de la silla que ocupaba, le hizo una reverencia, acompañada de su mejor sonrisa, y le tendió la mano invitándola a bailar.

Kate le tomó la mano con sorpresa, sintió el calor de su piel y se unió a él. La música sonaba alta, era un vals y ellos flotaban como en una nube. Ella había aprendido a bailar de pequeña, su madre la obligaba a ir a clases de baile clásico y Jasper le demostró que era bueno en todo lo que hacía. Bailar con él de aquella forma fue algo que jamás se imaginó. Flotaba feliz mientras la guiaba con maestría por el salón.

—Tienes mi palabra de que voy a resarcir con creces cada lágrima y cada día de sufrimiento que tuviste por mí—le susurró en el oído mientras bailaban—. Esto es solo el comienzo.

—Te amo —susurró Kate con emoción.

La velada fue inmejorable. Llegaron a casa entre besos y abrazos. Kate admiraba el anillo de oro blanco que lucía en su mano y se sentía orgullosa de ser la dueña del amor de un hombre como Jasper.

—¿Dónde has aprendido a bailar tan bien? —preguntó colgada del cuello de su futuro marido al entrar en el salón del *loft* y recordar su porte regio, elegante y profesional cuando bailaron—. Dudo que Darrell haya hecho de maestro en vuestros ratos libres. Creo que aprender a bailar no era una prioridad en tus planes —le manifestó con una sonrisa radiante. Aquella noche era la más feliz de su vida.

Jasper soltó una carcajada, le gustaba esa Kate resuelta.

—Era el hijo de unos duques, mi educación debía ser más estricta que la de los niños de mi edad. Recuerdo que en mi casa se daban bailes y fiestas desde que tengo uso de razón. Mi madre se empeñó en que un futuro duque tenía que aprender.

—Creo que nos defendemos bien en el baile gracias a nuestras madres, la mía también me obligó —le reveló—. Hemos aprendido por imposición y aprendimos la lección, no lo haremos con nuestros hijos —bromeó, pero lejos de lograr que Jasper le sonriese, consiguió que su cuerpo se tensase—. ¿No quieres tener hijos? —preguntó con temor. Él no le respondió de inmediato, se quedó pensativo, sin saber bien qué contestar—. En un futuro, me refiero. Soy consciente de que ahora no es el momento.

—Con el tiempo... Cuando todo se aclare. —La abrazó. Kate no pudo ver su cara. Una sombra cubrió su rostro, sus ojos se oscurecieron y un nudo se le hizo en la garganta—. Cuando tengamos hijos me gustaría ser Jasper Walsh de nuevo —murmuró mientras le acariciaba el pelo.

—Un momento... —Kate percibió la tensión que ese tema había causado en él, y, como buena experta, decidió quitarle hierro al asunto—. ¿Quién me ha pedido matrimonio, Sam Mckay o Jasper Walsh? Porque he de confesar que estoy perdidamente enamorada de los dos.

Emocionado y con el corazón latiéndole a mil por hora, Jasper la estrechó más contra su cuerpo. Sabía lo afortunado que era de que ella hubiese aparecido en su vida y lo amase de la forma que lo sentía.

—¿Tengo que ponerme celoso? —preguntó siguiéndole el juego. Había conseguido devolverle el buen humor de esa noche.

—Muy celoso —bromeó—. Haría cualquier cosa que alguno de esos dos hombres me pidiese.

—Lo tendré en cuenta. —Le guiñó un ojo, la tomó de la mano, acarició con los dedos el anillo que hacía apenas una hora había colocado ahí y le reveló—: Esta noche te ha pedido matrimonio mi corazón, da igual con qué nombre.

En un arrebato que Kate no esperaba, la cargó en brazos y fue con ella así hasta la habitación. Estaba decidido a que fuese una noche perfecta entre ambos y ella siempre recordase. Aún faltaba el broche final; amarla y venerarla como se merecía, para que lo reviviese el resto de su vida.

Mientras se sentía la mujer más feliz y querida del mundo, Kate se despertó abrazada al hombre de su vida, deseaba que el resto de los días fuesen así. Paseó la mirada por la que sería su habitación de ahora en adelante. Nunca se imaginó una vida con Jasper llena de lujos, en una casa como la que tenían en esos momentos.

Cuando Jasper abrió los ojos, descubrió a Kate con la mano alzada admirando el anillo que llevaba en el dedo, esto le hizo dar un vuelco el corazón y lo hizo pensar en demasiadas cosas que ella ignoraba y que por ahora no le podía contar. En sus planes solo estaba hacerla muy feliz el tiempo que pudiese, ya que el futuro era incierto y cargado de obstáculos en el camino. Tenía planeado casi al milímetro cómo saltar cada uno de ellos, pero era muy consciente de que algo podía salir mal.

—Buenos días, ¿eres una niña con un juguete nuevo? —bromeó al verla con una sonrisa en los labios.

—Sí. —Se revolvió en sus brazos y le dio un beso de buenos días—. Estoy feliz. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Cómo será nuestra vida a partir de hoy? ¿Qué vas a hacer con la librería? Yo tengo que trabajar en algo.

—¿No son demasiadas preguntas para un lunes por la mañana? —se quejó besándole el cuello y aspirando su aroma—. Vamos a desayunar y te contesto a todo.

Salieron de la cama, no se molestaron en vestirse, se colocaron unas batas y fueron a la cocina a hacer el desayuno.

—Me gusta esto... Tú y yo aquí en la cocina, con ropa de estar por casa, despeinados... —Jasper hacía tiempo que no se cortaba el pelo, no lo tenía tan largo como cuando Kate lo conoció, pero sí le hacía falta un buen recorte. Pero a él parecía no importarle.

—Sí, todo contigo es maravillo.

Kate soltó el tazón de leche que se acababa de beber y lo miró a la espera de las respuestas que le debía.

—¿Te apetece si salimos a pasear? —le propuso. Solo quería disfrutar de ella y su amor. Las conversaciones se volvían profundas y desencadenaban demasiadas preguntas que no deseaba responder, y tampoco quería mentirle demasiado.

—¿Pasear? ¿Tú no trabajas? —preguntó asombrada—. ¿Cómo mantienes todo esto? —Alzó una mano y señaló el lujo que los rodeaba.

—Inversiones, buenas jugadas... Ya lo sabes. Tengo un buen equipo financiero con estudios específicos que velan por mi dinero.

—Ya veo...

—Puedo permitirme no llevar una jornada laboral marcada por un horario.

—¿Y pretendes que yo no haga nada? ¿Que esté todo el día en casa?

—Puedes hacer lo que desees, pero te pediría que hasta pasado un tiempo, cuando las amenazas de mi tío pasen, estés a mi lado. Sé que te pido demasiado, pero es por tu seguridad. No necesitas trabajar.

—Ah, ¿no? ¿Voy a ser una mantenida?

—Tengo mucho dinero, y eres mi futura mujer. Todo lo mío es tuyo. Usa mi dinero para

hacer lo que quieras, cualquier proyecto que siempre desearas, te mantendrá ocupada y yo seré feliz de verte realizada.

—¿Vas a cerrar la librería? —preguntó con pena.

—No, es tuya. Emplea a alguien y llévala desde la distancia como deseas.

—¿Mía?

—Sí, ayer di la orden de que la pusiesen a tu nombre. Ya debe de estar hecho el trámite.

Una inmensa alegría inundó el pecho de Kate.

—¿Y por qué has hecho algo así? —preguntó mientras se levantaba, se sentó en sus rodillas y entrelazó las manos en su cuello a la espera de una respuesta.

—Porque lo eres todo para mí y sé lo importante que es esa librería para ti.

—Te amo. —Lo besó hasta que fueron interrumpidos por un carraspeo.

—Perdón, señor —resonó la voz de Darrell.

Kate lo miró, vestido de negro riguroso, con un traje de chaqueta. No abandonó los brazos de Jasper ni él permitió que lo hiciese.

—Darrell, delante de Kate no me llames señor —lo reprendió—. Con ella puedes olvidarte de los formalismos que usas delante de los demás.

Darrell asintió, agradeció el gesto.

—Buenos días, señorita —saludó a Kate.

—No me llames señorita. Kate está bien.

—Pronto la tendrás que llamar señora —anunció Jasper, alzó la mano de ella y le mostró el anillo.

Darrell no se esperaba aquello, por lo general sabía todos los planes de Jasper, y hasta ahora nunca había hablado de casarse con Kate.

—Enhorabuena, a los dos —pronunció tras aclararse la garganta. Las palabras se le habían quedado atascadas.

—Darrell, encárgate de alquilar un barco. Me apetece dar un paseo con Kate por el Támesis.

Un asombrado Darrell asintió, se dio media vuelta y se marchó. Los lunes por la mañana solían ser uno de los días más intensos de la semana, donde Jasper daba órdenes sin descanso. Al encontrarlo tan despreocupado sintió que las cosas no iban bien. Jasper no lo había puesto al tanto de novedades, pero su instinto le decía que le ocultaba algo y esto le preocupó.

El tiempo acompañó para pasear en barco por el río. Jasper no deseó hacerlo en uno público con más pasajeros, era más seguro uno privado en el que solo fuesen ellos dos y los escoltas que tenía contratados. Ahora que Kate estaba a su lado, había reforzado la seguridad.

Como una adolescente en sus primeras citas, Kate disfrutó de la salida. Cada minuto descubría más a Jasper y eso la tenía encandilada. Lo admiraba en todas sus facetas, cada paso, cada gesto, cada palabra, su voz... La elegancia innata con la que se desenvolvía lo hacía un ser especial. Se dio cuenta que aunque se esforzaba por aparentar entereza y sabiduría, en ocasiones volvía a ser su niño-hombre, donde una determinada situación lo descolocaba por completo, pero su capacidad de reacción era asombrosa.

Después del paseo en barco fueron a Candem, a Kate le apetecía pasear por ahí y no había nada en el mundo que Jasper no estuviese dispuesto a darle.

De vuelta a casa, en la parte trasera del coche que los llevaba, Darrell iba al volante, tanto Kate como Jasper estaban agotados del día que habían pasado, ella observó que él lo estaba más y esto la alarmó.

—¿Te encuentras bien? —preguntó tomándolo de la mano, este gesto hizo que abriese los

ojos y los fijase en ella.

—Sí, solo me duele la cabeza. Creo que no estoy acostumbrado a tanto sol.

Disfrutaron de un día espléndido.

—Cuando lleguemos a casa preparo un baño en el *jacuzzi* y te doy un masaje, seguro que se te pasa.

—Suena de maravilla. Ven —Tiró del brazo de ella y la acercó—, dame un beso que seguro comienzo a reponerme.

Kate lo besó mientras Darrell observaba a la pareja por el espejo retrovisor. No le cabía la menor duda de que a Jasper le ocurría algo. No le dolía la cabeza por el ajetreado día, algo importante lo atormentaba, y lo que más le preocupaba era que debía de ser tan grave que ni siquiera lo compartía con él.

Cuando llegaron a casa, Jasper se disculpó un momento con Kate, le dijo que tenía que ir al despacho para coger algo de dinero de la caja fuerte para Darrell. Ella lo esperó dentro del *jacuzzi*, desnuda. Cuando Jasper apareció el agua casi se había enfriado.

—Has tardado demasiado, ¿algún problema?

—No. Solo que he tenido que devolver algunas llamadas al pasar todo el día fuera —le mintió.

—Ven, entra conmigo —lo animó Kate al verlo sin ganas de ello.

—Creo que prefiero una ducha rápida.

—No, señor Walsh. Yo me ocupo de usted. Voy a hacer que ese dolor de cabeza desaparezca. —Se levantó, él fijó la vista en la espuma que se deslizaba por su cuerpo desnudo, se acercó a él y comenzó a desvestirlo. Jasper se dejó. Sentía que el cuerpo le pesaba como cuando le daban los calmantes en Morrison—. Relájate y confía en mí.

Con manos expertas Kate le masajeó las sienes, lo tomó de la mano y lo metió en el agua, se sentó a su lado y lo observó colocar la cabeza, como si le pesara, sobre la toalla en la que lo hizo ella antes.

—Cierra los ojos y olvídate de todo —le susurró ella en el oído.

Con manos expertas le dio un masaje en la cabeza y luego en los hombros, sintió que la tensión que se apoderaba del cuerpo de Jasper lo abandonaba. Lo enjabonó con mimo y lo besó. Él le correspondió al beso con entusiasmo, Kate había conseguido que ese insistente dolor desapareciese.

—Tienes manos de santo —murmuró contra sus labios.

—Tengo la intención de hacer mucho más, si no estás muy agotado —le reveló con una sonrisa pícaro.

—Por favor, continúa —la animó. Se sentía renovado.

Con actitud desenvuelta, Kate tomó las riendas, se sentó a horcajadas sobre él, lo besó y lo acarició haciendo que cada fibra de Jasper se despertase por completo.

Kate lo devolvía a la vida, le daba energías y se olvidaba de todo. Sus besos y su cuerpo eran la mejor medicina. Le hizo el amor con verdadera pasión y luego terminaron en la cama. En esa inmensa y cómoda cama que tanto le gustaba compartir con ella.

Algo preocupada, Kate apareció en el despacho de Jasper a la mañana siguiente. Él había abandonado la cama al alba y no desayunó con ella. Casi a mediodía, se atrevió a interrumpirlo, ya estaba cansada de dar vueltas por toda la casa y ordenar ropa que estaba más que ordenada.

—¿Estás muy ocupado? Llevas metido aquí muchas horas. —Lo encontró tras la mesa con dos ordenadores portátiles encendidos.

—Pasa —le dijo, retiró un poco la silla, le tendió la mano y esperó a que ella llegase hasta él. Kate le tomó la mano, le dio un beso y le acarició la cabeza. Jasper no se levantó para recibirla.

—Te noto cansado —apreció mientras repasaba con delicadeza, con los dedos, unas leves ojeras más que visibles.

—Llevo muchas horas aquí metido.

—He decidido venir en tu rescate. ¿Te apetece dar un paseo? Hoy no llueve, fuera hay algunos rayos de sol.

—Bien, dame cinco minutos y estoy contigo.

Kate le dio otro beso y se paseó por la estancia mientras él cerraba ambos ordenadores. Verlo teclear en ellos y cómo los manejaba la sorprendió. Recordó que hacía un año no sabía ni abrirlo. La capacidad de aprendizaje de Jasper era asombrosa. En un solo año aprendió y se hizo con un mundo desconocido y complejo.

—Cada día me asombra más todo lo que has aprendido en este tiempo y cómo te manejas con todo. —Él ya estaba a su lado y la tomó de la mano para abandonar el despacho.

—Mi padre siempre me decía que era muy inteligente, que podría hacer en la vida todo lo que me propusiese. Esas palabras siempre las tuve muy presentes en Morrison y ahora.

—No sé si te quiero más que te admiro o viceversa —le dijo Kate con un beso.

Jasper la abrazó y deseó estar así con ella por mucho tiempo. Que nunca dejase de sentir esa admiración y ese amor por él.

—Mi abuela me ha pedido de nuevo que vayamos a verla. Quiere conocer al hombre que me tiene así de contenta —le reveló a Jasper.

—Pues tendremos que ir a conocer a la señora Marquesa —comentó animado.

Pasaron aquella tarde en casa de la abuela de Kate, Jasper se enamoró de la anciana en el mismo momento en que la vio. Era muy parecida a Kate, rebosaba amabilidad y dulzura por todos lados. Había hecho un bizcocho con el que consiguió ganarse a Jasper para siempre, tanto así que se llevó lo que sobró de la merienda.

Kate estaba feliz de ver lo bien que Jasper y su abuela habían encajado.

—Querida, dentro de dos semanas es la fiesta de Richmond —anunció Meghan. Era casi el único acontecimiento al que asistía al año.

La familia de Kate daba una fiesta todos los años, era una tradición que impuso el difunto Marqués y ni su viuda ni su hijo dejaron de hacer con el tiempo.

—Abuela, hace dos años que no asisto. Nadie me echará en falta.

—Creo que ya es hora de recordarle a la sociedad que sigues viva y eres muy feliz, no la desgraciada que todos creen. —Si algo caracterizaba a la Marquesa era su sinceridad—. Por otro lado, pienso que sería muy beneficioso para tu novio que lo conociese nuestro círculo de amigos.

Jasper se presentó a la abuela de Kate como Sam y le dijo que después de hacer su fortuna en América decidió asentarse en Reino Unido.

—Lo pensaremos —terció Jasper. Tenía que pensar bien el beneficio de acudir a esa fiesta. Nunca sabía dónde podría obtener más información y armas contra Nelson Walsh.

Para acabar el día completo, cuando salieron de casa de la Marquesa, Jasper llevó a cenar a Kate con Ada y Robert. La pareja los esperaba en el *loft*, no era conveniente que la primera vez que se veían lo hiciesen en un lugar público. Para Kate fue toda una sorpresa encontrarlos allí. Robert ya había puesto a Ada al tanto de todo.

Kate comprobó durante la velada que Jasper y Robert se habían hecho muy amigos, no solo

los unía una labor profesional, los gestos de complicidad entre ambos los delataban.

Ada se mostró feliz por su amiga. Kate se merecía a alguien como Jasper, pero al mismo tiempo presagió que le quedaba mucho por pasar. No tenían un camino de rosas, precisamente, por delante.

En su empeño por resarcir a Kate del duro año que había pasado al creerlo muerto, Jasper le propuso un plan que deseaba realizar desde hacía tiempo. Tenía la esperanza de que le resultase tan atractivo como a él. Aún había cosas y gustos de Kate que desconocía.

Acurrucados en la cama, bajo una fuerte tormenta que se libraba fuera, Jasper le propuso:

—¿Te gustaría ir mañana a montar a caballo si el tiempo lo permite?

Una somnolienta Kate se revolvió en sus brazos para mirarlo bien a los ojos.

—¿También has aprendido a montar en este año? —preguntó asombrada.

—No. Ya montaba de pequeño, se me daba muy bien. Era algo con lo que soñaba en Morrison, cabalgar con libertad a través de los campos como hacía con mi padre y mi madre detrás, echándome la bronca por ir demasiado deprisa. ¿Tú sabes montar?

—Sí, me obligaron a aprender. Pero no me gustan demasiado los caballos.

—No te preocupes, conmigo estás a salvo. —La abrazó más fuerte y le besó el cuello con mimo.

—Hace muchos años que no montas un caballo, ¿crees que lo recordarás? —preguntó preocupada.

—Eso nunca se olvida. Es como ir en bicicleta.

—¿También has montado en bicicleta? —preguntó a modo de broma.

—Bueno, eso fue más sencillo de realizar en este año. —Volvió a enterrar la nariz en su cuello y aspirar su aroma. Era el único momento que tenía de paz en el día, cuando la tenía así, entre sus brazos.

—¿Dónde piensas llevarme a montar? Asegúrate de que me den un caballo muy manso. Hace años que no cojo las riendas de uno.

—Conmigo siempre estarás segura. No permitiría que nada te sucediese.

—Lo sé.

De repente, un gran trueno resonó, sobresaltó a Kate y a Jasper a la misma vez.

—No me gustan las noches de tormenta —confesó él.

—Vaya, algo que le asusta al invencible Jasper Walsh. —Kate lo acunó contra su pecho y lo abrazó. Sintió cómo él se aferraba a su cintura y notó, con media sonrisa en los labios, que su niño-hombre había vuelto a hacer aparición.

La mañana siguiente se presentó despejada, sin rastro de lluvia. Jasper aprovechó y llevó a Kate a cabalgar.

—¿Dónde vamos? —preguntó intrigada cuando entraron en el coche que él mismo conducía.

—Es una sorpresa. Confía en mí.

Jasper la llevó a una propiedad que parecía privada, estaba en Totteridge, un lugar muy cercano a las tierras donde se crio, campo abierto para sentirse libre. Algún día, recuperaría la casa de su familia, cuando acabase con su tío y le devolviesen lo que le pertenecía, el título y todo lo que era de su padre.

—¿Te gusta? —preguntó Jasper al ver que Kate admiraba el lugar.

—Es precioso.

—Es mía desde hace unos días —dijo como si nada.

—¿Cómo?! ¿Has... has comprado esto? —Hizo un gesto con la mano.

—Sí, la casa y todas las tierras que abarcan tus ojos. Tiene un establo con caballos.

—Es precioso, Jasper. Debe de costar una fortuna.

—No tanto, su dueño es un jugador empedernido. Se lo apostó y gané.

—¿Apostó esto? —Kate no daba crédito.

—Juego fuerte, con personas que tienen muchísimo dinero.

—No sé qué decir... —Estaba sin palabras.

—Ven. —La tomó de la mano con fuerza—. Vamos a ver los establos.

Allí encontraron cuatro caballos con personal que se encargaba de ellos. Nada más verlos llegar, mientras Jasper recorrió los alrededores con Kate, ensillaron dos caballos, uno blanco y otro negro zaino.

—Son preciosos. ¿También los ganaste?

—En otra partida, no con esta propiedad.

El asombro apareció de nuevo en el rostro de Kate.

—Recuérdame que nunca apueste nada en contra de ti —le dijo sonriente, a modo de broma.

—Tengo de ti todo lo que puedo desear, tu amor. No hay nada más que me interese arrebatarte. —La estrechó con ímpetu contra sus brazos y la besó sin importarle hacerlo en presencia de dos trabajadores que incómodos por el momento, giraron la cabeza hacia otro lado.

—Te ayudo a montar, luego te enseñaré la casa por dentro. —Tomó la mano que le tendía Jasper y montó con cierto recelo el caballo negro—. No te preocupes, no es muy brioso.

—No te alejes de mí —le pidió con cara de susto.

Jasper montó como si lo hiciese a diario. Kate lo observó y se le llenó el corazón de orgullo. Por fin vivía en la libertad que se merecía.

Cabalgaron a paso lento, hicieron un recorrido por la propiedad y admiraron las preciosas vistas.

—¿Una carrera? —propuso Jasper con la ilusión reflejada en el rostro. Siempre le gustó cabalgar a gran velocidad.

—Bueno, pero no apuesto nada. —Deseó complacerlo en hacer la carrera pese a que se moría de miedo cuando cabalgaba a un ritmo más acelerado del simple trote.

—Nos vemos en los establos, que gane el mejor —dijo Jasper con una sonrisa. Se notaba que disfrutaba. A Kate solo le dio tiempo de asentir—. Te doy unos pasos de ventaja, que luego no se diga que hice trampas.

Ella aceptó, salió antes que Jasper, pero él no tardó ni medio minuto en adelantarla. Cuando pasó por su lado, le hizo un gesto con la mano, lanzó un grito de victoria y le sacó una ventaja considerable. El camino era recto y ancho, Kate no lo perdía de vista en su visión cada vez más lejana de Jasper.

De repente, cuando él estaba muy cerca de los establos, vio cómo, sin explicación alguna, salía despedido del caballo y caía al suelo. Con el corazón desbocado, impuso el ritmo a su caballo y lo apremió para ir más deprisa, para llegar hasta Jasper. Cuando se bajó, ya dos trabajadores que estaban a la espera de cogerle las riendas lo ayudaban.

—¡No lo mováis! —les advirtió Kate con un grito, arrodillándose al lado. Estaba desvanecido en el suelo e inconsciente.

Comprobó que le latía el corazón. Lo vio entreabrir los ojos, medio aturdido por el golpe y le revisó la cabeza. No tenía sangre ni ninguna herida grave aparente.

—¿Está bien, señor? ¿Llamamos a una ambulancia? —preguntaron los mozos, preocupados.

Jasper intentó incorporarse con dificultad, pero Kate le indicó que no se moviese.

—Soy médico —informó a los dos trabajadores—. ¿Te encuentras bien, Jasper? ¿Qué te duele? —preguntó con preocupación sin dejar de palparlo, en busca de algo roto.

—Cuando cayó al suelo el caballo casi estaba parado —dijo uno de los hombres, asustado.

—¿Pueden ayudarme a llevarlo dentro? —les pidió Kate, preocupada.

Entre los tres lo llevaron al salón de la casa y lo tumbaron en el sofá. Kate pidió agua para refrescarlo.

—Será mejor que te lleve a un hospital, no tienes nada roto ni sangre en la cabeza, pero te la golpeaste y puede haber algún daño interno.

—Estoy bien —dijo Jasper al incorporarse. Estaba algo aturdido, la miraba con los ojos entrecerrados.

—La médica soy yo —lo reprendió seria y severa.

—¿Eres médico? —preguntó confundido, pasándose las manos por la cabeza y los ojos.

—Sí. Sabes quién soy, ¿verdad? —preguntó preocupada.

—Una ladrona —afirmó convencido de ello, muy serio y con la mirada fija en Kate.

—¿Qué? —Lo miró con los ojos muy abiertos, fuera de sí—. ¿No me recuerdas? Por Dios, ¿has perdido la memoria? —Se llevó la mano al pecho y ahogó un grito al ver que Jasper la miraba confuso.

—Eres una ladrona que me robó el corazón, pese a odiar con toda mi alma a todos los loqueros de Morrison desde que entré allí. —Tras escuchar aquello Kate se relajó y le sonrió, al mismo tiempo que le daba un manotazo en el brazo en señal de reprenderlo por el mal momento que la había hecho pasar.

Jasper se acercó y la besó.

—Estoy bien. No te preocupes. Fue una caída sin importancia.

—¿Qué te pasó? —preguntó observándolo al detalle, parecía cansado.

—El caballo me tiró, ya ves, no soy tan buen jinete como te dije —se excusó.

—Será mejor que vayamos a un hospital. Te has dado un golpe en la cabeza.

—Estoy bien. —Le acarició la mejilla y la volvió a besar para contentarla, que Kate tuviese esa expresión de preocupación en el rostro no le gustaba.

—Que lo digan unas pruebas, y un médico —le rebatió ella enérgica.

—No voy a volver a pisar un hospital ni nada que se le parezca en la vida. Ya ves que estoy bien. Sigo cuerdo y consciente —bromeó—. Y por favor, no me recuerdes que eres médico, me entra pavor.

Se levantó del sofá, dio unos pasos y se tocó la cabeza. Kate no dejó de observarlo.

—¿Quieres que nos quedemos aquí?

—No. Vámonos a casa. —Fue hasta ella, la abrazó y respiró hondo, con la mirada perdida en el paisaje que se divisaba detrás de los cristales—. Te pido perdón por el susto que te di.

—Perdonado. —Le dio un beso y se encaminaron a la salida—. Dame las llaves del coche, conduzco yo —le ordenó sin dejarle opción a réplica. Se sacó las llaves del bolsillo del pantalón y se las extendió.

—No me llesves a un hospital —le advirtió una vez dentro del coche—. No podría soportarlo —le rogó con miedo.

Kate supo que ahí estaba de nuevo su niño-hombre, con sus miedos del pasado. Una parte de ella siempre creía que no los superaría del todo. Aunque en más de una ocasión trató de ponerse en la piel de Jasper y lo que pasó en esos años de encierro en Morrison, nunca llegaría a comprender y sentir del todo lo que tuvo que pasar allí metido.

Una vez en casa, Kate llevó a Jasper hasta el baño y se ducharon juntos, luego le indicó que se recostase en la cama.

—Vuelvo en un momento. Voy a preparar algo de cenar y te lo traigo a la cama. No te quedes dormido —le advirtió con cierto tono mandón que le sacó una sonrisa a Jasper—. Después de un golpe en la cabeza no es recomendable. A ver qué me invento para mantenerte en vela durante la noche.

Antes de que se alejase, tiró de su mano, ella aterrizó en su regazo, y él la besó dejándola sin aliento.

—Si no se te ocurre nada puedo darte unas cuantas de ideas.

—Ya veo que estás mucho mejor.

—Tú me das vida.

—Ahora vuelvo.

Se despidió con un beso y se marchó a la cocina.

Mientras preparaba la bandeja para llevar la comida a Jasper, Darrell apareció algo preocupado. Se acababa de enterar del incidente con el caballo.

—¿Qué ha pasado? ¿El caballo lo tiró? —preguntó preocupado, no se lo creía.

—Sí.

—¿Tú lo viste? —insistió con el ceño fruncido y serio.

—No muy bien, me llevaba mucha ventaja.

—Conozco a Jasper, sé que nunca lo tiraría un caballo. Lo he visto montar desde los tres años.

—Darrell, Jasper pasó muchos años encerrado entre cuatro paredes, es normal que haya perdido habilidades. No montaba desde que era niño —trató de justificarlo.

—Está bien, ¿verdad? Me han dicho que lleva horas aquí en casa.

—Sí, tranquilo. Yo cuidaré de él. Mañana le dolerá todo el cuerpo a causa de la caída y tendrá algunos moratones, pero no tiene nada roto.

—Bien. Me alegro de que todo esté bien. —Suspiró tranquilo—. Mañana me paso a verlo. Buenas noches, señorita.

—Buenas noches, Darrell.

—Cualquier cosa, por favor, no dude en llamarme. Estaré en mi habitación.

—Gracias.

Cuando Kate llegó a la habitación encontró a Jasper con el móvil, lo reprendió con la mirada y lo soltó de inmediato.

—Nada de trabajo. Estás convaleciente —le regañó.

—Era para no dormirme.

—Ya. Eres muy listo.

—¿Qué has hecho de cenar? Huele de maravilla.

—Algo ligero, sopa y huevos revueltos.

Colocó la bandeja en la cama y se sentó frente a él.

—Estás guapísima. —La admiró perdido en ella—. Así sin maquillaje, despeinada. Gracias por cuidarme siempre.

—De nada. Lo haré el resto de mi vida, futuro esposo —bromeó.

Después de la cena, Kate le dio un analgésico. Le dolía un poco la cabeza, ella lo vio normal debido al golpe. Él se recostó de nuevo y lo observó con los ojos cerrados. Apartó la bandeja de la cama y se sentó a su lado. Le tocó la cara con suavidad y lo miró con atención.

—¿Cómo estás? Me preocupa que no hayamos ido a un hospital. Si te pasa algo...

—Estoy bien, ven aquí que te demuestre todo lo vivo que me siento.

La tomó entre sus brazos, la acunó y la besó. Comenzó a desnudarla y Kate no lo paró, deseaba aquello tanto como él. Necesitaba sentirlo dentro de ella y saber que eran uno para siempre. Aquel día pasó demasiado miedo al pensar que podía haberlo perdido como consecuencia de la caída.

Era de madrugada y estaban desnudos, abrazados en la cama bajo las mantas, Kate no lo dejó cerrar los ojos. Después de hacer el amor lo distrajo con preguntas sobre su niñez, deseaba conocer más de su época feliz, de sus padres y su entorno. Ella también le contó vivencias y travesuras de pequeña.

—¿Con qué soñabas de pequeña? —preguntó Jasper. Tenía toda la intención de brindarle todo y hacerla muy feliz.

—Contigo —murmuró somnolienta—. Siempre deseé vivir un amor como el nuestro. Que mirase a un hombre y en sus ojos pudiese leer cuánto me ama. Saber que soy su principio y su fin, que por mí lo haría todo.

—Yo sin ti no sería nada. Te debo mi libertad, mi vida y esta felicidad que me proporcionas. Gracias por aparecer en mi vida.

—Te amo, eres mi mundo entero —confesó Kate.

Jasper la besó y le demostró que la amaba con locura. Kate no necesitaba esas palabras que se resistía a pronunciar.

Al día siguiente, bajo las protestas de Kate, Jasper se incorporó a sus quehaceres diarios. Se metió en su despacho durante horas y luego se excusó con varios temas por resolver y estuvo tres horas fuera. Cuando regresó, venía serio y cansado. Kate lo esperaba en el sofá del salón, envuelta en una manta mientras leía con Max a su lado.

—¿Algún problema con tu tío? —preguntó cuando notó que le dio un breve beso, demasiado seco, y se alejó. Fijó la vista en las luces que iluminaban la noche y que se divisaban por la ventana, metió las manos en los bolsillos del pantalón y se quedó callado unos segundos antes de contestar.

—No. Con él todo va sobre lo planeado —le dijo sin cambiar su postura anterior.

—Te noto raro, algo pasa que no me dices para no preocuparme.

Lo abrazó por detrás, pegó su cara a su espalda y llevó las manos a su pecho. Deseaba que confiase en ella, que le contase qué lo atormentaba.

—La fiesta de tu abuela es dentro de dos días. Estoy nervioso. Allí me encontraré con mi tío y con muchas personas.

—Yo estaré a tu lado en todo momento —murmuró a modo de tranquilizarlo mientras paseaba sus manos por el firme abdomen—. Y si finalmente decides no asistir, no vamos.

—Iremos. Necesito que mi tío vea con sus propios ojos en lo que me he convertido. Me saludará mucha gente que ni se imagina.

—¿Dónde has estado esta tarde? —preguntó con miedo. Una parte de ella no quería saberlo. Sabía que Jasper jugaba con fuego para destruir a su tío.

—En una partida de póker muy importante —le mintió.

—Has ganado —aseguró mientras pensaba qué habría perdido su contrincante.

—No, hoy he perdido —confesó derrotado.

Kate lo abrazó, sintió que su niño-hombre apareció de nuevo, y lo consoló como una madre cuando su hijo está decepcionado por algo.

—La próxima la ganarás —aseguró mientras le acariciaba el pelo con la vista fija en su nuca. Algo le decía que esta vez no perdió a conciencia, pero prefirió no preguntar.

—Eso espero. Confío en mi suerte.

Darrell llevó a Kate, junto con su amiga Ada, a Harrod's. Pasarían la tarde de compras, les faltaban algunos detalles para la fiesta del día siguiente. Ada, como mejor amiga de Kate, y de su familia, siempre recibía una invitación para asistir a la fiesta organizada por los Richmond.

Nada más volver a casa, Darrell se dirigió al despacho de Jasper. Era la ocasión que necesitaba para hablar a solas con él sin Kate cerca, ya que esta lo llamaría de nuevo cuando terminase las compras con su amiga. Contaba con unas horas.

Con un sonoro portazo, abrió sin llamar, se coló dentro. Logró sobresaltar a Jasper, que lo miró con los ojos muy abiertos.

—Joder, ¿qué pasa? ¿Por qué entras así? —preguntó de malas formas, poniéndose en pie.

Jasper lo conocía bien y sabía que Darrell venía muy cabreado. Ni siquiera se le ocurrió pensar en que a Kate le hubiese pasado algo.

—¿Qué... qué pasa? —bramó Darrell, fue directo hacia él, con los dientes y los puños apretados—. ¡Dímelo tú! —vociferó. La decepción era patente en el rostro del hombre—. He

confiado en ti durante todo este año, he pensado que me lo contabas todo, pero no ha sido así —afirmó.

—¿A qué te refieres? —preguntó incrédulo.

—Tú sabrás —le escupió las palabras con la decepción pintada en la cara—. ¿Tantas cosas me ocultas que no sabes a qué me refiero? —preguntó mientras lo taladraba con una mirada tan intensa y vidriosa que consiguió poner nervioso a Jasper. Le recordó a su padre cuando hacía alguna travesura.

—¿De qué me acusas? —preguntó dándole la espalda mientras se paseaba por el despacho.

—Te he tratado como a un hijo, y me pagas así —se quejó, dolido—. ¿Pensabas que no lo iba a descubrir nunca? —le gritó. Jasper agachó la cabeza, metió las manos en los bolsillos del pantalón y aguantó el chaparrón. Por la mirada de Darrell supo que lo había descubierto.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó en un leve susurro apenas audible, sin mirarlo a la cara. No se atrevía.

—Me resultó muy raro que un caballo te tirase. Al Jasper que yo conocí de niño no lo tiraría ningún semental desbocado. Quizás a Kate la puedas engañar en ese aspecto, pero a mí no. Te conozco como si fuese tu padre, joder —maldijo muy cabreado, escupiendo las palabras de nuevo—. Has hecho que me sienta la peor persona del mundo por no haberme dado cuenta —le reprochó.

—¿Qué sabes exactamente? —preguntó con pasmosa tranquilidad.

—Todo —respondió con orgullo—. Te he seguido durante días, esta mañana te vi entrar en los laboratorios. Cuando saliste, ofrecí una gran suma de dinero y me dijeron lo que necesitaba. Cuidado, Jasper. Hoy he sido yo, mañana será tu mayor enemigo —lo advirtió desafiándolo.

—Ahora ya lo sabes —lamentó.

—Por lo que veo, nunca me lo hubieras contado, ¿verdad?

—No.

—¿Qué piensas hacer?

—Quizá ya sea hora de que todo termine y descanse.

—Hay que poner en marcha el plan B —sentenció Darrell, seguro de ello.

—Si tú lo dices... —dijo no muy convencido. Darrell lo notó.

—Lo harás —aseguró—. No tienes otra opción.

—Sí la tengo, sabes que sí. Y entonces todo este calvario habrá terminado de una vez, para todos.

Darrell lo conocía bien y temió que tomase un atajo en todo ese asunto, y no lo iba a permitir.

—Si no pasas a un plan B se lo contaré a Kate —lo amenazó tajante.

Jasper lo miró con rencor, sin creer que lo pusiese en aquella situación.

—Eres un hijo de puta —le espetó de frente. Nunca le había hablado así, pero estaba dolido, y el hecho de que involucrase a Kate lo sacó de sus casillas.

—Sí, un hijo de puta que solo quiere tu felicidad.

—Está bien —resopló resignado, sin salida.

—A partir de hoy, en este asunto, estoy contigo —dejó claro Darrell.

—Creo que no me queda otro remedio. —Se dio por vencido. Sabía que era inútil batallar con él.

—Ven aquí. —Darrell lo abrazó, emocionado. Jasper se aferró a él y controló las lágrimas que estuvieron a punto de brotarle—. Lo vamos a conseguir.

—Si algo sale mal, júrame que siempre cuidarás de ella.

—Te lo juro, muchacho. Vamos a salir de esta.

Kate estaba nerviosa, hacía un año que no veía a su familia. Con excepción de la Marquesa, con los demás solo tenía contacto por teléfono y en contadas ocasiones. Volver a su casa y enfrentarse a una recepción con personas superficiales a las que no les agradaba ver la alteraba. Si iba a esa fiesta era porque Jasper se lo había pedido expresamente, era necesario para sus planes. Pensar que Nelson Walsh estaría ahí, la hacía sentir impotente. Odiaba a ese hombre con todo su ser, volver a ver su sonrisa cínica y cómo se pavoneaba haciéndose el interesante la ponía enferma. Tendría que hacer una gran labor de contención para no gritar a los cuatro vientos que era un asesino y tuvo a su sobrino encerrado durante años.

Para aquella ocasión, Kate escogió un vestido verde-turquesa, le iba de maravilla con su piel clara y el pelo rubio, que decidió llevarlo recogido, era una cena de gala; por lo que el vestido lo escogió largo, con volumen en la falda y un poco de cola. Cuando se admiró en el espejo pensó que le recordaba a la Kate de hacía algunos años. Habría podido utilizar algunos de los vestidos que tenía en casa de su abuela y que solo usó en contadas ocasiones, pero su vida ahora era otra y necesitaba ser ella misma.

Jasper no escogió el esmoquin para sorpresa de Kate, llevó un traje de chaqueta azul oscuro, con un chalequillo en gris perla y la corbata en azul cielo. Estaba arrebatador. El gris de sus ojos ese día era especial.

—Estás muy guapo —lo admiró Kate mientras lo ayudaba con el nudo de la corbata en el vestidor.

—Tú estás preciosa. Ese vestido te sienta de maravilla.

—Gracias. Tengo algo para ti. Lo compré ayer. —Abrió un cajón y sacó una caja negra, pequeña, del tamaño de la palma de la mano—. Ábrelo —lo instó con una sonrisa mientras esperaba a que lo hiciera.

Eran unos gemelos cuadrados de oro blanco con un círculo en el medio, y este tenía una media luna gris y la otra azul.

—Son del color de nuestros ojos —le explicó Kate cuando las manos de Jasper los examinaban—. Tienen una inscripción detrás.

Él les dio la vuelta de inmediato y la descubrió con una sonrisa; *Te amo, J&K*, estaba inscrito.

—Son preciosos. Me encantan. Gracias. —La besó, se demoró en ello y luego le extendió las manos para que se los colocase.

—¿Nervioso por lo de esta noche? —preguntó con miedo. Había notado que le temblaban las manos al ponerle los gemelos.

—Todo saldrá bien —trató de convencerse y de convencerla a ella.

—Cuando necesites salir de allí solo tendrás que decírmelo. No me apartaré de tu lado en toda la noche.

—Gracias, mi vida. —Le dio un beso en la frente y salieron hacia el salón. Iban con un poco de retraso.

Aquella noche, Darrell hizo de chófer. Los llevó hasta la propiedad de los padres de Kate. Cuando Jasper divisó la casa se asombró, nunca pensó que fuese tan grande.

—Mi abuela se la dejó a mi padre cuando se casó. Ella se mudó a otra propiedad más pequeña, pero sigue siendo de mi abuela. En parte, creo que esa es una de las razones por la cual vuelvo a poner un pie aquí. No vengo a casa de mis padres y mis hermanos, sino a la casa de mis abuelos.

—Me entristece que no te lleves bien con ellos.

—Son de otra pasta. Viven de las apariencias y la falsedad. Yo no era así, ese es el motivo por el que estoy alejada de todos, menos de mi abuela.

—Es una gran mujer.

—Sí, lo es —dijo admirando el exterior, lleno de luces y personas que paseaban hasta la entrada a las carpas del jardín, donde sería la fiesta. Luego, posó una mano sobre el muslo de Jasper e hizo presión en él—. ¿Preparado?

Él asintió y le extendió la mano. Darrell les abrió la puerta, cruzó una mirada cómplice con Jasper y la pareja se alejó tomada del brazo.

Nada más pisar la carpa Kate se encontró con sus padres y su abuela, estaban colocados en un lugar estratégico para saludar a todos los invitados. Minerva y Alan saludaron a su hija con un efusivo abrazo mientras Kate sabía que eran todo apariencias. Luego les presentó a Jasper como Sam Mckay y saludaron a Meghan, que estaba sentada en un sillón. Por su edad no podía permanecer mucho tiempo de pie.

Meghan derrochó elogios hacia Jasper y alabó a la pareja. Kate lo agradeció y luego fueron a saludar a sus hermanos. En el trayecto, Jasper se paró a saludar a un par de personas, a las cuales Kate catalogó de muy importantes, los conocía bien. Para sorpresa de ella, se asombró muchísimo cuando Andrew le estrechó la mano a Jasper como si se conociesen desde siempre.

—Vaya, señor Mckay, ignoraba que su pareja fuese Kate —dijo un sorprendido Andrew tras saludarla a ella y advertir lo evidente.

Jasper le sonrió mientras disfrutaba del momento.

—Yo sin embargo no ignoraba que usted fue su pareja tiempo atrás, pero me pareció de mal gusto mezclar lo personal con lo profesional —añadió Jasper haciendo acopio de la gran educación y saber estar que recibió en su niñez.

Kate lo miró asombrada, guardó silencio y fijó la vista en Andrew, que los observaba al detalle.

—¿Puedo preguntar dónde os conocisteis? —A Andrew le pudo la curiosidad.

—No —contestó tajante Jasper—. No olvide, señor Smith, que soy uno de los mejores clientes de su banco, no su amigo. Que tenga una buena noche.

Con la elegancia que lo caracterizaba en esas situaciones, Jasper se despidió de Andrew con un leve gesto de la cabeza, posó la mano sobre la de Kate, que reposaba en su antebrazo y comenzó a alejarse de Andrew bajo la atenta mirada del hombre.

—¿Cómo sabías...? —preguntó Kate.

—Investigo a la gente con la que me relaciono. Fue toda una sorpresa descubrir que Andrew era el hombre el cual me contaste que dejaste plantado a las puertas del altar.

Kate lo miró seria, Jasper nunca dejaba de sorprenderla. Se preguntó si algún día llegaría a conocerlo del todo. Tenía la sensación de que siempre le ocultaba cosas.

—Hay algo que te tengo que decir sobre Andrew, pero será en casa. No me gusta tratar estos temas aquí —le susurró cerca del oído mientras le daba un recatado beso en la mejilla.

Esta vez fue Jasper el que la miró sorprendido. No le dijo nada más, caminó con ella del brazo y alzó la cabeza con orgullo cuando divisó a lo lejos a su tío con un par de personas a las que le había ganado importantes sumas de dinero. Impidió que Kate tomase el camino hacia sus

hermanos y cambió de dirección, con una sonrisa falsa para saludar a Nelson Walsh y las personas que tenía alrededor.

Kate sabía que estaban aquella noche allí por Jasper, él le había pedido expresamente que necesitaba esa ocasión como parte de su plan contra su tío.

—Buenas noches, señores —saludó Jasper a la espalda de Nelson, con la vista clavada en tres personas que conocía bien y acompañaban a su tío.

—Vaya, señor Mckay, no lo esperábamos en esta fiesta.

—Soy de la familia, no me la puedo perder —anunció con orgullo, con la vista posada en la bella mujer que lleva del brazo. El asombro apareció en el rostro de los tres hombres cuando clavaron los ojos en Kate, que representaba a las mil maravillas el papel de mujer florero.

—Señorita Griffin. Toda una sorpresa que sea la novia del señor Mckay, creo que es un dato que la sociedad londinense desconocía —dijo un cínico Nelson, llevándose la copa que tenía en la mano a la boca.

—Mi prometida —aclaró Jasper, mientras rozaba con sus dedos el anillo de Kate. Los cuatro hombres lo contemplaron.

—Es usted muy afortunado, Mckay. Kate pertenece a una de las mejores familias de Londres.

—Como usted, duque de Gordon —le replicó usando su título, clavándole una dura mirada —, no se quite méritos.

Nelson soltó una sonora carcajada y Kate advirtió que lo que aquellos ojos reflejaban por Jasper era pura admiración.

—Has llegado pegando fuerte, muchacho —le dijo uno de los hombres que formaban el círculo.

—Lo sé, he sido muy afortunado. Kate es una gran mujer.

—¿Y para cuándo la boda, Mckay? Espero la invitación —le dijo Nelson con una sonrisa deslumbrante. Jasper tuvo que hacer un gran esfuerzo para no quitársela de un puñetazo.

—Será algo íntimo y familiar —intervino Kate.

—Dudo que tus padres estén de acuerdo —murmuró Nelson.

—Aquí solo contamos nosotros, nadie más —dejó claro Jasper, con carácter.

Nelson asintió rememorando que, en un tiempo pasado, él también organizó con el amor de su vida una boda íntima. Lamentaba que nunca se llegase a producir. Era un hombre solitario, nunca había encontrado a la mujer adecuada para formar una familia.

Kate y Jasper se mezclaron con los demás invitados, saludaron a muchas personas y conocieron a otras tantas. La noche le estaba resultando muy productiva. Cuando estaban a punto de marcharse, un hombre pasado de copas se acercó a Jasper.

—Tú, tú eres quién me lo arrebató todo. Te voy a hundir. Seguro que me hiciste trampas, mal nacido —vociferó un señor de mediana edad. Se fue directo a Jasper y le propinó un puñetazo en la cara que este no vio venir.

Jasper no tenía intenciones de pelear, pero el hombre tenía todas las del mundo. Kate intentó parar aquello, pero Jasper se interpuso y le plantó cara al individuo que le había ganado la finca a la que llevó a Kate a montar a caballo unos días atrás. Lo había reconocido nada más acercarse.

Jasper le devolvió el golpe al hombre, con tal fuerza, que lo tumbó en el suelo. Varios caballeros fueron en su ayuda y lo sacaron de allí. Todo el salón estaba pendiente de lo sucedido.

De inmediato, Kate fue junto a Jasper y comenzó a curarle la nariz, sangraba por el golpe.

—Lo siento, será mejor que nos vayamos —se disculpó un poco aturdido. No era su intención montar tal número y avergonzar a Kate ante su familia.

—¿Estás bien? —preguntó ella, alarmada. Estaba muy pálido y la miraba como si no la oyese bien.

Jasper asintió con lentitud, con los ojos clavados en el vacío, y justo en ese mismo momento se desplomó en el suelo, a los pies de Kate.

La peculiar voz de Nelson resonó en todo el salón cuando pidió una ambulancia de inmediato. Kate estaba al lado de Jasper, tumbado en el suelo, no reaccionaba por más que ella ponía empeño. Varios de los asistentes a la fiesta, médicos también, ayudaron a Kate con él.

La ambulancia llegó en cuestión de minutos. Darrell se encargó, con destreza, de despejar a todo el mundo de alrededor de Jasper para que los sanitarios pudiesen llegar a él de inmediato. Junto con Kate, lo acompañó en la camilla hasta la ambulancia. Nelson los seguía de cerca, estaba preocupado por su sobrino. No era normal que no reaccionase pasado un tiempo.

Darrell se las ingenió para ir en la ambulancia con Jasper, Kate no pensaba dejarlo solo, pero él tampoco. Y menos, sabiendo lo que sabía.

Tras minutos en la ambulancia, camino al hospital, Jasper continuaba sin reaccionar. Lo tenían monitorizado y con una vía cogida.

—¿Padece alguna enfermedad? —preguntó un médico.

—No —respondió Kate de inmediato, aunque al ver la cara de Darrell a esta pregunta se asustó, recordó la cantidad de medicación que le habían administrado en Morrison. Con miedo, se preguntó si esto tendría sus secuelas ahora—. Bueno, hace años recibió mucha medicación...

—Tiene leucemia —reveló Darrell de golpe y porrazo. No deseaba que fuese así la forma en la que se enterase Kate, pero Jasper estaba inconsciente desde hacía rato y era su vida la que estaba en juego. Los médicos debían saberlo todo, de lo contrario cualquier cosa que hiciesen podía ser contraproducente para él, y no estaba dispuesto a permitirlo.

—¿¡Qué?! —preguntó Kate con un grito ahogado. Miraba a Darrell con el corazón desbocado.

—Lo siento, Kate. Sé que no es la mejor forma de enterarte, pero la vida de él está en juego en estos momentos y no puedo ocultar algo tan grave ante la situación.

—Pero... ¿desde cuándo? —preguntó con lágrimas en los ojos. No podía creerlo.

—Unas semanas antes de aparecer ante ti se la diagnosticaron —le explicó, según lo que había averiguado con el personal del laboratorio al que dio dinero a cambio de información.

—¿Qué tratamiento ha seguido? —preguntó el médico, interesado.

—Uno experimental —reveló Darrell con la mirada fija en Kate.

—¿¡Qué?! —Ella volvió a ahogar otro grito, se llevó la mano a la garganta y rompió a llorar. Aquello la superaba, que Jasper no le hubiese confesado algo tan importante la hizo sentir como si no pintase nada en su vida.

—¿En qué consiste? —preguntó el médico.

—Unas pastillas, se las proporcionan en un laboratorio, se las puedo traer para que sepan qué medicamento es.

—Por favor, tráigalas lo antes posible —ordenó el médico que lo atendía.

En cuanto llegó al hospital se llevaron a Jasper a una zona donde no dejaron entrar a Kate, pese a decir y reiterar que era médico.

Darrell se marchó a casa en busca del bote de las pastillas que tomaba Jasper y escondía en la caja fuerte de su despacho para que no las descubriese nadie.

Cuando Kate vio aparecer a Nelson Walsh en el hospital, se levantó, fue hasta él y casi le escupió en la cara.

—Váyase de aquí —le dijo entre dientes, no deseaba formar un escándalo.

—No me voy a ir sin saber qué le pasa a mi sobrino.

—Qué le importa, nunca le ha importado lo más mínimo. Permitió que le administrasen miles de calmantes durante su vida, medicación innecesaria —le reprochó sintiendo el asco más grande jamás experimentado.

—No me voy a mover de aquí, tú no me puedes echar. —Con la elegancia que lo caracterizaba se sentó unos lugares más alejado de ella, en la sala de espera, junto con el hombre que siempre lo acompañaba a todos lados, su mano derecha, Barnett.

Kate se alejó a por un café, mientras Nelson le dio varias órdenes a Barnett. Este se levantó y enfiló el pasillo que conectaba con los ascensores, bajo la atenta mirada de Kate. No le gustaba tenerlos allí, deseaba que Darrell llegase pronto para no sentirse sola. Ada y Robert venían de camino, pero el atasco de coches para salir de la propiedad de los padres de Kate era grande. La fiesta contaba con unos quinientos invitados y tuvieron que agrupar los coches para que entrase la ambulancia con facilidad.

Ada y Robert llegaron tras una hora, después llegó Darrell que para decepción de Kate ya había entregado a los médicos las pastillas que se tomaba Jasper. A ella le hubiese gustado verlas, inspeccionarlas y hasta analizarlas. Pero en esos momentos lo esencial era tener noticias de Jasper, saber cuál era su estado exactamente.

Nelson Walsh no se movió de allí en ningún momento. Darrell y él tuvieron unas palabras, ambos se conocían de cuando fue el hombre de confianza de su hermano mayor.

Tras media hora más, un médico salió y anunció que Jasper estaba consciente y bien. Kate entró a verlo de inmediato sin importarle nada más. Nelson desapareció, pero no abandonó el hospital. Darrell lo tenía vigilado, la presencia de ese hombre allí no le gustaba nada. Él no se podía enterar de la enfermedad que padecía Jasper. Cuando le entregó las pastillas al equipo médico les dejó claro que no le diesen información del estado de su señor a nadie que no fuese su prometida, Kate Griffin. Para su gran pesar, él no era nadie en la vida ni de Jasper ni de Sam Mckay, el nombre con el que había ingresado en el hospital.

Nada más pisar la habitación, y ver a Jasper consciente en la cama, Kate se lanzó a sus brazos y lo llenó de besos sin importarle nada. Él la abrazó y así permanecieron un buen rato, en silencio. Ambos lloraban sin decir nada, cada cual sumido en su propio dolor.

—Estoy bien —dijo Jasper tras separar un poco a Kate de él. Deseaba verle la cara.

—No. No lo estás. Lo sé todo. —Lo miró con ojos de reproche.

—Lo sé. Los médicos me lo han dicho, no sabes cuánto lo lamento.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le reprochó calmada, intentaba refrenar su carácter—. Soy médico, te podría haber ayudado.

—No quería que sufrieses por mí. Si todo salía bien, yo me curaría y tú no hubieras sabido nada de mi enfermedad.

—¿Por qué un tratamiento experimental? —le preguntó dolida.

—Es largo de contar.

—Tenemos tiempo, vas a pasar unos cuantos días en el hospital. —La cara de Jasper le dijo que no esperaba aquello.

—No. Un hospital, no. Sabes que no los soporto. Esto para mí es como volver a Morrison —le reveló con la cara descompuesta.

—Es necesario. Tienes una habitación amplia, sin rejas y con una puerta que permanecerá abierta siempre que quieras. Y yo no pienso moverme de tu lado. —Le dio un beso en los labios para contentarlo.

—Nos podemos ir a casa, tú eres médico —argumentó con cara de pánico. Volver a estar en una cama con un pijama blanco lo hacía temblar.

—Te tienen que hacer pruebas. Solo estaremos aquí lo necesario, te lo prometo.

Tras escucharla, pareció más convencido, tampoco se encontraba tan bien como para ponerse en pie y marcharse. Sentía que todo el cuerpo le pesaba. Solo quería cerrar los ojos.

—Ve a casa y ponte cómoda —le dijo mientras miraba el vestido de gala que aún llevaba puesto—. Te prometo que cuando regreses responderé a todas tus preguntas.

—Darrell se quedará contigo —le dijo, él asintió. No quiso preocuparlo, por ello no le dijo que Nelson estaba fuera—. Y luego quiero toda la verdad —le advirtió muy seria.

Jasper asintió. Se acercó y le dio un beso en los labios.

—Te quiero, volveré de seguida.

—Aquí te estaré esperando —bromeó a pesar de no tener ánimos para ello, pero delante de Kate se tenía que hacer el valiente y no mostrarle lo realmente mal que se sentía.

Cuando Kate se marchó, Darrell entró en la habitación de Jasper.

—Tu tío está fuera y hace demasiadas preguntas —informó a su jefe. Sabía que no era el mejor momento para abrumarlo, pero también lo conocía bien y presagiaba un gran enfado cuando se enterase de que se lo había ocultado.

—Échalo de aquí, llama a la seguridad del hospital y dile que he pedido que lo saquen.

Procura blindar mi expediente médico. Por nada del mundo Nelson puede enterarse de la enfermedad que tengo, eso sería un arma muy valiosa en mi contra.

—Tranquilo, ya he hablado con el personal.

—Bien. Que inventen una simple excusa, que lo que me pasó fue por cansancio, algo sin importancia. Necesito que mi tío se quede tranquilo y crea que gozo de una salud de hierro.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó preocupado—. No tienes muy buen aspecto.

—No te voy a mentir, me siento como si un tren hubiese pasado sobre mí, me pesan todos los huesos y cuando que me incorporo en la cama todo me da vueltas.

—Tu caso es complicado. Kate me ha dicho que en Morrison te metieron mucha mierda durante años, ahora las pastillas del tratamiento experimental... Nada de lo que te ocurre es normal ni tiene precedentes. Te tienen que estudiar muy bien, a fondo. Tendrás que pasar aquí unos días. Te van a hacer toda clase de pruebas, luego determinarán qué tratamiento te ponen —le comunicó.

—Mierda de vida —se quejó malhumorado.

—Confía, todo va a salir bien. Si aquí no nos dan una solución, iremos a Estados Unidos en busca de un tratamiento. Te vas a curar, muchacho.

—Solo pido que si esta enfermedad no tiene remedio, pueda acabar antes con la sombra de Nelson Walsh para siempre. Quiero que Kate tenga una vida sin amenazas, y tú también. Sois las dos únicas personas que él conoce que lo sabéis todo sobre mí. Si algo me pasa y Nelson sigue como si nada, os hará la vida imposible, os matará.

—Acabaremos con él como teníamos pensado. Los planes siguen su curso. Caerá por sí solo.

—Eso espero.

Pasadas tres horas, Kate llegó de nuevo al hospital. A su vuelta no vio a Nelson Walsh por los pasillos y eso la tranquilizó.

—¿Vas de vacaciones? —preguntó Jasper al verla entrar con una maleta de mano. Trataba de bromear para que no percibiese cómo se sentía realmente, por fuera y por dentro.

—Vengo a pasar contigo los días que vayas a estar aquí. Ya te dije que no pienso moverme de tu lado. —Kate fue hasta él y le dio un beso en los labios—. ¿Qué tal estás? ¿Has comido?

—Sí. ¿Darrell no te ha dado el parte completo? —le preguntó con un deje irónico. No le gustaba que cuidasen de él.

—Afirmativo, pero me gusta contrastar opiniones —contestó con una sonrisa, mientras guardaba las cosas que había traído en el armario de la habitación.

—Y tú, ¿has cenado? —Se preocupó por ella. Sin maquillaje tenía aspecto de cansada, unas ojeras oscurecían su preciosa mirada azul.

—Sí —le mintió para que se quedase tranquilo, pero la verdad era que no le pasaba ni el agua.

—¿Cuánto tiempo me van a tener aquí? —preguntó a modo de queja, con mala cara.

—Solo el necesario.

—No te aseguro que aguante. Comienzo a agobiarme. —Se revolvió en la cama, inquieto y le echó un vistazo a la vía que tenía cogida al brazo.

—Cuéntame todo lo que me ocultaste en este tiempo sobre tu enfermedad, estoy segura de que te distraerá un rato —le argumentó con delicadeza.

Jasper resopló fuerte, pero sabía que esa conversación estaba pendiente.

Con gran paciencia, Kate se sentó a su lado y lo tomó de la mano. Esperó a que se sincerase con ella.

—Un mes antes de presentarme ante ti siempre estaba muy cansado. Fui al médico y me dijo que padecía leucemia, me tenían que poner un tratamiento.

—¿Tú fuiste al médico por ti mismo? —preguntó sin creerlo. El breve resumen que le había hecho no la convencía y necesitaba conocer todas las partes.

—No. Me desplomé en una partida, me llevaron a un hospital y allí me dijeron lo que padecía.

—¿Darrell no te acompañaba esa noche?

—No, aunque te parezca mentira, de vez en cuando salgo sin él como canguro.

—Y no le dijiste nada a nadie de lo que te sucedía.

—No.

—¿Cómo surgió ese tratamiento experimental que Darrell me ha contado? ¿Por qué te sometiste a él?

—Un día, en una partida, un tipo dejó caer que con lo que ganase iba a invertir en el nuevo tratamiento contra esta enfermedad. Dijo que eran unas pastillas que sustituían a la quimioterapia y que el paciente tenía calidad de vida en el proceso de recuperación. Cuando me explicaron el tratamiento a seguir, me acordé de ese tío, me puse en contacto con él y me dio la dirección de los laboratorios. Hablé con ellos, les llevé mis informes médicos y me dijeron que podía presentarme como voluntario al nuevo medicamento. Con unas simples pastillas diarias podía curarme sin que mi alrededor notase mi enfermedad. No me lo pensé, acepté. Valía la pena probar.

—¿No lo consultaste con nadie más?

—Sí, con los médicos que me diagnosticaron la leucemia. Me dijeron que era un riesgo que yo debía asumir, podía salir bien o mal.

—Y ha salido mal —murmuró apenada.

—Pero no me arrepiento, había más personas voluntarias como yo. En ellas ha sido efectivo. Se han curado —le reveló con ánimos.

—Vaya. —Kate estaba sorprendida—. Me gustaría ir a esos laboratorios, hablar con las personas que trabajan allí y con las que se curaron.

—Darrell sabe dónde es, que te acompañe.

—¿Qué consecuencias tiene el tratamiento que has seguido? Los médicos estaban un poco a ciegas, me dijeron que mañana iban a reunirse con las personas que te lo pusieron.

—Me reuní con ellos bastantes veces, son profesionales. Si el tratamiento experimental no daba resultado había que estudiar en qué fase estaba la enfermedad y determinar el siguiente paso. ¿Crees que ahora me pondrán la quimioterapia?

—No lo sé. Es complicado. Al ser un tratamiento experimental sin demasiados precedentes... Según tú, hay personas que se curaron, nosotros tendremos que centrarnos en las que no y ver qué sucedió luego.

—Tengo miedo. Siento que la he cagado. No temo por mí, sino por ti. Dejarte sola —lamentó algo alterado.

—Todo va a ir bien. Te vas a curar. Mañana nos dirán qué tratamiento has de seguir.

—Mi tío no puede enterarse de nada de esto. Ya le di órdenes a Darrell de blindar el hospital.

—Me parece bien. Aunque algunas veces creo que le importas demasiado a Nelson, y eso me descoloca.

—Algún día descubriré cual ha sido la razón por la que me mantiene con vida pese a ser una gran piedra en su camino.

—Jasper Walsh está declarado legalmente muerto, ¿cuál puede ser la razón?

—Alguna muy poderosa, no te quepa la menor duda.

En medio de la noche, Jasper se despertó desorientado, agitado y sudoroso. Tomó conciencia de dónde estaba y comenzó a levantarse de la cama. Aquellas paredes lo agobiaban.

—¿Dónde vas? —Lo paró Kate. Estaba a su lado y le impidió levantarse.

—Necesito moverme, aire fresco. Siento que me ahogo.

—Bien, yo te ayudo. Vamos a dar un paseo, tienes un balcón, podemos salir, pero es de madrugada y hace frío.

—Necesito respirar, por favor —le rogó.

Kate comprendió que no era el Jasper de ahora quién le hablaba, era su niño-hombre con sus miedos del pasado.

—Voy a coger unas mantas.

Fue al armario, encontró dos y le echó una a él por encima y otra ella. Luego, salieron al balcón. En ese instante, con solo respirar el aire frío, le encajó el cuerpo. Se quedó con la vista clavada al infinito, en silencio, durante varios minutos. Perdido en su propio mundo. Kate lo abrazó, necesitaba que regresase a la realidad, que la sintiese con él, a su lado.

—¿Podemos volver dentro? Nos vamos a helar.

El susurro de su voz lo sacó del ensimismamiento en el que se encontraba. Se volvió hacia ella y tomó conciencia de dónde estaban. Se inclinó y le dio un delicado beso en los labios, los notó fríos. Le echó el brazo por encima y volvieron a la habitación.

—Gracias por estar a mi lado —le susurró al oído.

Para sorpresa de Kate, no se dirigió a la cama, se sentó en un sillón próximo a esta.

Ella lo miró reprendiéndolo.

—Solo un rato. No me gustan las camas.

—¿No? —preguntó sorprendida, con una ceja alzada, una mano en la cintura y una sonrisa socarrona.

—Solo cuando la comparto contigo —le aclaró—. Durante este año separado de ti he dormido muy poco, más en el sofá que en la cama —le reveló.

Kate comprendió que le estaba mostrando otro de sus miedos, su niño-hombre había aparecido de nuevo. Lo tomó de la mano y tiró de él.

—Vamos, dormiré contigo —resolvió. De lo contrario presagiaba una noche muy larga.

Jasper la miró como si fuese un regalo y aceptó de buena gana volver a la cama. Kate se tumbó a su lado y se aferró a ella.

—Si algo sale mal... Yo... —murmuró Jasper.

—Shhh. —No lo dejó terminar. Lo acalló con un beso—. No lo pienses.

—Kate... quiero que nos casemos.

—Nos vamos a casar, recuerda que estamos comprometidos.

—Quiero que nos casemos ya. Si algo me pasa, quiero que todo lo mío sea tuyo.

—Jasper... —intentó protestar.

—Por favor —le rogó con lágrimas a punto de brotar de sus ojos—. No me lo niegues, dame esa tranquilidad, al menos, en este mundo de caos en el que vivo —le suplicó con la voz ronca mientras la mirada de Kate le decía que aquello era una completa locura.

Los días siguientes Jasper se sometió a muchas pruebas, Kate no se separó de su lado en ningún momento, estaba ansioso por abandonar el hospital y volver a casa.

Cuando dos médicos se presentaron en su habitación con carpetas en sus manos, tanto él como Kate supieron que en ellas llevaban un veredicto. Jasper había tenido miedo muchas veces, pero fue la primera vez que lo sintió por alguien ajeno a él con aquella intensidad. Si moría, Kate quedaría en manos de su despiadado tío. Sabía que antes de que nada le sucediese tendría que negociar con él.

—Señor Mckay —resonó la voz de uno de los médicos. Allí Jasper era Sam Mckay—, ya tenemos el resultado de todas las pruebas y análisis a los que lo hemos sometido en estos días.

Kate lo tenía tomado de la mano, a la espera de que continuasen hablando. No le habían querido informar de cada prueba, le dijeron que como compañeros, al estar demasiado implicada en el caso, lo mejor era que se mantuviese al margen. Ella lo aceptó a regañadientes.

—Por favor, no me hagan esperar más. Estoy ansioso por saber qué me depara —los instó a hablar cuando vio que los médicos hicieron un breve silencio mientras los observaban a él y a Kate.

—Señor, Mckay, estudiado su caso a fondo con todo nuestro equipo, hemos llegado a la conclusión de que según el avance de su enfermedad, en estos momentos, lo más certero y viable, con una alta posibilidad de curarse, sería un trasplante de médula. Hay que buscar un donante.

Como si un jarro de agua fría cayese sobre ellos, así se quedaron Kate y Jasper ante el diagnóstico que les expusieron.

—Puedo hacerme las pruebas por si mi médula es compatible —manifestó Kate de inmediato, apretaba la mano de Jasper. Tenía que infundirle fuerzas y ser positivos. Estaba segura de que encontrarían un donante y él se curaría.

—Bien —dijeron los médicos—. Por ahora, señor Mckay, puede volver a casa. Su estado de salud ha mejorado, y si tenemos en cuenta que la señorita Griffin es médico, creemos que estará en buenas manos. Les avisaremos cuando pueden volver para realizar las pruebas de compatibilidad.

—Perfecto, nos vamos a casa —dijo de inmediato Jasper. Necesitaba salir de ese lugar cuanto antes, era su prioridad en esos momentos. Se levantó y comenzó a deshacerse de las vías y demás artilugios médicos que lo mantenían pegado a aquella cama a la que había empezado a odiar con todas sus fuerzas.

—Enviaremos a una enfermera para que se ocupe —dijo un médico al ver que Jasper trataba de deshacerse de la vía.

—No se preocupen, yo me encargo —se ofreció Kate.

Los médicos desaparecieron y, tras quedarse solos, ella lo miró intrigada. Lejos de notarlo derrumbado y triste, lo encontró alegre y animado.

—Quítame todo esto, estoy deseando irme de aquí —le hizo saber Jasper.

Kate se acercó a él, le tomó el brazo entre sus manos y le quitó la vía, junto con los sueros y medicación que estaban en esta.

—Te veo muy contento pese a la noticia que nos acaban de dar —manifestó en un medio susurro y la mirada fija en él.

Ella temblaba por dentro, solo de pensar en la posibilidad de perder a Jasper y volver a sentir lo que ya vivió cuando lo creyó muerto meses atrás, se le cortaba el cuerpo.

—No puedo hacer otra cosa, es lo que hay. Me toca esperar, que se solucione todo para mí o morir.

—No seas tan frío —le recriminó tocándole el mentón y sintiendo la áspera barba de varios días.

—Lo que más me duele de todo esto es que me pase algo y dejarte sola —le confesó con un nudo en la garganta. Los ojos de Jasper brillaban, hacía grandes esfuerzos porque no saliesen las lágrimas que estaban a punto de brotar—. Prométeme que nos casaremos mañana mismo. Necesito esa tranquilidad para afrontar lo que viene —le rogó desesperado, aferrado a su mano.

—Nos casaremos cuando tú digas. —Kate no se pudo negar. Necesitaba que estuviese sereno, confiado y optimista.

Lo abrazó y ambos permanecieron así durante un largo tiempo. Cada cual en su mente trazaba planes diferentes, pero todos estaban relacionados con la felicidad del otro.

Cuando volvieron a casa, Jasper lo tenía todo organizado. Cuando Kate entró en el salón se encontró con Ada, Darrell y un señor al que no conocía.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Kate a Jasper, que permanecía a su lado y la miraba con una gran sonrisa.

El salón estaba decorado con flores y había una mesa en el centro con dos sillas.

—Nuestra boda —anunció—. Sé que no es lo que imaginaste, pero te prometo que tendrás la ceremonia con la que siempre soñaste.

Kate lo abrazó y lo besó.

—En nuestra habitación tienes un bonito vestido que Ada se ha encargado de comprar —le susurró en el oído.

—Gracias. —Le acarició el rostro. Lo miró emocionada y Ada la acompañó a la habitación.

Encontró un vestido en tono rosa palo muy bonito. Siempre soñó casarse de blanco y con un diseño de novia con mucha cola. Frente al espejo, se fijó en el sencillo vestido ajustado a su cuerpo y supo que ese detalle era lo de menos, se sentía la mujer más feliz del mundo.

Cuando volvió de nuevo encontró a Jasper en el salón, la esperaba con una sonrisa radiante. Se había cambiado y llevaba un traje de chaqueta azul oscuro. Kate se acercó. Él la tomó de la mano, le dio un beso en la mejilla y le susurró al mismo tiempo que entrelazaba sus dedos con los de ella:

—¿Preparada para convertirte en mi mujer?

—Soy tuya desde que nos conocimos. Un documento firmado no va a cambiar lo que siento por ti, pero sí, estoy preparada y feliz.

Jasper asintió y procedieron a convertirse en marido y mujer legalmente. Fue algo breve, pero Jasper se encargó de que fuese especial, que su mujer no recordase aquello como la firma de un contrato sino como el inicio de un futuro en común.

A pesar de haberse casado con Sam Mckay, Jasper Walsh no existía legalmente, en la inscripción del anillo de bodas estaba grabado el nombre de Jasper. Fue un detalle que emocionó a Kate.

Tras convertirse en esposos y marcharse el juez, brindaron con Ada y Darrell. Luego Jasper le indicó a Darrell que tuviese el coche preparado.

—Nos vamos de luna de miel —anunció para sorpresa de Kate.

—¿Dónde me llevas? —preguntó intrigada. Tenía tomada la gran mano de su reciente marido entre las suyas y le acariciaba la alianza que ahora lucía en el dedo. Se sentía orgullosa de él.

—Necesito unos días a solas con mi mujer, sin problemas, sin teléfonos, solos tú y yo y nuestro amor. Eso me dará fuerzas para enfrentar lo que viene.

Kate asintió con una sonrisa, le pareció bien. La próxima semana se sometería a las pruebas de compatibilidad de médula, ella y otros donantes encontrados. Se merecían unos días sin pensar en nada.

Tras unas horas de coche y dos paradas, llegaron al destino. Era una casa en la montaña. A Kate le pareció maravilloso, el paisaje la enamoró al instante. El lugar era espectacular, Jasper la había llevado a un castillo de los de verdad.

—Era una residencia ducal —explicó Jasper—. Actualmente está en venta. Si te gusta la compramos, será mi regalo de bodas —le comentó cuando bajaron del coche, mientras admiraban la magnífica construcción de dos plantas. Kate calculó que como mínimo tendría diez habitaciones.

—Mi mejor regalo de boda eres tú. Ver tu mirada, con el amor con que me miras cada vez que lo haces, es el mejor regalo de la vida. Creo que jamás dejará de darme un vuelco el corazón cuando tus ojos se cruzan con los míos. Me siento amada y protegida sin necesidad de que me lo digas con palabras, tu cuerpo y tu expresión me lo dicen todo. No necesito más. Me encantaría que te vieses como yo te veo, que entrases en mi mente y en mi cuerpo, y pudieses sentir todo lo que realmente te amo. Te aseguro que es mucho más de lo que puedes llegar a sentir o imaginar.

—Si alguna vez tuve la más mínima duda de tu amor, créeme que desaparecieron por completo cuando vi que en un año no eras capaz de olvidarme. Viví de primera mano tu sufrimiento sin poder hacer nada, no sabes la impotencia y culpabilidad que sentía —le reveló mientras la tomaba con fuerza de la mano para estrecharla junto a su cuerpo—. Lo eres todo para mí—le confesó con un susurro en el oído.

Darrell los interrumpió comunicándole que las maletas estaban ya dentro y la chimenea encendida.

—Gracias, Darrell —dijeron ambos a la vez.

El hombre se montó en el coche y se alejó por donde vinieron.

—¿No se queda? —preguntó Kate con algo de preocupación. Jasper estaba bien, pero no le gustaba estar alejada de la ciudad y sin medios para volver.

—Solo va a por comida. Estará todo el tiempo aquí con nosotros, junto con tres hombres más de seguridad. —Kate miró alrededor, aquello parecía solitario.

—No te preocupes, será como si estuviésemos solos. Ellos se alojan en el ala del servicio de la casa.

Ella se quedó más tranquila, Jasper lo notó. Entraron a la casa y, nada más hacerlo, sintió un calor especial y un aroma a dulces recién hechos que le hizo pensar que así olían los hogares de verdad. Ahora Jasper era su marido y pronto crearían una familia con hijos. Se permitió fantasear y pensar que todo iba a salir muy bien, y ellos serían felices por siempre.

Después de tomar un té con pastas frente al calor de la enorme chimenea que presidía la estancia, Kate agradeció aquel recibimiento, se sumergieron en un ambiente íntimo cargado de confidencias. Jasper le contó que de pequeño le gustaba pasar horas delante del fuego, mirando las llamas y echar más troncos para avivarlo cuando se comenzaba a apagar.

—Después de ver aquel fuego en Morrison, que supuestamente acabó con tu vida, no pude estar cerca de él durante unos meses. Mi pobre abuela ni encendía la chimenea de la casa.

Gracias a Ada lo superé —le confesó—. Y hoy, aquí abrazada a ti, puedo decir que amo estar cercar del fuego y contemplarlo tanto como a ti.

—Pasaría el resto de mi vida así. Te juro que no necesito más. Si algo he aprendido bien en este largo año es que el dinero no hace inmune a una persona. En Morrison aprendí a vivir sin esperar nada, y tú me entregaste todo. Nunca soñé con la felicidad, solo con la venganza. Desde que apareciste en mi vida eso cambió.

El pecho de Kate casi le explotó de la emoción al escuchar aquellas palabras, solo él sabía hacerla sentir así y que ello provocase más que un te quiero pronunciado con el amor más grande.

—Esposa mía, ¿me concede nuestro primer baile de casado? —le preguntó Jasper con gesto galán, haciéndole una reverencia.

Kate asintió. Tomó su mano y se dispuso a bailar con su marido.

Jasper accionó desde un pequeño mando que llevaba en el bolsillo una música. Comenzó a sonar y bailaron al son de esta por todo el salón, bajo miradas cómplices, gestos y caricias. Kate sintió que le hacía el amor con la mirada, los ojos de Jasper rebosaban felicidad, ella se sumergió de lleno en esta e intentó olvidar todos los problemas que tenían.

Cuando la pieza musical terminó, Kate se acercó a Jasper, lo besó y se enredaron en un apasionado beso. Sus cuerpos estaban vivos y sus pieles les hormigueaban. Entre caricias se dirigieron a la habitación. Cuando llegaron al pie de las escaleras, en un arrebato, Jasper tomó a su mujer en brazos y subió con ella cargada. Kate protestó, pero él continuó como si llevase una pluma.

—Estás más delgada —advirtió mientras recorrían el largo pasillo que los llevaba hasta la estancia principal—. Estos días aquí me encargaré personalmente de que comas como es debido y que recuperes el peso que has perdido por mi culpa estos días en el hospital.

Kate le tomó el rostro entre sus manos y lo besó con pasión. La enternecía muchísimo que Jasper se preocupase tanto por ella en medio de todo por lo que pasaba.

—Me haces sentir muy querida. En todo este caos en el que vivimos, siento que lo primero siempre soy yo. Y, a veces, me siento culpable de ocupar tus pensamientos cuando los deberías tener centrados en otros asuntos más importantes que yo.

—Soy lo que soy gracias a ti. Si no estuvieses en mi vida sería otra persona de la que probablemente no me enorgullecería. Contigo a mi lado mi mundo es mejor en todos los sentidos. He crecido como persona y no me he convertido en un monstruo. Solo quiero justicia y ser feliz a tu lado el resto de mis días.

—Te amo, Jasper Walsh, mi marido —dijo con gran orgullo reflejado en la mirada, lo volvió a besar mientras él abría la puerta doble de la habitación.

—Daría mi vida por ti. Eres todo mi mundo. —Los pies de Kate tocaron el suelo, le dio un ligero beso, y luego le mostró una sonrisa encantadora.

—Lo sé —confesó ella con admiración.

Con un suave giro, Jasper colocó a su mujer de cara a la cama y el resto de la habitación. Ella aún no había reparado en los pétalos rojos que estaban sobre la colcha blanca, en los globos y en una inscripción sobre el cabecero de la cama que decía:

Siempre y cuando llegue el día en el que te conocí, volvería a escoger la misma vida.

—Te amo —murmuró Kate sobre los labios de Jasper—. Eres un sueño hecho realidad. No puedo ser más feliz en este instante.

—Puedo hacerte más feliz —le hizo saber mientras recorría su esbelto y blanco cuello con húmedos besos, mientras metía ambas manos debajo de su amplio jersey rojo y le masajeaba los pechos con maestría—. Voy a hacerte el amor y te juro que recordaremos esta noche el resto de nuestros días.

Con la delicadeza de una pluma, Jasper le recorrió el rostro con suaves besos. Kate sintió chispas entre las piernas, los pezones se le erizaron de una forma dolorosa y el corazón le latía con fuerza. La desnudó por completo con mimo, posó sus grandes manos contra sus nalgas y la acercó a su cuerpo desnudo, contra el suyo, encendiéndolo aún más al sentirla contra su piel. Kate llevó las manos hasta su pelo, lo acarició y cuando Jasper la tocó con maestría, no pudo evitar arañarle el cuero cabelludo con las uñas.

Desnudó a Jasper sin prisa, sintiendo cada roce, cada caricia. Grabando cada instante en los recuerdos para siempre. Cuando estuvieron completamente desnudos, se miraron en silencio, con las respiraciones alteradas y el deseo reflejado en sus rostros. Jasper la besó al mismo tiempo que su mano se dirigía hacia el centro del placer de Kate y se movía con delicadeza. Hizo que se corriese mientras sus bocas permanecían unidas. La dejó temblando mientras volvía a avivar el fuego con más caricias. La penetró despacio, con toda la paciencia del mundo, sin dejar de mirarla a los ojos, sonriéndole a la misma vez que se sentía victorioso por lo que provocaba en su mujer. Ella lo tenía agarrado con fuerza por los brazos, era suya por completo, estaba a su merced, se arqueaba y se retorció bajo su cuerpo buscando una liberación, pero Jasper no estaba dispuesto a dársela de inmediato. Ella le imploró, la llevó al límite y luego ambos explotaron en un gran orgasmo.

Aquella noche, Jasper cumplió su promesa, fue única y sin precedentes para ambos.

Recostada sobre los brazos de su marido, sin apenas fuerza para articular palabra, aún le dolían los pulmones de acallar el grito que ahogó su garganta con el intenso beso de Jasper tras llegar al orgasmo más brutal de su vida, mientras él paseaba sus dedos con una suave caricia por el abdomen de Kate, su cuerpo le resultaba adictivo, ella le hizo una pregunta, que en cierto modo le daba algo de vergüenza hablar con él.

—¿Dónde has aprendido todo lo que hemos hecho esta noche? Sé que me dijiste que en el tiempo que estuvimos separados no hubo otras mujeres, te creo. Pero tengo curiosidad —comentó con una medio sonrisa revolviéndose a su lado, a la espera de una respuesta.

—Por tu cara, tus gemidos y tus palabras mientras hacíamos el amor puedo deducir que te ha gustado todo —resolvió sintiéndose satisfecho y feliz. Kate se lo corroboró con una sonrisa—. Si mi curiosa mujer necesita saber, te daré toda la información que necesitas —La miró a los ojos y le confesó sin pudor alguno—: He leído algunos libros, he visto películas y he hablado bastante de hombre a hombre con Darrell. ¿Satisfecha?

—En todos los sentidos —manifestó abrazándolo y dándole un beso en el pecho, en agradecimiento de su absoluta sinceridad.

El día siguiente lo pasaron como una pareja enamorada, estuvieron en la cama hasta el mediodía, pasearon por la propiedad e hicieron un picnic en el jardín. Hacía un buen día y terminaron haciendo en amor sobre el mantel en el que habían comido, al aire libre y desnudos.

—¿Estás seguro de que no hay nadie por los alrededores? —preguntó Kate aún en los brazos de su marido.

—Solos tú y yo. No permitiría que nadie viese a mi mujer desnuda ni que nos observen haciendo esto a plena luz del día.

—Ha sido una experiencia maravillosa —le indicó mientras le acariciaba la espalda.

—Llenaré tu vida de ellas, te lo juro.

Al siguiente día, pasearon a caballo, pero en esta ocasión ambos montaron en el mismo. Jasper no quería tener a su esposa lejos. Cabalgar juntos fue otra maravillosa experiencia. Kate pudo comprobar de primera mano lo buen jinete que era su marido y cómo dominaba al animal.

Fue un paseo que siempre recordaría, mientras que recorrían las maravillosas tierras que los rodeaban Jasper se entretuvo con el cuerpo de su mujer, guiaba al animal al mismo tiempo que introducía las manos en los pechos de su mujer y se los masajeaba con maestría. Kate, recostada sobre el pecho de su marido, se dejó llevar.

—Prepárate para sentir un orgasmo mientras cabalgamos —le indicó mientras introducía una de sus manos en el sexo de Kate.

Jasper la tenía tomada con fuerza por la cintura, su boca la tenía pegada a su cuello, lo besaba al mismo tiempo que su otra mano se movía al son que imponía al caballo y dejaba a su esposa sin voluntad.

Kate gritó con fuerza mientras Jasper imponía al semental un ritmo más rápido, se dejó caer con todo su peso sobre el de su esposo mientras se recuperaba a la misma vez que sonreía.

—¿Qué puedo hacer yo por ti mi amor? —le preguntó con un hilo de voz. Se encontraba en desventaja. Solo podía tocarle las manos, apenas podía verle la cara al ir situada delante de él.

Con extremada agilidad, Jasper levantó a su mujer y la colocó de cara a él. Cuando Kate se vio en aquella posición se sorprendió.

—Bésame —le ordenó. Al ver la expresión en su cara, con una sonrisa le indicó—: Sé lo que hago. Confía en mí. Yo guío al caballo, tú céntrate en mí, solo siente.

Ella lo obedeció. Lo besó mientras Jasper tomó las riendas de su boca y las del animal. Besarla con pasión mientras cabalgaban le resultó de lo más erótico.

Cuando se bajaron del caballo, Jasper la tomó en sus brazos y le hizo el amor en la misma cuadra, allí de pie contra la pared. No aguantaba ni un segundo más sin estar dentro de ella.

En los tres días que permanecieron aislados Kate se dio cuenta de que Jasper evitaba hablar de su enfermedad. Estaba dedicado en cuerpo y alma a hacerla feliz y crear recuerdos que permaneciesen para siempre, sin embargo, la labor de Kate era hacerlo creer que podían con la situación por la que pasaban. Se iba a curar por completo y serían una pareja feliz. Ella también necesitaba creerlo, infundírselo a él y desechar los pensamientos negativos que cuando menos lo esperaba hacían aparición en su cabeza pese a que Jasper apenas la dejaba pensar. Nunca se había sentido tan amada.

Por fin llegó el día tan esperado por Kate. Jasper aparentaba estar tranquilo, pero por dentro estaba como un flan. Aquella mañana se sometió a las pruebas de compatibilidad de médula ósea, por si Kate podía ser su donante. Darrell también lo hizo, junto con más donantes desinteresados que aparecieron. Unas semanas después tuvieron los resultados y ninguno de ellos resultó ser compatible.

En medio de la consulta, Kate y Jasper estaban sentados frente al médico que les dio la noticia, ella se atrevió a manifestar en voz alta algo que nunca hubiese deseado decir. Pero no había otra opción. Lo principal era la vida de Jasper y si existía una mínima posibilidad de que se curase pensaba aprovecharla.

—Doctor, hay un posible donante. Existe un familiar cercano de mi marido. —Jasper había comunicado a los médicos que no tenía familia alguna, esto hacía su caso más difícil en el grado de compatibilidad—. Puede que haya una posibilidad más certera.

—No, Kate —resonó la voz rotunda de Jasper—. Prefiero morir a vivir debiéndole la vida. —Sabía que ella se refería a su tío Nelson. La miró reprochándole por tan siquiera haberse atrevido a valorarlo.

—En casos como el suyo, señor, debe priorizar la salud. Dejar atrás las posibles rencillas familiares existentes —se atrevió a decir el médico que los observaba al detalle.

—He dicho que no —zanjó rotundo, levantándose con ímpetu del asiento que ocupaba.

Con una mirada de disculpa, por la salida de tono de su marido, Kate se dirigió al doctor. Asintió transmitiéndole que lo dejase estar por el momento y que ella se encargaría del asunto.

—Vámonos, creo que debemos pensar todo bien en casa. Doctor, volveremos a ponernos en contacto con usted.

Se despidieron y nada más salir al pasillo Jasper bramó:

—No intentes convencerme, mi respuesta seguirá siendo no.

—No he abierto la boca —replicó Kate, que seguía sus pasos.

—Pero te conozco, y sé que tratarás de convencerme.

—No es momento ni lugar para mantener esta conversación —le dijo en un tono de reprimenda y más seria mientras lo seguía.

Llegaron al coche, Darrell los esperaba a la salida del hospital, les abrió la puerta para que entrasen y no se atrevió a preguntar cómo había ido todo con el médico. Conocía bien a Jasper y

por su semblante supo que la cosa iba muy mal.

—Todas las personas que nos hemos sometido a las pruebas de compatibilidad de médula han resultado negativas —dijo Kate a modo de informar a Darrell. El hombre iba centrado en el tráfico, pero ella sabía que se moría por conocer qué había pasado en la consulta.

—Joder —manifestó Darrell de golpe—. Lo siento —se disculpó de inmediato por la salida de tono—. ¿Qué sigue ahora?

—Que aparezca un donante compatible —dijo Jasper en tono contrariado sin mirar hacia Kate.

—El tiempo se agota, y lo principal eres tú. —Le lanzó una mirada suplicante.

—¿Qué otra opción hay? —se atrevió a preguntar Darrell, al ver por el espejo retrovisor las miradas de reproches que Kate y Jasper se lanzaron.

Se hizo un largo e incómodo silencio.

—Acelerar nuestros planes. Quiero dejar todo zanjado para cuando muera.

Tras escuchar esas palabras, con la frialdad y la tranquilidad que Jasper lo dijo, Kate sintió como si le hubiesen clavado un puñal en el mismo corazón. Las lágrimas brotaron de sus ojos, no pudo evitarlo, pese a los esfuerzos que hizo. Trató de que Jasper no se diese cuenta, sintió que era muy egoísta por solo pensar en él en esos momentos, las apartó de sus mejillas con disimulo mientras sentía la mirada de Darrell en ella a través del espejo retrovisor, estaban parados en un semáforo en rojo.

En un impulso, odiaba ver llorar a Kate y que sintiese cualquier tipo de sufrimiento, Jasper la abrazó y ella se refugió en sus brazos. Rompió a llorar más fuerte y él tuvo que hacer grandes esfuerzos para controlarse. En su fuero interno maldijo a Nelson Walsh una vez más en su vida. Ese hombre siempre estaba presente de alguna forma para truncar sus planes.

Aquel día no hablaron más del tema, nada más llegar a casa, Darrell y Jasper se encerraron en el despacho y allí permanecieron durante horas. Cuando Jasper apareció en la habitación, Kate ya estaba acostada. Al sentirlo se incorporó en la cama.

—¿Cómo estás? Has trabajado demasiado —le dijo preocupada. Fue hasta él, comenzó a desvestirlo, le tocó el mentón y se lo quedó mirando. Sabía que le rehuía.

—No digas nada, por favor —le rogó abatido—. Solo metámonos en la cama y abrázame. Déjame soñar, aunque sea por esta noche, que todo puede ser mejor.

Kate asintió y decidió darle ese margen. Se metieron entre las sábanas y lo abrazó con fuerza. Así permanecieron durante un largo tiempo hasta que el sueño los venció.

—Señor, no tenemos noticias aún —dijo Barnett cuando Nelson Walsh apareció por el salón de su casa para desayunar.

—Bien, esperaremos un día más —comentó con aparente tranquilidad.

—Si me permite mi opinión, señor, su sobrino es muy orgulloso. Dudo de que acceda a que sea usted quién le pueda salvar la vida.

—Mi sobrino ama por encima de todo a Kate Griffin, lo daría todo por ella. Es cuestión de tiempo, Barnett. Accederá y me rogará que sea su donante.

—¿Y si encuentra a otra persona? —preguntó el hombre de confianza de Nelson. Era el único que sabía sus más oscuros secretos.

—No habrá nadie más compatible que yo.

—Espero que su plan salga bien, señor.

—Conozco a Jasper, tiene que asimilar que posiblemente me deberá el resto de su vida continuar vivo, pero accederá a que sea yo quién le salve la vida. Por ella.

—¿Seguimos con los planes trazados entonces? —se atrevió a preguntar Barnett.

—Por supuesto —manifestó con una sonrisa. A lo largo de su vida había urdido muchos planes, pero este era el que más brillante le resultaba. Hasta lo hacía feliz.

—Creo que usted es consciente de que nunca lo mirará con aprecio, haga lo que haga por él.

—Lo sé, Barnett. Me conformo con que no me mire con el odio que lo hace. Solo deseo que se levante cada mañana y recuerde que vive y respira gracias a mí, con eso me vale.

—Espero que todo esto que llevamos meses planeando valga la pena.

—Así será, Barnett. Es un plan brillante.

Cuando Kate se despertó Jasper ya no estaba a su lado. Tenía una nota en la mesita de noche donde le informaba de que iba a pasar todo el día fuera. No le explicaba nada más y no pudo dejar de sentirse decepcionada porque continuase ocultándole cosas. De inmediato cogió su móvil y lo llamó, pero estaba apagado. Le puso un breve mensaje a Darrell y este le confirmó que estaba con Jasper, pero no le dijo nada más ni le contestó dónde estaban. El hecho de que estuviese con Darrell la tranquilizó. Fue a la cocina, se hizo el desayuno y luego llamó a Ada. Demasiados problemas la abrumaban en su vida de recién casada y necesitaba desahogarse con alguien.

Después de pasar media mañana con su mejor amiga, comer con ella y recibir sus sabios consejos, de camino a casa, Kate decidió hacer una parada en el camino. Jasper le tenía prohibido moverse sola, tenía un chófer y dos guardaespaldas la acompañaban a todos lados, apenas hablaba con ellos, solo les indicaba a los lugares que iba. Cuando les dio la dirección del lugar en el que quería hacer un alto en el camino, de inmediato reconocieron el sitio y la miraron de forma reprobatoria.

—Creo que se lo tendremos que consultar a su marido, señora —respondió el chófer.

—No le va a consultar nada. Lléveme y que él nunca se entere de que fui —le ordenó tajante.

—Esto no es seguro —se quejó de nuevo el chófer cuando detuvo el coche delante de la casa que Nelson Walsh poseía en el adinerado barrio de Notting Hill.

—No me va a pasar nada. Conocéis dónde estoy. Si no salgo viva de ese lugar ya sabéis a quién acusar —dijo bajándose del coche con aire molesto. Ella siempre era muy educada con el personal que Jasper le obligaba a tener alrededor, pero a veces le molestaba muchísimo que todo fuese vigilado y supervisado por otras personas.

Un elegante mayordomo hizo pasar a Kate en cuanto que le abrió la puerta. Sintió que en esa casa sabían quién era ella. Pidió hablar con Nelson Walsh y quién salió para recibirla fue su hombre de confianza, Barnett. Kate lo conocía, ya que Nelson no daba paso sin él.

—No voy a tratar nada contigo —le advirtió nada más verlo salir a su encuentro—. Me han informado de que tu señor está en casa y es con él con quién deseo tratar lo que me ha traído hasta aquí —dijo con aire de superioridad.

Barnett asintió, le hizo un gesto con la mano para que entrase al despacho de Nelson y ella pasó por su lado quitándose los guantes de cuero negro que llevaba puestos.

—Señorita Griffin, sea usted bien recibida en mi casa. Por favor, tome asiento y dígame a qué debo su grata visita. ¿No la acompaña mi sobrino? —comentó Nelson, de pie tras su imponente mesa.

Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo a Kate cuando la sonrisa de satisfacción que lucía Nelson Walsh le dijo que sabía por qué ella estaba allí.

—No. He venido sola.

—¿Y lo sabe él? —Kate negó con un gesto de la cabeza. Nelson soltó una carcajada y tomó

asiento—. No tardará en aparecer cuando los guardaespaldas que siempre la acompañan le informen de que usted está metida en la boca del lobo.

En ese momento, Kate comprendió que tenía poco tiempo para tratar con Nelson Walsh lo que la había llevado hasta allí.

—No creo que le importe mucho, pero su sobrino se muere. —Nelson no manifestó asombro alguno, tan solo asintió y espero a que ella continuase hablando—. Usted es su única posibilidad y yo vengo a ofrecerle un trato.

—Soy todo oídos, dígame —manifestó sintiéndose pleno. Había llegado su momento.

—Ya veo que no le sorprende la enfermedad de su sobrino.

—Siempre sé todo lo que ocurre en la vida de Jasper.

—Estará feliz con esto —le reprochó.

—No, aunque no lo crea. No le deseo la muerte, es muy joven y tiene mucha vida por delante.

—Pero usted no se la va a ofrecer ya que se negará a ser su donante. ¿Me equivoco?

—No me ha pedido que lo sea.

—Ni lo hará. Prefiere morir que deberle la vida. Por ello estoy aquí.

—Dígame, señorita Griffin. ¿Para qué está aquí concretamente? —se mostró interesado.

—Llámemme señora Mckay —le indicó seria y rotunda. Había venido a negociar. Por la cara de Nelson advirtió de que no sabía que se había casado con Jasper—. Veo que ese dato se le había escapado. —Se recreó con una sonrisa mientras Nelson tragaba con dificultad y la miraba serio—. Como puede comprobar no lo sabe todo sobre Jasper. —Se permitió regocijarse en su desconcierto—. Vengo a proponerle que sea el donante de mi marido y que él no se entere de que fue usted. A cambio, como su esposa que soy, y dueña de la mitad de su fortuna, le daré todo lo que me pida.

—Interesante propuesta —murmuró pensativo, mientras se rascaba el mentón. Kate le acababa de ofrecer algo realmente bueno, pero su plan era que Jasper le debiese la vida por siempre y fuese consciente de esto.

—Piénsela, y deme una respuesta cuanto antes.

—Esperaré a que sea el propio Jasper quién venga a pedírmelo —se aventuró a decirle.

—Él no lo hará. Ya dispone y organiza todo para cuando muera. Aproveche la oportunidad o le aseguro que lo hundirá antes de morir si no lo mata él mismo. Esto puede convertirse en una guerra que podemos parar en estos momentos con el trato que le ofrezco.

—¿Por qué cree que está en una posición superior a la mía? —preguntó en un tono osco.

—Porque lo estoy, señor Walsh, piénselo bien. Conoce a su sobrino, si Jasper no tiene nada que perder porque sabe que va a morir sin un donante... ¿qué imagina que hará antes de marcharse de este mundo?

Consiguió que una corriente eléctrica atravesase la columna vertebral de Nelson y un frío inusual se apoderase de su cuerpo.

Kate se levantó como toda una señora, se tomó su tiempo para ponerse los guantes que habían reposado en sus piernas mientras hablaban, y lo miró con tranquilidad a pesar de que le temblaba todo su interior.

—Que tenga un buen día, señor Walsh. Espero su llamada.

Nelson no dijo nada. Se quedó con la vista clavada en la espalda del abrigo en tono beige que llevaba Kate y supo que sus planes se habían desviado de lo trazado. Su sobrino era muy testarudo, pero dudaba de que la dejase sola amándola como la amaba. Esperaría un par de días más y luego tomaría una firme decisión antes de que Jasper hiciese algo de lo que ambos se

pudiesen arrepentir por el resto de sus vidas.

Cuando Kate llegó a casa, Jasper la esperaba paseándose nervioso por el salón. Nada más verlo supo que ya sabía de dónde venía.

—Iba a ir a buscarte, pero me informaron de que venías de camino —ladró acercándose a ella.

—Tendré que visitar más a menudo a tu tío si es la única forma de que mi marido aparezca —le reprochó encarándolo. Esa mañana no le había contestado a las llamadas ni a los mensajes.

—¿Qué has ido a hacer allí? —preguntó muy enfadado, obvió su comentario mordaz anterior.

Kate se deshizo del abrigo, de los guantes y de la bufanda con calma, en silencio y mirándolo de soslayo. Trataba de aparentar que la ira y el enfado reflejados en el rostro de Jasper no le afectaban.

—¿No me piensas contestar? —bramó él.

—Yo también tengo mis asuntos fuera de esta casa, como tú. Solo que yo no me entero de los tuyos porque no tengo perros guardianes que te persigan —le reprochó seria y distante. Se alejó de él y se sentó en el sofá. Necesitaba dominar la situación y que el leve temblor de piernas que sentía pasase.

Estas palabras paralizaron a Jasper, nunca le había hablado así. Se quedó estático, la miraba con los ojos desencajados. Era la primera gran pelea que tenía con Kate y la sensación que experimentó no le gustó nada.

—¿Qué ocurre? —preguntó con un miedo atroz. Ahora era a él a quien le temblaban las rodillas.

—Ocurre que estoy cansada, Jasper. —Estalló hecha una furia—. Sé que haces todo esto para protegerme, pero no soy una niña. Desde que estamos juntos de nuevo estoy harta de vivir en una urna de cristal. He ido a pedirle a tu tío paz —le reveló, recordándose que tenía que convencerlo con sus palabras—. Respeto que no quieras que él sea tu donante, pero deseo que lo que te quede de vida estés tranquilo, que tus pensamientos no los centres en la venganza y el odio, sino en mí. Necesito que no pases más tiempo con tus negocios que conmigo. Porque después no podré recuperarte. Odio sentirte lejos, que cuando estamos juntos y me abrazas tus pensamientos estén fuera de mi contacto. —Era muy hábil, nadie mejor que ella sabía jugar con la mente de Jasper. Hasta ahora nunca había recurrido a sus conocimientos como psiquiatra, pero la situación por la que pasaban lo requería. Tenía que hacerle creer que había ido a hablar con Nelson Walsh para pedirle solo paz en la recta final de Jasper en caso de no aparecer un donante.

—Lo siento. —La cara de Jasper estaba descompuesta. Fue hasta ella, se sentó a su lado y la tomó de la mano, casi con miedo. Nunca la había visto así y sabía que tenía razón en todo—. Eres lo principal en mi vida, todo lo que hago es por ti, me acuesto y me levanto por ti.

—Pues entonces haz que yo lo sienta —le rogó con los ojos vidriosos—. No te alejes, no me dejes al margen. Quiero estar a tu lado. Tú también eres lo más importante de mi vida.

—¿Aún me quieres? —preguntó acobardado e inseguro.

Kate sonrió al sentir su miedo y lo descolocado que lo había dejado con su reacción.

—Siempre te querré, Jasper —le reveló con exquisita dulzura—. Hagas lo que hagas, me duela más o menos, siempre te amaré. ¿Sabes por qué? Porque en el corazón y en los sentimientos no se manda. Mi corazón es tuyo, desde que nuestras miradas se cruzaron por primera vez me lo robaste.

En un acto desesperado se abrazó a ella, la estrechó con fuerza contra su pecho y aspiró el aroma de su cabello, ese olor tan característico de la única mujer que conseguía devolverlo a la vida, más cuando llevaba el pelo suelto como en esos momentos.

—Necesito que todo esté bien entre nosotros. Que comprendas lo que hago —le imploró aún abrazado a ella. Sentía que si la soltaba la perdería.

—¿Cómo te sentirías tú si yo me resignase a la muerte teniendo una posibilidad de vida?

Aquella preguntó hizo que se separase de ella, la contemplase de cerca y tragase con dificultad. De tan solo pensarlo le sudaron las manos y el cuello. Sin Kate en su vida, esta carecía de sentido.

—No me hagas esto —le rogó cerca del oído en voz baja y ronca, aturdido.

—Me lo haces tú a mí. Sufro por ti. Te amo y no soportaría perderte. Si debo actuar a tus espaldas para no perderte, lo haré. Creo que el fin justifica los medios.

—Dame tiempo —le imploró desesperado.

—Tiempo es algo que no tenemos. No sé si eres consciente de ello.

—Quizá pase algo y todo se solucione —le reveló abrumado. Ver a Kate como la acababa de ver y cómo había defendido su amor lo dejó tocado.

Se apartó de él, lo miró con la esperanza reflejada en sus ojos y trató de leerle en la mirada qué le ocultaba.

—¿Hay alguien que sea compatible? ¿Has decidido pedírselo a tu tío? —preguntó esperanzada. Jasper negó rotundo, deshaciendo todas sus ilusiones—. Entonces... ¿qué? —preguntó con impaciencia. Jasper no podía contarle la información que barajaba hasta que todo estuviese bien resuelto. No quería ilusionarla con falsas esperanzas—. ¿Un nuevo tratamiento experimental? —preguntó con ansia. Su silencio la estaba matando.

—Confía en mí. Te juro que será la última vez en mi vida que no te cuente nada. Si esto sale bien, te juro que seré un libro abierto para ti. —Le acarició el rostro, le imploró clemencia y ella decidió concedérsela.

—Tienes tres días para contármelo todo. —Le dio un ultimátum.

—Hasta dentro de una semana no lo sabré. No puedo decirte nada más.

Kate lo pensó por unos largos segundos, los cuales mantuvo a Jasper en vilo.

—Está bien, una semana —le concedió, a duras penas—. Abrázame, lo necesito —le rogó abatida. Necesitaba sentirlo cerca, ya que en esos momentos lo sentía muy lejos—. Hazme el amor, es la única forma en la que sé que eres mío en cuerpo y alma.

Jasper la besó, la tomó en brazos y caminó con ella hasta la habitación. Era consciente de que Kate lo necesitaba más que nunca. Tenía una importante reunión a la espera, de la cual había salido despavorido cuando le informaron de que su mujer estaba en casa de Nelson Walsh, pero en esos momentos solo existía ella. No podía marcharse y dejarla así. Era su deber como marido estar a su lado y hacerla sentir bien. Hizo más que eso. La llevó a la luna, consiguió que todas las estrellas brillasen para su esposa y la acunó en sus brazos haciéndola sentir que vivía el momento más especial de los últimos tiempos.

—Kate, debo marcharme —le susurró con todo el dolor de su corazón—. Hay asuntos que requieren de mi presencia y no puedo postergarlos hasta mañana. Te he prometido una semana y así será. Confía en mí, por favor.

Ella se revolvió entre sus brazos y lo miró con atención. Pudo averiguar que le hacía la misma gracia que a ella abandonar la cama.

—Sin preguntas por una semana —le susurró cerca de sus labios. Lo besó como si fuese el último beso que se daban y salió de la cama antes que él—. Márchate antes de que te pida que

me vuelvas a hacer el amor —le dijo implorante, con una mirada ardiente mientras paseaba los ojos con descaro por su cuerpo desnudo.

Jasper admiraba la figura de su mujer. Desnuda al otro lado de la cama, le pareció que estaba muy lejos de él. Ese cuerpo que le hacía perder el sueño y la conciencia lo dejó perdido en los recuerdos de momentos anteriores, cuando paseó sus labios por toda aquella piel suave y blanca. Se le hacía exquisita. Nunca había conocido a otra mujer en la intimidad, ni tenía curiosidad en ello, de solo pensarlo se le revolvía el estómago. Kate era su diosa, la única que le despertaba las ganas y estas se hacían insaciables.

Se acercó a ella, le dio un breve beso en los labios, un suave roce, sabía que si lo profundizaba acabarían en la cama de nuevo, y en esos momentos no podía caer en la tentación. Se jugaba mucho en la reunión que tenía pendiente, tanto como su propia vida.

Bajo la ducha, enjabonando su cuerpo, Kate pensaba en demasiadas cosas. Su conversación con Nelson Walsh, la posterior con Jasper y lo extraño que estaba su marido de una semana para acá. De repente, rememoró de nuevo en la mente la conversación mantenida con Nelson. Tras analizarla al detalle, algo se activó en su cabeza que hizo que se vistiese deprisa y fuese a casa de Ada. Si había una persona que la podía ayudar con aquellas sospechas era Robert.

Durante la semana que Jasper le pidió a Kate de tregua, solo se vieron por las noches, durante el día cada cual estaba inmerso con asuntos muy importantes que ocultaban al otro. Se amaban demasiado como para poner estos temas en común.

Nelson Walsh se reunió de nuevo con Kate a escondidas de Jasper y accedió a ser el donante anónimo de su sobrino ya que él mismo no se lo había pedido, como era su plan inicial. Para sorpresa de ella, no le pidió nada a cambio de inmediato. Ese hombre era peor de lo que pensaba, le puso como condición que ya se lo pediría él mismo a Jasper cuando estuviese curado. No pudo hacer otra cosa, sino aceptarlo. Eran las condiciones de ese monstruo para salvar al amor de su vida, por el contrario, ella estaba segura de que cuando Jasper se enterase de la verdad la despreciaría, pero al menos continuaría con vida.

Días después, con la ayuda de Robert, Kate descubrió algo del pasado que hundiría emocionalmente a Jasper para siempre. Junto con Ada, a la que hicieron partícipe del descubrimiento, decidieron que Jasper no supiese esa información por el momento. Quizá, lo mejor era que nunca la conociese.

El plazo de una semana que Jasper le pidió a Kate llegó a su fin, y fue ahí cuando ella le comunicó que había aparecido un donante anónimo y que este era compatible con él. Lejos de festejar la noticia, fue como si le hubiese dictado una sentencia de muerte.

—¿Qué ocurre, no te alegras? Podrás curarte —lo animó tomándolo del mentón. Sintió su abundante barba y advirtió que hacía días que no se afeitaba. Le recordó al Jasper que conoció en Morrison. Desde que salió de allí nunca había vuelto a llevar barba ni el pelo tan largo como lo llevaba ahora.

—No era la noticia que esperaba tener hoy —le reveló casi derrotado.

—¿No? Esto es muy bueno —trataba de convencerlo como si fuese un niño.

—Esperaba otra mejor. —En su rostro se reflejaba la decepción y el agotamiento.

—¿Qué ha pasado? El plazo de una semana pasó. Me prometiste contármelo todo —le exigió.

—Lo haré —murmuró resignado. La tomó de la mano y fue con ella hasta el sofá. Tenía que contarle aquello sentada.

De repente, Darrell entró como un huracán en el salón.

—Señor, debemos irnos. —Los interrumpió—. Un cambio de rumbo a su favor —anunció e intentó no mostrar la gran alegría que sentía en su interior.

Jasper se levantó como si un rayo lo hubiese alcanzado, se colocó el chaquetón y se reunió con Darrell en la puerta.

—Lo siento, Kate —se disculpó con prisas—. Te juro que esta noche te lo contaré todo, mi vida. Confía en mí. —Se acercó de nuevo a ella, petrificada en el sofá, le dio un beso y se fue sin más.

Ella se quedó en silencio, con la respiración alterada y una mala sensación que nunca había sentido antes. De repente, un móvil sonó y advirtió que era el de Jasper, se lo había dejado sobre la mesa. Fue hasta él y vio que tenía varios mensajes, lo que más le sorprendió fue que todos eran de Nelson Walsh. ¿Eso era lo que Jasper había estado haciendo a sus espaldas durante ese tiempo? ¿Tratar negocios con su tío? Leyó los mensajes y descubrió que Nelson lo citaba en una nave del puerto en una hora.

Kate cogió su móvil y llamó a Robert, él tenía que ayudarla. Algo le decía que Nelson Walsh, pese a la información que tenían de él y Jasper desconocía, se iba a deshacer de su sobrino de una vez por todas. Era una extraña sensación de la que Kate no se podía librar.

—¿Todo ha salido según lo planeado? —preguntó Jasper a Darrell una vez a solas en el coche.

—Los narcotraficantes ajustarán cuentas con tu tío. Ahora está en sus manos. El cargamento ha llegado vacío —anunció Darrell con una sonrisa de satisfacción—. Tu plan ha sido maestro. Hundir ese barco en medio del océano y que llegase otro exactamente igual a puerto lleno de contenedores vacíos y sin la droga esperada, pondrá a Nelson Walsh en una situación difícil. Tendrá que hipotecar la mayoría de sus propiedades para responder ante los narcotraficantes, y estos no perdonan. Tarde o temprano se desharán de él. Morirá de un tiro, como él hizo con tus padres.

—No se merece menos.

Jasper sentía que todo volvía a cobrar sentido. Había pasado la peor mañana de su existencia, incluso peor que cuando estuvo en Morrison y le inyectaban calmantes. Había pagado mucho dinero para que se descargase ese barco nada más llegar a puerto y los narcotraficantes descubriesen que no había nada. Cuando a Nelson Walsh le fuese notificado esto, se iba a poner muy nervioso.

De repente, Jasper se dio cuenta de que no iban en dirección al puerto. Deseaba ver de primera mano, a escondidas, cuando su tío se presenciase para revisar con sus propios ojos los contenedores vacíos. Si en algo lo conocía bien, era en que no se iba a fiar de la palabra de nadie, necesitaría verlo de cerca. Y él pensaba estar allí, en un lugar camuflado siendo espectador de primera mano.

—¿A dónde vamos, Darrell? Este no es el camino. —Lo miró reprendiéndolo y el hombre solo aceleró la velocidad del coche.

—Vamos a comprar una vida —le anunció.

Jasper lo miró y supo que Darrell había hecho algo a sus espaldas.

Media hora después, Jasper no sabía si reír, llorar o matar a alguien. El sentimiento de impotencia que albergaba su alma lo había dejado sin capacidad de reaccionar. Sentado en el coche, en el asiento del copiloto mientras Darrell conducía de nuevo, maldecía a Nelson Walsh, era mucho peor de lo que jamás llegó a pensar. Lo que más rabia le daba de todo es que lo había infravalorado como adversario. Su tío había jugado con él a su antojo, había comprado a personas que jamás llegó a imaginar. Había trazado un plan maestro al que aún no le encontraba fin alguno.

—¿Por qué? —Era lo único que repetía en bucle desde que se montaron en el coche en dirección de nuevo a los almacenes del puerto. Otro asunto se iba a desarrollar allí.

—Es lo que nos queda por averiguar para encajar las piezas del puzle —dijo Darrell centrado en el tráfico. Él tampoco le sacaba explicación lógica a lo que había hecho Nelson Walsh.

El móvil de Darrell sonó, el hombre lo cogió, no le importó ir conduciendo, en esos momentos era crucial cualquier cosa que pasase en el entorno de Jasper. Escuchó las escasas palabras que su interlocutor le dijo y le extendió el teléfono a Jasper.

—Es Robert, quiere hablar contigo. Dice que es urgente.

Robert no quiso decirle a Darrell toda la información que pensaba desvelarle a Jasper, este debía conocerla antes que su guardaespaldas, por mucho que lo considerase como a un padre para él.

—¿Qué ocurre? —preguntó intranquilo nada más coger el teléfono. Qué Robert lo llamase era motivo de preocupación ya que sus encuentros se limitaban en un parque a oscuras, nadie debía de saber que tenían relación alguna.

Durante más de cinco minutos solo lo escuchó, luego colgó con la mandíbula en tensión y sintiendo asco por él mismo.

—Corre, Kate está en peligro. Me dejé el móvil en casa y al parecer ella ha leído unos mensajes en los que el cabrón de Nelson me cita en el almacén del puerto. No sé cómo lo ha hecho, pero ese malnacido se ha enterado de todo. Sabe que estoy detrás de los contenedores vacíos y del cambio de barcos.

—Joder —maldijo Darrell. Lo único que le sorprendía era por qué Kate estaba metida en todo eso. Sabía a ciencia cierta que cuando Nelson descubriese los contenedores vacíos culparía a su sobrino, solo que contaban con que nunca lo pudiese confirmar tan rápido. Al parecer alguien se había ido de la lengua.

Tras un embarazoso silencio en el que Darrell esperaba más información, conocía bien a Jasper y la incomodidad con la que se revolvía en el asiento presagiaba algo gordo, Jasper explotó:

—Ya sé también por qué hizo todo lo que hizo ese mal nacido, por qué nunca me mató —murmuró Jasper en una especie de duelo. No tenía demasiado tiempo para pensar en aquello, ahora solo importaba Kate, pero lo que le reveló Robert lo había dejado impactado. Estaba seguro de que su tío la iba a matar, a ella sí. Esa sería su venganza al enterarse de la pérdida de la mercancía y caer en la ruina.

—Dímelo, porque no alcanzo ni siquiera a imaginarlo —manifestó Darrell dando un golpe

contra el volante, contrariado, ante el silencio de Jasper.

—Déjame digerirlo primero. Es demasiado impactante. Ahora debemos de impedir que Kate se cruce con Nelson. En estos momentos solo me importa ella, salvarla.

En silencio, en los escasos metros que faltaban para llegar, Jasper se encontraba más cerca que la policía del lugar donde Kate había acudido para reunirse con Nelson, según le dijo Robert cuando lo llamó, rezó por la vida de la mujer que amaba. Ya nada importaba, solo ella.

Cuando llegó al lugar de la cita, el coche de Nelson ya estaba allí. Jasper se aterrorizó cuando vio el coche de Kate, lo reconoció al instante. Era el mismo que tenía cuando trabajaba en Morrison. Habría jurado que cuando se volvieron a encontrar y se mudaron de nuevo a Londres se deshizo de él, pero al parecer no fue así. Había logrado despistar a la seguridad y acudir a donde fuera que tuviese ese coche. Maldijo para sus adentros, se bajó del todoterreno con decisión y miró a Darrell, este asintió comprendiendo lo que Jasper le preguntó sin palabras. Se abrió un poco la chaqueta negra que siempre llevaba y le mostró dos pistolas. Le extendió una a Jasper y ambos entraron al lugar con sigilo.

Nada más poner un pie en el almacén, la puerta estaba medio abierta, se encontraron a Kate sentada en una silla giratoria, maniatada y amordazada. A Jasper le dio un vuelco el corazón al verla. Ella lo miró con ojos de horror, advirtiéndolo de algo, pero no hubo tiempo de reacción, el disparo de Nelson alcanzó de lleno a Darrell. Tras el impacto, el hombre cayó al suelo y Kate cerró los ojos, sabía que había llegado su fin. Nelson la iba a matar, solo estaba esperando a hacerlo delante de Jasper, como ya le había expuesto minutos antes mientras la torturaba con sus maquiavélicos planes.

Barnett, el matón personal de Nelson, apuntó a Jasper directo al corazón cuando lo vio moverse para hacer uso de su pistola. Mientras, Nelson Walsh bajó su arma y se acercó a su sobrino con tranquilidad. Sus pasos mostraron la seguridad que tenía en todo aquello. Con calma, miró a Jasper en silencio, recorriéndolo de arriba abajo.

—Lo he descubierto todo —le escupió las palabras muy cerca, sintiéndose orgulloso de ello. Le mostraba que, a pesar de su edad, él era más listo e inteligente que Jasper.

—Yo también —contraatacó Jasper, con una sonrisa detestable, sosteniéndole la mirada y retándolo. Tenía ganas de matarlo, y de no ser por la posición en la que se encontraba Kate no lo hubiese dudado.

—Un plan maestro, querido sobrino, he de admitirlo. Si no fuese porque ha sido en contra de mí hasta te aplaudiría, pero resulta que me has jodido la vida y no puedo pasarlo por alto. Teníamos un trato, ella. —Desvió la vista y la clavó en los ojos azules de Kate—. Si tú no hacías nada en mi contra, ella permanecía con vida. Ese era el trato. Has incumplido. La señora Mckay lo pagará. —Se acercó a Kate y la apuntó con la pistola, pegándola a su cabeza. Ella sintió el frío metal y cerró los ojos de forma involuntaria—. ¿Te sorprende que sepa que estáis casados? —Nelson sonreía, disfrutaba con aquello—. Tu mujer me lo dijo. ¿No lo sabías? —preguntó sonriente al ver la cara de sorpresa de Jasper.

Él la miró de inmediato buscando que ella se lo negase, pero Kate asintió con pesar. Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos al leer la decepción en los de su marido.

—Podemos negociar, no le hagas daño —vociferó desesperado. Eran dos en contra suya y tenían a Kate, y no sabía si Darrell estaba muerto. Permanecía tirado en el suelo sin moverse ni dar señales de vida.

—Eso fue lo que hizo ella en varias reuniones que mantuvimos a tus espaldas—reveló Nelson con maldad. La tomó fuerte por el pelo e hizo que ella lo mirase—. Esta mujer te quiere de verdad, lástima que por tu afán de venganza tenga que morir. ¿Sabes qué? Vino a ofrecerme la

mitad de tu fortuna, de la que es dueña por ser tu esposa, si te donaba mi médula de forma anónima.

Jasper la miró descolocado. Desconocía aquello. Por los ojos de Kate resbalaban lágrimas, era demasiado. La situación la superaba. Jasper no merecía ver cómo el despiadado de Nelson terminaba con ella ante sus ojos, aquello lo mataría.

—Cabrón, hijo de puta. Te mataré, te lo juro. Nada me impedirá hacerlo. Mátame cuando termines con ella o yo lo haré contigo —le advirtió con odio reflejado en la mirada—. Ten por seguro de que de estas cuatro paredes uno de los dos no sale con vida —escupió las palabras con asco. La impotencia y el miedo que sentía en esos momentos no los había experimentado nunca. Ver a Kate en aquella situación lo desgarraba.

—No pierdas el tiempo insultándome —le advirtió Nelson al presionar más la pistola en la cabeza de Kate—. ¿Quieres despedirte de ella? Hazlo, te concedo unos minutos. —Se distanció un poco de Kate, pero continuó apuntándola. Barnett no dejaba de apuntar a Jasper. Cuando fue a acercarse a ella para tocarla, Nelson se lo impidió—. Despídete con palabras, no la vas a volver a tocar más.

—Este hijo de puta —Miró a su tío escupiendo las palabras—, lo armó todo. —Nelson lo observó con atención—. Se merece conocer la verdad antes que la mates, ¿no crees? —preguntó con un grito en tono de reproche.

—Adelante. —Soltó una estridente carcajada que hizo que Kate sintiese ganas de vomitar.

—No estoy enfermo, nunca lo estuve. No tengo leucemia —le gritó desesperado—. Todo fue un plan de este ser despreciable. Inventarse que tengo una enfermedad. —Nelson no se esperaba aquella revelación. Lo miró con los ojos desencajados y le tembló el pulso—. ¿Sorprendido? —le preguntó al ver que lo había descolocado—. Al parecer nos parecemos más de lo que yo quisiera. Ambos somos capaces de trazar planes brillantes contra el otro.

Kate miraba a Jasper y a Nelson, estos se retaban con las miradas.

—¿Cómo lo has descubierto? —escupió Nelson.

—¿Decepcionado, tío? —se burló de él, lo miraba con media sonrisa fingida.

Kate se removía en la silla, pero los agarres que la mantenían pegada a ella no se movían ni un ápice.

—Da igual que lo hayas descubierto, ya todo está perdido. Intenté hacer las cosas bien, que me perdonases de alguna forma, por lo visto de nada sirvió.

—¿Que te perdonase? —bramó alzando la voz y dio un paso hacia él, mientras Barnett lo encañonaba más de cerca—. ¿Crees que se puede perdonar de alguna forma al hijo de puta que mató a sangre fría a tus padres?

—No fue así. Yo no quería matarlos —se defendió entre gritos, alterado.

—¿Te olvidas de que yo lo vi? —lo acusó.

—No sabes mis razones.

—Me las imagino —ironizó.

—Tú no sabes nada.

—Sé más de lo que me gustaría —pronunció con asco—. ¿Puedes decirme cual era el motivo para inventar y armar toda la trama de mi enfermedad? —Necesitaba ganar tiempo, sabía que Robert y sus hombres venían de camino.

—Si yo te donaba mi médula y te salvaba la vida estarías agradecido siempre conmigo por eso. No soporto que me odies, y no se me ocurrió otra forma de ganarme tu perdón y tu afecto.

—Tenerme diecisiete años encerrado no ayudó —escupió entre dientes.

—Eras muy rebelde. Nunca aceptaste mis condiciones.

—Nunca acepté que un asesino estuviese en libertad.

—Todo fue un accidente. Nunca quise matar a tu madre, ni a mi hermano.

—Déjame dudar.

—¿Cómo descubriste lo de tu enfermedad? —preguntó serio, concentrado en el rostro de Jasper.

—Cuando me notificaron que eras accionista minoritario del laboratorio que me dio el falso tratamiento experimental. Lo organizaste todo, esos hombres en la jugada de póker, que me hablasen del laboratorio, y luego, a los meses, llegó mi falsa enfermedad. Compraste y chantajeaste a media plantilla del hospital, todo fue un circo muy bien orquestado. Casi consigues tu objetivo, ¿pero sabes qué? Jamás te hubiese visto diferente de lo que eres, un asesino que me arruinó la vida. Mereces morir como mis padres, y estoy seguro de que tarde o temprano lo harás.

—Te has encargado de ello —asintió con pesar, a sabiendas de que pronto sus socios narcotraficantes lo matarían—, pero antes verás la muerte de la bella Kate. Dile adiós para siempre. —La apuntó de cerca de nuevo. Jasper vio el terror en sus ojos azules, muy abiertos y deseó ser él quién estuviese en su lugar.

De repente, a Jasper se le iluminó la mente y tuvo una idea. Decidió arriesgarlo todo, no tenía otra salida.

—No la vas a matar —pronunció con calma, haciéndole sentir a Nelson que él tenía el poder.

Jasper iba a jugarse esa carta, era la vida de Kate la que estaba en peligro y Robert tardaba demasiado en aparecer.

—¿Qué te hace pensar que no lo haré? —preguntó Nelson sonriente.

—El hecho de que no me has matado a mí durante todos estos años. No has podido. Y ahora tampoco podrás hacerlo al saber que ella lleva un hijo mío en su vientre.

Kate miró a Jasper y él la tranquilizó con la mirada, le decía que le siguiese el juego.

—¿Estás embarazada? —Tomó a Kate fuerte del pelo e hizo que lo mirase. Ella asintió con lágrimas.

—Lleva a tu nieto en su vientre. ¿La vas a matar? ¿Los vas a matar? —escupió las palabras taladrándolo con la mirada.

Kate lo miró estremecida, preguntándose desde cuándo Jasper sabía que era hijo de Nelson. Ella lo había descubierto hacía poco y no se atrevió a desvelárselo.

—¿Qué has dicho? —preguntó Nelson con la voz apagada. No podía asimilar que Jasper supiese toda la verdad. Que lo mirase con el odio que manaba de sus ojos. Él siempre lo había querido y protegido, a su manera.

—Para mi desgracia, soy tu hijo. Esa es la verdadera razón por la que no me asesinaste la misma noche que lo hiciste con mis padres, ¿verdad? Y por la que no lo has hecho en todos estos años.

Nelson bajó la pistola, abatido, derrotado. Nunca hubiese deseado que Jasper supiese la verdad. El odio con el que lo miraba superaba al que ya era consciente del que le tenía.

—Mi hermano me lo arrebató todo —vociferó herido—. Tu madre y yo éramos novios, nadie lo sabía, pero nos queríamos. De la noche a la mañana Thomas enamoró a Beatrice cuando vino a pasar unos días a casa. Yo no sabía que ella estaba embarazada, lo descubrí años después, y fue cuando estuve dispuesto a reclamar mis derechos como padre. Eras mi hijo y quise recuperarte, a eso fui esa noche a casa de mi hermano, a decirle que iba a hacer público que eras mi hijo legítimo y pensaba luchar legalmente por ti.

—Pero los mataste. A los dos.

—Tu madre no debió de ser el objetivo de esa bala, ella nunca debió morir. Yo la amaba, aún la amo —confesó abatido—. Nunca he querido a nadie como a ella. —Necesitaba que su hijo conociese la verdad de cómo fueron las cosas en el pasado. Su amor por Beatrice fue lo más limpio y puro que sintió en su vida.

—Dudo que sepas lo que es ese sentimiento. Solo te quieres a ti mismo y al dinero —le reprochó.

—Thomas siempre lo tuvo todo. El título, las mejores notas, era el preferido de nuestros padres, y de adultos me arrebató a Beatrice y a mi hijo. Sí, odiaba a mi hermano. No me arrepiento de su muerte, pero de la de tu madre sí. Ella era una buena mujer que se dejó embaucar por la elegancia y la guapura de mi hermano mayor.

—Mataste a tu hermano a sangre fría —afirmó, pero él solo escuchó un disparo y luego vio el cuerpo de su padre con sangre alrededor, muerto.

—No —gritó tan alto que resonó en todo el almacén—. Nos peleamos. Fue una lucha entre los dos a vida o muerte. Ambos lo sabíamos. Por primera vez en mi vida fui yo el que tuve más suerte.

—Me das asco. Me doy asco a mí mismo por ser tu hijo. Desearía estar muerto en estos momentos antes que reconocerlo en voz alta.

—Sé que nunca me vas a perdonar, pero yo te quiero. —Intentó acercarse a él, pero Jasper retrocedió. Nelson estaba al límite. Nunca pensó que el hecho de que su propio hijo lo mirase de aquella manera doliese tanto. Por primera vez deseó estar muerto como su hermano, al menos estaría en la memoria de su hijo como alguien a quien quiso y admiró.

—Nunca te perdonaré. Jamás sentí siquiera afecto por ti. De pequeño recuerdo haberte visto tan solo un par de veces.

—Tu padre y yo no nos hablábamos. Dejé de hacerlo cuando me arrebató a Beatrice.

—Me alegra no tener ni siquiera un buen recuerdo de ti que pueda opacar este gran odio que siento. Esto es el fin, tú o yo. Hoy se vuelve a repetir la historia, uno de los dos saldrá de aquí con los pies por delante —aventuró seguro de ello.

Kate se removía en la silla, intentaba zafarse mientras Barnett presenciaba la conversación entre padre e hijo con la pistola medio bajada. Él era conocedor de todos los secretos y jugadas de Nelson, y que Jasper conociese la verdad lo dejó tan descolocado como a su jefe. En este leve descuido, de repente, Barnett cayó al suelo con un tiro certero en el pecho. Darrell estaba incorporado en el suelo, apoyaba en una mano todo su peso, se tambaleaba un poco debido a que había perdido mucha sangre y tenía una tez mortecina, pero tenía que salvarlos. No pudo disparar a Nelson, no terminó con aquello como le hubiese gustado, se le nubló la vista y cayó desplomado de nuevo en el suelo. Kate gritó a pesar de estar amordazada, el sonido solo resonó en su propia garganta, dañándose al ver que la única oportunidad de salir vivos de allí se desvanecía. Estaba segura de que Nelson los mataría a los dos.

Jasper y Nelson quedaron frente a frente. Dos titanes midiéndose con las miradas. Jasper tenía un arma en la mano, la que le dio Darrell al bajar del coche, y apuntaba a Nelson, este también lo hacía a su hijo. De fondo sonaron las sirenas de la policía. El corazón de Kate se aceleró aún más mientras que Nelson Walsh se supo sin escapatoria. Miró a su alrededor y se vio solo, tal y como había estado durante toda su vida.

Cuando la policía entró en el almacén, se encontraron con ambos hombres apuntándose y les ordenaron que bajasen las armas. Ninguno de los dos les hizo caso. Se medían con las miradas, se conocían lo suficiente como para saber que ninguno sería el primero en dejar la pistola sobre el suelo. Nelson pensó que solo había dos posibilidades, o uno apretaba el gatillo primero o los

policías los abatían a tiros a ambos. Había un rehén, Kate, a la que tenían que salvar. Nelson no sabía que Robert estaba aliado con Jasper desde hacía tiempo, y que la policía no dispararía a Jasper. Acorralado como nunca antes en su vida, pensó con rapidez, y supo que ya era hora de hacer por su hijo lo que no había hecho en años; demostrarle que lo quería y le importaba. En un gesto rápido y desesperado, se llevó la pistola al cielo de la boca y disparó sin pensarlo más. Todo fue tan inesperado e impactante que la policía no pudo impedirlo. Jasper vio caer al suelo, como en cámara lenta, el cuerpo de su padre. Salpicado de la sangre de este, se limpió la cara y corrió al lado de Kate. Tenía que comprobar que estaba bien. Ya nada más importaba. Nelson Walsh estaba muerto, todo había terminado y lejos de sentir pena por el cuerpo que yacía a escasos metros de sus pies, sintió alivio. Se sintió liberado. Una gran paz recorrió su interior. Mientras acunaba a Kate entre sus brazos, miró en dirección al cielo en un acto que les decía a sus padres que por fin su asesino había pagado por lo que les hizo años atrás. Nunca sentiría a Nelson Walsh como a su padre, para él siempre sería el monstruo que le trunció la vida.

—¿Cómo está Darrell? —preguntó con impaciencia Kate cuando escuchó que Jasper entró en casa. Lo esperaba en el sofá, envuelta en una manta, en pijama y con un té en la mano.

Jasper insistió en que la viese un médico, que la llevasen al hospital, pero ella lo convenció de que estaba bien. Solo la habían sentado en una silla maniatada, no le dieron ningún golpe, solo era la impresión de lo vivido y la angustia. Ada y Robert se fueron con ella a casa, la acompañaron hasta que Jasper les dijo que iba de camino para allá a altas horas de la madrugada, después de lo ocurrido ninguno podía dormir.

—La operación fue bien. Le extrajeron la bala. Los médicos son optimistas, se salvará —le informó sentándose a su lado y envolviéndola con sus brazos. Le besó el cuello y aspiró su aroma. No se separó de su lado, permaneció ahí durante largos minutos. Lo necesitaba. Haber estado a punto de perderla le hizo quererla y protegerla más.

—Me alegro por Darrell. ¿Tú qué tal estás? —Empujó con las manos su duro pecho para separarlo de ella. Necesitaba mirarlo a los ojos—. Me preocupas, tenemos muchas cosas de las que hablar.

—Estoy bien si tú lo estás. El resto pasará. —Volvió a abrazarla y se refugió en ella como cuando era pequeño y lo hacía en el regazo de su madre.

—Hoy has vivido emociones muy fuertes e impactantes, ¿quieres que hablemos de ello? No es bueno que te las quedes para ti, exteriorízalas.

—¿Me hablas cómo mi mujer o cómo mi psiquiatra? —inquirió al levantar un poco la cabeza y mostrarle una leve sonrisa apenas perceptible.

—En estos momentos solo me gustaría ser tu amiga, y que confiases en mí.

—Eres mucho más que eso. Eres mi todo, mi principio y mi fin. La única razón por la que respiro.

—Entonces, háblame. Por ahora lo que más me interesa es la parte de tu falsa enfermedad. Robert me ha puesto al tanto, pero también quiero que lo hagas tú. —Lo tomó por las mejillas con ambas manos, acercó sus labios a los suyos y le dio un cálido beso—. No estás enfermo, eres un hombre sano. No sabes cómo lo celebro.

—Eso era de lo que no te podía hablar cuando te pedí tiempo, cuando te supliqué que me dices una semana. Estábamos tras la posible pista, habíamos averiguado que mi tío era accionista del laboratorio, las dudas surgieron, pero no podíamos contártelo, no podía hacerte ilusiones. Si luego no resultaba cierto...

—Estás bien. Es lo único que importa. Dejemos atrás los malos momentos vividos.

—Lo siento más por ti que por mí. Sé que sufriste mucho con el proceso de mi supuesta enfermedad, y cuando te dije que no aceptaría la médula de mi tío, bueno... mi padre...

Agachó la cabeza incapaz de seguir hablando, avergonzado. Kate lo miró a los ojos, los tenía con lágrimas en ellos a punto de brotar. Había vivido demasiadas emociones fuertes en las últimas veinticuatro horas.

—Mírame. —Lo obligó tomándolo del mentón—. No te tortures con eso, te conozco. Tu padre es y siempre será Thomas, él te crio y te quiso sin condiciones. Me has contado en más de una ocasión que fuiste muy feliz de niño, quédate con esos recuerdos y sigue considerando a

Nelson como tu tío. No pienses en él como tu padre, porque no lo es. Padre es quién cría y da amor, y Nelson no hizo nada de eso.

—Ayúdame con todo esto que siento y no sé cómo manejar. Me estoy volviendo loco —le rogó aferrándose a ella mientras unas lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Solo nos queda ser felices, mi amor. —Lo acunó y lo consoló—. Tu tío, el mayor obstáculo en nuestras vidas, ha desaparecido. Vas a poder probar tu identidad y recuperar todo lo que es tuyo por derecho. Te corresponde ser el duque de Gordon.

—Yo solo quiero ser tu marido y hacerte feliz por el resto de mi vida. No me importa nada más —murmuró sobre su pecho.

—Jasper... hay algo que tengo que decirte. Quiero que todo quede claro entre tú y yo hoy—. Él se incorporó y la miró asustado. Esperó que continuase hablando—. Hacía unos días que yo sabía que Nelson Walsh era tu padre. Una conversación que mantuve con él me hizo sospecharlo y tomé un pelo de ambos e hice un análisis de ADN.

—Lo sé, Robert me lo contó hoy todo. No te sientas mal por no decírmelo, yo hubiese actuado igual. —La abrazó y le dio las gracias por estar ahí de forma incondicional desde que llegó a su vida—. Una duda, ¿cómo lo sospechaste? Nunca lo hubiese pensado.

—Te mantuvo con vida durante años, a su manera cuidaba de ti, se preocupaba de ti. Cuando fui a hablar con él, a pesar de ser tu enfermedad una farsa, lo vi con ganas de ayudar y colaborar, y eso en un hombre como él me extrañó. En nuestro último trato no me pidió dinero ni propiedades a cambio de ser tu donante, solo quiso que después de recibir su médula tú supieses que procedía de él. Solo deseaba agradecimiento por tu parte. Aproveché esa ocasión, cogí un pelo de él y uno tuyo y... confirmé mis sospechas. Ada y Robert fueron los primeros en saberlo. Entre los tres decidimos que por el momento no era conveniente que esa información llegase a ti.

—¿No podemos ir a la cama? Solo quiero cerrar los ojos y estar abrazado a ti. —Se dio por satisfecho tras su explicación.

—Vamos. —Le tendió la mano y juntos llegaron a la habitación. Kate lo observó mientras lo desvestía como a niño pequeño, estaba derrotado.

Se acostaron en silencio entre miradas cómplices, él la pegó junto a su pecho y la retuvo allí con fuerza. Permanecieron en silencio unos minutos más, pero Jasper notaba a Kate inquieta, como si le quisiese decir algo sin saber cómo expresárselo.

—¿Qué te ocurre? —preguntó en un susurro con los ojos cerrados.

—Solo una pregunta y te dejo dormir —sonó como un ruego.

—Dime —murmuró.

Se incorporó un poco y lo miró, él no abrió los ojos, sentía que le pesaban demasiado como para hacerlo.

—Cuando le dijiste a Nelson que llevaba un hijo tuyo en mi vientre... Tú... tú, ¿cómo lo sabías? Me hice la prueba ayer y no se lo dije a nadie aún. Me quedé paralizada cuando lo soltaste allí.

—¿Qué? —Jasper se incorporó de la cama, apartó a Kate de su lado, como si un rayo hubiese entrado en su cuerpo—. ¿Qué has dicho? —preguntó con los ojos muy abiertos. Ella lo miraba sin entenderlo—. ¿Estás... estás... em-ba-ra-za-da? —pronunció con lentitud.

Kate asintió con toda la naturalidad del mundo, se llevó una mano al vientre y se lo masajeó. Fue en ese momento en el que se dio cuenta de que Jasper no sabía nada de su embarazo.

—¿No lo sabías? Yo creí que...

—Lo de mi tío fue un farol, necesitaba ganar tiempo y buscar una forma de que no te matase, solo se me ocurrió eso —le explicó acelerado. Tenía el corazón a mil—. ¿Voy a ser padre? —

preguntó casi con miedo, con los ojos muy abiertos.

—Vamos a ser padres —confirmó Kate con lágrimas en los ojos.

Él la abrazó y la besó eufórico. De repente, había pasado todo el cansancio que lo asolaba minutos antes.

—Voy a tener un hijo —dijo al tratar de convencerse de la buena nueva.

—Serás un estupendo padre, no me cabe la menor duda.

—¿Cuándo podremos saber si es un niño o una niña? —preguntó ansioso.

—Aún es pronto. Solo me he hecho una prueba en casa, tengo que ir al médico.

—Iremos mañana mismo.

—Me alegro de que esta noticia te haga tan feliz. —Lo abrazó y se refugió en su calor.

—Todo lo que venga de ti me hace feliz. —La besó, recorrió su cuerpo con caricias y se tumbaron de nuevo en la cama, abrazados.

—¿Puedo hacerte el amor? —preguntó con miedo, pidiéndole permiso—. Digo, ahora con el bebé ahí...

Kate soltó una carcajada, Jasper nunca dejaría de ser su niño-hombre, lo atrajo hacia ella con ganas y lo besó dejándolo jadeante.

—Puedes hacerme el amor, claro que sí. No hay peligro alguno para el bebé. —Se lanzó sobre su boca y la devoró, continuó por el cuello y llegó, entre cálidos y tortuosos besos, hasta su vientre, aún plano—. Pero, ¿tú no estabas muy cansado? —se quejó sonriente y encantada del momento.

—La noticia ha sido como una inyección de adrenalina. No creo que pueda dormir en toda la noche.

Cuando conciliaron el sueño era casi media mañana, pero nada importaba, ni las horas ni el desorden. Eran solo ellos dos, abrazados en una enorme cama, bajo el calor de sus cuerpos y la protección del que sería su hogar de ahora en adelante.

Cuando se despertaron eran las cinco de la tarde. El estómago de Kate rugía. Necesitaba comer. Se dieron una ducha rápida, juntos, y fueron a la cocina entre abrazos, besos y miradas cómplices. Ambos sentían que estaban más enamorados que nunca.

Jasper observaba embelesado todo lo que Kate comía. Sentada frente a él, la admiraba. Sentía que era la mujer más maravillosa sobre la tierra.

—El embarazo te da hambre —dijo sin dejar de observarla. Tenía la boca llena y masticaba con ganas a dos carrillos.

—Tú me das hambre —lo corrigió haciendo que sonase como una acusación mientras lo señalaba con el dedo y le sonreía con la mejor de sus sonrisas—. Me has hecho el amor dos veces. Tengo que recuperar fuerzas y energías.

—Me pasaría el día en la cama contigo si no fuese porque tenemos que ir al médico.

Kate arrugó el entrecejo mientras bebía.

—¿Al médico?

—Sí, tenemos que comprobar que todo con el bebé esté bien.

Escucharlo preocuparse por su hijo hizo que el corazón le diese un vuelco.

—Está bien, iremos en cuanto terminemos con la comida. No quiero que nada te preocupe. Solo nos queda ser felices. Te mereces todo lo mejor del mundo.

—Te aseguro que ya lo tengo junto a ti. —Se levantó, fue hasta su lado, la rodeó con los brazos y la besó.

Cuando iban en el coche, camino del hospital, Jasper conducía, le hizo una pregunta que le rondaba la cabeza. En su fuero interno, aún sabía que a pesar de ser un hombre que había aprendido mucho, en algunos temas se consideraba un pardillo, y este era uno de ellos.

—Kate, tengo una pregunta —le reveló con miedo.

—¿Qué ocurre? Dime —Lo miró confusa, mientras él tenía la vista clavada hacia delante.

—Tomabas la píldora para no quedar embarazada. Hablamos de no tener hijos hasta más adelante cuando nuestras vidas no fuesen un caos y las amenazas desapareciesen. ¿Qué pasó?

—Decidí dejar de tomármelas cuando te diagnosticaron la leucemia. Si todo salía mal... Igual fue muy egoísta por mi parte hacerlo a escondidas, pero necesitaba algo de ti a lo que aferrarme si te perdía. Algo nuestro para siempre.

Un emocionado Jasper le cogió la mano y se la llevó a los labios. Le dio un beso y cuando estacionaron delante del hospital se volvió hacia ella.

—Es la prueba de amor más grande que me podías haber dado.

—¿No estás enfadado?

—No. Estoy orgulloso de la mujer que el destino ha puesto en mi camino.

Ella lo besó y se tomaron su tiempo dentro del coche.

—¿Vamos a ver qué tal está nuestro bebé? —propuso Kate.

—Lo estoy deseando.

Después de la consulta con el ginecólogo y hacerse una ecografía, comprobaron que el bebé estaba muy bien. Unos sonrientes y futuros padres salieron de la consulta cogidos de la mano.

Como se encontraban en el mismo hospital en el que Darrell permanecía ingresado, Kate insistió en subir a verlo. El hombre se alegró mucho de la visita y mucho más cuando le dijeron que iban a ser padres.

Darrell había pasado una buena noche, los médicos presagiaban que si todo seguía así, en unos días se podría marchar a casa. El disparo fue en el hombro, cerca de la clavícula, por lo cual sería una recuperación molesta, pero había salvado la vida.

Antes de marcharse, Jasper lo miró y Darrell supo leer en sus ojos lo que pasaba por su mente.

—Nunca supe que eras hijo de Nelson Walsh. Fui el hombre de confianza de tu padre, pero te juro que ese secreto jamás me lo llegó a confesar. Sí sabía que Nelson estuvo enamorado de tu madre, pero nada más. Ni siquiera sabía que tuvieron algo en el pasado.

Ante aquella confesión, Jasper se quedó más tranquilo. Quería a Darrell como si fuese de su familia y lo hubiese defraudado que no le revelase aquello, de saberlo.

—Gracias. Necesitaba oírlo de tu boca.

—Ahora céntrate solo en ser feliz, muchacho. Te lo mereces.

Jasper abrazó a Darrell y se marcharon.

Luego, Jasper llevó a Kate a un lugar que ella no esperaba. Le dijo que quería pasear por la calle con tranquilidad, hacía un buen día y ella lo aceptó. Pero Jasper tenía otro elaborado plan que no le contó.

Entre mimos, abrazos y besos, tomada de la mano, la llevó hasta el London Eye, le dijo que quería volver a subir en la noria y Kate aceptó. Cuando montaron en el cubículo de cristal que les tocaba, a Kate le sorprendió que tan solo lo hiciesen ellos dos a pesar de la larga cola que tenían detrás. Jasper la abrazó y pegó los labios a su cuello, sintiendo el pulso de su respiración mientras ambos admiraban las vistas de todo Londres.

—Esto es maravilloso. Siento una paz y una felicidad que no he sentido antes. ¿No te ocurre lo mismo?

—Me siento el hombre más feliz de la tierra. Tú y solo tú has hecho posible que olvide mi pasado y me centre en un futuro lleno de amor a tu lado.

—Estoy muy orgullosa de ti, del hombre en el que te has convertido. No cambies nunca, mi amor.

Jasper la besó, se apartó un poco de ella y cuando estaban en lo más alto de la noria, esta se paró por completo. Entonces, él hincó una rodilla en el suelo, sacó un anillo y se lo mostró junto con una sonrisa maravillosa que hizo que a Kate se le saltasen las lágrimas de inmediato.

—¿Quieres casarte conmigo? —le pidió con la mirada más romántica que jamás le hubiese brindado.

—Pero, ¿nosotros no estamos ya casados? —preguntó confusa mientras se apartaba las lágrimas que le impedían verlo bien.

—Estás casada con Sam Mckay, un hombre que no existe. En menos de un mes volveré a ser Jasper Walsh. Las pruebas de ADN que realizaste con mi tío serán de gran ayuda para acelerarlo todo. Quiero que seas mi mujer. La duquesa de Gordon.

Kate tiró de la mano de Jasper, asintió, lo abrazó y lo besó mientras no paraba de decir:

—Sí, sí quiero.

Jasper le colocó el anillo, emocionado. La noria comenzó a descender y allí abrazados contemplaron las vistas de nuevo, sintiéndose completos y felices para siempre.

3 meses después.

—¡Qué lugar tan espectacular! Es una maravilla que vayas a vivir aquí —dijo Ada con la vista clavada en el paisaje tras los cristales del balcón.

—Es un lugar precioso. A mí me gustaba el *loft* de Londres, pero Jasper insistió. Y si a él le hace feliz... No puedo negarle nada.

Jasper recuperó su nombre y el título que le correspondía, y junto con ello la casa que perteneció a sus padres, en la que vivió de pequeño. Los demás bienes de su tío, descubrió que en la lectura del testamento era su legítimo heredero, los donó a asociaciones benéficas. Se lo encargó a su suegra, que le gustaban mucho esas cosas y así la mantenía alejada de su vida, ya que desde que se enteró que Kate se iba a casar con un duque y esperaba un hijo de él, desarrolló un apego y un cariño hacia su hija jamás manifestado con anterioridad.

Ada se volvió y admiró el vestido de novia que reposaba sobre la cama, esperando que Kate se lo pusiera. Ese día se casaba con Jasper en los jardines de la mansión que sería su hogar de ahora en adelante. Aquella iba a ser la primera noche que pasasen allí. Jasper había remodelado y acondicionado toda la casa, deseaba pasar la noche de bodas en el lugar que tan feliz fue de pequeño. También era cierto que ahí vio cómo mataban a sus padres, pero los buenos recuerdos se sobrepusieron a los malos y decidió que quería que el resto de su vida y la de su familia se desarrollase allí. De pequeño, su padre, siempre consideraría a Thomas como tal, le decía que allí habían vivido todos los duques de Gordon, le contaba tradiciones, fiestas y él siempre deseó envejecer en ese lugar. La estancia donde asesinaron a sus padres la derrumbó y creó otra orientación de la casa. No deseaba que cada día cuando bajase las escaleras le viniesen a la mente ningún tipo de malos recuerdos.

Unos toques a la puerta hicieron que Kate y Ada gritasen a la vez.

—No se puede pasar. La novia casi está lista.

Solo faltaba que se colocase el vestido. Kate estaba peinada y maquillada, con los zapatos puestos y el ramo listo en el tocador.

—Te espero abajo, mi vida. No me hagas esperar —dijo Jasper, nervioso, tras la puerta.

—Tres minutos y estoy. Soy la del vestido blanco, por si no me reconoces —bromeó. Ella también estaba nerviosa. Se veía rara, hacía demasiado tiempo que no se maquillaba de forma profesional ni se recogía el pelo de manera sofisticada.

—Te reconocería de cualquier forma. Tus ojos te delatarían —le dijo en tono burlón mientras se alejaba por el pasillo.

Desde hacía tres meses era un hombre completamente feliz, sonreía casi todo el día y sus ojos siempre estaban rebosantes de alegría.

Ada la ayudó a colocarse el sencillo vestido blanco a Kate, que a pesar de estar de cuatro meses de gestación apenas se le notaba el embarazo. Cuando le abrochó el último botón de la espalda, la admiró.

—Estás espectacular. Me quedo sin palabras, amiga. —Se le saltaron las lágrimas y la abrazó.

—No me hagas esto, Ada. No podemos llorar ahora —se quejó Kate con una sonrisa. Se separó de ella y cogió el ramo.

Antes de salir de la habitación, se admiró en el espejo. Le gustó el resultado que vio. Cuando fue a buscar el vestido de novia, no sabía exactamente cómo lo quería, pero cuando vio el que llevaba, supo que era ese. Sencillo y elegante, en blanco roto, manga larga, no muy ajustado a las caderas y con una espalda espectacular, llena de transparencias, botones y cristales.

Cuando Jasper vio aparecer a Kate casi se le cortó la respiración. Deseó tomarla de la mano, salir corriendo, besarla y amarla en la intimidad.

Resultó una ceremonia muy especial, en la que solo asistieron los familiares más directos de Kate, su amiga Ada, Robert y Darrell. Después, ofrecieron una comida en el jardín, hacía un buen día de verano y Jasper deseó que todo transcurriera deprisa. Tenía ganas de disfrutar de su esposa en la intimidad, sin que nadie se la robase para hacerse fotos o felicitarla.

Después de despedir al último invitado, Jasper tomó a su esposa de la mano y se encaminó con ella a la habitación principal de la casa. La que compartirían el resto de sus vidas. Había mandado a decorarla de forma especial para esa noche, era una sorpresa para Kate. Con extrema agilidad, la tomó en brazos, ella cogió la larga cola del vestido entre las manos para que su marido no tropezase con ella, y la llevó a la habitación.

—¿Preparada para vivir una vida entera conmigo? —preguntó Jasper mientras cruzaban el largo pasillo—. A veces, soy algo difícil, lo admito, pero siempre serás lo primero en mi vida. Te lo juro.

La habitación estaba decorada con pétalos de rosa, corazones y un gran letrero en la cama que decía: *Te amo*, esto emocionó a Kate. Hasta el momento, Jasper nunca había pronunciado esas palabras en voz alta ante ella.

—Te amo —pronunció Kate con orgullo cuando él la depositó en la gruesa alfombra tono beige que presidía la estancia. Lo besó y se demoraron en ello—. Quiero escuchártelo decir —le rogó—. Dime esas dos palabras exactas que tanto anhelo escuchar de tus labios desde hace tanto tiempo.

—Te amo —pronunció Jasper al instante—. Pero creo que eso ya lo sabes. —Le sonrió, la estrechó en sus brazos y le besó el cuello con mimo.

—Sí, lo sé. Solo quería escuchar cómo suena en tu voz. —Le tocó el pelo, de nuevo lo llevaba muy corto, y le recorrió el suave rostro con una mano, trataba de grabar ese momento para siempre en su memoria.

—¿Y cómo suena, señora Walsh? —preguntó intrigado.

—Pura melodía que consigue emocionarme y erizarme la piel. Te amo, eres mi sueño cumplido.

—Vaya, si todo eso produce en mi mujer, tendré que decirlas más a menudo. —Sonrió y la besó.

—Todas las veces que quieras, nunca me cansaré de oírlo —murmuró entre besos.

—Te amo, te amo, te amo, te amo —repitió sintiendo orgullo al decirlo.

Caminaron juntos, sin separarse, hasta la cama. Se tumbaron, se acariciaron y disfrutaron del momento, intercambiando todos los *te amo* que habían faltado antes.

—¿Por qué te costó tanto decirlo hasta ahora? —preguntó curiosa. Necesitaba comprender esa última sombra en la mente de Jasper. Estaba segura de que existía una razón.

—Porque todo lo que he amado en esta vida ha desaparecido, tenía miedo de que te fueras también. Por ello nunca lo dije en voz alta, una estupidez, quizá. Pensaba que si no se enteraba nadie no podrías desaparecer nunca de mi lado —le explicó casi con miedo.

—Nunca voy a separarme de ti. Creo que ya estamos lo suficientemente unidos.

—Lo sé. Te amo. Te juro que de ahora en adelante te lo diré todos los días. Lo gritaré fuerte para que todo el mundo se entere. TE AMO —gritó en la habitación, recostado en la cama mientras miraba al techo con ella sobre su cuerpo.

—Creo que todo el mundo lo sabe, yo también lo sabía. Tus acciones te delatan, esposo mío. Es solo que me encanta como suena en tu voz, no dejes de decírmelo nunca. Me haces muy feliz.

—Yo mismo me sorprendo cada día, porque descubro que te amo más que el anterior.

—Creo que me ocurre lo mismo. Te amo más que ayer, pero menos que mañana.

7 años después.

—Un futuro duque no llora —dijo una vocecita mandona de mujer—. Darrell siempre dice que tienes que ser fuerte y valiente como papá. —Thomas se secó las lágrimas que caían por sus mejillas mientras que Meghan lo ayudaba a levantarse. Se había caído de la bicicleta y su hermana menor lo ayudó a ponerla en pie y esconder los restos del jarrón que habían roto. Luego, le sacudió las rodillas a su hermano y le limpió la cara—. Ya está. No ha pasado nada. No nos han oído.

—¿Se lo vas a contar a papá y a mamá? —preguntó preocupado.

—No —replicó rotunda con las manos en jarra—. Yo te guardo el secreto.

—La culpa fue tuya, me empujaste —la acusó Thomas.

—Los dos no cabíamos por aquí, y papá siempre dice que las damas primero. La culpa fue tuya —lo reprendió la pequeña.

—Pero era una carrera, tonta. En las carreras eso no vale —se defendió Thomas.

Meghan se enfadó, se cruzó de brazos e hizo un puchero. Cuando Thomas se dio cuenta de que iba a empezar a llorar y esto alertaría a sus padres, la abrazó como el protector hermano mayor que era.

—Vale, la próxima vez te dejaré pasar.

Jasper y Kate observaban el altercado escondidos, los niños no los habían descubierto. Lo cierto era que tenían dos torbellinos por hijos que no los podían dejar solos ni un momento.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Jasper. Había situaciones con sus hijos que no dominaba, siempre necesitaba la aprobación de Kate.

—Creo que tú has tenido la culpa de todo —lo acusó Kate con una sonrisa.

—¿Yo? —preguntó sorprendido.

—Sí, tú. Un futuro duque no llora y las damas primero —recitó en forma de regañina, haciendo que la confusión apareciese en el rostro de Jasper—. No sé si te has dado cuenta de que Meghan es mucho más valiente, más fuerte y más decidida que Thomas.

—Lo sé, Meghan es como su madre —manifestó con orgullo.

—Y Thomas como su padre, aparenta seguridad y entereza, pero hay situaciones que lo desbordan y le hacen tener miedo.

—Menos mal que te tengo a ti, mi vida. Me haces muy feliz.

—Y tú a mí. Creo que tendrás que comprar otro jarrón.

—Esos granujas... —se quejó Jasper envolviéndola entre sus brazos. Ya había perdido la cuenta de todos los que habían roto.

—¿Cuántas veces os tenemos que decir que dentro de la casa no se juega con las bicicletas? —los reprendió Kate, sorprendiendo a sus hijos.

—Está lloviendo, y Darrell nos dijo que podíamos jugar dentro —se defendió Thomas. Meghan apoyó a su hermano con un gesto con la cabeza.

—Vamos a merendar —les ordenó Kate con un suspiro. Tomó a la pequeña Meghan de una mano y a Thomas de la otra.

Darrell, que vivía con ellos desde que se mudaron a la propiedad, apareció y preguntó, fijando la vista en ambas bicicletas tiradas en el suelo y los restos del jarrón roto, camuflado debajo de la mesa:

—¿Qué ha pasado aquí?

—Te toca recoger esto y pagar un jarrón —le hizo saber Jasper con una palmada en el hombro y una sonrisa.

Se fue detrás de su mujer y sus hijos mientras Darrell resoplaba de frustración. Aquellos diablos que quería como nietos se la habían jugado.

Sentados los cuatro en la mesa de la cocina mientras merendaban, Jasper le susurró a Kate en el oído;

—¿Cuándo les vamos a dar la noticia? —Estaba impaciente por contárselo a sus hijos, pero Kate se lo había prohibido en un tiempo prudencial.

—Ya puedes hacerlo. Esta mañana nos han confirmado que estaba todo bien —le indicó con una sonrisa. Sabía la ilusión que tenía Jasper por contarles aquello a sus hijos. Thomas tenía seis años y Meghan cuatro. Estaba seguro de que les iba a encantar tener otro hermano.

—Chicos, mamá y yo os tenemos que dar una noticia —anunció, eufórico. Kate lo miraba con atención, Jasper nunca dejaría de sorprenderla, ahí estaba su niño-hombre de nuevo.

—Os marcháis de viaje de nuevo —dijo Thomas, acostumbrado a que de vez en cuando sus padres se escapaban de viaje solos.

—No vas a tener suerte esta vez, Thomas. —A los chicos les encantaba quedarse unos días con la bisabuela Meghan y Darrell, los consentían en todo—. Es algo mucho mejor. Mamá y yo os vamos a dar otro hermanito.

—¡Bien! —Ambos niños gritaron y aplaudieron saltando en sus sillas.

Jasper y Kate los admiraban llenos de orgullo mientras se decían que lo habían hecho todo muy bien con ellos.

—Yo quiero que sea un niño, para jugar al fútbol con él —manifestó de inmediato Thomas.

—No, yo quiero que sea una niña, para jugar a las muñecas —gritó Meghan un poco enfadada.

Su padre la cogió en brazos, le dio un beso y le dijo:

—Sea lo que sea, tendremos que quererlo y cuidarlo mucho, pues será muy pequeñito.

—¿Y dónde está? —preguntó una inocente Meghan.

—En la barriga de mamá, como tú —respondió Thomas. Esto hizo estallar en carcajadas a sus padres.

—¿Ahí? —La pequeña señaló la barriga de su madre. Kate se la tocó y Thomas, que estaba a su lado lo hizo también. De inmediato Meghan se bajó del regazo de su padre y fue junto a su madre.

Kate le cogió la mano y se la llevó a su vientre.

—Aquí está el hermanito, aún es muy pequeño y tiene que crecer.

—Mamá se va a poner así de gorda —Thomas hizo un gesto con la mano—. La mamá de mi amigo Frank también va a tener un bebé.

—¿Y cómo sale de ahí? —preguntó Meghan.

—Eso, te lo va a explicar papá. —Kate se levantó de la mesa, comenzó a recoger la cocina y Jasper la miró incómodo. A ella le encantaba ponerlo en esas situaciones.

—¿Cómo, papá? —preguntó Meghan tirando del brazo de este para que le prestase atención.

—¿No quieres seguir jugando con tu hermano? Os doy permiso para romper otro jarrón.

—¡Jasper! —lo reprendió Kate.

Él se encogió de hombros y le sonrió a modo de devolvérsela.

—Yo no fui, fue Meghan —dijo Thomas acusándola con el dedo.

—No, fue él. —La niña estalló en llanto.

—¿Ves lo que has conseguido? —reprendió Kate a su marido de nuevo.

—¿Yo? —se excusó Jasper.

—Eres más niño que ellos.

—Hora del baño. ¿Quién quiere bañarse con papá? Voy a llenar la bañera hasta arriba. —No se le ocurrió otra forma de aplacar todo aquello.

—Yo, yo —dijeron los dos niños a la vez.

Los cargó a ambos en sus brazos y se los llevó mostrándole a Kate una sonrisa de triunfo.

Ella se quedó recogiendo la cocina mientras escuchaba a sus tres amores alejarse a lo largo del pasillo entre risas. Jasper tenía un don especial para contentar a sus hijos.

Cuando Kate apareció en el baño, su marido y los niños tenían una gran batalla formada, había agua por todos lados. Se quedó en el marco de la puerta observándolos con una amplia sonrisa pintada en la boca. Jasper era más niño que sus dos hijos, gritaba y los salpicaba con ganas. Kate se alegraba que de alguna forma recuperase parte de la niñez que perdió años atrás. Era un padre ejemplar, atento, cariñoso y responsable. Sabía los momentos en los que tenía que tratarlos con seriedad e infundirles autoridad, Kate lo admiraba por ello. Sumida en sus pensamientos, notó como la mojaban de agua, Jasper la salpicaba sin parar mientras que Thomas y Meghan no paraban de reírse. Estaban metidos en una enorme bañera situada en el centro del baño.

—Mamá, ven a jugar con nosotros —la llamó Thomas.

—Vamos señora Walsh, su marido y sus hijos la esperan —la animó Jasper con la mejor de sus sonrisas.

—Es tarde. Ya lleváis mucho tiempo ahí. —Kate no tenía intenciones de entrar en el juego.

—¿Está desafiando usted a su marido y a sus hijos? —preguntó con un tono burlón de voz y una sonrisa en su mirada—. Al ataque, chicos —gritó Jasper. Salió de la bañera en dos zancadas sin importarle ir mojado ni desnudo, los niños lo siguieron y entre los tres atraparon a Kate.

—No vale, sois tres contra una —se quejó Kate mientras Jasper se encargaba de desnudarla con maestría. Luego la llevaron a la bañera y los cuatro se metieron en ella.

—Mamá, el agua está muy rica y papá hizo mucha espuma. Mira, parece nieve —dijo con entusiasmo la pequeña Meghan.

—¿Tengo que castigar a papá? —preguntó Kate a sus hijos con un fingido tono mandón.

Ambos niños movieron la cabeza en una negativa. Jasper atrapó a su mujer entre sus brazos, le rodeó el vientre con ellos y se lo acarició mientras le murmuraba muy bajito en el oído:

—Se me ocurren varias formas de hacerme pagar por esta travesura. Merezco un castigo. —Kate alzó una ceja y lo miró con atención—. Puedes tenerme toda la noche despierto.

Ella no pudo evitar soltar una gran carcajada.

—No seas descarado, están los niños delante —le replicó con fingido remilgo mientras le apartaba las manos de sus pechos.

—La amo, señora Walsh. —Después de tantos años a su lado, cada vez que lo oía decírsele el corazón le daba un vuelco.

—Y yo, señor duque de Gordon, mi Duque. —Lo besó sin importarle la presencia de sus hijos.

Thomas y Meghan se pusieron a aplaudir al ver la efusividad del beso entre sus padres, estaban acostumbrados a verlos constantemente entre muestras de cariño, pero aquel beso,

desnudos en el agua, fue un poco más atrevido de lo normal.

—Niños, tapaos los ojos mientras beso a mamá —les ordenó Jasper, risueño.

Ambos lo obedecieron, pero hicieron trampas. Continuaron mirándolos a través de sus dedos. Unas sonrisillas los delataron. Jasper los tomó por sorpresa en brazos y comenzó otra batalla de agua entre risas y gritos.

Pasadas unas horas, cuando los niños ya dormían plácidamente, cada uno en su habitación, Kate y Jasper estaban abrazados en su enorme cama.

—Ha sido un día maravilloso —rememoró él—. Hemos visto latir el corazón de nuestro pequeño con fuerza, todo va bien, y sus hermanos están encantados con la noticia. Gracias por darme tanto. No puedo ser más feliz.

—Tenemos una vida maravillosa, que siga así por muchos años más. Te amo.

—Te amo, mi bella esposa. Gracias por hacer que desapareciesen las sombras de mi pasado y ahora solo consiga recordar el sol que una vez hubo en él. Gracias por hacer que cada día brille con más intensidad y, sobre todo, gracias por estar siempre a mi lado. Desde que tu mirada se cruzó con la mía me he sentido querido. —Era la primera vez que le revelaba aquello en años.

Kate sintió ganas de llorar, el embarazo la tenía más sensible de lo normal. Lo abrazó y lo besó mientras las lágrimas rodaban por su rostro.

—Siempre supe que me protegerías y me amarías. Te amo como nunca llegué a imaginar que se podría.

—Yo sí que la amo, mi Duquesa. Esta vida te la debo a ti.

Epílogo

12 años después.

La pequeña de la familia cumplía siete años. Diana, la quinta hija de los duques de Gordon, quería una fiesta de disfraces en las que todos fuesen vestidos de príncipes y princesas. Kate le organizó a su pequeña la celebración que deseaba, junto con la ayuda de su hermana mayor, Meghan. Esta se encargó de los disfraces para todos los asistentes. Kate estaba muy orgullosa de ella. Era responsable, estudiosa y detallista. Ayudaba mucho a sus padres con sus hermanos pequeños; Sam, de doce años, Jasper, de diez, y Diana que recién cumplía siete.

Jasper y Kate habían creado una gran familia y un hogar lleno de hijos. Kate vivía dedicada a ellos por completo. Tener cinco niños, un marido y gestionar la gran propiedad en la que vivían le ocupaba la mayor parte del tiempo.

Jasper continuaba con sus negocios, ahora era incluso mejor en ellos. Con suma facilidad se había sacado la carrera de economista y de derecho. Seguía teniendo una mente privilegiada y era más listo que la media. Pero, en ocasiones, esa listeza solo le servía en el ámbito de los negocios, en el que cada día se consagraba más. Sin embargo, en el plano familiar seguía agobiándose con los problemas de sus hijos, sobre todo con los dos mayores. Menos mal que contaba con Kate, ella parecía tener una barita mágica que lo solucionaba todo donde él se agobiaba y no sabía qué hacer.

—Thomas no se ha venido al cumpleaños de su hermana. Cuando regrese a casa me va a escuchar —le susurró Jasper a Kate tras la pequeña Diana soplar las velas.

—Diana le dijo que si no se disfrazaba de príncipe no podría venir —le replicó Kate—. Thomas tiene una edad difícil. Se le hace ridículo asistir a una fiesta infantil vestido de príncipe.

Jasper paseó la mirada por todos los asistentes al cumpleaños, amigos de ellos y niños, y observó que así era. Todos iban disfrazados.

—Es el cumpleaños de su hermana pequeña. Debería de estar aquí. Yo también me he disfrazado y no me hace gracia pasearme así por el salón de mi casa. Pero es lo que mi hija deseaba —se quejó, sin comprender la actitud de su hijo mayor.

—Hablaré con él cuando regrese. No está bien que no haya venido.

—No. Lo haré yo. Esto ya ha pasado el límite. Últimamente hace lo que le da la gana y no nos toma en cuenta. Somos una familia.

—Jasper... no quiero que discutas con él. Ambos tenéis formas diferentes de ver la vida.

—Se está convirtiendo en un irresponsable. Y no lo voy a permitir —comentó enfadado.

—Papá, papá, vamos. —El pequeño Jasper llegó en su busca y tiró de su mano—. Va a comenzar la guerra de globos. Ven.

Jasper se fue con su hijo, contrariado por la actitud de Thomas. Desde hacía un par de años las peleas entre padre e hijo eran constantes. Thomas se había vuelto un poco rebelde, y su padre no entendía las actitudes de un adolescente con las hormonas revolucionadas.

Cuando apenas quedaban invitados en la fiesta, Jasper recibió una llamada de su amigo Robert, le informaba de que su hija y Thomas iban bebidos y conducían un coche. Habían sido detenidos. Jasper maldijo, se lo contó a su mujer y a Ada, esta última aún estaba en casa de su

amiga con su hijo pequeño, y salió disparado para comisaría. Donde lo esperaba Robert.

—Astrid y Thomas se están pasando —dijo Ada a su mejor amiga, enfadada con su hija.

—Le dije a Jasper que no le regalase a Thomas un coche al cumplir la mayoría de edad, pero sabía que era la ilusión de su hijo y no me pareció tan malo si eso ayudaba a mejorar su relación. Últimamente, los enfrentamientos entre ambos son por todo, estoy un poco cansada. Sé que Jasper desconoce lo que es pasar por la etapa adolescente y le cuesta esta fase de sus hijos. Meghan es responsable, pero Thomas lleva un par de años difíciles.

—Astrid siempre fue como Meghan, pero desde que ha comenzado a salir con Thomas... ha cambiado.

—Lo sé. Mi hijo la está mal influenciando —comentó Kate con culpabilidad.

Astrid y Meghan tenían la misma edad e iban al mismo colegio. Thomas y ella salían juntos desde hacía unos meses. Algo que no les agradaba a sus padres, pero no les quedaba más remedio que aceptarlo.

Ada abrazó a su amiga. Sabía que Kate y Jasper pasaban por momentos complicados debido a los disgustos que les provocaba Thomas. Despidieron a los últimos invitados, comenzaron a recoger el salón, se deshicieron de los disfraces y esperaron la llegada de sus maridos con sus hijos mayores.

Cuando Thomas vio llegar a su padre a comisaría vestido de príncipe comenzó a reírse de él mientras lo señalaba con el dedo. Jasper había salido tan disparado de casa cuando lo llamó Robert y ni reparó en cambiarse de ropa.

—Estás ridículo. ¿Cómo te presentas así? Vaya vergüenza de padre. —Jasper lo miró en silencio, firmó la documentación necesaria y junto con Robert y Astrid salieron de comisaría en dirección al coche.

Astrid se refugiaba en los brazos de su padre, avergonzada por lo que había hecho, sin embargo, Thomas, que aún permanecían en él resto de alcohol, no era muy consciente de la realidad, continuaba provocando a su padre.

—¿Por qué no ha venido mamá? ¿Me tenía que sacar el duque de Gordon, mi importante padre al que todos admiran y respetan?

—Todos menos tú —replicó Jasper mientras le abría la puerta del coche para que entrase.

—¿No vas a decir nada? —Thomas esperaba una buena reprimenda.

—Ya hablaremos cuando estemos en casa y te tomes un café bien cargado. Tú y yo vamos a hablar de hombre a hombre sin que tu madre interceda. Ya me he cansado —le advirtió en un tono duro mientras arrancaba el coche. Thomas nunca lo había visto tan enfadado. Los ojos de su padre echaban fuego y por primera vez sintió miedo al mirarlo.

Cuando llegaron a casa, nada más Kate y Ada escuchar la puerta fueron hasta ellos. Astrid venía abrazada a su padre, llorando y arrepentida. La actitud de Thomas era despreocupada y chulesca. En cuanto Kate miró a su hijo y a Jasper supo que una gran tormenta se avecinaba.

Ada y Robert fueron al salón con su hija, Kate se quedó en la entrada mirando a Jasper. Lo conocía bien y sabía que hervía por dentro y no sabía cómo dominar aquello.

—¿Cómo te encuentras, Thomas? —le preguntó a su hijo. Se acercó a él y le tocó la cara.

—Ya sé que la he cagado, mamá —replicó—. Os podéis ahorrar la bronca que me espera. Me castigaréis meses sin salir y sin coche. ¿Puedo irme ya a dormir? —Miró a sus padres, desafiante.

—No. Como ya te he dicho, vamos a tener una conversación de hombre a hombre. A mi despacho —ordenó Jasper. Se encaminó hacia él sin esperar a que su hijo lo siguiese.

Thomas miró a su madre para que acudiese en su rescate, como hacía normalmente, pero en esta ocasión ella solo asintió y lo animó a ir tras su padre.

Cuando ambos entraron en el despacho Jasper centró la mirada en su mujer.

—Déjanos solos, Kate.

Ella lo miró atónita. No esperaba que la echase.

—Jasper...

—Vete, por favor.

Ella vio cómo se masajeaba la cabeza, atormentado, conocía bien sus gestos. Tras pensarlo por unos segundos, asintió y decidió dejar a padre e hijo a solas.

Con chulería, Thomas se sentó en el sillón frente a la mesa de su padre y colocó los pies en ella. Jasper fue hasta él, le bajó los pies de malas formas, cruzó los brazos a la altura del pecho y lo miró en silencio.

—¿Debo de sentir miedo por cómo me miras? —lo retó su hijo.

—Deberías sentir vergüenza por lo que ha pasado. Has bebido y has cogido el coche en ese estado, arrastrando a Astrid en ello y exponiéndola a tu irresponsabilidad. Se me cae la cara de vergüenza con sus padres. Ella era como tu hermana, una joven seria y responsable, pero desde que sale contigo le has contagiado tu irresponsabilidad. Tus notas son pésimas, Thomas. Sales de fiesta todos los días de la semana y apenas tienes hábitos saludables. Fumas, sí, lo haces, que me haga el tonto no quiere decir que lo sea, bebes con frecuencia y malgastas mi dinero. Pero hasta aquí hemos llegado. Se acabó. Debí pararte los pies antes —lamentó.

—¿Y qué vas a hacer? Soy mayor de edad. Ya no soy un niño como mis hermanos a los que les diriges la vida.

—Esto es lo que voy a hacer; vives en mi casa y gastas mi dinero. A partir de ahora te lo vas a ganar todo. Si tus notas mejoran, tendrás dinero, de lo contrario o te buscas un trabajo o aquí solo encontrarás techo y comida. Del coche que te regalé, olvídate. No volverás a tocarlo. Si quieres uno, trabaja y cómpratelo con el sudor de tu frente.

Thomas lo miró con los ojos muy abiertos, incapaz de creer todo lo que su padre le decía. Nunca pensó que llegase a ese extremo. Se levantó y lo enfrentó.

—¿Tú me lo vas a decir a mí? Cuando todo lo que tienes es heredado. Esta gran propiedad, el título y la gran fortuna que posees. Lo que me tienes es envidia porque de joven fuiste un come libros amargado que no salía a divertirse. No sé cómo mamá se fijó en ti. Eres un aburrido que solo sabes trabajar —escupió entre dientes.

Jasper apretó los puños tratando de controlarse con su hijo.

Kate y Jasper nunca les contaron a sus hijos el pasado de su padre. Consideraron que sería demasiado doloroso para ellos saber por todo lo que pasó y los años de encierro.

—Y tú un joven que se cree que se va a comer el mundo cuando en realidad no eres nada sin mi dinero. Mírate, ¿qué es lo que haces aparte de salir de fiestas y malgastar las libras que te doy? Ni siquiera vas al gimnasio. Yo a tu edad tenía un cuerpo atlético, fuerte. Te limitas a impresionar a las mujeres con coches de lujo y el apellido que llevas, pero de aquí en adelante vas a comprobar que sin mí no eres nada. Comienza a valerte por ti mismo.

Thomas se sintió perdido. Miró a su padre con odio.

—Estás loco, deberían encerrarte —escupió entre dientes.

Al escuchar aquellas palabras de su propio hijo, Jasper no se pudo controlar más y terminó dándole una sonora bofetada que hizo que Thomas perdiese la estabilidad y cayese en el sillón que tenía detrás.

Ante la fuerte discusión entre padre e hijo y los gritos que se escuchaban en toda la casa,

Kate entró en el despacho justo en el momento en el que su marido le propinaba el golpe a su hijo. De inmediato fue hasta Thomas, lo cogió de la mano y lo sacó de allí.

Jasper había perdido el control y lo mejor era que se calmase a solas. Llevó a su hijo a la habitación, le colocó hielo en la mejilla y le recomendó que durmiese. Ya hablaría con él al día siguiente.

Cuando su madre salió de la habitación Thomas lanzó contra la pared el paño con hielo que tenía sobre el rostro. Maldijo a su padre mientras se levantó y miró en el espejo que el golpe que le había dado comenzaba a notarse en su bonita cara.

Con rabia, comenzó a hacer las maletas. Iba a marcharse de casa, le iba a demostrar a su padre que no lo necesitaba, ni a él ni a su dinero. Tenía muchos amigos y con ellos le bastaba.

La imagen que encontró Kate en el despacho de su marido cuando regresó le encogió el corazón. Jasper lloraba como un niño en los brazos de su amigo Robert. Este, al igual que Kate, Ada y Astrid habían escuchado la fuerte pelea entre gritos de padre e hijo.

—Robert, ¿me podrías dejar a solas con él? —los interrumpió Kate. Tenía un nudo en la garganta. Sufría como madre y esposa. Sin embargo, sabía que quién más la necesitaba en aquellos momentos era Jasper.

En silencio, ambos hombres dejaron de abrazarse y Robert se retiró.

Kate cerró la puerta y con paso lento se dirigió hacia su marido, sentado en el sofá masajeándose con fuerza la cabeza mientras lloraba. Hacía años que no lo veía así.

—Perdí el control, Kate. Lo perdí delante de mi hijo. Le he pegado —lamentó destrozado por completo.

Ella se arrodilló ante él, le tomó las manos entre las suyas y lo miró con la dulzura que solo ella sabía hacer para calmarlo.

—Thomas no debió hablarte así.

—He perdido a mi hijo para siempre —se lamentó.

Kate lo abrazó y lo consoló. Temblaba y estaba fuera de sí.

—Mañana será otro día. Los dos habéis dicho y hecho cosas que no sentíais. Todo pasará. Hablaremos y se solucionará —le dijo con paciencia. Tratando de que tranquilizase.

—Dime que no me odias por lo que acaba de suceder —le pidió—. Vi en tu rostro la misma expresión de terror que el día que le rompí un brazo al celador de Morrison.

—No mi amor, no te odio. No ha estado bien cómo has actuado con Thomas, pero se solucionará.

—Cuando escuché de su boca que estaba loco y que deberían encerrarme no sé lo que me pasó. Lo siento. ¿Dónde está Thomas?

—Lo he dejado arriba. —Jasper hizo amago de levantarse e ir en busca de su hijo—. Será mejor que ambos os calméis.

—Kate, tengo mucho miedo —confesó abrazado a ella, roto de dolor.

—Tranquilo, todo se solucionará, mi amor. Estoy aquí contigo, como siempre.

—Ayúdame, siento que no puedo con esto —le rogó entre lágrimas.

Escucharlo le partió el corazón a su mujer. No lo había visto así ni en sus peores momentos de desesperación por salir de Morrison.

A la mañana siguiente, cuando Kate fue a despertar a su hijo mayor encontró una nota sobre la almohada. Esta iba dirigida hacia su padre.

Te voy a demostrar que no necesito tu dinero, tu apellido ni tu protección.

Me voy de casa. Buscaré un trabajo y algún día seré alguien tan importante como tú.
Thomas.

Cuando Kate leyó la nota se vino abajo. Se sentó en la cama y lloró. Aquello lo empeoraba todo. Jasper había pasado una noche de perros, con pesadillas, intranquilo y sudoroso. Llamó de inmediato a su hijo para rogarle que volviese a casa, pero se encontró con que también había dejado allí su móvil.

De inmediato, fue a hablar con Darrell. Necesitaba que pusiese a toda la seguridad en busca de su hijo. Por el momento no le pensaba decir nada a Jasper sobre aquella nota. Esperaba que al final del día estuviese todo solucionado entre padre e hijo.

Jasper pasó casi todo el día en la cama, con escalofríos y un poco de fiebre. El problema con su hijo había hecho que enfermase. Kate cuidó de él mientras Darrell la mantenía informada del paradero de Thomas. Estaba en casa de un amigo.

Sin consultarlo con Kate, Darrell se consideraba casi el abuelo de aquel joven, fue a hablar con él, pero Thomas le hizo saber que no iba a volver. Estaba decidido a demostrarle a su padre que no lo necesitaba. Darrell volvió a casa y antes de hablar con Kate, lo interceptó Jasper en la entrada y lo llevó hasta su despacho. Ya se encontraba algo mejor.

Sin que Kate se hubiese dado cuenta, su marido encontró la nota de Thomas.

—Darrell, no sé qué hacer con mi hijo. ¿Sabes dónde está? ¿Lleva seguridad? —se preocupó.

—Está en casa de los Chester —le informó. Jasper respiró con tranquilidad. Los conocía bien—. Se escapó de casa esta madrugada. Burló la seguridad, pero ya se le he restablecido. Lo vigilan allí. He ido a hablar con él —anunció. Jasper lo miró con sorpresa—. Creo que deberías de dejar que aprenda la lección. Quizá lo que Thomas necesite sea ver el mundo real para que aprecie lo que tiene. Se lo has dado todo, Jasper, y tu hijo necesita comprobar el esfuerzo que conlleva tener un imperio como el de su padre.

—¿Qué me recomiendas, viejo? —preguntó arrastrando las palabras.

—Que no vayas tras él. Que aprenda de la dureza de la vida como la aprendiste tú. Esta lección no la va a olvidar nunca y te aseguro que cambiará a Thomas para siempre.

—¿Y si pierdo a mi hijo? —preguntó con miedo.

—Te aseguro que no lo harás.

—No sé...

—Si vas tras él y le pides perdón por lo de anoche Thomas volverá sintiéndose triunfador y no aprenderá nada. Ya tendrás tiempo de pedirle perdón por ese golpe que se merecía y estoy seguro de que él mismo lo reconocerá algún día. Deja que aprenda a que el dinero y el respeto hay que ganárselos a pulso.

—Está bien. —Asintió Jasper. Consideraba que su hijo necesitaba una lección de la vida, y en este caso él mismo se la había autoimpuesto—. Pero que la seguridad siempre lo proteja y me mantengan informado de todo.

—Así será.

—Darrell, espero ganar esta partida.

—Lo harás Jasper, como siempre. Te aseguro que será la más victoriosa de la que hayas salido. Hazme caso.

Tras la cena, Kate decidió hablar con su marido sobre Thomas. Sus hermanos habían preguntado por él en la mesa y ella se limitó a decir que estaba castigado en su habitación.

Meghan que sabía la causa del castigo por su amiga Astrid se limitó a cambiar de tema, y tras la cena se llevó a sus hermanos pequeños a ver una película en la sala de cine de la casa, gesto que Kate agradeció a su hija.

—Jasper, creo que debemos de hablar sobre Thomas. No está en su habitación como dije en la cena.

—Lo sé. He hablado con Darrell. Sé dónde está mi hijo.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó con preocupación.

—Nada.

—¿Nada? —preguntó atónita.

—Eso mismo. Veremos el tiempo que tarda en regresar a casa.

—Pero, Jasper...

—Kate, Thomas lo ha tenido todo desde que nació. ¿Cuánto tiempo crees que aguantará fuera de casa sin las comodidades a las que está acostumbrado ni el dinero que le damos?

—Creo que debéis de hablar. Este distanciamiento solo empeorará las cosas entre vosotros.

—Por una vez, déjame hacerlo a mi manera. Siempre has intercedido entre Thomas y yo. Me decías que no lo comprendía porque yo no sabía lo que era ser un adolescente ni había pasado por esa etapa. Ahora él está como yo cuando salí de Morrison, sin nada.

—Me tenías a mí —le recordó.

—Él tiene seguridad que lo vigila veinticuatro horas. Estará bien. Te lo prometo.

Kate fue hasta su marido, lo abrazó y suspiró. En esta ocasión sintió que el fuerte era Jasper. Le asombraba la capacidad con la que se reponía de todo. Tenía ante ella a un hombre fuerte y decidido, ni sombra del hombre desmadejado de la noche anterior.

1 mes después.

Thomas se negó a volver a su casa. En el gran círculo de amigos que tenía no encontró la ayuda que esperaba de todos ellos. Finalmente terminó acudiendo a casa de su abuelo materno, se quedó allí y le pidió un trabajo. Alan, que conocía el problema con su padre, solo le ofreció un puesto de mozo de almacén. Descargando cajas y cobrando un sueldo medio, el cual meses antes Thomas solía gastar en un fin de semana de fiestas con sus amigos.

Sin Thomas saberlo, su padre estaba al tanto de todo. Alan estaba aliado con su yerno, consideraba, al igual que Darrell, que su nieto merecía una lección.

La vida de Thomas cambió de la noche a la mañana desde que salió de su casa. No volvió a clases y comenzó a trabajar. Cuando llegaba el fin de semana estaba tan cansado que no tenía ganas de salir. Tras percibir el primer sueldo lo consideró calderilla, pero al mismo tiempo lo valoró como nada en el mundo. En contra de lo que pensó cuando se fue a casa de sus abuelos, no percibió ni una sola libra, tan solo techo y comida. Cada día se daba cuenta y valoraba la vida que llevaba en casa de sus padres. Descubrió que ganar dinero costaba muchos sudores y esfuerzos. En el mes que llevaba descargando cajas se había puesto más fuerte. Había dejado de fumar y beber y descubrió que no tenía tantos amigos como pensaba. Pero Thomas era muy orgulloso y no estaba decidido a volver a casa. No pensaba perdonarle nunca a su padre que le hubiese levantado la mano.

—¿No crees que ya va siendo hora de que hables con Thomas? —le propuso Kate a Jasper.

—No. Va por buen camino. Es trabajador, se ha ganado el primer sueldo con el sudor de su frente, ya no sale de juergas, no fuma y no bebe. Darrell tenía razón. Esta lección lo hará un

hombre de verdad y valorará la vida que tenía y llevará en un futuro.

—Sabes que es muy orgulloso. No vendrá a nosotros arrepentido.

—Lo sé. Como también sé que le debo una disculpa porque me excedí con él, pero todo a su debido tiempo.

—Me da miedo que no te perdone. No soporto esta situación por más tiempo, Jasper. Sufro por los dos. Os amo a los dos y todo esto me tiene dividida. ¿No lo entiendes?

Fue hasta su mujer, la abrazó y la besó. Era consciente de que lo sucedido con Thomas había abierto una brecha en su relación con Kate, pero estaba seguro de que pronto todo se solucionaría.

Pasó otro largo mes y ni Thomas ni Jasper aproximaron posturas. Kate estaba cada día más alterada. Iba a visitar a su hijo a casa de sus padres, pero le dolía que padre e hijo no tuviesen relación.

Un día, cuando llegó a visitarlo, lo encontró con los pies metidos en la piscina. Thomas estaba pensativo.

—¿Ocurre algo, cariño? —preguntó su madre adoptando la misma posición.

—¿Cómo están mis hermanos? —Thomas eludió la pregunta.

—Bien, con ganas de verte de nuevo por casa.

En aquellos dos meses tan solo lo habían visto en tres ocasiones en casa de sus abuelos. Kate les había explicado a los pequeños que Thomas se había ido a casa de los abuelos para preparar los exámenes con más tranquilidad. Meghan era la única que sabía las verdaderas razones de la marcha de su hermano, pero como sabía que era un tema que le dolía a sus padres no lo sacaba.

—No te hagas ilusiones, mamá. Nunca volveré.

—Hijo... todo pasa. Papá te adora. Creo que ya es hora de que habléis y solucionéis todo.

—Me voy a ir a Nueva York, mamá —anunció Thomas de golpe.

—¿Qué? —preguntó con sorpresa.

—Me han ofrecido trabajo en un barco y luego buscaré algo allí. Me marcho en tres días.

—Pero, Thomas...

—No quiero nada de papá. Dile de mi parte que el título se lo deje a Sam. Yo no seré el próximo duque de Gordon. Lo odio —manifestó con rencor.

Kate cerró los ojos, tomó aire y pensó con rapidez. No podía permitir que Thomas se marchase, eso rompería a Jasper por completo.

—Cariño, la palabra odio es muy fuerte. Papá te ama. Daría su vida por ti.

—Me pegó y me lo quitó todo desde hace dos meses, ¿esa es su forma de demostrarme que me quiere?

—Papá es especial —argumentó.

—Te he escuchado decir eso toda la vida —le rebatió alterado.

—Cariño, hay algo que desconoces de tu padre y quizá haya llegado el momento de que te lo cuente, puede que si conoces el verdadero pasado de él ello te ayude a comprender sus sombras.

—Nada de lo que digas va a impedir que me vaya o que le pida perdón.

—Bien, eso será algo que solo tú decidirás cuando escuches la verdadera historia de tu padre. Solo te ruego que no me interrumpa. Tras mi relato podrás hacerme todas las preguntas que consideres. Tienes mi palabra de que responderé a todas con sinceridad. Considero que ya eres un hombre con la capacidad suficiente como para entender todo por lo que pasó tu padre. — Thomas asintió algo serio, nunca había oído hablar así a su madre—. Como bien sabes, hijo mío, soy psiquiatra, aunque no ejerzo mi profesión desde antes de tú nacer, pero hubo un tiempo en el

que sí lo hice y fue ahí cuando conocí a tu padre. —Thomas la miró con atención, con los ojos muy abiertos.

—¿Estaba loco? —preguntó.

—Te he dicho que no me interrumpas —le reprendió—. No. Tu padre estaba en una residencia psiquiátrica en contra de su voluntad. Lo encerraron con ocho años y permaneció diecisiete años allí, lo trataban como a un loco. De pequeño presencié la muerte de sus padres. Vio al hombre que los mató, este lo encerró en ese lugar para que no hablase. —Thomas no pudo evitar que dos lágrimas resbalasen por su rostro—. Cuando yo entré a trabajar allí Jasper me lo contó todo, confirmé la versión que me contaba y decidí ayudarlo a escapar. De inmediato supe que no era un enfermo mental. Lo llevé a mi casa y me enamoré de él. Tú padre soñaba con vengarse del hombre que mató a tus abuelos, eso era lo que lo había mantenido vivo durante todos los años de encierro, pero también se enamoró de mí. Ese hombre volvió a dar con Jasper y lo internaron de nuevo, creí enloquecer cuando eso sucedió, pero luego se produjo un gran incendio en el que me hicieron creer que tu padre había muerto. Le lloré durante un año. Cuando se presentó ante mí y me contó todas las razones por la que hizo eso... Fue para salvarme —resumió—. La historia es muy larga, cariño, y como veo que estás asombrado y necesitas asimilar todo esto, continuaré con el resto otro día.

—No, mamá, por favor, continúa. Quiero saberlo todo. Nunca imaginé... ¿Ese hombre que le hizo todo a papá... vive? —Thomas tenía ganas de matarlo con sus propias manos.

—No, mi vida. Murió antes de tú nacer. Él mismo se quitó la vida.

—¿Estás segura?

—Yo y tu padre lo vimos con nuestros propios ojos. Se mató delante de nosotros. Un tiro en la boca. Me había secuestrado e iba a matarme. La policía llegó y se vio acorralado.

Thomas lloraba a la vez que miraba a su madre con los ojos desenchajados. Kate también lloraba al recordar aquellos duros momentos.

—Mamá. —La abrazó y le dio un beso. No sabía qué decir, aquello era demasiado.

Tras unos minutos en silencio, en los que ambos se calmaron un poco más, Kate le dijo:

—Hay algo más, hijo.

—¿Más? —preguntó acongojado.

—Ese hombre, la razón por la que no mató a tu padre en todos los años que lo tuvo encerrado... Fue porque... era su verdadero padre. Nelson Walsh era el hermano de tu abuelo Thomas, el hombre que tu padre siempre creyó su padre.

—¡¿Qué?!

Thomas la miraba con ojos de horror, pero tenía que saber toda la verdad.

—Jasper lo desconocía. Al parecer era un secreto que solo sabían tu abuela Beatrice y tu abuelo Thomas. Cuando Nelson se enteró, desconocemos cómo, mató a ambos en una pelea en la cual él decía que no llevaba las intenciones de hacerlo.

—Mamá, esto es demasiado. —Se abrazó a su madre y se aferró a ella, llorando. Compadeciendo a su padre.

—Sí lo es, cariño. Al contarte todo solo quiero que entiendas a papá. Perdió los estribos cuando le dijiste que estaba loco y que lo deberían de encerrar. ¿Ahora comprendes su reacción? Ha pasado por mucho. Es un gran hombre, con debilidades y virtudes. Pero ante todo os ama y me ama. Daría su vida por cualquiera de nosotros. ¿Lo comprendes, mi amor? Está muy arrepentido de haberte puesto una mano encima.

Thomas asintió.

—Yo me pasé muchísimo —reconoció arrepentido.

—Creo que ambos habéis llegado demasiado lejos en estos meses. Tu padre y yo juramos que nunca sabríais su pasado, pero he considerado romper esa promesa.

—Gracias por contármelo, mamá. —La abrazó de nuevo y la mirada que su hijo le dirigió le recordó a la de Jasper. Tenía sus mismos ojos.

—Bien, ahora que lo sabes todo, me marchó. Dejo en tus manos cómo manejar todo con tu padre de aquí en adelante. Creo que en estos dos meses has madurado lo suficiente como para saber qué camino tomar. Te quiero, mi amor. —Le dio un beso y se marchó.

—Tengo miles de preguntas que hacerte, pero tengo que procesarlas todas. ¿Puedes venir mañana y continuamos hablando?

—Por supuesto, mi vida.

Thomas se lanzó a la piscina y comenzó a hacer largos mientras descargaba toda la furia que sentía por el hombre que le había hecho todo aquello a su padre. Lloraba mientras nadaba, pero no quería que nadie más viese aquellas lágrimas.

Aquella noche y la siguiente no pegó ojo. Mientras, Kate vivía en un sin vivir. No le había contado nada a Jasper sobre los planes de su hijo de marcharse, pero su revelación no había tenido el efecto que ella esperaba. Thomas seguía ausente, no había vuelto a casa.

Aquella noche, cuando Kate llamó a su hijo Thomas le dijo que no iba a marcharse a Nueva York, pero que necesitaba tiempo para ordenar su vida. Ella se lo concedió, lo conocía bien y sabía que había cambiado tras aquellos dos duros meses y la revelación con respecto al pasado de su padre.

Por supuesto, Kate no le contó nada a su marido. Esperaba a que Thomas diese el primer paso.

El sábado siguiente por la mañana, Thomas se presentó en casa de sus padres. Cuando Darrell le abrió la puerta le hizo saber que su madre y sus hermanos habían ido a casa de Ada y Robert a comer, pero que su padre aún estaba en su despacho. Sin mediar más palabras con el viejo al que quería como a un abuelo, Thomas se dirigió en silencio en busca de su padre.

Entró en el despacho sin llamar. Encontró a su padre mirando por la ventana, centrado en el paisaje. Jasper estaba tan absorto que no notó la presencia de su hijo. Thomas se adentró en la estancia con paso lento y silencioso mientras lo admiraba. En los días que había pasado desde que conocía todo su pasado había llegado a quererlo mucho más. Nunca había sentido orgullo por él, en esos momentos se sentía un completo privilegiado por ser su hijo.

Cuando Thomas estuvo cerca de Jasper este lo percibió, se volvió y se encontró con su hijo. Tras dos meses sin verlo sintió ganas de abrazarlo y besarle, pero frenó el impulso. Lo miró en silencio y lo repasó de arriba abajo. Estaba muy cambiado. Esos dos meses de duro trabajo lo habían convertido en otra persona. Ya no llevaba el pelo engominado, ni usaba ropa elegante. Lo tenía frente a él con el pelo alborotado, una barba de unos cuantos días y en chándal. Con ambas manos metidas en los bolsillos del pantalón lo miraba con unos ojos transparentes, emocionado.

—Thomas, has venido... —consiguió decir su padre.

—Creo que te debo una disculpa, papá. Me pasé. Puse en riesgo mi vida y la de Astrid al conducir bebido.

—Yo también te debo una disculpa, hijo. Nunca debí golpearte. La situación se me fue de las manos.

—Nunca debí decirte lo que te dije. Estaba muy enfadado contigo.

—Yo también lo estaba. Me habías defraudado.

—Lo sé. Me merecía todo lo que me dijiste.

—¿Has aprendido la lección? —preguntó con miedo.

Thomas asintió, sin saber por dónde comenzar.

—He aprendido tras horas de duro trabajo que el dinero se gana con esfuerzo, que los amigos de verdad se cuentan con los dedos de una mano y que es más fácil gastar el dinero que ganarlo. Considero que he llevado una vida muy fácil hasta hace dos meses. Tú y mamá me lo dabais todo y nunca lo valoré.

—¿Has visto el Thomas que eras y el que puedes llegar a ser? Era el objetivo de privarte de todo.

Thomas asintió convencido de ello.

—Tengo que confesar que de todo esto lo que más me ha asombrado es conocer a mi verdadero padre. —Jasper sintió miedo ante estas palabras—. Te miro y te admiro, creo que el sentimiento de orgullo que tengo instalado en estos momentos en el pecho jamás lo había sentido por nadie. No sé si yo hubiese soportado todo lo que tú hiciste en el pasado. Eres un gran hombre, papá. —Se acercó a él y lo abrazó—. Te quiero, aunque haga años que no te lo diga.

Jasper se abrazó a su hijo, llorando, emocionado y aliviado a la misma vez. Desde hacía semanas comenzó a pensar que había perdido a Thomas para siempre.

—Yo también te quiero, hijo mío. Daría mi vida por ti. Perdóname.

—No tengo nada que perdonarte. —Thomas le acarició el rostro a su padre, apartándole las lágrimas que rodaban por sus mejillas. Lo admiró y se emocionó—. Te juro que de ahora en adelante te vas a sentir tan orgulloso de mí como yo lo estoy de ti. No mereces ni un solo disgusto, papá. Ya sufriste demasiado en el pasado. —Jasper lo miró de forma interrogativa—. Mamá me lo ha contado todo —le reveló—. Siento que eres mi héroe. No pienso moverme en mucho tiempo de tu lado, quiero que me enseñes todo de ti; tu fortaleza, tu forma de pensar, tu inteligencia.

—Thomas... tú sabes que...

—Lo sé, pero no hablemos de ello. Créeme que ha sido suficiente hablarlo con mamá. Solo quiero que sepas que te quiero, te admiro y que siempre estaré muy orgulloso del padre que tengo.

Jasper abrazó a su hijo, llorando, y ambos se palmearon la espalda con fuerza.

—Thomas... tus hermanos... No me gustaría que ellos aún supiesen que yo...

—Tranquilo, papá. No les diré nada. Nunca.

—Hijo... Ven aquí. —Jasper lo abrazó y lo besó de nuevo.

—Papá, quiero volver a las clases, estudiar mucho. Y también volver a casa.

—Por supuesto, hijo mío —lo animó, feliz.

Cuando Kate volvió a casa con sus otros hijos Darrell le dijo, con una extraña sonrisa, que Jasper se encontraba en el gimnasio, golpeando al saco de boxeo. Dejó a sus hijos en el salón y fue en busca de su marido.

—Golpea con ganas Thomas —escuchó Kate que decía su marido. Abrió la puerta alarmada y entró con el corazón bombeándole con fuerza.

Encontró a su hijo y a su marido golpeado al saco de boxeo del gimnasio, ambos practicaban deporte juntos y Jasper le indicaba a Thomas cómo golpear con fuerza sin agotarse. Admiró con una sonrisa a ambos y sintió que el pecho se le llenaba de orgullo al verlos tan cómplices. No los interrumpió, se quedó admirándolos hasta que finalizaron el entrenamiento. Tras ello, padre e hijo se abrazaron y ella no pudo contener las lágrimas.

—Qué bonito y emocionante es veros así —se atrevió a decir, interrumpiendo el momento entre padre e hijo.

Ambos se quedaron mirándola, le sonrieron y fueron hasta ella.

—He vuelto, mamá. He aprendido la gran lección que la vida y papá me han dado. Gracias a los dos me considero una persona mejor. —Le dio un beso a cada uno en la mejilla y los dejó solos.

—Esposa mía —dijo Jasper con una enorme sonrisa mientras se acercaba a ella con paso lento, sus ojos la miraban de forma especial—. Creo que tienes muchas cosas que contarme.

La mirada de su marido se lo dijo todo. De inmediato supo que Thomas le había contado que sabía la verdad sobre su pasado, pero lejos de advertir reproches en sus ojos por haber roto un juramento que hicieron tiempo atrás, encontró admiración y amor.

—Algo me dice que no hará falta. Todo entre Thomas y tú se ha solucionado de forma satisfactoria. ¿Me equivoco?

La atrapó entre sus brazos y la miró sonriente.

—¿Puedes explicarme cómo tienes siempre el don de hacerme tan feliz? —preguntó embobado en su esposa.

—Porque te amo y haría cualquier cosa por ti. Eres mi principio y mi fin.

—Has sido muy valiente al contarle todo mi pasado a nuestro hijo.

—Consideré que había llegado el momento.

—Gracias. Thomas ha cambiado para siempre. Estoy muy orgulloso de él.

—Será un gran hombre como su padre. Admirable en todos los sentidos —confesó mientras le acariciaba la mejilla.

Jasper se apoderó de la boca de su mujer y la besó con ganas. Ella protestó cuando sintió su cuerpo sobre el suyo. Él chorreaba en sudor.

—Lo siento, mi amor, pero no puedo esperar a hacerte el amor —murmuró entre besos—. Es demasiado lo que me das. Te amo, mi Kate.

Ella soltó una sonora carcajada cuando su marido la arrastró al baño del gimnasio.

—Te amo, mi duque. Eres admirable en todos los sentidos.

—Gracias por estar siempre a mi lado, por convertir todas mis sombras en felicidad, por conseguir dejar el pasado atrás y lograr que solo desee un futuro a tu lado y el de nuestros hijos.

FIN

Agradecimientos

La sombra de su pasado fue mi cuarta novela publicada. En esta reedición he mejorado algunos aspectos y a día de hoy estoy muy contenta con el resultado.

Desde que esta historia comenzó a rondar en mi cabeza no pude deshacerme de ella. He de confesar que estoy enamorada de la historia de Jasper y Kate, y espero que a los lectores os haya gustado tanto como a mi escribirla y crear a estos personajes que en mi mente siempre tendrán vida propia.

Desde que estuve en Londres, y me enamoré de esa ciudad, supe que algún día escribiría una novela desarrollada allí. Le doy las gracias a mi siempre amiga Ro, que aquel verano en la playa, hace algunos años, se le ocurrió la genial idea de hacer un viaje de amigas a Londres. He escrito esta novela imaginando cada paso y cada lugar que visitamos, ha sido genial.

Por otro lado, agradecer a mi familia, por estar siempre ahí de forma incondicional apoyándome en todos mis proyectos. En especial, a mi madre y a mi hermana que siempre leen y releen mis nuevas historias con un gran amor y unos ojos críticos que son mi guía.

A mis amigos, por ese apoyo esencial que siento tan bien en los momentos que más se necesitan.

A @bbccreative_1 por esta portada tan maravillosa que aporta más luz a esta historia llena de sombras.

A todas mis compañeras, las cuales este mundo literario me ha permitido conocer a grandes personas que ya son amigas, comparten mis alegrías y me apoyan de forma incondicional.

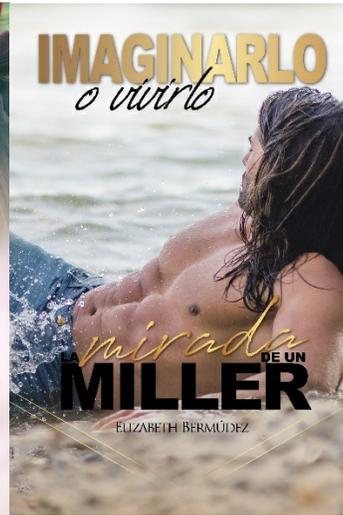
Y, lo más importante, a todos mis lectores, sin ellos no sería nada y no tendría la ilusión de seguir creando y publicando historias. Muchísimas gracias por estar ahí, por esperar mis novelas, comentarlas y apoyarme. Sin duda alguna, sois una pieza fundamental en mi vida. Espero que sigáis conmigo en el camino, ya que tengo muchas más historias que contar.

Hasta pronto.

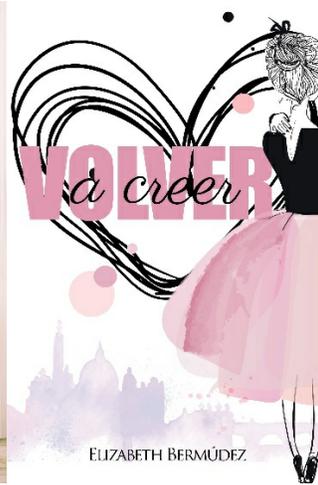
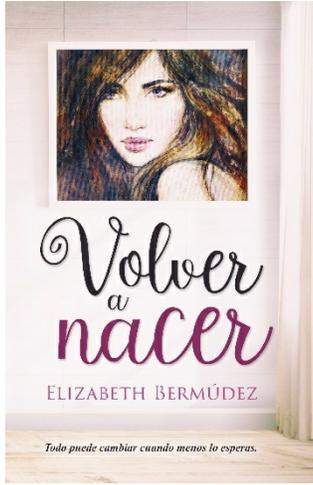
Elizabeth Bermúdez.

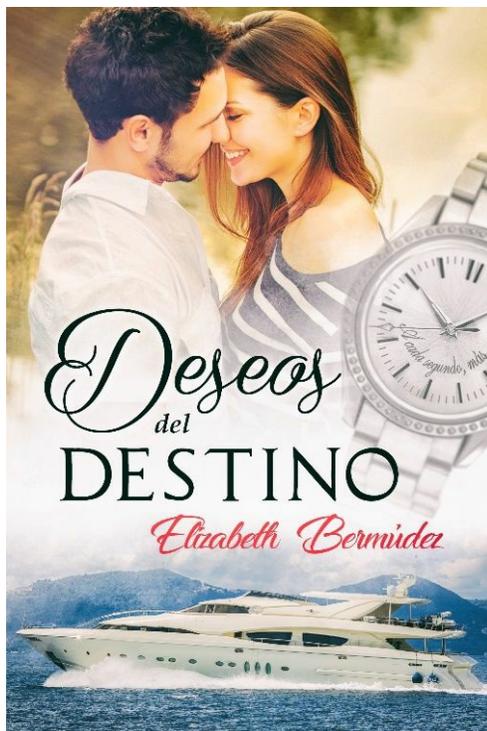
Otros libros de la autora.

Familia Miller



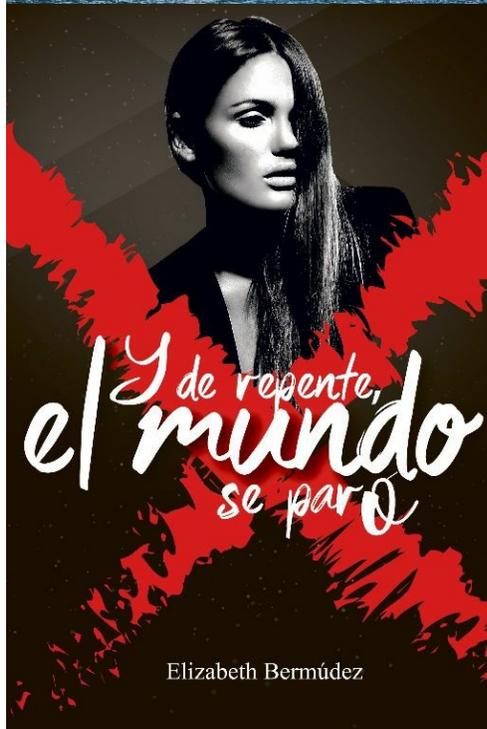
Serie volver





Deseos
del
DESTINO

Elizabeth Bermúdez



*Y de repente,
el mundo
se paró*

Elizabeth Bermúdez

